

GRAND PLACE



**FIN
DE
ETA**

10 años

FIN DE ETA

10 años

*Este libro ha recibido una subvención del Departamento de Cultura y Educación del Gobierno Vasco.
Este libro ha recibido una subvención de la Fundación Vital Fundazioa.
Este libro ha recibido una subvención del Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Gipuzkoa.
Este libro ha recibido una ayuda de parte de la Dirección General de Paz, Convivencia y Derechos Humanos del Gobierno de Navarra.*

Grand Place
Mario Onaindia Fundazioa

Zuzendaria/Director:
Felipe Juaristi

Harremanetarako e-maila / e-mail de contacto
felipejuaristigaldos@gmail.com

Azala / Portada:
José Ibarrola

Barneko irudiak / Ilustraciones:
José Ibarrola

Mario Onaindia Fundazioaren Helbidea / Dirección
Zuberoa kalca, 24 20800 Zarautz

© Artikulugileek, testuena / De los textos, los colaboradores
© José Ibarrola irudiena

ISBN: 978-84-09-34300-3
Legezko Gordailua: D-01242-2021

Harpidetza / Suscripción
info@marioonaindiafundazioa.org

Maketazio eta inprenta lanak / Maquetación e impresión
Itxaropena, S.A.
Araba kalca, 45. 20800 Zarautz
itxaropena@itxaropena.net

GRAND PLACE

octubre 2021 urria

FIN DE ETA

10 años



MARIO
ONAINDIA
FUNDAZIOA

Mikel Unzalu, Joseba Arregi, en la memoria:

Disteis todo a todos.

Dena denei eman zenieten.

SUMARIO / AURKIBIDEA

Prólogo: La cultura frente a ETA HARKAITZ MILLÁN	9
El largo camino hacia la civilidad LUIS CASTELLS	13
El ocaso de ETA GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA.....	41
El componente político del final del terrorismo de ETA Diez años después de su fin, la democracia no ha reconocido su victoria ni a sus resistentes LUIS R. AIZPEOLEA	61
El fin de ETA contado por ETA JESÚS EGUIGUREN	75
Lortu dugu: a 10 años del final de gesto por la paz IRENE MORENO	87
Las víctimas ante el final de ETA INÉS GAVIRIA SASTRE	101
La izquierda española y ETA. Una revisión pendiente FRANCISCO JAVIER MERINO	125
ETA y su década ominosa (2000-2011). El fin del terrorismo en la voz de sus integrantes JERÓNIMO RÍOS.....	139
Después de ETA, ¿qué? ANDONI UNZALU GARAIGORDOBIL.....	153
Duintasunaren alde / Por la dignidad JON SUDUPE	169
La tarea de la memoria en la judicatura JUAN LUIS IBARRA ROBLES	179
Recuerdos y Memoria: Mi Relato de la Verdad RAMÓN JÁUREGUI	187
A Jesus Eguiguren habria que ponerle una calle en todos los pueblos del país PATXI LÓPEZ Y GORKA LANDABURU.....	203
Colaboradores	217

LA CULTURA FRENTE A ETA

HARKAITZ MILLÁN

Diputado de Cultura de la Diputación Foral de Guipúzcoa
Gipuzkoako Foru Aldundiko Kultura Diputatua

Cuando se cumplen 10 años del final de ETA, procede una reflexión sobre el papel de la cultura y los intelectuales en el País Vasco en la derrota social del terrorismo. Con frecuencia, desde determinados sectores se ha achacado a la cultura vasca, especialmente a la euskaldún, no haber estado a la altura de las circunstancias. Es innegable que el mundo de ETA ha tenido, también en este ámbito, importantes valedores ideológicos y muchas simpatías, pero sería injusto olvidar el papel decisivo desempeñado por muchos representantes de la cultura en defensa de la democracia, la libertad y los derechos humanos; este número especial de la revista *Grand Place*, es una buena muestra de ello. Esta aportación resultará decisiva para poner en pie un discurso capaz de remover conciencias y dar paso al cambio social que convirtió en intolerable el asesinato, venciendo la indiferencia de amplias capas de la sociedad vasca.

Esa indiferencia ante el mal ajeno ha sido una de las principales causas, si no la más importante, de la pervivencia del terrorismo. Durante muchos años, amplios sectores de la sociedad vasca permanecieron anestesiados ante el asesinato. No se sentían concernidos por un problema que sucedía a la puerta de sus casas pero que era de otros. Es importante, por tanto, hacer justicia a los creadores e intelectuales que, en tiempo de adversidad, todavía recientes, antepusieron sus valores al discurso fácil y eligieron complicarse la vida. Dar ese paso suponía renunciar a la comodidad y convivir con el miedo a las represalias y la incomprensión de una parte importante de esa sociedad, cuyos derechos y libertades defendían, y de muchos de sus propios colegas. Es necesario otorgar visibilidad a todos aquellos hombres y mujeres que, en tiempos de oscuridad, aportaron un poco de luz.

No pretendo hacer un recorrido exhaustivo porque, además de la cultura, esa intelectualidad halló cauces de expresión en otros ámbitos, como la política, que quedan bien representados en las páginas posteriores. Es imposible tratar de citar en este breve artículo a todos los que contribuyeron a frenar el discurso y el pensamiento único que la violencia de ETA trataba de imponer, pero sí quiero referirme a algunos de ellos y a los ámbitos más significativos en los que la cultura se hizo presente en este empeño: los movimientos cívicos, los creadores y la universidad.

Si la indiferencia es la ponzoña en la que sobrevive la violencia, los movimientos cívicos fueron el antídoto y la vacuna esencial para comenzar a aislar el virus violento en nuestra sociedad e impedir su propagación. Gesto por la Paz fue precursora en la tarea esencial de reivindicar la dignidad de la sociedad vasca frente a la violencia, camino en el que confluyeron iniciativas como Denon Artean, Elkarri, Foro Ermua, Covite, Basta Ya o Lokarri. En todas ellas un grupo significativo de intelectuales y creadores se significaron de forma destacada, lo que les valió sufrir en sus carnes el acoso, la amenaza y, en algunos casos, el exilio o el asesinato. Todo ello, por qué no decirlo, en medio de la incomprensión y la animadversión de una parte importante de la sociedad vasca. En este ámbito destacaron profesores como Fernando Savater, Jon Juaristi, Mikel Azurmendi, Edurne Uriarte, o Txema Portillo; escritores como Vidal de Nicolás, Iñaki Ezkerra, Raúl Guerra Garrido o José Luis López de la Calle; periodistas como José Mari Calleja o artistas como Agustín Ibarrola, entre muchos otros.

También los creadores tuvieron un importante papel dando testimonio de su oposición a la violencia a través de sus obras y prestando sus habilidades artísticas para contribuir a la difusión de un discurso que señalaba a los violentos y ponía de manifiesto las ansias de paz y libertad en la sociedad vasca. En esta tarea se encontraron figuras tan relevantes como Oteiza, Chillida, Ricardo Ugarte, Nestor Basterretxea o Ibarrola que diseñaron logos y carteles para ilustrar distintas iniciativas a favor de la paz y condenar la violencia.

En el campo de la literatura y la poesía la lista es también numerosa y representativa de los valores de una intelectualidad comprometida. Además de los citados Raúl Guerra Garrido y José Luis López de la Calle, Gabriel Aresti, Blas de Otero, Angela Figueroa, Gabriel Celaya, Xabier Lete, Ramón Saizarbitoria, Anjel Lertxundi, Juan Kruz Igerabide, Julia Otxoa, Luisa Etxenike, Felipe Juaristi, entre otros y otras, merecen esta mención. Las obras de todos ellos se reunían en lugares, como la librería LAGUN, que fue un importante baluarte cultural contra la violencia durante tantos años.

El tercer ámbito al que me referiré es la Universidad en la que profesores y escritores han ido dejando su protesta contra la violencia y el terrorismo en sus escritos, tanto

como en los manifiestos públicos, firmados y dirigidos a la sociedad, en un intento de convencimiento y de reafirmación, democrática, sobre todo. El “Manifiesto de los 33” en 1980 fue el primero, le siguieron: “Manifiesto contra asesinato Yoyes”, en 1986; “Todos contra el miedo”, a raíz de la amenaza contra el cantante Imanol Larzabal, y para promover el concierto que se organizó en 1989; el “Manifiesto de profesores contra el voto a HB”, 1996, una iniciativa de profesores de la UPV-EHU, siendo rector Pello Salaburu, después de las amenazas sufridas por los profesores de la misma; “El silencio no es cobijo” del año 2000 firmado por 144 escritores, traductores, profesores euskaldunes o el titulado “Miembros de la comunidad universitaria contra la opresión terrorista”, manifiesto firmado en 2001 por 819 miembros de la UPV-EHU, cuyo rector entonces era Manuel Montero.

Este recorrido por la oposición activa ejercida desde el mundo de la cultura contra la violencia terrorista de ETA no pretende ser un ejercicio de autocomplacencia. Es indudable que hubo también mucha indiferencia, cuando no apoyo, pero nos haríamos un flaco favor si no pusiéramos de manifiesto que la oposición ética y política siempre estuvo ahí para quien quiso escucharla y que muchos intelectuales y creadores adoptaron un compromiso en momentos muy difíciles. Estos hombres y mujeres tuvieron el valor y la lucidez para interpretar cual era su papel aunque eso supusiera en muchos casos su marginación y señalamiento, que llegó en algunos casos hasta el asesinato. Son parte de nuestra historia y del relato de la resistencia frente a la barbarie y la violencia, en la que la cultura desempeñó también un papel importante, como sustrato del discurso y los cambios sociales y políticos que han hecho posible el fin de ETA.

Siento los inevitables olvidos en este breve prólogo pero me congratulo de que, tras cincuenta años de oscuridad, la mención de los resistentes sea motivo de orgullo y consideración, sin implicar amenaza o señalamiento. Es un gran cambio y una victoria indudable para la sociedad vasca.



EL LARGO CAMINO HACIA LA CIVILIDAD

LUIS CASTELLS

“Bilbao fue ayer escenario de la manifestación más importante en la historia de Euskadi. La Gran Vía de la capital vizcaína se quedó pequeña para acoger a las decenas de miles de ciudadanos que inundaron la capital vizcaína en un desesperado intento por conseguir que ETA dejara en libertad al concejal del Partido Popular de Ermua Miguel Ángel Blanco Garrido, secuestrado el pasado jueves. (...). Trescientos miembros de la organización se afanaban en tratar de poner orden entre el gentío. La concentración no tenía principio ni final. Paulatinamente, llegaron a la zona todos los dirigentes políticos que habían anunciado su presencia en la movilización, encabezada por José María Aznar y José Antonio Ardanza. La masiva respuesta popular sorprendió a los organizadores, que en algún momento se vieron desbordados. Vehículos oficiales activaron sus altavoces para pedir a los ciudadanos que se apartaran a las aceras para abrir el paso”. (Texto extraído de *El Diario Vasco*, 13-7-1997).

Este relato tan elocuente da cuenta de un acontecimiento memorial que ha marcado la historia reciente de Euskadi como fue la manifestación por la liberación de Miguel Ángel Blanco, que estuvo caracterizada por tres hechos: el extraordinario número de personas que concentró; la ilusión de que ETA tenía que hacerse eco de aquella enorme demostración y, por último, el fatal desenlace que tuvo. Aquel hito histórico fue un punto de inflexión en la reacción social contra ETA, movilizándose una muchedumbre de vascos que entendieron que debían cumplir un deber cívico y moral tomando un papel activo contra la barbarie y el mal.

Ahora bien, hasta llegar a este punto hubo un largo camino plagado de muchos silencios y temores, de mucha coerción, sobre el que vamos a reflexionar a continuación.

Cómplices y testigos

Desde el clásico trabajo de Hilberg (1994) se suele señalar que la violencia de masas es la consecuencia de la existencia de tres actores: los ejecutores, las víctimas y los *testigos*. Obviamente el terrorismo al que aquí nos vamos a referir no es exactamente un fenómeno de violencia colectiva, aunque sí reúne tres de sus características más destacadas: coacción, es deliberada y tiene la intención de causar efectos (González Calleja, 2016: 34). Frente a la violencia de masas el terrorismo suele estar protagonizado por la acción directa de pequeños grupos (Crenshaw, 1995: 4), pero ello no significa que para su existencia y perdurabilidad no deban disponer tanto de un apoyo social como beneficiarse de la actitud indiferente o pasiva de una parte de la sociedad. El hecho de tener o no ese sustento y esa neutralidad social permite encajar el tipo del terrorismo al que nos estamos refiriendo, así como su intensidad y proyección¹. De hecho, a fines de la década de los sesenta y en los setenta del s. XX se asiste a la proliferación de grupos terroristas en distintas partes del mundo dentro de lo que se encuadra como la *tercera oleada del terrorismo*, que, sin embargo y en lo que atañe a Europa, o no tuvieron arraigo social (Francia, Portugal, Bélgica...) o, si lo tuvieron, no fue de gran alcance y no se extendieron en el tiempo (Alemania e Italia) (Avilés, 2017, 2018). Solo en los casos de Irlanda y Euskadi existió un terrorismo que persistió y tuvo una notabilísima actividad. La diferencia entre los primeros casos y estos segundos se debió, entre otros factores, pero muy fundamentalmente, al apoyo social que les permitía nutrirse de manera constante, y en el caso de ETA de que la sociedad no reaccionase en su contra, es decir, que una parte de la población se comportara como *testigo* o *espectadora*.

Precisamente los estudiosos del terrorismo y de las violencias arbitrarias inciden en la importancia de los *espectadores*, pues solo su postura pasiva y que se mostraran impasibles ante el crimen ha hecho viable que tales fenómenos se mantuvieran. Lo que le define a esta figura es su indiferencia ante la injusticia, acumular pequeñas cegue-

¹ Hay una copiosísima bibliografía sobre el terrorismo en la que se encuentran distintas tipologías de este fenómeno, así como diferentes definiciones (véase, por ejemplo, González Calleja, 2012, 2014). Esta dificultad, empero, no debe evitar el uso de un término que delimita una violencia específica resultante de un determinado contexto político (Crenshaw, 1995). No hacerlo implica que nos quedamos sin una herramienta imprescindible para atender y entender la naturaleza de esta violencia clandestina que tiene el doble objetivo de forzar la voluntad del Estado, así como coaccionar y atemorizar a la población discrepante. Hay en el País Vasco y Navarra una historiografía que omite el término alegando que es impreciso y polisémico, un tramantojo para proyectar una visión comprensiva e indulgente de ETA (Pérez, 2010: 327). En su lugar se emplean sintagmas de sentido (*lucha armada, práctica armada...*).

ras que en definitiva suponen no implicarse, no mostrar su apoyo a aquellos que son perseguidos ilegítimamente pues entienden que hacerlo les podría acarrear una cierta hostilidad o incomodidad social (Schwarz, 2019:15). Era mejor *seguir la corriente*, reproducir lo que hace la mayoría y no significarse. Por eso, desde un punto de vista ético, se puede considerar que ese espectador indiferente que se mueve en *las zonas grises* tiene algún grado de responsabilidad, pues con su desinterés, con su mirar a otro lado, mantiene un tipo de conducta que permite la existencia del mal (Arteta, 2010: 56).

En el caso que estamos tratando hay una cierta convención en la historiografía vasca que hasta principios de los noventa no se asiste en Euskadi a una movilización continuada y significativa contra el terrorismo, imperando hasta entonces la conocida como la *espiral del silencio* (Noelle Neuman, 1995; Funes, 1998). Posteriormente tal circunstancia no llegó a desaparecer, aunque, como comentaremos, los *discrepantes* fueron cada vez más y más dispuestos a hacerse oír, abriendo múltiples brechas en ese espeso silencio. Significativamente la versión memorial impulsada hasta muy recientemente por el PNV desde sus esferas gubernamentales e instituciones afines, resaltaba, en cambio, que “la sociedad vasca se ha movilizado como pocas en contra de la violencia” (Fernández, 2006: 266). Es una interpretación benévola y complaciente con la que se diluye cualquier sentimiento de responsabilidad y de autocrítica que pudiera sentir el colectivo hacia el que va dirigido este mensaje, la comunidad nacionalista.

Ciertamente en los primeros años ochenta hubo manifestaciones multitudinarias que mostraron el repudio a ETA², si bien en algunas de ellas se ponían de manifiesto las dificultades del PNV, a la hora de participar con otras fuerzas en estas demostraciones conjuntas consecuencia de sus contradicciones ante el tema³, como luego se comentará. No obstante, tales movilizaciones fueron puntuales, no continuadas y dado su carácter ocasional no sirvieron para establecer una pedagogía social contra el terrorismo y contra ETA. Además, se asentó una distinción flagrante, ajena a cualquier componente ético, entre víctimas de primera y de segunda: en el primer caso se encontrarían los civiles asesinados, que podían encontrar en muy contados casos alguna sensibilidad social, en tanto que las segundas, fundamentalmente pertenecientes a las fuerzas de seguridad, sus sepelios se producían en la mayor de las indiferencias. También en este punto fue prioritaria

2 Nos referimos a las que tuvieron lugar tras los asesinatos de Ryan (febrero del 81), Pascual (1982) o Martín Barrios (1983).

3 Así en la que tuvo lugar en febrero de 1983 como protesta por el asesinato de tres empleados del Banco de Vizcaya de Bilbao como consecuencia de una bomba colocada por ETA, ningún dirigente del PNV figuró en la cabeza en desacuerdo con las declaraciones del socialista Casas. *El País* y *El Diario Vasco*, 8 de febrero de 1982.

riamente el Partido Comunista de Euskadi el que tempranamente –en 1977, a través de su secretario general, Ormazábal, y en 1978– dio ejemplo expresando su rechazo ante los asesinatos de miembros de la policía y guardia civil y convocando concentraciones, si bien reunían un escaso número de personas dada la abrumadora indiferencia social que generaban estas víctimas⁴. Tal como señalara Raúl López (2015: 120), la no respuesta social ante los asesinatos de ETA y afines contrastaba con las habituales y masivas manifestaciones que se producían tras las muertes de miembros de ETA.

Pero especialmente esa falta de resistencia a la violencia de ETA, a los códigos y pautas que había impuesto y que permitían su socialización, se manifestaba, sobre todo, en la vida cotidiana, en los espacios de sociabilidad, en la rutina, en cuyos ámbitos y, salvo contados casos, no existió durante aquellas décadas de los 70 y 80 una resistencia social frente a la cultura de la violencia, que de este modo se estabilizó. Hubo ciertamente personas que se enfrentaron, que ejercieron esa *microresistencia*⁵, manteniendo viva la idea de que se podía hacer frente a ETA y por eso fue tan importante la existencia de esos resistentes, pero lo que predominó fue la inhibición acomodaticia frente al compromiso cívico (Alonso, Casquete, 2014: 72). La referencia que reproducimos a continuación fue una constante en la Euskadi de aquellos años en el que comentarios o comportamientos banales que implícita o explícitamente eran justificadores de ETA no encontraban una repuesta de rechazo, sino que eran permitidos incluso por aquellos que discrepaban de su mensaje, posibilitando así la reproducción de la cultura de la violencia etarra.

“Cuando en Ordizia asesinaron a Isidoro Usabiaga, presencié como las txarangas tocaban y se mofaban delante de su casa. Pero... no me atreví ni siquiera un comentario de reprobación” (recogido en Domínguez, 2003: 19).

La sociedad vasca aprendió a convivir con la violencia, con los asesinatos, que eran casi una rutina más del acontecer diario en los años setenta-ochenta, así como con los altercados de orden público. No se miraba, se hacía como que no se oía, se evitaban aquellos lugares que se sabía que eran conflictivos y se aprendía a vivir con el crimen y la coerción sin mostrar repulsa ni rechazo. Era la *enfermedad moral vasca* que expone

4 Una de ellas fue encabezada por sendos dirigentes luego asesinados por ETA o afines, Juan Mari Jaúregui, comunista, Enrique Casas, socialista, en enero de 1979 en Ordizia. Joxemari Villanueva, “Juanmari, zenbat arrazoi hituen, Juamari, beti gure gogoan”, *El Diario Vasco*, 29 de julio de 2021. Según nos comentaba la fuente que da cuenta del hecho, Ignacio Latierro, asistente también al acto, fue un ejemplo entre otros muchos de un pueblo de *ventanas cerradas*, que dio la espalda a aquella concentración que solo reunió a gentes de Comisiones Obreras y de UGT.

5 Joseba Eceolaza, “Microresistencias frente a Eta”, *Diario de Navarra*, 3 de julio de 2021.

con su habitual concisión el profesor Fusi, una sociedad que mayoritariamente se dejó llevar por la violencia y se mostró huérfana de principios éticos y morales con los que oponerse a ETA (Fusi, 2017: 288).

Otra muestra de esa indiferencia social fue la soledad que padecieron las víctimas durante aquel extenso período que va desde mediados de los setenta hasta principios de los noventa, no habiendo aquí distinciones entre unas y otras porque fue general el sentimiento de abandono y frialdad social, dentro de un marco de total ausencia de empatía que percibían por buena parte de la sociedad vasca. Los testimonios son tremendos y tienen un denominador común: la lejanía de la gente tras el asesinato del familiar, aislamiento que se recrudecía si se atrevía a realizar cualquier tipo de denuncia⁶. Era la “peculiaridad” vasca que señala una de las víctimas, Teresa Díaz Bada, en la que la víctima soportaba esa doble victimización pues además de su pérdida, sufría el desamparo social, la lejanía de las personas, que evitaban mostrar su solidaridad pues ello podía significar distinguirse y chocar con las pautas impuestas por los violentos.

¿A qué se debió ese comportamiento de buena parte de la sociedad vasca como *espectadora*, como *testigo* que se mantuvo mudo y pasivo ante el mal y que permitió que este permaneciera?

Posiblemente sean varias la razones: en primer lugar, ya hemos hablado de la *inhibición acomodaticia*, actitud reiterada y común, pues al fin y al cabo a los ciudadanos no se les puede exigir comportamientos que entienden que implica un riesgo pues tal sería enfrentarse con ETA, cuya amenaza capilarizaba la sociedad. Este será uno de los factores que condicionaba la actitud de las gentes, pues durante buena parte de aquellos años ETA fue percibida como un poder efectivo y real, que competía con el Estado en capacidad coercitiva y, por tanto, simbólica. Además, el Estado, singularmente en los primeros momentos de la Transición, estuvo colapsado, socialmente deslegitimado y sus fuerzas de seguridad fueron un ejemplo de ineficacia desde pautas democráticas. Esta situación con el tiempo cambió, pero la dificultad del Estado para hacerse presente en los entresijos de la sociedad, en las rutinas diarias, fue una constante. Sobre ese peso de ETA en la sociedad vasca Jose Mari Calleja nos ha dejado esta descripción:

6 Expone Ana Aizpiri: “Tras denunciar las connivencias políticas ETA-HB, perdí a la mayoría de mis amigos. No sentí cercanía, ni un sentimiento de empatía hacia mí. Cuenta también: Años después hubo gente de HB que difundió un rumor sobre mí del mismo carácter que el rumor de mi hermano: que me habían detenido en el aeropuerto de Barajas en posesión de cocaína, rumor netamente falso e injurioso, pues era evidente que no había podido ser detenida ya que mi voz se oía, por mi trabajo de periodista en los informativos de la televisión vasca, todos los días a la misma hora”. <http://victimas-de-eta.blogspot.com/2007/05/25-de-mayo-de-1979.html>

“Cuando ETA era poder porque mataba sin tregua, cuando Herri Batasuna estaba en los ayuntamientos, manejaba presupuesto, controlaba grupos, asociaciones y colectivos, y “creaba” puestos de trabajo entre sus seguidores, había muchos vascos que simpatizaban con ETA porque estar al lado del que se presentaba como “carro ganador” significaba: que no peligraba su vida, que no tenían que vivir con miedo, escoltados; que no estaban apestandos socialmente, como las posibles víctimas, como los discrepantes del terrorismo nacionalista” (2006: 151).

Hubo casos tremendos de asesinatos anunciados y que el Estado no era capaz de impedir y no nos vamos a referir a los momentos en los que ETA era más fuerte sino a fines de los noventa. Fue el caso de Manuel Zamarreño, concejal del PP en el ayuntamiento de Rentería, asesinado en junio de 1998 después de sustituir a una compañera de partido, aterrada tras la explosión cercana de una bomba, que a su vez accedió al puesto tras el asesinato de otro concejal de la localidad, Jose Luis Caso, muerto por ETA solo seis meses antes. Pues bien, Zamarreño, que solo estuvo como concejal cinco semanas, recibió todo tipo de amenazas de muerte: telefónicas, pintadas (“tú eres el próximo”, en el centro de una diana), carteles... y que su coche fuera calcinado. Fue una muerte prevista como lo fueron otros asesinatos sin que el Gobierno español o el vasco fueran capaces de impedirlo.

Era un estado de desolación ante el acecho de la muerte, como nos dejó escrito otro asesinado por ETA, Joseba Pagazaurtundua:

“El alma se me escapa trozo a trozo cuando veo un nuevo asesinato. Ay, madre, qué miedo tengo, he de salir a la calle, afuera esperan ellos, los que desean sangre. Ay, madre, me han de matar, y no puedo evitarlo. Que mi grito de libertad lo acojan los ciudadanos...”⁷.

Por lo que llevamos expuesto se infiere que otro elemento que ejerció una presión sustantiva en la carencia de reacción social fue el miedo, el terror que ejerció tanto ETA como su brazo civil, el mundo de HB, en su idea totalitaria e incivil de negar la pluralidad, de rechazar la existencia del *otro*. ETA estaba en primer lugar en esa línea del terror, con la amenaza de muerte a los discrepantes y a toda aquella persona que representara una institución o unas ideas contrarias a la organización. El objetivo era infundir temor en la sociedad civil pues no en vano uno de los objetivos de todo terrorismo es “crear un clima de miedo e inseguridad, impresionar a la población e influir en los políticos con la intención de modificar los procesos de decisión” (Balencie, 2004). Fruto de ese miedo

7 Pablo Ordaz, “Ya te pillaremos”, *El País*, 6 de julio del 2003. La familia Pagazaurtundua sostiene que el Gobierno Vasco mantuvo una actitud negligente en el caso de Joseba.

eran situaciones que hoy consideramos incomprensibles como que después de asesinar a un compañero la policía municipal de Tolosa señalara que “no tenemos nada en contra de ETA...”⁸; o bien cómo la banda buscaba socializar ese temor como elemento disuasorio con la amenaza directa, por ejemplo a periodistas por haber secundado un paro tras un asesinato de ETA (“va a caer él también como chivato”)⁹.

Pero había además un segundo estrato muy relevante a la hora de socializar y rutinizar la coerción en la sociedad, de imponer el silencio, como era esa comunidad de violentos que les prestaba su apoyo y que visibilizaban en lo cotidiano la coacción de ETA: era la microviolencia corriente. No en vano ETA no representó un terrorismo al uso, sino que era un Movimiento, es decir, que además de su aparato militar, disponía de un amplio conglomerado inserto en la sociedad civil a través de distintos tentáculos organizativos: sindicalismo, feminismo, juventudes... Estos grupos civiles gozaron a su vez, y en otra escala, de una sólida implantación en los espacios públicos a través de asociaciones informales como las cuadrillas, grupos deportivos, asociaciones recreativas, vecinales, transmisión intergeneracional. Era un entramado denso que era muy consciente de la importancia de lo diario-rutinario, de los *pequeños retos cotidianos*¹⁰, desde la triple vertiente de poder acceder a las gentes, de hacerse visibles y, por último, de imponer su lenguaje y visión de las cosas.

Donde mejor se hacía notar su influencia era en las localidades medianas y pequeñas, así como en algunos barrios de las ciudades en tanto que espacios segregados y autónomos (los *cascos viejos*, por ejemplo), donde su dominio y control de esos ámbitos de sociabilidad les hacía más fácil imponer su ley, generando un temor visible y a la par difuso y corriente (Domínguez 2003). Estos sectores ejercían una vigilancia que tomaba distintos caminos desde formas más indirectas pero constantes como las huchas colocadas en los bares y comercios con el fin de recoger aportaciones para los presos de ETA, hasta opciones más brutales y directas como la agresión a, por ejemplo, los que portaban

8 *El Diario Vasco*, 25 de junio de 1978.

9 Nota de apoyo al periodista José Ramón Beloki por parte de los trabajadores de Radio Popular, *Egin*, 2 de noviembre de 1979.

10 “Por ello debemos acentuar nuestro esfuerzo para llegar a la gente, para dar mayor importancia a esos pequeños retos cotidianos, para desarrollar de un modo más integral y atractivo nuestras formas de militancia”. Documento de KAS de principios de 1997 *Karramarro* 2. p. 3. Documento cedido por Raúl López que se encuentra en el archivo de los Benedictinos de Lazkao.

el lazo azul en los años noventa (“a los del lazo navajazo”¹¹). Mantenían un control que podía resultar asfixiante en esos espacios, hegemonizados por su cultura política e impregnados de la exaltación de la violencia de ETA, así como de unos rituales conmemorativos que se celebraban regularmente y que tomaban el espacio público de manera consentida como un medio potente de visibilizarse (Casquete, 2009). Era una presión difusa sobre el conjunto social, pero a la par más específica sobre el *otro*, sobre el que se atrevía dar el paso público de resistencia, sobre el que se proyectaba una semántica de estigmatización a través de un término que se aplicaba en un sentido denigratorio, *español*:

“Desde que aceptó la concejalía del PP, su vida se ha convertido en una pesadilla: quienes antes le preguntaban amablemente por su familia le han retirado el saludo; los dueños del comercio para los que trabajó durante los últimos tres años la despidieron ante el boicoteo de los violentos. Quemaron su coche el 21 de noviembre y ha sido insultada y amenazada. Incluso ha restringido las visitas al colegio de su hijo: “No es bueno para el niño” que le vean con una madre cuyo rostro aparece en pancartas y pasquines bajo el epígrafe de carcelera”¹².

Se construía así un *otro* situado fuera del *perímetro tribal*, sobre el que, por tanto, no existía ninguna *obligación moral* (Alonso, 2021: 678).

Se creaba de este modo un clima denso y espeso en el que se percibía que enfrentarse a ETA o colaborar contra ella implicaba un riesgo que podía acabar con la muerte, tal como le sucedió a Eugenio Olaciregui, al que ETA asesinó en 1997 al atribuirle que había denunciado a un etarra. Eran unas prácticas que buscaban el desistimiento cívico de la población, su pasividad, y así ocurrían hechos como que los testigos de los asesinatos de ETA desaparecían a la hora de testificar (“pero cuando llegó la policía y nos invitó a testificar, la gente se quedó en su sitio”¹³), o no se atendía a las víctimas de atentados etarras para no

11 “A los del lazo, navajazo” le disparan dos jóvenes a Francisco Saro Jáuregui cuando camina en la tarde del viernes por las calles de San Sebastián. Los jóvenes escupen su amenaza a rostro descubierto, con seguridad, con chulería. Como si la ciudad fuera suya y los ciudadanos con el lazo azul que reclaman la liberación de Jose María Aldaya fueran unos intrusos, unos indeseables, unos mierdas. Javier Valenzuela, “Lazo y navajazo en Donostia”, *El País*, 21 de mayo de 1995.

12 Joaquina Prades, “Frágil tregua en Rentería”, *El País*, 5 de diciembre de 1999.

13 Relatando el asesinato de José Antonio Santamaría mientras cenaba en una sociedad donostiarra, cuenta un testigo: “Me pareció el ruido de un petardo, pero vi que Santamaría se desplomaba y que a su alrededor se formaba un revuelo. Alguien dijo: ‘Le han matado’. Todos nos quedamos de piedra, algunos se echaron a llorar, pero cuando llegó la policía y nos invitó a testificar, la gente se quedó en su sitio. De un centenar que estábamos cenando, al final resultó que sólo cinco habíamos visto algo”. *El País*, 21 de enero de 1993.

significarse (“*el caso es que nadie se acercó a socorrer a las víctimas y mientras tanto el claxon del coche seguía sonando* y así estuvo durante media hora sin que nadie acudiera”¹⁴).

Esto de no significarse no fuera que... tenía que ver con otro tipo de miedo, ya no físico, pero que tenía un efecto asimismo paralizante como era el de quedar excluidos de los circuitos sociales dominantes, sentirse aislado y fuera de la sociedad que tenía voz pública. Fue este fenómeno el que estudió precisamente la antes citada Noelle Neuman y que puede aplicarse para ese comportamiento tan característico en Euskadi de permanecer en silencio para no chocar con los criterios de los violentos porque ello podía implicar la marginación, sentir el frío de la soledad social, un cierto ostracismo. Por eso mejor no hablar de ETA o no contradecir a sus grupos civiles, socialmente apreciados y estandarizados positivamente, y acatar la *omertá*¹⁵. Es lo que denunciaba Yoyes antes de su asesinato, sufriendo ella ese espeso silencio: “Hay también mucho silencio cómplice. Mucho miedo en la gente, ante todo, ante su propia libertad... cuánta mierda!” (González Katarain, 1987: 205).

Aquí, además, podía entrar una nueva categoría que su sola mención generaba la estigmatización, la de *traidor*, una figura cosificada y socialmente reprobada que no merecía ninguna consideración. Traidores muy señaladamente eran los *convertos* como Yoyes, Solaun y otros, asesinados por la banda, pero también se aplicaba de una manera más laxa a todos aquellos que no comulgaban con la doctrina verdadera, la nacionalista, esos *Judas* a los que se les imputaba colaborar con la opresión del pueblo vasco. Solo por eso merecían ser muertos.¹⁶

Las líneas del PNV

Pero además de la *inhibición acomodaticia* y del miedo, hubo un tercer factor que propició este comportamiento de *espectadores* de una parte de la sociedad

14 Narración de una vecina sobre el asesinato de un guardia civil y su pareja muertos en el coche en Beasain en un lugar concurrido. *El Diario Vasco*, 7 de enero de 1979.

15 “Una pauta social convenida era no decir nunca en un corrillo que estabas contra esa organización o contra lo que hacía; eso se podía hacer en el extranjero (...). Pero aquí, en nuestra bella y atormentada tierra, imperaba la *omertá*, el silencio impuesto por los mafiosos”. Ana Aizpiri, “Mentiras, crímenes y más mentiras”. *El Diario Vasco*, 20 de mayo del 2018.

16 Igualmente se llevó a cabo la acción contra Jose Ramón Recalde, militante antifranquista que una vez instalada la transición en el Estado español se caracterizó por su militancia contraria a la liberación de Euskal Herria. Comunicado de ETA dando cuenta del atentado contra Recalde. *Zutabe* 3, 2000.

vasca a lo largo de un buen número de años como fue una especie de adhesión afectiva o sentimental a ETA, que afectaba a la comunidad nacionalista. Ello ayuda a explicar esa ambivalencia que caracterizaría a una parte de la militancia del PNV y de la dirección del partido de manera que si desde el punto de vista orgánico había una división en el nacionalismo en dos grandes familias (el PNV y el radicalismo abertzale), por abajo podía percibirse un sentimiento de cercanía con ETA entre la militancia jeltzale, una especie de vaso comunicante con los que, aunque equivocados, pertenecían a los *nuestros*. Por parte de este sector se podía estar en desacuerdo con la violencia de ETA, sus asesinatos, secuestros, etc... (*los medios*), pero por otra existía una cierta identificación germinada en elementos afectivos y sentimentales, en una trayectoria con afinidades bajo el franquismo (la represión) y en compartir un sustrato común nacionalista (*los fines*). Es lo que se ha explicado como la tensión o *escisión* entre *razón y sentimiento* (Pérez Agote, 2008; 2021: 40, 49; Tejerina, 2015) que marcó a la comunidad nacionalista, y solo cuando la violencia etarra se expandió y afectó a personas del PNV (asesinatos de los ertzainas Goikoetxea (1993) y Doval (1996), del empresario José María Korta (2000) y sintió su violencia, se abrió paso la razón y la distancia con ETA se hizo más firme, al menos en una parte de su militancia. No obstante, es llamativo que, en el momento que la presión de la *kale borroka* hacia el PNV era más intensa, (especialmente en una primera etapa 1995-1998) fue cuando los contactos entre ambas partes se intensificaron y acabaron sellando un acuerdo. Parecería así que la estrategia modulada de ETA de ejercer una presión controlada y no exacerbada sobre el PNV (“hay que evitar *estigmatizar ese partido como enemigo perpetuo*”¹⁷) para que este se moviera y se acercara resultó un éxito. En este orden de cosas, también era significativo que ETA debatiera en distintos momentos atentar directamente contra el PNV, siendo la decisión no hacerlo, pues ello podía significar una hendidura definitiva en la comunidad nacionalista, fractura que se quería evitar. No obstante, sí debía sentirse intimidado, por lo que la banda optó por asesinar a personas de su periferia social que podían justificarse en el mundo del nacionalismo en razón al tipo de profesión (policías, empresarios) y no a su condición de militantes del partido (Domínguez, Archivo VascoPress).

Hay dos momentos separados cronológicamente que ponen en evidencia esa ambivalencia del PNV que venimos comentando: el primero fue con ocasión de lo que el PNV

17 *Karramarro 2*. Se dice también: “La izquierda abertzale ha logrado remover en cierta medida la posición del PNV, tanto mediante la incidencia política de ETA, llevando a cabo acciones muy selectivas en contra de la Ertzaintza, como gracias a la presión de la *kale borroka*”. p. 9.

suele erróneamente presentar como la primera manifestación contra ETA en octubre de 1978, siendo además promovida por los jeltzales. Ni fue la primera ni fue contra ETA. Bien es verdad que en su origen fue una manifestación promovida por la dirección del PNV bajo el lema “Contra el terrorismo”, pero la reacción inmediata de su militancia en contra de este eslogan por lo que podía tener de referencia a ETA forzó a que el partido fuese variando los términos de la convocatoria hasta llegar a una imprecisa y ambigua “Por una Euskadi y en Paz”¹⁸. Además, en ese replanteamiento de la convocatoria, el PNV señaló a la UCD como “*corresponsable de la violencia en Euskadi debido a su sistemática negativa a adoptar soluciones políticas que contribuyan a acabar con el problema de la lucha armada*” (sic) y se le conminó a no acudir, a la par que burukides del partido hacían declaraciones en las que señalaban que la manifestación no iba contra ETA¹⁹.

La segunda tiene que ver con el pacto de Lizarra-Estella (1998) y la consagración de un Frente Nacional del que formaba parte ETA, vieja aspiración de esta organización que había fracasado en 1977 en las conversaciones de Chiberta. Era el espaldarazo de una de las líneas del PNV, de una de las *almas*, que se había mantenido en su seno a lo largo de este tiempo y que se plasmó en un paulatino extremismo de su nacionalismo mientras estaba vigente el pacto de Ajuria Enea (1988), en una muestra de la confrontación interna que se dirimía en el PNV. Era un giro latente que se manifestó abiertamente ya desde 1995 con varias expresiones como la radicalización de su ponencia política, la formulación y respaldo a la vía Ollora, que representaba un explícito acercamiento a ETA-HB (soberanismo, abrir la negociación sin que ETA cese su actividad) y la puesta de largo de esta propuesta en la conferencia oficiada por Elkarri en Bilbao que juntó a los nacionalistas (también estuvieron presentes IU y Unidad Alavesa). Era el preámbulo de lo sucedido tres años después. No salió ningún acuerdo de aquella reunión, pero Egibar, uno de los promotores del giro, ya dejó di-

18 Según otras fuentes, inicialmente al menos 72 de las ochenta juntas municipales de Vizcaya se habrían manifestado en contra de la iniciativa tomada por el Euskadi Buru Batzar. Todo ello invita a creer que amplios sectores del partido no han aceptado la propuesta de buen grado. Jesús Ceberio, “Las bases del PNV contrarias a la manifestación antiterrorista”, *El País*, 14 de octubre de 1978.

19 Iñaki Anasagasti expresa su desacuerdo con que “la manifestación se haya presentado como una manifestación contra el terrorismo. [...] Parecía que nos dirigiéramos directamente contra ETA y no es eso. La gente que se quiere aprovechar de esta manifestación para ir contra ETA se ha confundido de manifestación”. *Egin*, 14 de octubre de 1978. Arzalluz en un mitin en Tafalla: “Por eso nuestro gesto de convocar una manifestación condenando la violencia es para pararles los pies [a Madrid]. [...] Madrid solo entiende un lenguaje: el de la fuerza”. *El País*, 14 de octubre de 1978.

cho que estaba dispuesto “a *revisar todo lo revisable* y que el contencioso vasco *tenía una naturaleza política*” en un mensaje destinado a ETA²⁰. Paralelamente, y como un primer embrión del frente abertzale que se cocía, se produjo en ese mismo 1995 un estrecho acercamiento entre los dos sindicatos nacionalistas (ELA y LAB), a la par que se encrespaban las relaciones entre el PNV por un lado y el PP y el PSOE por otro, en lo que algún periodista señalaba que “el panorama político vasco parece haber retrocedido en el tiempo toda una década”²¹. Al mismo tiempo –y siempre en 1995– ETA allanaba el camino a un hipotético entendimiento entre nacionalistas sustituyendo la estrategia enfocada a la negociación con el Estado por la Alternativa Democrática en la que el objetivo pasaba a ser hegemonizar la formación de un frente nacionalista que promoviera una determinada construcción nacional (Domínguez, 2004: 97).

Las reuniones secretas entre dirigentes jeltzales y HB se mantuvieron a lo largo de aquellos años 1995-1997, aunque no estuvieran exentas de tensiones, y se aceleraron a fines de 1997 y primeros meses de 1998 (doce reuniones) activadas tras las manifestaciones por el asesinato de Miguel Ángel Blanco, que propiciaron un acercamiento y permitieron sentar las bases del pacto de Lizarra (Morán, 2004; Mees, 2009: 179).

Lo relevante para lo que aquí nos interesa es que con este giro político y estratégico del PNV se borraban las líneas entre demócratas y violentos como principal divisoria de la sociedad vasca, postura defendida por Ardanza y plasmada en el pacto de Ajuria Enea, para recuperar de nuevo la confrontación entre nacionalistas y los que no lo eran, con el consiguiente debilitamiento de la movilización social contra ETA²². Esta organización pasaba así a ser reconocida como integrante de la familia nacionalista, a la par que desde este sector del PNV se mostraba comprensivo hacia su violencia, pues esta encajaba en un contencioso histórico causado por España por no reconocer los derechos de Euskadi. Era una lógica frentista que encarnarían los dirigentes jeltzales Egibar, Ollora y, muy especialmente, Arzalluz, que desde su prestigio en el PNV avaló esa posición. Este representaba una línea de pensamiento de un nacionalismo radical, de raíces sabinianas y carlistas, estereotipado (“los vascos no mienten”²³), profundamente etnicista, bordeando lo racista con la defensa

20 Aitor Guenaga, *El País*, 9 de marzo de 1995.

21 Aitor Guenaga, *El País*, 12 de abril de 1995.

22 Las posturas del PNV ante la violencia terrorista en Montero (2011).

23 Iglesias, p. 1145.

de la identidad racial de los vascos con su RH negativo²⁴, además de exclusivista en la idea de que “los nacionalistas somos los vascos de verdad”²⁵. Pueden chocar estas consideraciones respecto a un dirigente que pronunció el *discurso del Arriaga* (1988), un texto autocrítico en el que rechazó un concepto patrimonialista de lo vasco. No obstante, es el lehendakari Ardanza el que despieza y enmarca ese discurso entendiéndolo como resultado de las necesidades estratégicas del PNV que, tras la escisión de 1985-1986 y el desánimo consiguiente, optó por la moderación como la alternativa para salir de una situación muy comprometida, presentándose como un partido de *gobierno y de orden* (Iglesias, 2009: 353). Ante una situación crítica se consideraba que una orientación templada y abierta en lo étnico era la mejor vía para poder rehacerse del descalabro de la escisión.

Desde medios nacionalistas se ha presentado la operación Lizarra como un intento honesto del PNV cuyo objetivo central sería el cese de la actividad de ETA. Para no desviarnos del argumento del texto no entraremos aquí sobre esta cuestión²⁶, pero lo que sí resulta pertinente es señalar que los dirigentes del PNV que promovieron este giro soberanista y el pacto de Lizarra (Arzalluz, Egibar, Ollora a los que se podía sumar Gorka Agirre) eran los que mantenían la idea de reforzar el polo nacionalista, la línea frentista desde unos postulados de un nacionalismo radical e independentista, a la par que se mantenía una postura afectiva y comprensiva con ETA (“los presos de ETA son presos políticos”²⁷). Eran los que coincidían con los *finés* de ETA como luego se dirá. En momentos muy distintos, Arzalluz manifestó que los auténticos *enemigos* eran los “otros”, los españoles, señalando, por ejemplo, a la altura de 1990 en unas conversaciones secretas con HB-ETA que “el enemigo número uno es el de siempre, aunque ahora gobernemos con él” (por los socialistas)²⁸, idea que repetirá en otras ocasiones²⁹. Lo que latía era la idea de que existía un cordón umbilical con ETA en su condición nacionalista

24 *El País*, 3 de noviembre de 2000.

25 Pedro Gorospe, *El País*, 18 de mayo de 1998.

26 Decía Ardanza: “...de tanto empeñarnos en ir preparando el terreno para el aterrizaje de los del mundo de HB y de ETA estamos abandonando nuestra propia pista de aterrizaje”. (Iglesias, 2009: 376).

27 Joseba Egibar, *El País*, 30 de noviembre de 1995.

28 *El País*, 3 de abril de 1994.

29 Véase, *Deia*, 13 de noviembre del 2009.

con la que en algún momento habría de encontrarse para acometer aspiraciones comunes. Al decir de Arzalluz se compartían con ETA objetivos (*reconocimiento como nación*) y el diagnóstico de la raíz del conflicto (*el derecho a decidir*)³⁰, si bien se discrepaba con nitidez en el uso de la violencia, pero en cualquier caso se establecía la complicidad: eran de los *nuestros*. Era esa distinción entre *finés* (coincidentes) y *medios* (reprobables) que dejaba la puerta entreabierta para una colaboración y facilitaba la comprensión y que había calado en la parte nacionalista de la sociedad, de manera que, en 1999, preguntados por su actitud ante ETA, un 15 % de los vascos la hacía suya (apoyo a los fines, rechazo a los medios). (Euskobarómetro, mayo 1999: 21).

Una distinción que había sido explícitamente rechazada por Ardanza en su discurso de política general en 1987 (“las metas, igual que los caminos, son diferentes”³¹), lo que originó una gran conmoción en el EBB y el desacuerdo manifiesto de Arzalluz, pero es que, al decir del lehendakari, este consideraba que “era con esa gente (ETA y su entorno) y con ese mundo con el que nos teníamos que entender, porque formaba parte de lo nuestro, mientras que los españoles, no” (Iglesias, 2009: 349). En sus memorias, Ardanza refleja –y lamenta– este cambio de postura del PNV que, sin duda, obstaculizó la movilización de la sociedad contra ETA:

“Al final, el PNV accedió a mis planteamientos (no coincidencia ni en medios ni en fines), aunque sin mucha convicción por parte de algunos. La mejor demostración de que mi posición no caló en el discurso del partido fue que, cuando doce años más tarde abandoné la presidencia del Gobierno, el concepto desapareció conmigo y no volvió a ser recuperado hasta que primero Josu Jon Imaz y luego Iñigo Urkullu...” (Ardanza, 2011: 256).

En resumen, la sociedad vasca se caracterizó durante muchos años por el hecho de que una parte de ella, el mundo de HB, sintonizara con ETA y le alentara, pero asimismo otra, también numerosa, se distinguió por distintos motivos por hacer que no se enteraba, pasaba de largo como ilustró el obispo Setién³², evitó involucrarse

30 *El País*, 16 de noviembre del 2000.

31 *Eusko Legebiltzarra, Parlamento Vasco*, III legislatura, nº 15, 25 de setiembre de 1987, p. 16.

32 Me refiero a lo sucedido el 20 de enero de 1996 cuando Setién pasó por delante de los hijos del secuestrado Aldaya, que llevaba en esa condición 261 días, sin dirigirles la palabra ni la mirada. *El País*, 25 de enero de 1996. Sobre esta muestra de *corazón helado*, Fernando Savater, “El Paseo de Setién”, *El País*, 22 de enero de 1996. Hay documento fotográfico que no es fácil localizar. Véase <http://patximendiburu.blogspot.com/2017/01/la-foto-de-setien-desocultada.html>

y guardó silencio, permitiendo con su actitud la pervivencia del terrorismo durante largo tiempo (Aguirre, 2012: 99).

Y sin embargo....

A pesar de los factores señalados del miedo, de la inhibición confortable y de la postura ambivalente de una parte del PNV y de su militancia –aspectos ya indicados en su momento por el profesor Fusi (2017: 289)–, un segmento de la sociedad vasca se fue paulatinamente movilizándose contra ETA, mostrando su hartazgo y rechazo hacia ella, hecho que tuvo su culminación en la gran manifestación en Bilbao por la liberación de Miguel Ángel Blanco.

Hubo una condición necesaria para que esa reacción fuera tomando cuerpo, aunque hubiera que esperar al comienzo de los noventa, como fue que se asumiera por parte de un amplio conglomerado de fuerzas que para doblegar a ETA era imprescindible la movilización social en Euskadi contra dicha organización. No bastaba el voto, sino que era preciso crear una dinámica social que contrarrestara y achicara los espacios en los que ETA y su comunidad se movían y reproducían. Mientras ETA tuviera el control de la calle y fuera fuerte en los ámbitos de sociabilidad, podía mantener la ilusión de que no sería derrotada.

Era un planteamiento que habían reiterado organizaciones de izquierda (PCE, ORT, PSE) ya desde el comienzo de la Transición. La llegada a la lehendakaritzza de Ardanza, en enero de 1985, y su colaboración con el PSE, primero externa y luego, a partir de 1987, en un gobierno de coalición, supuso un giro también en este punto y bajo el tremendo impacto que causó en el PNV el asesinato del superintendente de la Ertzaintza Díaz Arcocha (marzo de 1985) se produjo ese mismo mes una declaración taxativa de la presidencia del Gobierno Vasco sobre la violencia y sobre ETA. En ella se recordaba a los ciudadanos que “la lucha contra la violencia es una responsabilidad de todos, de forma tal que cada uno de los vascos ha de tomar el problema como propio, superando el miedo al miedo y comprometiéndose a no transigir con los que matan, con los que les apoyan o con los que se callan. En última instancia, la respuesta a la violencia se ha convertido en Euskadi en un problema de dignidad persona”³³. En esta línea, el Pacto de Ajuria Enea, en su punto 14, hacía un explícito llamamiento a la sociedad para que se activara a favor de la libertad y siguiendo este criterio convocó una manifestación en Bilbao bajo el lema “Paz ahora y para siempre” que se consideró la más concurrida hasta el momento, estimándose en unas 200.000 personas las que transitaron por Bilbao.

33 “El gobierno vasco se define”, *El País*, 14 de marzo de 1985.

Estas reacciones fueron posibles porque a lo largo de todos estos años habían existido resistentes que habían mantenido el desafío de que se podía y debía decir no a ETA y ello desde una situación minoritaria, sin respaldo social alguno y haciendo frente a la hostilidad y agresiones físicas de la izquierda abertzale. Primero fueron, como hemos recogido, militantes de partidos y sindicatos de izquierda, en tanto que desde mediados de los ochenta emerge una nueva forma de protesta desde sectores provenientes del pacifismo y de movimientos católicos de base, aunados en torno a una concepción humanista y a un compromiso ético con el objetivo de fomentar la cultura de la paz. Como narra Irene Moreno en su estupendo libro, esas iniciativas culminaron con la creación de Gesto por la Paz (1987), que tuvo su paralelo en Gipuzkoa en Denon Artean, movimiento nucleado en torno a Cristina Cuesta. Estos movimientos desempeñaron un rol fundamental en la lucha contra ETA por su constancia y obcecación cívica (a cada asesinato una concentración en los distintos pueblos de Euskadi), pues tuvieron el efecto de crear un *ciclo de protesta* diferente, fundamentada en una cultura ética y pacifista que se hizo sistemática y que caló socialmente con un discurso abiertamente contrapuesto a la mitologización de la violencia de ETA (Moreno 2019: 251). Promovieron una cultura prepolítica, con un mensaje rotundo y eficaz, la defensa de la vida, que por su componente humano y ético era difícil oponerse (Alonso, Casquete, 2014: 67).

En esa nueva dinámica también influyó la creciente eficacia del Estado en su lucha contra ETA. Desde mediados de los ochenta ETA sufrió caídas y detenciones importantes que además suministraban valiosa información a los cuerpos de seguridad. Tales fueron los casos de la incautación del archivo y de material militar de ETA en Sokoa (1986), la detención del responsable de los comandos ilegales, “Santi Potros” (1987), culminado todo ello con la captura de la dirección en Bidart (1992) en un momento en el que la organización pensaba iniciar una gran ofensiva. A la par el Estado recompuso la estrategia antiterrorista, desarrollando, especialmente desde 1988, una política más selectiva centrada en acechar a los núcleos vinculados ETA, frente a la persecución indiscriminada de antes que no hacía sino aumentar el número de adeptos a la organización³⁴. Conforme a ese criterio disminuyó drásticamente el número de detenidos (de 531 en 1987 a 148 al año siguiente), al tiempo que aumentaba notablemente el número de arrestados que eran encausados (de una quinta parte al 60 % en los noventa), lo que evidenciaba la eficacia de esta estrategia (Domínguez, 2000: 357; 2006: 349). Se em-

34 Ya tempranamente, con Rosón al frente de Interior, se buscó implantar esta política más selectiva. Así, en plenas negociaciones para su disolución, ETApM se expresaba así en un boletín interno: “Creo que en esta coyuntura si puede darse una represión centrada en ellos (por ETAm) y el que el pueblo quede al margen (...) porque esas intenciones de UCD (...) de ser superselectivas (sic) en la aplicación de la represión”. *Kemen*, abril 1981.

pezaba a destruir dos de los imaginarios que habían dado a ETA una gran consistencia social: su invencibilidad y la existencia de un Estado represor de todo lo vasco.

Pero, además, la relativa erosión que sufría ETA desde mediados de los ochenta (Domínguez, 2006: 325), provocó que para contrarrestar esta situación de debilitamiento la banda buscara promover acciones espectaculares y de gran impacto, que implicaban asesinatos masivos. En esa macabra lista se pueden contabilizar el atentado en Madrid de la Plaza Republica Dominicana con 12 muertos (14-6-86), el atentado de Hiperpor con 21 fallecidos (19-6-87)³⁵, o el de la casa cuartel en Zaragoza (11-12-87), que registró 11 muertos, de los que cinco fueron niñas. Por su crueldad y brutalidad eran acciones difíciles de digerir hasta para las bases del mundo incivil y violento alimentadas en el discurso del odio y de la exclusión del *otro*, y más aún para aquellos asentados en la complacencia pasiva o en el no inmiscuirse a los que la visión de tales horrores no podía dejar indiferente y alimentaba un hartazgo social cada vez más patente.

Ese hastío tuvo una primera gran expresión con ocasión del secuestro del empresario guipuzcoano Julio Iglesias Zamora, que permaneció en manos de ETA durante 117 días (del 5-7-93 al 27-10-93), encajonado en lo que él mismo definiría después como una suerte de *ataúd*. La reacción que se produjo fue *sin precedentes por su intensidad y sorprendió a ETA y a su entorno*³⁶, liderada por una actitud movilizadora ejemplar de los 337 trabajadores de la empresa de Iglesias y con el acompañamiento de los movimientos cívicos. La movilización se produjo a dos niveles, con actos masivos como una gran manifestación que tuvo lugar en San Sebastián (11-9-93), con setenta-ochenta mil personas, la mayor habida en la ciudad, que desbordó las previsiones de los organizadores³⁷; pero, junto a ello hubo una protesta cotidiana, con encierros, concentraciones diarias o semanales. Un especial impacto tuvo la socialización en las calles y espacios públicos del lazo azul a iniciativa de Gesto de la Paz que los ciudadanos portaban en sus solapas como un reclamo sereno y firme a favor de la liberación de Iglesias. Fue un salto cuantitativo por el número de personas que se movilizaron como cualitativo por el rechazo explícito a ETA protagoni-

35 Véase el magnífico artículo de Luis R. Aizpeolea sobre el impacto de Hiperpor y demás en *El País*, 15 de junio de 2012.

36 Centro de Análisis y Prospectiva de la Guardia Civil. Accesible en <https://web.archive.org/web/20031125224056/http://www.guardiacivil.org/quesomos/organizacion/organosdeapoyo/gabinete/cap/nota02.jsp>

37 Véase la crónica de José Luis Barbería en *El País*, 12 de setiembre de 1993.

zados por un elevado número de ciudadanos, que reflejaban un cambio de actitud en sectores de la sociedad vasca ante ETA. Pero también de una toma de conciencia de que el combate contra ETA se gestaba asimismo en lo cotidiano, en la vida diaria, rechazando esas prácticas banales en las que se había contemporizado con la cultura de la violencia (Doroteo Santos, 2009). Hubo excepciones a estas pautas, y al margen de HB, llama la atención la postura de una asociación como Elkarri, luego bien ponderada en ciertos medios y especialmente por el PNV, que aprovechó la petición de liberación de Iglesias para señalar que el secuestro se enmarca en la “situación de conflicto que afecta a Euskal Herria, por lo que solicitó el desarrollo de los contactos entre ETA y el Gobierno”³⁸.

Tenía razón Cristina Cuesta cuando, al elogiar la movilización habida con este secuestro, señalaba asimismo que cuando esta finalizaba, cuando volvía lo rutinario, reaparecían esas tupidas redes de coerción y temor que el mundo de ETA había instalado en el día a día³⁹. En cualquier caso, lo ocurrido fue una etapa importante pues se disputó al mundo violento la hegemonía del espacio público, se ganó la libertad simbolizada en la posibilidad de portar el lazo azul, una situación que la izquierda abertzale no podía permitir. Ello se puso de manifiesto ante las protestas preparadas con ocasión de un nuevo secuestro, el de José María Aldaya (8-5-95 a 14-4-96), en cuya ocasión los movimientos cívicos y formaciones democráticas trataron de recuperar la movilización ciudadana habida con Iglesias, encontrándose con una reacción brutal desde el mundo de la izquierda abertzale, que puso en acción *una estrategia y acoso* a toda expresión de rechazo a ETA (Gomez Moral, 2013: 97). El paisaje de Euskadi se tornó especialmente bronco como consecuencia de las contramanifestaciones de radicales abertzales, que agredían e insultaban a los concentrados en favor de la liberación de Aldaya, al tiempo que atacaban a los portadores del lazo azul. El objetivo era claro: volver a recuperar la exclusividad de la calle en tanto que representa un espacio simbólico de poder, su *espacio vital*, en la idea de monopolizar otra vez los lugares públicos como ámbito privilegiado de intervención y socialización, para lo cual, y al más puro estilo de las escuadras fascistas, se empleó la violencia con el fin de que los ciudadanos volvieran encerrarse en sus casas, no pudieran ejercer públicamente la libertad (Rodríguez Fouz, 2010: 30).

Esos años centrales de los noventa volvieron a ser muy duros, con asesinatos que reflejaban la nueva escalada de ETA (*la socialización del sufrimiento*) que causaron una enorme conmoción, como los de Ordóñez (1995) o Múgica (1996), que gene-

38 *La Vanguardia*, 10 de julio de 1993.

39 *La Vanguardia*, 9 de febrero de 1994.

raron importantes reacciones ciudadanas, expresión del profundo hartazgo frente a ETA que cada vez calaba en más ciudadanos, sobre todo, en los no vinculados a una militancia nacionalista. Era un hartazgo que, por un lado, se sintetizó semánticamente en la aparición espontánea de un lema que de forma natural cogió vuelo merced a su capacidad expresiva: era el Basta Ya; y, por otro, con un cambio también en el tipo de movilización pues no se limitaba a la denuncia de ETA sino que abarcaba también al mundo civil que lo amparaba, teniendo en este punto un papel destacado la asociación Denon Artean promovida por Cristina Cuesta (Moreno, 2019: 183).

Esa rabia que se iba manifestando se producía, sin embargo, dentro de un clima de desánimo de los no violentos y de intimidación social del mundo de ETA. Esta se canalizó a través de la *kale borroka*, la violencia callejera, intensísima en aquellos años, con más de seis mil actos violentos, con casi cuatrocientas personas heridas entre 1993 y 1998 (Domínguez, 2006: 394, 396)⁴⁰, dentro de una estrategia de agudizar la radicalización social y el enfrentamiento. Además de sus efectos coercitivos, esta actividad tenía, al entender de ETA, un efecto pedagógico en el sentido de educar a sus jóvenes adeptos en la cultura de la violencia como instrumento fundamental de la acción política (*Ibid.*, 394), forjándoles de esta manera en los hábitos de la intolerancia e imposición. Era un coctel explosivo y atrayente para los jóvenes: la violencia como un fenómeno banal y cotidiano, la acción vista desde un sentimiento lúdico, como una actividad relevante y vital de la cuadrilla, que así compartía emociones intensas y estrechaba los lazos internos. El pensamiento podía acompañar, pero lo que forjaba la identidad era la experiencia vivida a través de la acción.

El contraste era significativo: cada vez más indignación por los asesinatos y paralelamente un terror que no cesaba y que ahora se visualizaba en mayor medida merced a las agresiones de los jóvenes radicales, en una atmósfera de desolación civil ante el hecho de que estos imponían su ley y de que el ejercicio de ciudadanía implicaba un riesgo personal (era la *violencia de persecución* aplicada sobre personas concretas, movimientos sociales, discrepantes en general). Aunque también se pueden encontrar testimonios en otra dirección, lo común era leer opiniones que reflejaban ese abatimiento e impotencia: desde “hay batallas que los demócratas hemos perdido. Hemos perdido la batalla del lazo azul, la de las movilizaciones ciudadanas”⁴¹, criterio corroborado también por gentes de Gesto por la Paz (Gomez Moral, 2013: 99), hasta la percepción de que los

40 En el año 1995 hubo 924 acciones de Kale Borroka, al año siguiente el pico ascendió a 1.113 y en el 97 a 970.

41 Ramón Jaúregui, *La Vanguardia*, 23 de marzo de 1997.

alborotadores de la violencia callejera campaban con absoluta impunidad⁴², a la par que los ciudadanos asistían *indefensos* a sus actos delictivos⁴³. Esa percepción era compartida por el mundo de ETA, que consideraba que “el movimiento cívico fue desactivado y que en la calle estamos ganando”⁴⁴.

En este el clima de crispación se produjo el secuestro y posterior asesinato de Miguel Ángel Blanco (10,12-7-1997), *uno de los crímenes más estremecedores de la historia de ETA* (Fusi, 2021: 238). La sociedad vasca vivió aquel hecho bajo la conmoción que había causado la liberación de Ortega Lara, ocurrida solo nueve días antes del secuestro, y descubrió con toda su crudeza cómo trataba ETA a sus *enemigos*: 523 días encerrado en un zulo minúsculo, con humedades, en unas condiciones infrahumanas y dispuestos sus secuestradores a dejarle morir de hambre. El aspecto de Ortega cuando fue liberado era devastador: demacrado, con la mirada perdida, paso vacilante, consumido, en una imagen que retrotraía a los encerrados en los *lager* nazis, con el añadido de la vileza con que *Egin* saludó su puesta en libertad: “Ortega vuelve a la cárcel”⁴⁵. Bajo este impacto, el secuestro de Blanco –una reacción a la liberación de una persona– no hacía sino remarcar el carácter fanático y deshumanizado de ETA, imponiendo, además, una exigencia imposible de cumplir: traslado de los presos de ETA a las cárceles vascas en un plazo de 48 horas, con lo que se estaba anunciando un asesinato en diferido. Lo había ya advertido pocos días antes en términos amenazantes y propio de los pendencieros mafiosos el portavoz de HB, Floren Aoz: “tras la liberación de Ortega vendrá la *resaca*”⁴⁶.

Ante esta situación la ciudadanía consideró que no cabía más que una movilización masiva para evitar este trágico suceso. Y así ocurrió. Precedida de concentraciones

42 Javier Elzo, *El País*, 12 de enero de 1996.

43 Decía el gobernador civil de Gipuzkoa, Juan Mari Jaúregui: “Está claro que los autores de los destrozos y de las agresiones actúan con una notoria sensación de impunidad, especialmente, aquéllos que operan encapuchados. Y está claro que entre los ciudadanos existe una sensación de indefensión en la medida en que comprueban que las agresiones quedan impunes. Hay que atajar el sentimiento de frustración hacia sus propias fuerzas de seguridad que ha empezado a extenderse en los ciudadanos”. José Luis Barbería, *El País*, 13 de diciembre de 1995.

44 *Karramarro* 2, pp. 4 y 17, principios de 1997.

45 *Egin* 2 de julio de 1997. Recordar que el fuera luego diputado general de Gipuzkoa, Martín Garitano, era el redactor jefe del periódico.

46 *Egin*, 2 de julio de 1997.

multitudinarias, el día anterior, Bilbao fue escenario de la mayor manifestación habida, una auténtica revolución ciudadana de carácter espontáneo a favor de la liberación de Blanco, con un rechazo social hacia la acción de ETA nunca visto antes, que por momentos y dada la magnitud que alcanzó hizo pensar que la banda no podía ser insensible a este clamor general. De nada valió. La noticia del asesinato aquella misma tarde tuvo el efecto de una espoleta y generó una reacción espontánea, una explosión emocional de indignación y rabia, que se dirigió directamente contra HB y sus aparatos como corresponsables de aquel crimen y de tantos años de ignominia, con arrebatos violentos que fueron contenidos por los dirigentes políticos. Fueron unos días (del 11 al 14 de julio) en que el temor y el silencio se desvanecieron (“ETA y HB, la misma mierda es”; “Egin asesinos”) y los que habían estado intimidando a la mayoría de la sociedad ahora pasaron a sentir ellos la presión social (Estornés, 2013: 517). Fue la explosión de una *rabia harta* (Castells, 1997: 419).

De aquí salió la voluntad de que esa ola de revolución cívica persistiera. A su vez, y en lo que a la política se refiere, los partidos democráticos vascos decidieron adoptar una postura de dureza frente a HB y adoptaron la firme resolución de marginar a HB “en tanto que está en el diseño de los crímenes de la banda terrorista o estimularlos con sus palabras”⁴⁷, acordándose aislarla mientras no condenara a ETA. Cuando se hablaba de aislarlos se entendía en un doble sentido: hacerlo políticamente y que asimismo sus gentes sintieran la incomodidad del rechazo social como una vía para atajar más rápidamente el terrorismo socavando sus bases. Arzalluz rechazaba esta postura pues, a su entender, ello conllevaría un enfrentamiento social, como si tal cosa no existiera ya (Arzalluz, 2005: 464).

Pero como toda ola o explosión, pronto vino el reflujo. El PNV rápidamente abandonó este compromiso y siguió la senda antes indicada de sus contactos con la izquierda abertzale, favoreciendo uno de los objetivos históricos de ETA: la polarización de la sociedad, su división en dos partes lo que permitía cohesionar a la comunidad nacionalista, excluir a la que no lo era, incorporando al PNV en esa operación. De hecho, la banda consideró un éxito (estratégico) el asesinato de Blanco pues contribuyó a fracturar aún más a los vascos⁴⁸, lo que favoreció el entendimiento entre nacionalistas. La movilización en torno a Miguel Ángel Blanco también afectaba al partido jeltzale, pues no en vano uno de los ingredientes de la movilización de Ermua fue el rechazo al dispositivo ideo-

47 Comunicado de la Mesa de Ajuria Enea, 14 de julio de 1997.

48 Expresado en los términos de ETA la muerte de Blanco había permitido visualizar *el enfrentamiento entre España y Euskal Herria*. Documento de ETA del año 2000 (Domínguez, 2000: 361). También Elzo (1997, 440).

lógico nacionalista que sustentaba a ETA, por lo que se sintió preocupado. Su reacción ya la hemos comentado: rechazo al *espíritu de Ermua* por lo que contenía de crítica al nacionalismo, reafirmación de la línea frentista culminada en Lizarra y, como un sotobosque oculto, una resurrección del estereotipo etno-racista aplicado a esos inmigrantes de segunda generación no adaptados al molde del *buen vasco*.

Aunque desde el comienzo de siglo la actividad de ETA fue disminuyendo progresivamente ante la creciente eficacia de las fuerzas de seguridad, su vuelta a la acción armada junto con la constante presencia de su entramado civil, volvió a recordar que la amenaza y el terror dirigidos hacia una parte de la sociedad seguía presente. No fueron aislados los casos en los que participantes de la *rabia* de Ermua trataron de borrar su presencia ante el temor sobre cómo les podría repercutir físicamente o en la marcha de sus negocios. Fue un temor que volvió a tomar vuelo con diversas expresiones: candidaturas del PP o el PSE que no podían completarse por miedo a represalias, agresiones directas a miembros de estos partidos, artefactos en sus domicilios, una iconografía exaltadora de miembros de ETA expuesta permanentemente⁴⁹..., circunstancias frecuentes en esas poblaciones contaminadas por la violencia de ETA y en las que el arraigo social de las *comunidades inciviles* (Casquete) era potentísimo. La atmósfera lo reflejaba una activista de los movimientos cívicos: “Hoy somos más, pero también tenemos más miedo. ETA ahora puede matarnos a cualquiera”⁵⁰.

Euskadi seguía, pues, viviendo en esos primeros años del s. XXI en la anomalía de que una parte de la sociedad, la representada en el PP y el PSE, percibía que le faltaba la libertad y se desenvolvía coartada por el temor y la amenaza. Las encuestas del Euskobarómetro eran elocuentes a este respecto e indicaban que un amplio sector de vascos sentía *miedo a participar activamente en política*, casi un 70 % en el año 2000 o el 60 % dos años más tarde, sentimiento que afectaba de manera muy especial a los no nacionalistas.

49 “...pero el reportero decide entrar antes en la sucursal del Banco Guipuzcoano (de Mondragón). El director, un hombre joven y amable, atiende enseguida al potencial cliente. Le regala un apretón de manos y le señala un asiento de su despacho.

Dígame, ¿qué desea?

–Me ha sorprendido ver las fotos de 18 terroristas de ETA en la verja del banco...

–Bueno, eh..., verá... Es que siempre han estado ahí...

–Creo que después del asesinato de Isaías Carrasco la gente las quitó...

–Sí, y “ellos” volvieron a ponerlas hace unos días...”. Pablo Ordaz, “El miedo sigue andando por Mondragón”, *El País*, 20 de abril del 2008.

50 Frase de Olivia Bandrés, *El País*, 24 de setiembre del 2000.

Visto lo cual, ¿entonces la revolución ciudadana que se produjo en torno a Miguel Ángel Blanco no tuvo una repercusión especial, no se proyectó? Todo lo contrario. Fue un nuevo salto cualitativo y cuantitativo que tuvo su continuidad en los años siguientes, solo que sus protagonistas siguieron viviendo bajo la estela del terror, si bien ahora más atenuado y contestado. Siguieron siendo los ciudadanos –una parte de ellos– los que mantuvieron el activismo participando en concentraciones que reunían a un buen número de personas.

Eran unas movilizaciones y un nuevo tipo de respuestas sociales marcadas por los acontecimientos vividos en los años 1998-2003 que acentuaron la inflexión que se estaba experimentando. Por un lado, por la propia acción de ETA que tras la ruptura de la tregua en 1999 acometió una serie de atentados dirigidos muy principalmente contra populares y socialistas, así como contra la judicatura. Entre esos asesinados se contaban dos miembros destacados de Basta Ya, López de la Calle y Pagazaurtundua, así como otros magnicidios (Buesa, Jaúregui, Lluch...) que ahondaron en el hartazgo hacia la banda y que sus crímenes fueran cada vez más insoportables para más gente. Pero también continuó pesando la actitud del PNV que persistió en su voluntad de seguir el proyecto frentista una vez rota la tregua (“el pacto no está muerto sino *congelado*”)⁵¹, así como mantener el entendimiento con HB (“el PNV tiene necesidad de HB, y HB la tiene del PNV”)⁵². El momento central que escenificó la fragmentación entre el PNV y el no nacionalismo o lo que puede entenderse como la plasmación de una Euskadi rota, fue con ocasión del asesinato de Buesa, en cuya ocasión el PNV dio muestras de una notable torpeza política y de una insensibilidad hacia los que por sus declaraciones y actitudes expresaba que sentía como los *otros*, los que, según la dirección del PNV, eran instrumentados por el CESID⁵³ (Rivera, Mateo, 2020). En aquellos primeros años del siglo, el PNV rechazaba la violencia de ETA, sin duda, pero a la par persistía en mantener la ilusión de revivir Lizarra además de que mostraba su nula o escasa empatía, su *corazón helado*, hacia el no nacionalismo hostigado por el mundo violento, sintiéndose ajeno a la situación de falta de libertad y persecución que este sector padecía. El PNV tuvo en este sentido una gran responsabilidad en la fragmentación de la sociedad vasca y en no restablecer los puentes con aquella parte de la sociedad que no se sentía nacionalista.

51 Joseba Egibar, *El País*, 14 de agosto de 2000.

52 Joseba Egibar, Agencia *EFE*, 6 de agosto de 2000.

53 *La Vanguardia*, 25 de febrero del 2000.

Todo ello alimentó el *ethos* en un cierto colectivo social vasco –el no nacionalista– que transmutaba la emoción explosiva de julio del 97 en una indignación serena, reflexionada y no solo emotiva, que entendía que no bastaba con una crítica sorda a través del silencio o una denuncia solo moral. Este sector consideraba que era necesario una radicalización y explicitación de los mensajes fundamentalmente en dos direcciones: por un lado, en el diagnóstico y recriminación de la situación que padecía una parte de la sociedad: la falta de la libertad; pero también en la denuncia del sustrato ideológico que amparaba al terrorismo: el nacionalismo. En este contexto es como aparece el movimiento cívico Basta Ya, que hizo suyos esos criterios, alcanzando algunas de sus convocatorias un fuerte respaldo muestra de cómo había calado ese discurso *político* contra ETA, el mundo que le arrojaba y el nacionalismo.

En cualquier caso, se estaba en un tiempo nuevo y así lo pusieron de manifiesto las nutridas manifestaciones en Vitoria (2008) y en Bilbao (2009) tras el asesinato de un guardia civil y un policía respectivamente. Pertenecer a esos cuerpos ya no era un lastre a la hora de expresar el apoyo a las víctimas y el rechazo a ETA, en tanto que las percepciones entre sus allegados era bien distintas a la de uno tiempo antes. Con ocasión del funeral de Vitoria declaraba un miembro de la Guardia Civil: “Hace unos años, los guardias civiles y los policías asesinados recibían un funeral rápido y sin gente, casi clandestino. Pues ahora ya lo ve, por la puerta grande”⁵⁴.

No en vano a lo largo de todos estos años ETA fue perdiendo paulatinamente aceptación social y sufriendo una erosión patente en la sociedad vasca. Algunos datos son elocuentes a este respecto: Si en 1981 un 12 % de la población vasca apoyaba a ETA y solo un 23 % expresaban un rechazo total, en el año 2010 solo un 0,5 % expresaba un total apoyo a ETA y únicamente un 3 % manifestaba un apoyo crítico, en tanto que el rechazo se había situado en el 72 %, (porcentaje que se obtiene del 56 % del rechazo total más del 16 % de los que antes le apoyaban, pero en ese momento no). (Eusko-barómetro; Izaskun de la Fuente, 2011).

Fue un largo camino que llevó a la banda y al mundo civil que le amparaba a tener que asumir el abandono de las armas pues su capacidad operativa era cada vez menor y, sobre todo, estratégicamente no resultaba rentable para su marca política (Bildu), de modo que la persistencia de su violencia no solo no era útil sino resultaba contraproducente. Como se ha dicho tantas veces, confluyeron un conjunto de factores para que se llegara a la derrota de ETA: la eficacia policial; una justicia más exigente y eficaz, aplicando la ley a sectores que estaban a la sombra de ETA; la colaboración internacional; la adecua-

⁵⁴ *El Correo*, 15 de mayo del 2008.

ción de las políticas antiterroristas del Estado, más ecuanímes y certeras. Pero, también, y de forma significativa, esa reacción social, que, aunque tardó en llegar y no lo hizo en todos los lugares de Euskadi, se fue plasmando tanto en los espacios *públicos como en los privados*. Se invirtió la situación de los años 70 de manera que ETA y su mundo cada vez encontraron menos respaldo social, estaban *más solos*. Ello no quiere decir que hayan desaparecido importantes núcleos en la sociedad vasca que simpatizan con el recuerdo de ETA y que siguen sosteniendo una mentalidad antipluralista y totalitaria, pero esta es una confrontación que se sitúa ya en otro terreno, en el de la pugna democrática.

Bibliografía

- Aguirre, Rafael (2012): “Arrepentimiento y sociedad dañada”, *Justicia para la convivencia. Los puentes de Deusto*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Alonso, Martín; Casquete, Jesús (2014): “ETA, el miedo domesticado y el desafío de los gestos”, *Claves de la razón práctica*, n° 236, pp. 66-77.
- Alonso, Martín (2021): “El laberinto discursivo nacionalista: bandos e identidades, ideas y creencias”, *Araucaria*, vol. 43, n° 46, pp. 677-698.
- Ardanza, José Antonio (2011): *Pasión por Euskadi. Memorias*. Barcelona: Destino.
- Archivo Vasco Pres (varios años): *Crónica de Documentación y Actualidad*, Archivo General de Navarra (AGUN).
- Arteta, Aurelio (2010): *Mal consentido. La complicidad del espectador indiferente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Arzalluz, Xabier (2005): *Así fue*. Barcelona: Foca
- Aviles Farré, Juan (2017): “Medio siglo de terrorismo en Europa occidental. El impacto del terrorismo en Europa occidental”, *Cuadernos del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, 4, octubre de 2017.
- (2018): “La resaca del 68. El inicio de los años de plomo en Europa”, *Pardines. Cuando ETA empezó a matar*. Madrid: Tecnos, pp. 21-37.
- Balencie, Jean Marc (2004): “Les mille et un visages du terrorisme contemporain”, *Les terrorismes, Questions internationales* n° 8.
- Calleja, Jose Mari (2006): *Algo habrá hecho. Odio, muerte y miedo en Euskadi*, Madrid: Espasa Calpe.
- Casquete, Jesús (2009): *En el nombre de Euskal Herria*. Madrid: Tecnos.
- Castells, María Teresa (1997): “Una rabia harta”, *Ermua, 4 días de julio*. Madrid: El País Aguilar.

- Crenshaw, Marta edited by (1995): *Terrorism in context*, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press
- Domínguez, Florencio (2000): “La violencia nacionalista de ETA”, *Violencia Política en la España del siglo XX*, Madrid: Taurus.
- (2003): *Las raíces del miedo. Euskadi, una sociedad atemorizada*. Madrid: Aguilar.
- (2004): “ETA. Un análisis de situación”, *Cuadernos de Pensamiento Político. Faes*. Madrid, pp. 93-116.
- (2006): “El enfrentamiento de ETA con la democracia”, *La Historia de Eta*, Madrid: Temas de Hoy.
- Archivo Vasco Pres (varios años): *Crónica de Documentación y Actualidad*, Archivo General de Navarra (AGUN).
- Elzo, Javier (1997): “No fuimos cómplices”, *Ermua, 4 días de julio*. Madrid: El País Aguilar
- Estornés, Idoia (2013): *Cómo pudo pasarnos esto*. Donostia: Erein
- Euskobarómetro, oleadas, mayo 1999, noviembre 2000, noviembre 2007.
- Fernández, Jonan (2006): *Ser humano en los conflictos. Reflexión ética tras una vivencia directa en el conflicto vasco*. Madrid: Alianza Editorial.
- Funes, M^a José (1998): *La salida del silencio. Movilizaciones por la paz en Euskadi 1986-1998*. Madrid: Akal.
- Fusi, Juan Pablo (2017): “Euskadi sociedad abierta”, *Euskadi 1960-2011. Dictadura, transición y democracia*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2021): *Pensar España. En torno al pensamiento español del siglo XX*. Madrid: Arzalia Ediciones.
- Gomez Moral, Ana Rosa (2013): *Un gesto que hizo sonar el silencio*. Bilbao: Gesto por la Paz.
- González Calleja, Eduardo (2012): *El laboratorio del miedo: Una historia general del terrorismo*. Barcelona: Crítica.
- (2014): “Las ciencias sociales ante el problema del terrorismo”, *Vínculos de Historia*, núm. 3 (2014) pp. 122-143.
- (2016): *Asalto al poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI.
- González Katarain, Dolores (1987): *Yoyes desde su ventana*, Pamplona: Garrasi.
- Iglesias, María Antonia (2009): *Memoria de Euskadi*, Madrid: Aguilar.
- Hilberg, Raul (1994): *Exécuteurs, victimes, témoins. La catastrophe juive 1933-1945*. París: Gallimard.
- López Romo, Raúl (2015): *El informe Foronda. Los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*, Madrid: Los libros de la Catarata.

- Mees, Ludger (2009): “Visión y gestión. El nacionalismo democrático 1998-2009”, ¿Crisis? ¿Qué crisis? España en busca de su camino, Frankfurt a. M. y Madrid: Vervuert, pp. 161-205.
- Montero, Manuel (2011): *La forja de una nación: Estudios sobre el nacionalismo y el País Vasco durante la II República, la Transición y la democracia*, Granada: Universidad de Granada.
- Morán, Sagrario (2004): *PNV-ETA. Historia de una relación imposible*. Madrid: Tecnos.
- Moreno Babiloni, Irene (2019): *Gestos frente al miedo*. Madrid: Tecnos.
- Noelle-Neuman, Elisabeth (1995): *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*. Barcelona: Paidós.
- Pérez, José Antonio, (2010): “La memoria de las víctimas del terrorismo en el País Vasco: un proyecto en marcha”, *Violencia Política. Historia, memoria y víctimas*. Madrid: Maia Ediciones.
- Pérez-Agote, Alfonso (2008): *Las raíces sociales del nacionalismo vasco*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociales.
- (2021): “ Conflictos de identidad y violencia política: Una reflexión teórico-metodológica que permite el análisis sociológico del proceso histórico del surgimiento y la disolución de la violencia en el País Vasco”, <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-03295474>.
- Rivera, Antonio; Mateo, Eduardo (2020): *Fernando Buesa, una biografía política. No vale la pena matar ni morir*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Rodríguez Fouz, (2010): “Batallas simbólicas. La lucha por el espacio simbólico en Euskadi”, *CEIC*, sept 2010, vol 2010/2
- Santos, Doroteo (2009): “El miedo social en el País Vasco en relación con el terrorismo”, *Bakeaz, Escuela de Paz*, n° 16.
- Sáenz de la Fuente, Izaskun (2011): “La opinión pública vasca ante la violencia de ETA”, *Bakeaz, Escuela de Paz*, n° 23.
- Schwarz, Géraldine (2019): *Los amnésicos. Historia de una familia europea*. Barcelona: Tusquets.
- Tejerina, Benjamín (2015): “Nacionalismo, violencia y movilización social en el País Vasco. Factores y mecanismos del auge y declive de ETA”, *Papeles del CEIC*. 2015/3, n° 136.



EL OCASO DE ETA

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

Introducción

Asumiendo la imposibilidad de derrotar al “Estado” por la vía insurreccional, a principios de la Transición democrática, ETA militar (ETAm) había adoptado un nuevo enfoque: forzar la “negociación” de la independencia de Euskadi mediante una “guerra de desgaste”, por emplear el término acuñado por Ignacio Sánchez-Cuenca (2001). Esta estrategia consistía esencialmente en asesinar al mayor número posible de miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado (FCSE) y del Ejército para alimentar el ruido de sables en los cuarteles. No se trataba de provocar un golpe de Estado, sino de hacerlo creíble: ETAm contaba con que antes, para evitar tal tesitura, el Gobierno acabaría cediendo al chantaje.

Durante la Transición, las distintas ramas de ETA desplegaron tal grado de violencia que las FCSE fueron totalmente incapaces de hacerles frente. En cierto modo, los terroristas llegaron a pensar que tenían la “victoria” al alcance de la mano y que solo era necesario aplicar más presión, esto es, poner más muertos encima de la mesa. Entre 1976 y 1982 ETAm, ETA político-militar (ETApm) y los Comandos Autónomos Anticapitalistas (CAA) asesinaron a 340 personas e hirieron a otras 305.

Sin embargo, ETApm desapareció en 1982, y los CAA poco después. Sobrevivió ETAm, que acabó monopolizando las históricas siglas hasta convertirse en ETA a secas, pero fue incapaz de mantener el nivel de violencia y su meta se fue alejando cada vez más durante los años ochenta. Por un lado, los intentos de “negociación” con el Gobierno de Felipe González resultaron un fiasco. Por otro, a finales de la década se

firmó el Pacto de Ajuria Enea, que materializaba la unidad de los partidos democráticos vascos. Paralelamente, comenzaron a hacerse más visibles las convocatorias del movimiento pacifista. Además, gracias a la colaboración entre el Gobierno francés y el español, ETA perdió su “santuario” al otro lado de la frontera. El potencial mortífero de la banda fue desgastándose lenta pero progresivamente.

La lucha antiterrorista que llevaban a cabo las FCSE se fue haciendo cada vez más selectiva y efectiva. Por ejemplo, en julio de 1990 fue desarticulado en Sevilla el comando Argala. La pérdida de su célula más letal fue un duro golpe para ETA, que pretendió recuperar la iniciativa provocando una masacre. El 29 de mayo de 1991 el comando Barcelona hizo explotar un coche bomba en la casa-cuartel de Vich (Barcelona), causando diez víctimas mortales y 42 heridos. Un día después el jefe de aquella célula terrorista y su lugarteniente murieron en un tiroteo con la Policía.

Con el fin de volver a sentar a los representantes del Gobierno en la mesa de negociaciones, como ya había conseguido en Argel unos años antes, ETA preparó una gran ofensiva terrorista para 1992. Ese año se iban a celebrar en España tanto los Juegos Olímpicos (Barcelona) como la Exposición Universal (Sevilla), lo que colocaba al gabinete de Felipe González en una situación de vulnerabilidad ante la opinión pública internacional.

Tan solo en los tres primeros meses de 1992 los atentados dejaron 19 víctimas mortales y 4 heridos. La campaña fue interrumpida por las FCSE, que desmantelaron el comando Bizkaia, el comando Mugarri y una red de extorsión. El 29 de marzo de 1992 la cúpula de ETA fue detenida en un caserío de Bidart. Sus sustitutos corrieron la misma suerte. La banda entró en una crisis gravísima. No solo había perdido a su equipo dirigente y sus comandos operativos, sino que se había desvanecido el mito de que era indestructible. Tanto en el Gobierno como en la desmoralizada izquierda abertzale se abrió paso la idea de que era posible la derrota policial y judicial de ETA.

La socialización del sufrimiento

A decir de Florencio Domínguez (2006), Bidart “dejó a los miembros y simpatizantes de ETA desmoralizados y sin referencias válidas durante mucho tiempo”. En el plano organizativo la banda “se vio obligada a reconstruir sus estructuras y sus redes en un proceso que le llevó más de dos años; en el nivel de violencia, porque a partir de 1992 la organización no fue capaz de recuperar el ritmo de acciones terroristas anterior a ese año”. Los dos siguientes, 1993 y 1994, sirvieron para constatar su declive:

estaba llegando a sus mínimos históricos de letalidad. Era la primera vez en la lucha contra el terrorismo que las FCSE tomaban la delantera. No obstante, a la serpiente todavía le quedaba veneno, por lo que los asesinatos no cesaron hasta 2010.



Fuente: Raúl López Romo (2015)

Bidart puede considerarse la causa última del viraje estratégico de la organización y su entorno. Por una parte, la izquierda abertzale fue recomponiendo sus relaciones con el PNV y EA, que se habían deteriorado tras el pacto de Ajuria Enea, con vistas a constituir un frente abertzale que, de algún modo, corrigiese lo sucedido en la Cumbre de Chiberta de 1977. Por otra parte, se reorientó la violencia en una nueva dirección: la socialización del sufrimiento. Esta estrategia consistía en atemorizar a los vascos y navarros no nacionalistas mediante la persecución y el asesinato de líderes y militantes del PP, el PSOE y UPN, así como de intelectuales, profesores, periodistas y otro tipo de profesionales. Una treintena de víctimas mortales de la banda respondían a este perfil.

Como advierte Raúl López Romo (2015) y contra lo que suele afirmar, la socialización del sufrimiento “no aparece en la ponencia Oldartzen (acometiendo o arremetiendo), que sentó la línea política de HB desde 1995”. Dicho documento era un llamamiento a que el abatido nacionalismo vasco radical pasase a la “ofensiva” en terrenos que quería recuperar o monopolizar, como el educativo, el cultural, el mediático-

co y el social. En ese último aspecto, la urgencia tenía mucho que ver con el paulatino desarrollo del movimiento pacifista vasco y las cada vez más nutridas concentraciones que se convocaban después de cada atentado terrorista. Irene Moreno (2019) considera que “la ponencia Oldartzen reflejó ese miedo a perder la calle y a que la acción de los manifestantes interfiriera en la cosmovisión abertzale”.

La apuesta ultranacionalista por retomar el control de ámbitos como el espacio público encajaba en la estrategia global de ETA: era un aspecto más de la socialización del sufrimiento. Así, en marzo de 1995 el miembro de la Mesa Nacional de HB Joxe Mari Olarra lanzó la siguiente amenaza: “Hasta ahora solo hemos sufrido nosotros, pero están viendo que el sufrimiento comienza a repartirse”. En palabras de Raúl López Romo (2019), “este tipo de alegatos abundaron entonces entre los líderes del nacionalismo vasco radical; no fueron una coincidencia. Varios dirigentes de la izquierda abertzale firmaron un manifiesto dirigido al PNV en noviembre de 1995 en el que aseguraban que ‘o se soluciona el conflicto o se agudiza’ (...). Por su parte, Joseba Álvarez, integrante de la Mesa Nacional de HB (...), opinó en septiembre de 1996 que “lo que estaba pasando en los últimos años era que presos y otros tantos problemas eran exclusivamente de la izquierda abertzale. ¿Cuál es la solución? Socializar las consecuencias de la lucha”.



Fuente: Crónica de VascoPress y Florencio Domínguez (2017)

ETA había cometido 125 atentados en 1990, que aumentaron hasta 150 al año siguiente. No obstante, como se puede ver en el gráfico de arriba, a partir de la caída de Bidart de 1992 y, a consecuencia de las subsiguientes operaciones policiales, el número de atentados terroristas se desplomó y nunca volvió a recuperarse.

Para compensar su incapacidad operativa, el entorno juvenil de la banda intensificó el acoso, la intimidación y la *kale borroka*. Según la agencia VascoPress, si en 1994 se habían registrado 287 incidentes en el País Vasco y Navarra, al año siguiente se multiplicaron hasta los 924. En 1996 fueron 1.113; y en 1997, 970. El repertorio de estos grupos incluía el lanzamiento de objetos y cócteles molotov, el incendio de mobiliario urbano y vehículos, los ataques a sedes de partidos democráticos, edificios institucionales y domicilios particulares, etc. En total, según el registro oficial, el entorno de ETA causó lesiones a 102 personas. No es de extrañar que, como reveló el Euskobarómetro, para el 90 % de los vascos se tratase de un problema bastante o muy grave.

El terrorismo de “baja intensidad” trataba de compensar la debilidad de ETA, pero, a decir de Eduardo González Calleja (2013), también servía para propiciar “una política de enfrentamiento civil encaminada a generalizar el miedo entre los ciudadanos vascos” y crear una fractura en la sociedad: se trataba un proyecto de “ulsterización”. Hay que recordar que, pese a que entre 1996 y 1997 la mitad de los ataques se dirigían contra nacionalistas moderados, a partir de entonces la absoluta mayoría de ellos tuvieron como objetivo a los vascos no nacionalistas. Eran, además, una forma de adiestrar y luego reclutar nuevos integrantes de la banda con los que suplir a los arrestados.

Según nuestros cálculos, 33 de las 95 personas que ETA asesinó en la última fase de su historia respondían al perfil concreto de la “socialización del sufrimiento” o a lo que la banda consideraría “daños colaterales”, producto de dicha estrategia. Aproximadamente se trató de un tercio de las víctimas mortales acumuladas entre 1995 y 2010. Aquella campaña contra políticos y otros profesionales hizo que la proporción de civiles asesinados por la banda superase a la de miembros de las FCSE y las Fuerzas Armadas (FAS).



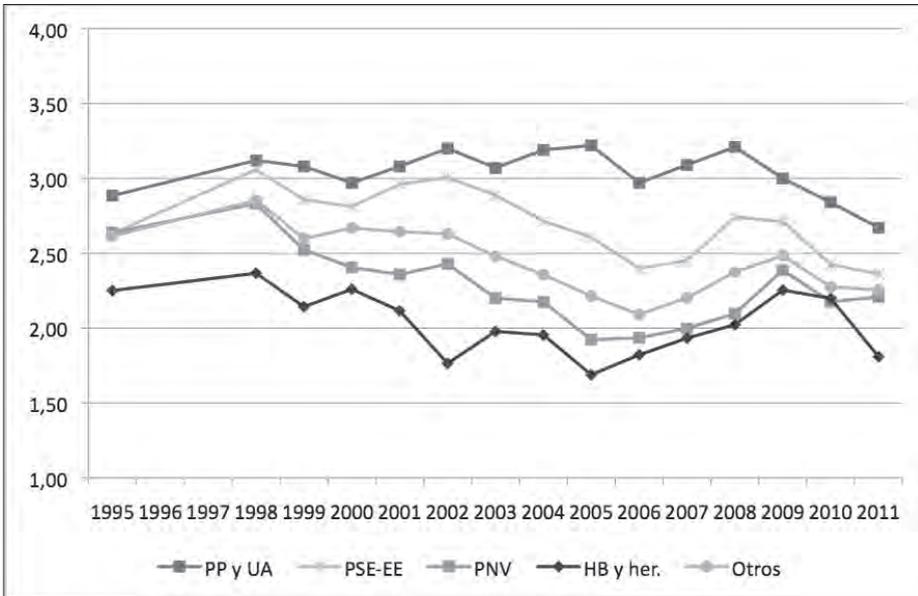
Fuente: Crónica de VascoPress

La combinación entre atentados terroristas, *kale borroka* y acoso sistemático por parte del nacionalismo radical hizo que un número indeterminado de ciudadanos abandonase Euskadi por la ausencia de libertad. Pese a que se trata de un fenómeno innegable, todavía no contamos con ningún estudio riguroso que nos permita calcular el número exacto de los transterrados por culpa de la amenaza de ETA y su entorno. Sí podemos medir variables concretas, como han hecho Rafael Leonisio y Francisco J. Llera (2017) con el miedo a hablar de política libremente, que siempre fue significativamente mayor entre los vascos no nacionalistas que entre los nacionalistas.

Evolución (medias anuales) de la percepción de la existencia de miedo a participar en política en Euskadi según recuerdo de voto (1995-2011).

El ocaso de ETA

Nota: El gráfico se elabora como una escala de 1 a 4 a partir de una variable ordinal con los siguientes valores: 1 (nada), 2 (poco), 3 (bastante) y 4 (mucho).



Fuente: Francisco J. Llera y Rafael Leonisio (2017)

El asesinato que inauguró la socialización del sufrimiento en enero de 1995 fue el de Gregorio Ordóñez, parlamentario autonómico del PP y teniente alcalde de San Sebastián. En abril, la organización acabó con la vida del militar Mariano de Juan Santamaría en la misma ciudad. El 19 de ese mismo mes ETA fracasó en su tentativa de asesinar en Madrid al entonces jefe de la oposición José María Aznar, aunque la explosión causó heridas mortales a Margarita González Mansilla, un ama de casa de 73 años. Ese mismo día otra bomba, que ETA había abandonado meses antes, acabó con la vida del policía nacional Eduardo López Moreno en Navarra.

Todavía era abril de 1995 cuando la banda dio a conocer su Alternativa Democrática, que venía a sustituir a la Alternativa KAS, cuyo cumplimiento llevaba dos décadas exigiendo al Gobierno. En el nuevo documento ETA reclamaba otra amnistía general, el derecho de autodeterminación y una Gran Euskal Herria, ampliada con la anexión de Navarra y el País Vasco francés. Para conseguirlo, proponía, era indispensable un frente nacionalista.

El 6 de febrero de 1996 ETA acabó con la vida del político socialista Fernando Múgica Herzog, delante de uno de sus hijos, y ocho días después con la del jurista Francisco Tomás y Valiente, expresidente del Tribunal Constitucional. El 4 de marzo una bomba-lapa mató al inspector de la Ertzaintza Ramón Doral Trabadelo. Era la réplica de la banda a las elecciones generales que se habían celebrado el día anterior y que se habían saldado con una victoria del PP, lo que puso fin a la larga etapa socialista. Se constituyó un gobierno presidido por José María Aznar, con Jaime Mayor Oreja como ministro del Interior.

En junio de 1996, ETA decretó una efímera tregua para negociar con el nuevo gabinete del PP, que hizo algunos gestos significativos, como el acercamiento a cárceles del País Vasco de varios presos por delitos de terrorismo. Sin embargo, al mes siguiente la organización retomó la violencia. En total, ETA asesinó a cinco personas y causó lesiones a otras 12 en 1996. Al año siguiente la lista sumó otras 13 víctimas mortales y 22 heridos.

A pesar de las presiones, las amenazas y los atentados, la mayoría de los cargos públicos se mantuvieron en sus puestos. En opinión de Florencio Domínguez (2017), “aquellos militantes de partidos constitucionalistas que dieron el paso para ocupar los puestos dejados por compañeros asesinados, aquellos otros que hicieron frente a las amenazas y peligros para mantener en circunstancias adversas la representación popular que habían obtenido en los ayuntamientos o en otras instituciones, los que sacrificaron su bienestar personal y el de sus familias por defender sus ideas frente a los violentos, dieron un ejemplo político y moral que no debe ser olvidado”. Además de a los afiliados al PSE, PP, UPN y Unidad Alavesa, esta moral de resistencia también caracterizó al movimiento pacifista y el movimiento cívico, los intelectuales críticos y el sector de la ciudadanía vasca y navarra que se movilizaba de una u otra manera contra el terror.

Con todo, durante este periodo, ETA no cesó los ataques a las FCSE ni las operaciones para asegurar su financiación. Entre 1993 y 1997 la organización secuestró a los empresarios Julio Iglesias Zamora, José María Aldaya y Cosme Delclaux, exigiendo un rescate monetario por su vida. Los grupos pacifistas, entre los que despuntaba Gesto por la Paz, organizaron masivas campañas demandando su liberación. Frente a sus concentraciones, en las que se utilizaban símbolos como el lazo azul, la izquierda abertzale convocaba contramanifestaciones en las que se escuchaban gritos como “¡Aldaya, paga y calla!”. Ahora bien, los secuestros por motivos económicos no fueron los únicos que se produjeron entre 1996 y 1997.

El *Espíritu de Ermua*

El 17 de enero de 1996 ETA secuestró al funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara en Burgos. Los terroristas querían utilizarle como moneda de cambio para que el Gobierno reubicase a los presos de la banda en cárceles de Euskadi. Durante 532 días Ortega Lara fue retenido en un minúsculo e insalubre zulo de Mondragón, en el que sufrió condiciones tan penosas que llegó a plantearse el suicidio. El secuestro más largo de la historia de ETA terminó el 1 de julio de 1997, cuando la Guardia Civil rescató al rehén y detuvo a sus captores. Como señala José Luis de la Granja (2003), su “imagen depauperada recordaba las de los supervivientes del holocausto nazi contra los judíos y dio la vuelta al mundo”. No obstante, la izquierda abertzale permaneció impassible ante los crímenes de la organización terrorista. El titular de portada de *Egin* era elocuente al respecto: “Ortega vuelve a la cárcel”.

Aquella ausencia de empatía no lograba ocultar que la labor de las FCSE había frustrado el plan de ETA. La banda decidió vengarse. Como amenazó el portavoz de HB Floren Aoiz, “tras la borrachera policial, puede llegar la resaca si no hay una solución política”. El jueves 10 de julio de 1997 un comando secuestró en Ermua a un joven y desconocido concejal del PP: Miguel Ángel Blanco. La organización dio 48 horas al Gobierno para cambiar su política penitenciaria y trasladar inmediatamente a Euskadi a los condenados por delitos de terrorismo. Se trataba de una condición imposible de cumplir, por lo que las intenciones de ETA eran evidentes. Así lo comprendieron la sociedad española en general y la vasca en particular, que se manifestaron para salvar la vida de Miguel Ángel Blanco. Tan solo en Bilbao se llegaron a reunir cerca de medio millón de ciudadanos. Una vez más, la banda hizo caso omiso. El 12 de julio Miguel Ángel Blanco fue abandonado con dos heridas de bala. La víctima falleció en la madrugada del día siguiente.

Aquel crimen desató una oleada de indignación que desbordó todas las previsiones. Unos seis millones de ciudadanos se sumaron a las movilizaciones convocadas en toda España, en las que se corearon lemas como “¡Vascos sí, ETA no!”. Precisamente en Euskadi se habían sucedido las protestas multitudinarias, muchas de ellas espontáneas. Se trató de un punto de inflexión en nuestra historia reciente que, siguiendo a Irene Moreno (2019), solo se explica atendiendo a una serie de factores. “Fue importante el perfil humano y político de Miguel Ángel Blanco: un chaval de pueblo, trabajador, un concejal sin mayores aspiraciones políticas y aficionado a la música. También, la atmósfera emocional que se creó en las largas 48 horas de secuestro y que cohesionó a la mayoría de la sociedad vasca. Pero la reacción en todo el País Vasco no se entiende sin la tensión preexistente en los años de las *contras*, el continuo estado de violencia

derivado del aumento de la *kale borroka*, el cambio en el perfil de las víctimas y las movilizaciones que ya habían tenido lugar”.

Cuando los habitantes de Euskadi se deshicieron del miedo, lo que quedó patente en consignas como “¡ETA, aquí tienes mi nuca!», el nacionalismo radical perdió no solo el control de la calle, sino también su tradicional coartada. Era imposible seguir sosteniendo que ETA y su entorno representaban a todo el “pueblo vasco”. El “Espíritu de Ermua” y las movilizaciones eran la prueba de lo que ya habían apuntado las encuestas y el continuado descenso de los votos a HB: la mayoría absoluta de los habitantes de Euskadi y Navarra rechazaban el terrorismo.

El asesinato de Miguel Ángel Blanco inspiró la creación de plataformas como el Foro de Ermua (1998), Basta Ya (1999) y la Fundación para la Libertad (2002), integradas por intelectuales, profesores universitarios, periodistas, artistas, sindicalistas, etc. Se trataba de un movimiento cívico a favor de la Constitución, el Estatuto de Gernika, la libertad, el pluralismo y las víctimas del terrorismo; y, por tanto, que se posicionaba frontalmente contra ETA y sus cómplices. No obstante, y esto era una novedad, también criticaba con dureza al PNV, su intento de homogeneizar Euskadi mediante un “nacionalismo obligatorio” y su supuesta equidistancia entre víctimas y victimarios. Las protestas del movimiento cívico tuvieron apoyo social y seguimiento mediático, aunque ambos fueran menguando con el tiempo, debido al cansancio, los personalismos, las crisis internas, la salida de algunas de sus figuras más destacadas y la progresiva politización de su discurso. Basta Ya acabó siendo el germen de un nuevo y efímero partido: Unión Progreso y Democracia (UPyD), fundado en 2007.

La liberación de Ortega Lara y el “Espíritu de Ermua” no fueron los únicos reveses que ETA tuvo que encajar en aquella época. En junio de 1998 se quedó sin su órgano oficioso de expresión, cuando el juez Baltasar Garzón ordenó el cierre provisional del diario *Egin*, que se convirtió en definitivo en julio del año siguiente. Era el comienzo de la ilegalización de las organizaciones sectoriales que componían el nacionalismo radical, a las que este respondió con más violencia callejera.

El Pacto de Estella

La socialización del sufrimiento se complementaba en el plano político con la “acumulación soberanista”. La hoja de ruta de ETA requería convencer al PNV y a EA de que rompiesen con el resto de las fuerzas democráticas para configurar un frente nacionalista a favor de la independencia de una estado-nación que incluyese Euskadi, Navarra y el País Vasco francés. A cambio de su adhesión, la banda ofrecería al na-

cionalismo moderado un alto el fuego. Por supuesto, no se trataba de una propuesta original. ETA (o al menos una de sus corrientes) había defendido el horizonte frentista en varias ocasiones desde los años sesenta, aunque sus propósitos siempre se habían malogrado por el rechazo jeltzale. En 1995 se produjo un punto de inflexión cuando comenzó a funcionar la unidad sindical entre LAB y ELA.

Si bien tanto ese precedente como la postura de ETA tuvieron un peso específico, la razón última por la que el frente abertzale se materializó en Estella se encuentra en el PNV: por una vez los planes del partido coincidían con la táctica política de la banda, al menos sobre el papel. En una obra publicada en 1996, *Una vía hacia la paz*, el político jeltzale Juan Mari Ollora había sido el primero en plantear la alianza nacionalista, idea que no tardaron en hacer suya dirigentes del peso de Xabier Arzalluz. Por tanto, el PNV ya estaba diseñando un acercamiento a la “izquierda” antes del asesinato de Miguel Ángel Blanco, aunque, como advierten Santiago de Pablo y Ludger Mees (2005), “la *catarsis* de Ermua y la constante pérdida de apoyo electoral del nacionalismo en su conjunto hicieron que el PNV se decidiera a dar un paso definitivo”. En ese sentido, conviene recordar que en las elecciones generales de 1996 las fuerzas no nacionalistas habían sumado el 52 % de los votos en el País Vasco y el 85 % en Navarra, comunidades autónomas en las que los jeltzales se tuvieron que conformar con el 25 % y el 0,97 % de las papeletas, respectivamente. Hay que añadir, siguiendo a José Luis de la Granja (2003), que, “tras Ermua, parecía factible que una próxima derrota policial de ETA trajese aparejada una derrota política del conjunto del nacionalismo vasco”.

Los primeros contactos entre la organización terrorista y el PNV se celebraron en enero de 1998. A largo del primer semestre de aquel año los puentes entre las fuerzas nacionalistas moderadas y las no nacionalistas fueron saltando por los aires. Primero lo hizo el pacto de Ajuria Enea. El lehendakari José Antonio Ardanza pretendía sustituirlo por un nuevo acuerdo, abierto al diálogo con ETA y a un nuevo consenso político que implicase a la “izquierda”, lo que suponía dejar atrás el Estatuto de Gernika, pero no contó con el beneplácito de los constitucionalistas. Después se rompió el Gobierno Vasco de coalición PNV-EA-PSE. Tras la salida de los socialistas, el gabinete Ardanza quedó en minoría, pero pudo contar con el sostén de HB en el parlamento autonómico.

En junio de 1998 la coalición abertzale radical creó el Foro Irlanda con el propósito de promover un “proceso de paz” similar al que estaba teniendo lugar en Irlanda del Norte con los Acuerdos de Viernes Santo. Los nacionalistas moderados se sumaron al Foro, que se constituyó en embrión del pacto de Estella. En agosto el PNV y EA se comprometieron ante ETA a “dar pasos eficaces para lograr una estructura institucional única y soberana” y a “dejar sus acuerdos con los partidos que tienen como

objetivo la destrucción de Euskal Herria y la construcción de España (PP y PSOE)”, mientras que la banda aceptaba “iniciar un alto el fuego indefinido”.

Ese era el espíritu que animaba el pacto de Estella, que fue presentado públicamente en septiembre de 1998. Estaba integrado por todas las fuerzas nacionalistas vascas de ambos lados de la frontera con el exótico añadido de IU. El proyecto de Estella aunaba frentismo y radicalización del nacionalismo democrático, cuyo discurso se mimetizó tanto con el de la izquierda abertzale que el término “conflicto” se transformó en pieza clave de su vocabulario.

Unos días después de la puesta de largo del pacto de Estella, ETA declaró una tregua. Pese a las esperanzas que despertó, no estaba planteada como definitiva: la banda la aprovechó para reconstruir sus estructuras, reforzar su arsenal y recabar información sobre posibles objetivos.

Significativamente el parón no incluía ni el “impuesto revolucionario” ni la *kale borroka* contra los no nacionalistas, que se sintieron abandonados tanto por sus ciudadanos nacionalistas como por el Gobierno Vasco y otras instituciones dominadas por el PNV y EA. A decir de José Luis de la Granja (2003), el nacionalismo moderado imaginaba el pacto de Estella como la *pista de aterrizaje* del terrorismo, pero “servía igualmente como *pista de despegue* que, por medio del frente nacionalista allí constituido, llevaría a la ruptura con la Constitución y el Estatuto, a la autodeterminación y, en último término, a la independencia de Euskal Herria”. El precio, al marginar a las formaciones que daban voz a casi la mitad de la población vasca, era eliminar la diversidad que históricamente había caracterizado a Euskadi. De nacer, la nueva nación sería monolítica y homogénea.

La primera prueba para el pacto de Estella llegó en las elecciones autonómicas de octubre de 1998. El PNV revalidó la primera posición, con 350.322 papeleras (el 28,01 % del total). Le seguían el PP, con 251.743 votos (20,13 %); la nueva marca ultranacionalista, Euskal Herriarrok (EH), con 224.001 (17,91 %); el PSE-EE, con 220.052 (17,60 %); EA, con 108.635 (8,69 %); Ezker Batua, con 71.064 (5,68 %); y Unidad Alavesa, con 15.738 (1,26 %). De lejos, las candidaturas que más habían mejorado sus resultados eran las del PP y las de la izquierda abertzale. El apoyo a EH era un síntoma de que el entorno sociológico de ETA avalaba la tregua; la segunda posición del PP, de que muchos ciudadanos no se sentían representados por la “acumulación soberanista”. Desaparecidos los efectos positivos del pacto de Ajuria Enea, la sociedad se estaba polarizando: el 54 % había optado por opciones nacionalistas; el resto, por partidos no nacionalistas. Aquellas grietas se hicieron más hondas cuando en enero de 1999 fue elegido lehendakari Juan José Ibarretxe, político que encarnó la deriva radical del PNV y firmó un pacto de gobierno con EH.

No obstante, ETA fue incapaz de alcanzar sus objetivos. En mayo de 1999 hubo una reunión entre delegados del Gobierno de José María Aznar y dirigentes de la organización terrorista, con la presencia del obispo Juan María Uriarte. No sirvió más que para constatar su lejanía. No obstante, se convino en mantener un segundo encuentro, que nunca llegaría a materializarse porque la banda acabó echándose atrás.

Tampoco el pacto de Estella tuvo éxito en su vertiente institucional: aparte del acuerdo de gobierno, dio un único fruto. En septiembre de 1999 los alcaldes y concejales nacionalistas crearon un poder paralelo al legítimo: Udalbiltza, la Asamblea de Municipios y Electos Municipales de Euskal Herria. ETA concebía Udalbiltza como una especie de cortes constituyentes de la nación vasca, pero la asamblea tuvo un recorrido más propagandístico que real. Se dividió y naufragó.

En enero de 2000, acusando al PNV de haber faltado a su palabra, ETA volvió a matar. Lo hizo con un coche bomba en Madrid que acabó con la vida del teniente coronel Pedro Antonio Blanco García. Un mes más tarde los terroristas asesinaron al *exvicelehendakari* socialista Fernando Buesa y a su escolta, el ertzaina Jorge Díez Elorza. A lo largo de ese año habría 23 víctimas mortales, entre ellas el exgobernador civil de Guipúzcoa Juan María Jáuregui, el exministro Ernest Lluch y el intelectual José Luis López de Lacalle. Además, 2000 dejó un saldo de 27 heridos. Los atentados deshicieron la alianza entre la izquierda abertzale y el PNV, cuyos planteamientos se habían demostrado más alejados de lo que se había previsto. Sin embargo, a esas alturas el problema era mucho más profundo: la fractura que habían provocado atravesaba a toda la sociedad vasca.

La derrota operativa de ETA

La ruptura de la tregua también tuvo consecuencias en el seno del nacionalismo radical. En los comicios vascos de mayo de 2001, la candidatura de EH bajó hasta los 143.139 votos (el 10,12 % del total): había perdido 80.000 sufragios y la mitad de sus parlamentarios autonómicos, pasando de catorce a siete. Aquel fiasco propició la refundación en junio de aquel mismo año de EH como Batasuna. La nueva marca de la izquierda abertzale, formalmente un partido político, extendió su presencia al País Vasco francés.

Las elecciones de 2001 habían sido un indicio de que una parte del entorno de ETA se estaba distanciando del terrorismo. Siguiendo a Florencio Domínguez (2006), “el

liderazgo carismático e incondicional de la banda sobre sus seguidores empezó a ser cuestionado de una manera pasiva, pero significativa”. Un sector se atrevió a hacerlo abiertamente. En junio de 2000 los disidentes crearon la corriente Aralar, cuya cabeza visible era Patxi Zabaleta. En septiembre del año siguiente, Aralar se transformó en una formación política de corte independentista pero que rechazaba la violencia. Pese a los discretos resultados electorales que cosechó, la participación de este partido en las instituciones fue vista como una amenaza por el entorno civil de ETA, que temía ser suplantado.

La banda ignoró aquellos síntomas de desafección en su propio campo y siguió matando. También cerró los ojos ante el cambio de actitud de la ciudadanía vasca respecto a las víctimas del terrorismo que reflejaban las encuestas del Euskobarómetro y las nutridas movilizaciones que se produjeron tras cada atentado: al contrario que en las décadas anteriores, desde el asesinato de Miguel Ángel Blanco todos tuvieron respuesta social. Del “algo habrá hecho” se había pasado a la empatía con los damnificados, que habían recuperado una voz que ya no se podía ignorar.

Así, cuando ETA intentó repetir sus victorias de Lemóniz y Leizarán con el TAV (Tren de Alta Velocidad), le salió el tiro por la culata. En diciembre de 2008 la banda asesinó en Azpeitia a Ignacio Uría, propietario de una constructora que participaba en las obras. “Si bien la principal organización contraria a la construcción del TAV no realizó un pronunciamiento claro sobre el asesinato de Uría”, señala Javier Merino (2018), “sí que se produjeron manifestaciones de condena desde el campo ecologista; el contraste con episodios anteriores reflejó el cambio en la situación política”. Los dirigentes de cinco de las principales organizaciones desautorizaron el atentado, que fue contestado por la ciudadanía vasca en la calle. Tras su negativa a condenar el asesinato de Uría, el alcalde de Azpeitia, afín a la izquierda abertzale, fue destituido por una moción de censura del PNV y EA. Lejos de paralizar el TAV, ETA únicamente conseguía confirmar su impotencia.

Y es que los avances en la lucha contra el terrorismo estaban siendo continuos. En 1997 el juez Baltasar Garzón había formulado la hipótesis de la identificación entre ETA y su entorno civil, que más tarde la Audiencia Nacional demostró era cierta. Así, se inauguró una nueva estrategia antiterrorista: derrotar a ETA por medio de la acción policial y judicial. En esa dirección apuntaba el Acuerdo por las Libertades y contra el Terrorismo, firmado en el año 2000 por los principales partidos políticos, aunque no por el PNV. Se comprometían a derrotar a la banda con los únicos medios del Estado de Derecho, a no politizar esta cuestión y a renunciar a una eventual negociación. Aquella decisión fue trascendental porque mientras los sucesivos gobiernos estuvieron dispuestos a sentarse a negociar, ETA no tenía incentivos reales para dejar las

armas. En realidad, aquellas ocasiones le dieron oxígeno y reforzaron la idea de que, para tener más fuerza en una negociación, tenía que acumular cadáveres.

Desaparecido tal horizonte, el futuro de los terroristas se ensombrecía. Un informe de Florencio Domínguez (2017) analiza la cada vez más eficaz actuación policial a ambos lados de la frontera, gracias a la intensa colaboración francesa. Las FCSE no solo arrebataron la iniciativa a ETA, sino que fueron desmantelando sus comandos, sus aparatos sectoriales y sus direcciones, así como a los sustitutos de todos ellos, lo que dejó a la banda débil, desorientada, sin líderes experimentados y con una grave crisis interna. Desde 2000 hasta 2011, ambos incluidos, fueron arrestados 1.415 presuntos miembros o colaboradores de ETA.

Detenciones en España				
	CNP	Guardia Civil	Ertzaintza	Jueces
1990	62	37	4	6
1991	39	40	20	9
1992	13	108	17	7
1993	26	31	6	3
1994	14	58	19	2
1995	21	37	11	4
1996	27	22	6	5
1997	16	24	6	5
1998	32	46	23	11
1999	13	7	0	2
2000	69	1	13	5
2001	63	55	25	20
2002	44	49	11	5
2003	91	18	6	13
2004	36	23	0	4
2005	35	18	0	6
2006	11	3	2	1
2007	27	14	0	2
2008	20	24	2	1
2009	58	13	3	4
2010*	32	29	12	14
2011	4	16	0	0
2012	2	2	0	0
2013	0	21	0	0
2014	2	16	0	0

Fuente: elaboración propia

* A estas cifras hay que añadir dos detenidos más capturados por los Mossos d'Esquadra.

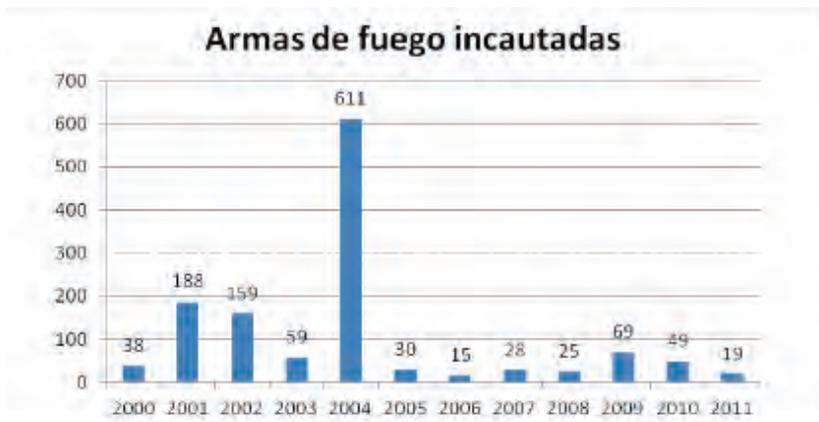
Fuente: *Crónica de VascoPress*

En total, 907 de los 1.415 arrestados ingresaron en prisión y 235 quedaron en libertad con cargos. El índice de selectividad (el porcentaje de detenidos que fueron encausados) se había multiplicado: del 39,4 % de 1990 al 96 % de 2010 y el 85 % de 2011.



Fuente: Crónica de VascoPress

Además, entre 1999 y 2011, las FCSE incautaron a la banda 1.545 armas de fuego, 811 granadas y 23.881 kilogramos de explosivo: así se produjo el auténtico desarme. Como la propia organización reconocía en sus documentos internos, su capacidad letal entró en un imparable declive a partir de 2002. Desde entonces hasta 2011, su media anual fue de 24 ataques y dos víctimas mortales, las cifras más bajas desde principios de los años setenta. El antiguo líder de HB Txema Montero lo resumió de manera sucinta en *El Correo*: “la Guardia Civil ha sido el instrumento más efectivo en la lucha contra ETA”.



Fuente: Florencio Domínguez (2017)



Nota: Explosivos en kilogramos. Fuente: Florencio Domínguez (2017)

El papel de las FCSE fue crucial, pero no fue el único factor que propició la derrota operativa de ETA. También fue muy importante la Ley de Partidos (2002), que permitió dejar fuera de las instituciones democráticas al brazo político de la banda, HB, que fue adoptando diferentes siglas pantalla que también serían ilegalizadas: EH, Batasuna, Sozialista Abertzaleak, Aukera Guztiak, Euskal Herrialdeetako Alderdi Komunista (EHAK), ANV, etc. Aquel vacío dejó libre un espacio que fuerzas independentistas contrarias al uso de la violencia, como Aralar, empezaban a ocupar electoralmente. En junio de 2009 el Tribunal Europeo de Derechos Humanos ratificó la decisión de ilegalizar Batasuna (2003). La eficiencia y la firmeza del Estado de Derecho habían dejado sin salidas a los terroristas y a quienes les habían respaldado. En ese contexto hay que situar las declaraciones que el histórico líder abertzale Tasio Erkizia realizó en junio de 2010: “hay más razones que nunca para la lucha armada, pero menos condiciones objetivas y subjetivas”.

Para entonces, ETA ya había dejado pasar la última gran oportunidad que se le ofreció. En las elecciones generales de marzo de 2004, condicionadas por la masacre yihadista del 11-M, el PSOE obtuvo una amplia mayoría y conformó un nuevo Gobierno presidido por José Luis Rodríguez Zapatero. Después de que en marzo de 2006 ETA declarase un “alto el fuego permanente”, el Gobierno mantuvo contactos con la banda. El parón únicamente duró hasta el 30 de diciembre, día en que la explosión de una furgoneta-bomba en la Terminal 4 del aeropuerto de Barajas acabó con la vida de dos hombres, ambos procedentes de Ecuador: Carlos Alonso Palate y Diego Armando Estacio. Aquel atentado acabó con la última oportunidad de la organización terrorista que, sin embargo, no dio marcha atrás. En diciembre del año siguiente

causó otras dos víctimas mortales en Capbreton (Francia): los jóvenes guardias civiles Raúl Centeno Bayón y Fernando Trapero Blázquez.

Cada vez más acorralada y agotada, ETA había perdido sus apoyos internacionales, su “santuario”, sus comandos, sus cabecillas y su moral de resistencia. La acción policial y judicial, por otro lado, provocó una profunda crisis en la relación entre la banda y su anteriormente servil entorno civil. Si bien ETA seguía apostando por el terrorismo, el sector mayoritario de la izquierda abertzale deseaba volver a la arena pública. Y la condición sine qua non era el fin de la violencia. En 2009 se inició una sorda lucha por el poder interno en el seno del ultranacionalismo. Como señala Florencio Domínguez (2017), “la debilidad de la dirección de ETA facilitó que los dirigentes de la antigua HB se atrevieran, por vez primera, a plantarle cara y a presionarle para que detuviera su actividad y de esa forma poder volver a la legalidad. La acción policial se convirtió en aliado estratégico de los dirigentes de Batasuna, reconvertida en Sortu”.

ETA intentó paralizar el debate sobre su continuidad con un atentado en las torres Kio de Madrid en enero de 2010, pero fue frustrado por la Guardia Civil. Tras aquel fiasco, los terroristas entraron en un “parón técnico”. El 20 de octubre de 2011 anunciaron el “cese definitivo de su actividad armada”. El 3 de mayo de 2018 la banda se autodisolvió. “Está claro que a medida que el conflicto armado ha evolucionado, la eficacia de la lucha armada ha cambiado y se ha desgastado”, reconocía ETA en las páginas de su último *Zutabe*. “Está a la vista que todavía nuestros objetivos no se han cumplido”. En efecto, la organización no solo no había conseguido sus fines fundacionales, sino que había sido derrotada por el Estado de Derecho.

El fin de la amenaza terrorista fue uno de los mayores logros de la democracia española. Ahora bien, el precio que había pagado la sociedad había sido enorme. Jamás hay que olvidar que el balance de la actividad de ETA arroja un saldo de más de 3.500 atentados, 853 asesinatos, 2.632 heridos, 86 secuestrados y un número desconocido de amenazados, exiliados y damnificados económicamente.

Bibliografía

DOMÍNGUEZ IRIBARREN, Florencio (2006): *Dentro de ETA. La vida diaria de los terroristas*. Madrid: Punto de Lectura. (1ª ed.: 2002).

- DOMÍNGUEZ IRIBARREN, Florencio (2017): “Las claves de la derrota de ETA”, *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, nº 3.
- FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2021): *El terrorismo en España. De ETA al Dáesh*. Madrid: Cátedra.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (2013): *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo, de los sicarios a Al Qu'ida*. Barcelona: Crítica.
- GRANJA, José Luis de la (2003): *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX*. Madrid: Tecnos.
- LLERA, Francisco José y LEONISIO, Rafael (2015): “Los secuestros de ETA y sus organizaciones afines, 1970-1997: una base de datos”, *Revista Española de Ciencia Política*, nº 37, pp. 141-160.
- LLERA, Francisco José y LEONISIO, Rafael (2017): “La estrategia del miedo. ETA y la espiral del silencio en el País Vasco”, *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, nº 1.
- LÓPEZ ROMO, Raúl (2015): *Informe Foronda. Los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- LÓPEZ ROMO, Raúl (2019): “La época del ‘conflicto vasco’, 1995-2011. Aplicación de un mito abertzale”, en RIVERA, Antonio (ed.): *Nunca hubo dos bandos. Violencia política en el País Vasco, 1975-2011*. Granada: Comares, pp. 141-174.
- MERINO, Francisco Javier (2018): “ETA militar y la extorsión a los empresarios”, en UGARTE, Josu (coord.): *La bolsa y la vida. La extorsión y la violencia de ETA contra el mundo empresarial*. Madrid: La Esfera de los Libros, pp. 77-113.
- MORENO BIBILONI, Irene (2019): *Gestos frente al miedo. Manifestaciones contra el terrorismo en el País Vasco (1975-2013)*. Madrid: Tecnos.
- PABLO, Santiago de y MEES, Ludger (2005): *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*. Barcelona: Crítica.
- RIVERA, Antonio y FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2019): “Frente Nacional Vasco (1933-2019). Pluralismo o nacionalidad”, *Historia Actual Online*, nº 50, pp. 21-33.
- SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio (2001): *ETA contra el Estado. Las estrategias del terrorismo*. Barcelona: Tusquets.



EL COMPONENTE POLÍTICO DEL FINAL DEL TERRORISMO DE ETA DIEZ AÑOS DESPUÉS DE SU FIN, LA DEMOCRACIA NO HA RECONOCIDO SU VICTORIA NI A SUS RESISTENTES

LUIS R. AIZPEOLEA

Hace diez años, el 20 de octubre de 2011, ETA declaró el final del terrorismo. Lo hizo cinco décadas después de su inicio durante la dictadura franquista y 34 años desde que España recuperara la democracia con unas elecciones libres en 1977. ETA, finalizada la dictadura y tras la amnistía de 1977, no sólo continuó, sino que acrecentó su actividad terrorista en la difícil etapa de la Transición y en la democracia. Todos los gobiernos democráticos la combatieron y contribuyeron a su final, conseguido un mes antes de que José Luis Rodríguez Zapatero culminara su mandato como presidente del Gobierno.

Hay un consenso generalizado entre los partidos que combatieron el terrorismo en calificar a ETA como organización totalitaria –el 92 % de sus asesinatos los cometió contra una España democrática– y en situar a las víctimas del terrorismo en el centro del relato. También hay acuerdo general en que el final del terrorismo fue resultado de la presión policial, judicial, internacional y de la propia sociedad. No lo hay, sin embargo, sobre el componente político que puso el broche final al terrorismo.

Es indudable que la presión policial, crecientemente eficaz desde mediados de los años ochenta, con el respaldo de la colaboración internacional, sobre todo francesa, y la acción judicial, con el broche de la Ley de Partidos y la ilegalización del brazo político de ETA en 2003, fueron imprescindibles para que ETA se debilitara y cesara el terrorismo. La movilización social continuada desde mediados de los años noventa –tras los asesinatos de Gregorio Ordóñez, Francisco Tomás y Valiente, Fernando Mú-

gica y Miguel Ángel Blanco– contribuyó, también decisivamente, al aislamiento social de los terroristas y a su pérdida de apoyo popular.

Sin embargo, no son pocos los analistas, especialmente de la derecha, que ignoran el componente político que posibilitó que el 20 de octubre de 2011 ETA declarara el final del terrorismo. Otros van más lejos y afirman, como el líder del PP, Pablo Casado, el pasado 30 de junio en el Congreso de los diputados, que el proceso dialogado entre el Gobierno de Zapatero y ETA de 2006, que precedió al final del terrorismo, reavivó a una ETA moribunda.

Tampoco son pocos, como Jaime Mayor Oreja o el analista Rogelio Alonso, quienes, al identificar a la izquierda abertzale, hoy Bildu, con ETA niegan el final del terrorismo, señalan que los terroristas están en las instituciones y consideran a la democracia derrotada. Con ello incurren en una falacia descarada pues si Bildu –y Sortu su partido matriz– fueron legalizados por los tribunales fue porque en sus estatutos rechazan el terrorismo, expresamente el de ETA. Además, ignoran, deliberadamente o no, los pactos de los partidos democráticos contra el terrorismo, uno de cuyos objetivos básicos era que la izquierda abertzale representara por vías políticas y pacíficas el independentismo y ETA cesara el terrorismo y desapareciera. Lo que los hechos avalan.

El décimo aniversario del final del terrorismo resulta, pues, un momento propicio para valorar lo que demasiados analistas ignoran, el componente político de su final o cómo la inteligencia política contribuyó al final del terrorismo, y desmontar falacias como que el proceso dialogado del Gobierno y ETA reavivó el terrorismo o que no ha sido derrotada cuando la realidad es que declaró el cese del terrorismo y se disolvió sin lograr ninguno de sus objetivos políticos: El derecho a la autodeterminación para Euskal Herria y la unión del País Vasco y Navarra.

Ganar la batalla de la opinión vasca

Hay que empezar por señalar un dato fundamental para entender el componente político del final del terrorismo y que demasiados analistas ignoran en sus textos: ETA era una organización terrorista, pero gozaba de un arraigo político en Euskadi al final del franquismo. El final de la dictadura y el inicio de la democracia en España coincidió con el máximo prestigio social de ETA en Euskadi. Ramón Jáuregui, delegado del Gobierno en Euskadi, vicepresidente del Ejecutivo vasco y secretario general del PSE entre 1982 y 1997, describe en su libro *Memorias de Euskadi* (Catarata. 2018) cómo durante la Transición ETA era poderosa, prestigiada por la represión del franquismo, con su dirección asentada en Francia, financiada por la extorsión, con un notable

apoyo en Euskadi a través de su brazo político, Herri Batasuna, y la comprensión internacional que la identificaba como movimiento antifranquista.

En contraste, el Estado español, su aparato policial y judicial, estaban aislados en Euskadi, desprestigiados por su pasado franquista; por una acción policial, durante la Transición, inadaptada a la democracia y por una guerra sucia heredada del franquismo, que actuó hasta 1986, y facilitaba la espoleta acción-reacción.

El Estado para derrotar a ETA no sólo tenía que luchar contra el miedo que imponía. También tenía que ganar la batalla de la opinión vasca, la que enfrentaba a una nueva democracia, tras una dictadura de más de tres décadas contra una organización totalitaria que se había camuflado entre las fuerzas antifranquistas por sus osados atentados, como el magnicidio del presidente Carrero Blanco. El reconocimiento de ETA como organización totalitaria requirió tiempo y un considerable derroche de inteligencia política para conseguir que la opinión vasca se alineara con el Estado democrático y aislara a los terroristas.

Fue un recorrido en zigzag, con avances y retrocesos. Implicó un esfuerzo del Gobierno español en afirmar sus convicciones democráticas en la práctica y de los partidos no nacionalistas en sumar fuerzas, incluido el nacionalismo democrático, y subordinar el debate ideológico, entre nacionalistas y no nacionalistas, al combate antiterrorista. Los procesos dialogados con ETA y su desenlace contribuyeron a que la opinión pública vasca se distanciara de los terroristas.

El primer logro decisivo en esa batalla de opinión fue el Pacto de Ajuria Enea de 1988. La unión entre los partidos nacionalistas y no nacionalistas contra el terrorismo, estimulada por las atrocidades de ETA –especialmente tras las matanzas del Hipercor de Barcelona y del cuartel de la Guardia Civil en Zaragoza en 1987– inició la movilización social, el apoyo vasco a las fuerzas de seguridad, potenció su eficacia, abrió fisuras en su brazo político –la expulsión de los dirigentes del partido abertzale, Hasi, por criticar a ETA tras la matanza de Hipercor– y contribuyó al aislamiento de ETA.

El relato conservador no valora el Pacto de Ajuria Enea de 1988 y sus consecuencias amparándose en que el nacionalismo democrático lo rompió en 1998 con el pacto de Lizarra, siendo lehendakari del Gobierno vasco el soberanista Juan José Ibarretxe, al agrupar a todos los partidos nacionalistas en la pretensión de imponer el derecho de autodeterminación al Estado a cambio del final del terrorismo. El Plan Ibarretxe fracasó porque ni el Estado ni los partidos no nacionalistas quisieron pagar un precio político por el final de ETA. El pacto de Lizarra, que contó con el aval de ETA, tuvo frente a un Pacto Antiterrorista, suscrito por los partidos no nacionalistas, que adaptó el Pacto de Ajuria Enea a las nuevas circunstancias.

Respaldo policial al diálogo con ETA

El Pacto de Ajuria Enea volvió a ser referente político en el tramo final del terrorismo de ETA, entre 2004 y 2011, siendo presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, como señalaba su ministro del Interior en aquella etapa, Alfredo Pérez Rubalcaba, en el documental *El fin de ETA* (2016). Todos los partidos democráticos, excepto el PP, apoyaron la propuesta de diálogo con ETA del Gobierno de Zapatero, basándose en el Pacto de Ajuria Enea: con ETA se podía dialogar y acordar sobre su desarme, disolución así como sobre la situación de sus presos. Pero con una organización terrorista no se negociaba políticamente. La pretensión era que, si ETA abandonaba definitivamente el terrorismo, la izquierda abertzale, ilegalizada desde 2003, podría regresar a las instituciones y representar legalmente su ideario independentista.

Rubalcaba reconocía también que no hubiera autorizado las conversaciones secretas, entre 2000 y 2004 del presidente del PSE, Jesús Eguiguren, y el líder de la izquierda abertzale, Arnaldo Otegi, de haber sido consultado. Pero cuando Eguiguren se las comunicó a Zapatero y a él, justo ganar las elecciones generales de 2004, y les adelantó la disposición de ETA de declarar una tregua para dialogar con el Gobierno su final, lo meditaron y asumieron la propuesta.

Una clave fundamental estaba en la tregua. Zapatero y Rubalcaba eran escépticos sobre la posibilidad de que un proceso dialogado con ETA, basado en los principios del Pacto de Ajuria Enea –centrado en la consecución del desarme, la disolución de la organización terrorista y la situación de sus presos– culminara con éxito. Pero conseguir que ETA dejara de atentar, aunque fuera durante un tiempo limitado, ya era un logro en sí mismo.

Además, las condiciones habían mejorado respecto a la etapa del Pacto de Lizarrá e incluso con relación a las treguas anteriores de ETA, la del Gobierno de Felipe González en 1989 y del Ejecutivo de Aznar en 1998-99. ETA estaba más debilitada y llevaba un año sin asesinar. En octubre de 2004, seis meses después de ganar Zapatero las elecciones generales, ETA sufrió, con la detención de “Mikel Antza”, su jefe político en los últimos doce años, y de su pareja, Soledad Iparraguirre, el golpe más grave desde la detención de su cúpula en Bidart (Francia) en 1992. Con la detención de “Antza” e Iparraguirre, la policía incautó un arsenal y una documentación clave sobre la organización de ETA que posibilitó numerosas detenciones.

Paralelamente, el brazo político de ETA, Batasuna, con Arnaldo Otegi a la cabeza, proclamaba su disposición a dialogar con el Gobierno de Zapatero. No veía futuro al terrorismo de ETA, agravado con la irrupción del yihadismo y su matanza del 11-M de 2004 en Madrid. Además, el PNV había cambiado al elegir en diciembre de 2003

una nueva dirección encabezada por el tándem Josu Jon Imaz-Iñigo Urkullu que derrotó a la línea soberanista de Ibarretxe y Xabier Arzalluz y propició el entendimiento con el Gobierno de Zapatero.

En todo caso, aunque la tregua culminara sin acuerdo entre Gobierno y ETA, que era la tesis que Zapatero y Rubalcaba valoraban como más probable, pensaron que el intento era positivo. No sólo por ganar un tiempo sin atentados. También porque las treguas anteriores de ETA, con Felipe González y Aznar en el Gobierno, habían culminado con un debilitamiento de la organización terrorista y un fortalecimiento del Estado.

Esta tesis la compartían el jefe de Información de la Guardia Civil, el teniente general Pablo Martín Alonso, y el comisario general de la Policía Nacional, Miguel Valverde. En el documental *El fin de ETA* ambos señalan que las treguas permitían a las fuerzas de seguridad trabajar con menos presión y creaban una expectativa al mundo abertzale que se veía frustrada cuando ETA las rompía.

Conviene subrayar el respaldo de los principales jefes policiales a la tregua de 2006 y al proceso de diálogo Gobierno-ETA para desmentir la tesis conservadora, reafirmada recientemente por Pablo Casado, de que el proceso dialogado reavivó a una ETA moribunda. ETA, en 2004, estaba debilitada, pero no moribunda. El jefe de Información de la Guardia Civil asegura en *El fin de ETA* que la organización terrorista disponía de mil militantes en el año 2.000. Tanto él como el comisario general de Información confirmaban que ETA aún tenía capacidad de hacer mucho daño.

Lo demostró con la decena de asesinatos cometidos tras la ruptura de la tregua de 2006 hasta su final e incluso podía haberlo hecho aún más, si ETA hubiera conseguido trasladar, como lo intentó, en enero de 2010, su equipo logístico de Francia a Portugal y por un azar una patrulla de la Guardia Civil lo descubrió cuando circulaba a la altura de Berrillo de Sayago (Zamora). Aquella detención evitó, además, dos atentados que ETA había planeado contra las Torres Kyo de Madrid y el cuartel de la Guardia Civil de Cádiz para boicotear la pretensión de la izquierda abertzale de que finalizara el terrorismo etarra. Rubalcaba subrayaba este dato en *El fin de ETA* para reconocer que la organización terrorista tenía más capacidad de la que pensó al iniciarse el proceso dialogado.

Enfrentamiento ETA-izquierda abertzale

Llegado a este punto, hay que incidir en que el broche definitivo al terrorismo radicó en la clave política. No sólo en lo que sucedía en ETA. También en quien había sido y aún era su brazo político, la izquierda abertzale. Una primera clave para el Gobierno democrático consistía en lograr que la ruptura de la tregua de 2006 se volviera contra

ETA, que la opinión pública vasca, especialmente la nacionalista, comprobara cómo ETA lo que pretendía no era dialogar sino imponer su ideario al Gobierno, mostrar su cara más sectaria y totalitaria. Para ello, el Gobierno tenía que resistir y mantener su disposición al diálogo, pese a los ataques en sentido contrario de la derecha política y mediática. El Gobierno de Zapatero ganó esa batalla.

La victoria del Estado en esa batalla contra ETA repercutió en la izquierda abertzale. Esa clave política fue aún más importante. Pérez Rubalcaba narraba en *El fin de ETA* que, tras el atentado de la organización terrorista contra la T4 de Barajas en diciembre de 2006, que rompió el proceso dialogado al asesinar a los inmigrantes ecuatorianos Carlos Palate y Eduardo Estacio, ETA perdió la batalla de la opinión en Euskadi. Se reveló, añadía Rubalcaba, cuando ese mismo día vio las caras de desolación de los líderes de Batasuna, encabezados por Otegi, tras una rueda de prensa en la que pidieron desesperadamente al Gobierno la continuidad del proceso de diálogo, pese al atentado mortal.

Pérez Rubalcaba vio en aquellas caras desoladas que la izquierda abertzale empezaba a romper con ETA. Lo ratificaron los jefes de la Guardia Civil y la Policía Nacional. Valverde, comisario general de Información, dijo que entre ETA y Batasuna empezó a suceder lo que siempre había ocurrido entre el IRA y el Sinn Féin, que el brazo político dominaba al militar.

Jesús Eguiguren, representante gubernamental del proceso de diálogo, lo explicó con nitidez en *El fin de ETA*: “El diálogo sirvió para provocar una catarsis en el mundo abertzale. Todos los elementos externos iban contra ETA como la represión policial, el terrorismo internacional, su agotamiento, el rechazo social. Pero creo que, si desde dentro no se hubiera movido el mundo abertzale, no hubiera habido final. Nuestro papel fue introducir una nueva reflexión en ellos, demostrar que la paz era posible, que el terrorismo no tenía sentido. Creo que todo esto fue una catarsis que actuó por dentro. Si no se hubieran juntado ambos factores, el exterior con la represión policial y otros, y nuestra acción en el interior, no hubiera habido final de ETA. No sé en qué proporción contribuyeron ambos factores, pero esto era un enfrentamiento entre vascos que teníamos que resolver entre nosotros”.

Los hechos confirman la tesis de Eguiguren de que, sin el proceso dialogado entre el Gobierno y ETA, la organización armada no hubiera cesado el terrorismo el 20 de octubre de 2011. Hubiera sido un final incontrolado e indefinido en el tiempo. El proceso dialogado provocó el enfrentamiento entre ETA y la izquierda abertzale. Lo revelan los documentos que redactó el jefe político de ETA, Javier López Peña “Thierry”, sustituto del detenido “Mikel Antza”, durante el proceso dialogado entre el Gobierno y ETA e incautados por la policía tras su detención.

“Thierry” rechazaba lo que pretendía la izquierda abertzale: que el diálogo entre el Gobierno y ETA dejara fuera las cuestiones políticas. “Thierry” quería que ETA tuviera protagonismo político durante el proceso y no limitar su negociación con el Gobierno a “cuestiones técnicas” (desarme, presos, etc.). Por ello expulsó de la mesa de diálogo a “Josu Ternera”, que estaba en línea con Otegi. “Thierry” se quejaba en sus documentos de que la izquierda abertzale no se plegaba a las decisiones de ETA.

Pero tras el atentado de ETA en Barajas en diciembre de 2006 y la ruptura oficial de su tregua, en junio de 2007, se reveló el enfrentamiento como una lucha por el poder entre ETA, representada por “Thierry”, que apostó por la continuidad del terrorismo, y la izquierda abertzale, representada por Otegi, que pensaba que el terrorismo ponía en riesgo su movimiento político. Las vías eran divergentes. La ruptura se materializó, en diciembre de 2007, con el asesinato de ETA de dos guardias civiles en Cap Breton (Francia) y en marzo de 2008 con el del concejal del PSE de Mondragón (Gipuzkoa), Isaías Carrasco.

Las diferencias se extendieron al interior de una ETA que entraba en descomposición. “Thierry”, además de marginar durante el proceso dialogado al dirigente histórico de ETA, “Josu Ternera”, seis meses después de la ruptura de la tregua, a finales de 2007, protagonizó un enfrentamiento con el jefe del aparato militar, Garikoitz Aspiazu, “Txeroki”. La lucha por el poder se trasladaba al interior de ETA, como consecuencia de los fracasos que la organización terrorista cosechó al romper la tregua en junio de 2007 y apostar por el regreso al terrorismo.

ETA reinició su campaña de atentados en 2007, con el asesinato de Cap Breton, pero las fuerzas de seguridad detuvieron en un año a los integrantes de cinco comandos, tres de ellos antes de actuar, así como a una amplia red de colaboradores. También impidieron la instalación de un quinto grupo en la zona de Levante. Fue consecuencia de que, durante la tregua, las fuerzas de seguridad mantuvieron la investigación sobre una ETA debilitada y de la que contaban con una copiosa información –los archivos incautados a Mikel Antza fueron una mina para la policía–, favorecida por la aplicación de las nuevas tecnologías, según explicó el jefe de Información de la Guardia Civil en *El fin de ETA*.

Pocos meses después, en mayo de 2008, las fuerzas de seguridad detuvieron en Burdeos (Francia) a “Thierry” y a la cúpula política de ETA; en julio detenía a los autores del atentado de Barajas y en noviembre en Cauterets (Francia) al jefe militar, “Txeroki”, y veinte días después a su sustituto, Aitzol Iriondo. La debilidad de ETA era manifiesta, pero quedaba un núcleo que dirigía Mikel Carrera, que mantuvo el terrorismo y sumó a los tres asesinatos de 2008, otro tres en 2009: El inspector de policía, Eduardo Puelles, y los guardias civiles Carlos Sáenz de Tejada y Diego Salva

en Calviá (Mallorca) en julio, que fueron los últimos crímenes de ETA en España. La continuidad del terrorismo obstaculizaba los planes de la izquierda abertzale.

Rubalcaba: *O votos o bombas*

En 2008, el Gobierno de Zapatero, consciente de que el regreso de ETA al terrorismo contradecía los planes de la izquierda abertzale de recobrar la legalidad con el logro del final del terrorismo etarra, le instó a que se definiera. “O votos o bombas” fue el lema que repitió una y otra vez Pérez Rubalcaba dirigiéndose a Otegi. Si la izquierda abertzale pretendía recuperar la legalidad o convencía a ETA de que abandonara el terrorismo o rompía con ella. Le exigió definirse.

El Gobierno reforzó esta posición con sendos encuentros de Pérez Rubalcaba con Brian Currin, abogado surafricano relacionado con la izquierda abertzale que participó en los procesos de paz de su país y en Irlanda del Norte, así como el líder del Sinn Féin, Gerry Adams, con quien se reunió en Irlanda del Norte. A ambos les trasladó la disposición del Gobierno a reanudar la relación con la izquierda abertzale si lograba el final definitivo del terrorismo de ETA. De lo contrario, les amenazó con su desaparición.

La interlocución de Rubalcaba resultó fácil porque el Gobierno tenía de su lado a la opinión internacional. El centro de diálogo Henry Dunant, facilitador de los encuentros entre el Gobierno y ETA en 2005 y 2006, fue crítico con la organización terrorista por romper el proceso de diálogo. Incluso, Gerry Kelly, ex militante del IRA y testigo de las últimas conversaciones, había reprochado a ETA que abandonara la mesa.

Paralelamente, el Gobierno trató de explotar el malestar existente entre algunos presos de ETA por la ruptura de la tregua y activó la Vía Nanclares de reinserción con la pretensión de dividir al colectivo entre los partidarios de acabar con el terrorismo y aislar a los más ultras. Agrupó un núcleo de presos históricos favorables a finalizar el terrorismo –Joseba Urrusolo, Carmen Guisasola, Iñaki Pikabea, José Luis Álvarez Santacristina “Txelis”–, que asumieron una autocrítica por su pasado terrorista, los acercó a la cárcel alavesa de Nanclares y suavizó su régimen penitenciario dentro de la legalidad. La pretensión era que arrastraran al colectivo de unos 700 presos entonces.

El emplazamiento del Gobierno tuvo efecto en la izquierda abertzale. Otegi y su equipo comprendieron no sólo que el terrorismo no tenía futuro, sino que, tras la ruptura de la tregua de ETA, la vía dialogada estaba agotada. No le quedaba otra alternativa que lograr que ETA cesara el terrorismo. Pero no se planteó romper con ETA

sino arrastrarla a su estrategia de asunción de las vías políticas. Temía que la ruptura con ETA creara una situación caótica en el mundo abertzale y le hiciera perder capacidad de interlocución ante los actores sociales y políticos y el propio Gobierno. Por ello, también trató de evitar el enfrentamiento público con ETA, aunque era conocido internamente su antagonismo. Por ejemplo, cuando ETA asesinó al concejal socialista Isaías Carrasco, Otegi trasladó a Eguiguren sus condolencias y el rechazo al crimen etarra porque sabía, además, que la víctima era amiga del dirigente socialista.

Las diferencias tardaron en manifestarse públicamente. Lo fueron en las elecciones autonómicas de marzo de 2009 y las europeas de junio del mismo año. En las autonómicas, en las que la izquierda abertzale no pudo presentarse por estar ilegalizada, ETA propuso la abstención mientras la izquierda abertzale defendió el voto nulo para poder contar sus apoyos. En las europeas, ETA defendió que la izquierda abertzale se presentara con otro partido independentista, Eusko Alkartasuna, mientras los de Otegi impusieron la candidatura de Izquierda Internacionalista, encabezada por el dramaturgo Alfonso Sastre.

La pretensión de la izquierda abertzale era agrupar a todos los partidos nacionalistas independentistas –Eusko Alkartasuna y Aralar– y radicales, como Alternatiba, constituir un polo soberanista, alternativo al PNV, y que le sirviera para sobrevivir mientras permanecía ilegalizado. Pero estos mismos partidos independentistas también le exigieron previamente que lograra la renuncia de ETA a la violencia o su ruptura. No tenía alternativa.

Asimismo, la cadena de detenciones de dirigentes etarras por parte de las fuerzas de seguridad, especialmente las de “Thierry” y “Txeroki”, benefició a la apuesta de la izquierda abertzale por las vías políticas al revelar antes sus bases la debilidad de ETA, facilitar su convencimiento de que la vía terrorista estaba agotada y de que la estrategia adecuada era la política. En definitiva, las fuerzas de seguridad, con la detención de los últimos dirigentes de ETA, además de ahogar a la organización terrorista, eliminaba los obstáculos de la izquierda abertzale para lograr el final del terrorismo y, con él, recuperar su legalidad perdida.

Rubalcaba lo reconocía en *El fin de ETA*: “A medida que ETA se va debilitando, Batasuna se va envalentonando, porque sabe que o se envalentona con ETA o desaparece. Cada detención lo que hace es asfaltar la pista de aterrizaje en la que Batasuna tiene que tomar tierra porque si no lo hace queda fuera de juego”.

Las elecciones vascas de marzo de 2009 y, especialmente, la sentencia del Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo, de junio de ese año, que ratificó la ilegalización de Batasuna por el Gobierno español en 2003 aceleró la pretensión de la izquier-

da abertzale de apostar por vías pacíficas y rechazar la violencia. Las elecciones vascas, aunque las ganó el soberanista Ibarretxe, llevaron a la presidencia del Gobierno vasco al secretario general del PSE, Patxi López, con el apoyo exterior del PP vasco. El nuevo gobierno vasco achicó aún más los espacios del mundo etarra con un refuerzo considerable del área de investigación antiterrorista de la Ertzaintza y con una persecución del ensalzamiento a los terroristas.

La sentencia del Tribunal de Estrasburgo fue aún más importante porque al ratificar la decisión de los tribunales españoles, de 2003, por la ilegalización de la izquierda abertzale como brazo político de ETA, no dejaba otra salida a Otegi y su equipo que desmarcarse claramente del terrorismo de ETA y defender las vías políticas.

Durante el verano, la izquierda abertzale preparó su apuesta por las vías políticas y rechazo a la violencia. La plasmó en el manifiesto Zutik Euskal Herria (¡En pie, Euskal Herria!), dirigido a las bases del abertzalismo, incluida las de ETA. Lo presentó en noviembre en Alsasua (Navarra), con un mes de retraso por la detención de Otegi, líder de la propuesta. Su detención fue controvertida. Rubalcaba la argumentó como modo de visibilizar la presión sobre el mundo abertzale para acelerar el final del terrorismo. Eguiguren se pronunció en contra, al considerar que Otegi estaba trabajando por el final del terrorismo como revelaba el manifiesto Zutik Euskal Herria. Desde que salió de la cárcel en el verano de 2008, se había volcado en reconstruir la izquierda abertzale como bloque independentista por procedimientos políticos, alejados de la violencia.

El manifiesto Zutik Euskal Herria oficializaba el enfrentamiento de la izquierda abertzale con ETA por su rechazo a la violencia. Lo debatieron las bases abertzales y en febrero de 2010 fue aprobado con el apoyo del 80 % de sus afiliados frente al 20 % que seguían la disciplina de ETA a través del grupo Ekin, que se disolvió en octubre. ETA estaba obligada a asumir el mandato de las bases abertzales, según Otegi. Con este aval, el abogado surafricano Brian Currin, al que la izquierda abertzale acudió en auxilio, logró que varios premios Nobel de la Paz irlandeses y surafricanos, suscribieran una declaración en Bruselas en la que reclamaron a ETA el cese de la violencia. Era marzo de 2010. Pero su eco estuvo oscurecido por el asesinato una semana antes en París del gendarme Jean-Serge Nerin, tras ser tiroteado por el dirigente etarra Mikel Carrera cuando pretendía robar un vehículo. Nerin será la última víctima de la historia del terrorismo etarra.

Dos meses después, en mayo de 2010, las fuerzas de seguridad francesas detenían a Mikel Carrera. Era el autor del asesinato de Nerin, pero también el último dirigente importante de ETA, defensor de la continuidad del terrorismo y, por tanto, muy peligroso. “El último general de ETA”, según el jefe de Información de la Guardia Civil, Martín Alonso. Su detención por las fuerzas de seguridad facilitó la tarea de la izquierda abertzale de lograr el final del terrorismo.

Tras la detención de Carrera, la izquierda abertzale, con Rufi Etxeberria a la cabeza, pues Otegi estaba encarcelado, se hizo con el control de una ETA muy debilitada. A partir de entonces, los acontecimientos se aceleraron. Cuatro meses después, en septiembre de 2010, ETA declaró una nueva tregua unilateral y en enero de 2011 proclamó el final de la extorsión y de la *kale borroka* (lucha callejera).

En febrero de 2011, la izquierda abertzale presentó un nuevo partido independentista, Sortu, en cuyos estatutos rechazaba la violencia, incluida la de ETA. Lo escenificó con solemnidad, Rufi Etxeberria, al estar Otegi encarcelado. Tuvo un enorme impacto. Tres meses después, el Tribunal Constitucional permitió, en una votación muy apretada y con la virulenta oposición del PP, que la izquierda abertzale compareciera en las elecciones municipales de mayo, acompañado del bloque soberanista, con la sigla de Bildu. En las elecciones generales de noviembre lo hizo con la sigla Amaiur y con los mejores resultados de su historia. Tras ocho años de ilegalidad, la izquierda abertzale había regresado a las instituciones al lograr que ETA cesara el terrorismo definitivamente.

Un mes antes, en octubre, ETA escenificó el final del terrorismo en dos etapas. El día 17, la organización vasca Lokarri en contacto con los facilitadores internacionales, organizó una Conferencia Internacional en San Sebastián (Gipuzkoa), tolerada por el Gobierno de Zapatero, con la presencia del ex presidente de la ONU, Kofi Annan, otras personalidades internacionales así como representaciones de los partidos y entidades sociales vascas en la que pidieron al ETA el cese definitivo del terrorismo. Tres días después, ETA declaraba oficialmente el final del terrorismo.

Otegi y su equipo tenían claro desde los inicios de la década de 2000 que el terrorismo no tenía futuro. Su referente, el IRA, se había retirado en 2003. Aprovechó la llegada a la Moncloa de Zapatero para promover el proceso dialogado sobre el que Otegi venía hablando con Eguiguren desde años atrás. La ruptura del proceso dialogado por parte de ETA en 2007 les enfrentó con la organización terrorista, pero no lo materializaron públicamente hasta finales de 2009 con la declaración de Alsasua. Temían que un pronunciamiento prematuro propiciara una escisión del movimiento abertzale. Otegi lo reconoce en *El fin de ETA*: “Nuestra obsesión era que no podíamos correr mucho porque podíamos dejar gente en el camino y quebrar nuestro mundo. Decidimos que había que llevar a toda la izquierda abertzale a esa posición y eso necesita años”.

Una vez más, la presión policial –con las detenciones de los líderes de ETA– facilitó el camino de la política y de la paz. En este caso, paradójicamente, a la izquierda abertzale. Sortu, al contribuir al final del terrorismo de ETA, aunque muy tardíamente, hizo una aportación a la paz y logró su legalidad. Explicó su viraje de apoyo

al terrorismo a la defensa de las vías políticas con argumentos tácticos. No lo hizo por razones éticas, por considerar que en una democracia no puede imponerse una ideología por la fuerza de la violencia. Sortu tiene pendiente esa reflexión y sigue pendiente su autocrítica ante las víctimas y la sociedad por su pasado como brazo político del terrorismo.

Análisis falaces de la derecha

No son pocos los analistas de la derecha que califican de “sucio” el final del terrorismo etarra por haber propiciado el Gobierno de Zapatero la presencia de Bildu en las instituciones. Ignoran la historia, algunos de mala fe. El final fue limpio. El Gobierno no cedió a las pretensiones políticas de ETA, que terminó el terrorismo sin lograr los objetivos políticos que quiso imponer por la fuerza: el derecho a la autodeterminación de Euskal Herria y la unión de Navarra y Euskadi. Fue el mejor final posible, como decía Pérez Rubalcaba, porque fue la propia ETA la que lo reconoció, sin escisiones ni rupturas. En ese final ordenado del terrorismo, el papel de la política y de la izquierda abertzale fue clave

Fue también el final previsto en los pactos democráticos contra el terrorismo, empezando por el de Ajuria Enea de 1988, suscritos, también, por la derecha: que ETA abandone el terrorismo y la izquierda abertzale defienda sus ideas independentistas en el Parlamento. La izquierda abertzale fue legal después de haber asumido, en sus nuevos estatutos, el rechazo a la violencia, incluida la de ETA. Por tanto, sostener hoy que ETA ha ganado y la democracia ha perdido por la presencia de Bildu en las instituciones, como hacen sectores de la derecha como Mayor Oreja o el analista Rogelio Alonso, es un ejercicio de revisionismo histórico y de cinismo.

Este comportamiento sectario en materia antiterrorista de buena parte de la derecha política y mediática tiene su origen en la decisión de José María Aznar, desde que fue nombrado presidente del PP, en 1990, de sacar al terrorismo del consenso político. Decidió utilizarlo como arma de confrontación contra los gobiernos socialistas. De modo que, en materia terrorista, desde 1990, sólo ha habido acuerdos cuando ha gobernado el PP. Así, en 1998-99, el Gobierno del PP contó con el apoyo del PSOE, liderado por Joaquín Almunia, en el diálogo que mantuvo con ETA. Y, cuando ETA rompió la tregua, el PSOE propuso, pactó y permitió que el Gobierno de Aznar liderara un Pacto Antiterrorista, adaptado a la situación.

Sin embargo, cuando gobernó Zapatero, el PP en la oposición, con Mariano Rajoy al frente, se opuso al proceso dialogado con ETA que en 2005-6 intentó el presidente

socialista. Fue una oposición feroz, con una decena de manifestaciones masivas en la calle, con la utilización de asociaciones de víctimas del terrorismo, con continuas denuncias a interpelaciones parlamentarias en las que Rajoy acusó a Zapatero de “traicionar a los muertos y a las víctimas” y de cesiones imaginarias a ETA, que nunca existieron, inventadas y propagadas por una derecha mediática desatada.

Cuando ETA cesó el terrorismo sin lograr ninguna de las cesiones que el PP atribuyó al Gobierno socialista en su feroz campaña, no hubo autocrítica del PP. Rajoy, pragmático, se limitó a avalar el cese del terrorismo y reconocer que el Gobierno socialista no había pagado precio político. Lo hizo porque sabía que un mes después iba a gobernar y ya no necesitaba utilizar el terrorismo como arma de confrontación. No obstante, una parte de su partido y de la derecha mediática negaron la finalización del terrorismo por la legalización de Bildu.

El actual presidente del PP, Pablo Casado, sigue utilizando a ETA diez años después de finalizado el terrorismo, como arma de oposición al Gobierno de Sánchez. Ha activado la vieja mentira del PP de que el proceso dialogado de Zapatero con ETA reavivó a la organización terrorista. Ha descalificado la política del Gobierno de Sánchez de acercar presos de ETA a cárceles próximas al País Vasco cuando lo hizo Aznar y está avalado por los pactos antiterroristas, especialmente con una ETA disuelta. Identifica a Bildu con ETA para poder descalificar los acuerdos parlamentarios de este partido con el Gobierno socialista y desgastarlo en términos apocalípticos (traición, etc.). Además, cuenta con una importante aparato mediático para difundir falsedades que, en estos tiempos dónde la mentira campea a sus anchas en medios y redes sociales, cuentan con un fuerte eco con el recurso de tocar fibras emocionales.

La persistencia de esta política sectaria del PP dificulta, por no decir imposibilita, un relato común entre el Gobierno y la derecha sobre el final del terrorismo. Es lamentable que cuando van a cumplirse diez años de finalizado el terrorismo de ETA, el Congreso de los diputados aún no haya reconocido la derrota del terrorismo por la democracia, que los resistentes al totalitarismo etarra como los concejales, los movimientos sociales contra ETA (Gesto por la Paz, Foro de Ermua, Basta ya..) y los policías no hayan sido homenajeados como quienes lucharon contra la pandemia del coronavirus. Y que quienes atacaron sin piedad y con falsedades, desmentidas por los hechos, a los políticos que protagonizaron la fase final de ETA no sólo no reconozcan los agravios cometidos, sino que persistan en ellos.



EL FIN DE ETA CONTADO POR ETA

JESÚS EGUIGUREN

Me piden que escriba un artículo sobre el fin de ETA. Nada más ni nada menos. Podría decir como el poeta, puedo escribir esta noche el artículo más largo de mi vida. El tema me suscita tantas reflexiones que sería interminable. Pero supongo que la fundación Mario Onaindia y mi amigo Aguirrezabal, cortarán donde proceda y consideren oportuno.

Va a ser un artículo raro. Al contrario de lo que suele ser habitual no empezaré por el principio del proceso del fin de ETA, sino por el final, y para ello utilizaré las actas de la propia ETA, porque ETA en gran medida se autodestruyó. Al final, de todas formas, daré mi interpretación de la cuestión.

Testigo protegido

Terminado el proceso de paz, la Guardia Civil consiguió hacerse con las actas que había tomado ETA en las distintas fases del diálogo. La cosa tiene su gracia porque en una ocasión dije a “Thierry” que un día la Guardia Civil les iba a pillar los ordenadores. Ellos tomaban todas las notas mediante ordenador. La respuesta de “Thierry” fue que ni la CIA ni la KGB podrían descryptar aquellos ordenadores. La Guardia Civil les detuvo en Burdeos con los ordenadores abiertos.

Yo tomaba todas las notas a mano en unos cuadernos que compré en un estanco de Ginebra. Yo no controlaba bien el ordenador. Me pasó todo lo contrario que a “Thierry”. Me entraron en casa, no sé quienes, y me robaron todos los ordenadores que estaban vacíos, y despreciaron los cuadernos donde estaba todo.

A cuenta de las actas de ETA, el juez Grande-Marlaska me citó en la Audiencia Nacional como testigo protegido para interrogarme sobre las actas. Lo de testigo protegido en mi caso fue una broma. Se trataba de que nadie supiera que había declarado sobre el tema. Para ello, además de hacer todas las comunicaciones en persona, me citaron a las 3 o 4 de la madrugada en una calle de Madrid. Me recogió un coche y me trasladó a la Audiencia Nacional con el ánimo de que a esa hora no me pudiera ver nadie. Nada más entrar me encontré con tres o cuatro ertzainas que estaban allí y al conocerme me preguntaron que qué hacía allí a esas horas. No sé lo que les dije. Al día siguiente venía ya en el periódico mi visita a la Audiencia Nacional.

En el interrogatorio del juez, que fue una mera formalidad, querían saber quienes eran los nombres en clave y de quiénes eran las declaraciones que figuraban en las actas. Yo como no los había visto y no podía recodar nada fuera de contexto, por si acaso hice lo que dice Sabina en su canción, negarlo todo. Al poco tiempo alguien me dejó las actas en el buzón. Tuve que leerlos veinte veces para aclararme de lo que decían y a qué reuniones se referían. Eran actas parciales de las reuniones simplemente.

Yo, por mi parte, tengo las actas que tomé con todos los detalles y sobre todas las reuniones, pues la lentitud de las negociaciones, debido a las traducciones, me daba tiempo de sobra a tomar las notas sobre la marcha. Son mucho más completas que las de ETA, pues ellos sólo anotaban lo imprescindible. A parte de lo que ocurría en las reuniones, yo iba desgranando reflexiones y valoraciones sobre la marcha del proceso en mis cuadernos rojos. En la medida en que puedan aportar alguna luz, reproduciré aquellas partes que considere de algún interés.

Toda una tarde con “Thierry”

Cuando “Thierry”, el jefe de ETA, apareció en las reuniones de Oslo, en plena crisis del proceso, tuve otro motivo para el pesimismo. Después de la primera reunión que acabó como el Rosario de la Aurora, “Thierry” pidió al Centro que quería hablar conmigo sin presencia del resto de interlocutores y que los servicios secretos nos llevaran a algún restaurante apartado y discreto para que pudiéramos hablar los dos solos.

Acepté, no tenía nada que perder, pero no me hice ninguna ilusión del resultado de la conversación. Conocía ya perfectamente a “Thierry” y lo que tenía en la cabeza. Debe de haber pocos restaurantes en Oslo porque el servicio secreto tardó en dar con el adecuado según ellos.

Nos sentamos a la mesa, vino el camarero, nos oyó hablar y preguntó: “¿Españoles?”, “De Sevilla” creo que contestó “Thierry”, aunque su acento ni el mío eran muy

sevillanos. “Yo de Logroño”, dijo el camarero. Los servicios secretos habían dado con el sitio menos discreto.

“Thierry” pidió un buen Rioja y seguimos hablando con el camarero revoloteando por allí. Al menos –pensé– vamos a tener un almuerzo tranquilo después de tanta bronca. “Thierry” era un hombre peculiar, podía pasar de las amenazas y de pintar el apocalipsis en las reuniones, a mantener después un tono amable, incluso humilde. Desde el principio pensé que era un ciclotímico, su físico contribuía a ello. De comerse el mundo, pasaba a un estado taciturno que provocaría la compasión, si no fuera quien era. Todavía no sé si el encuentro era para convencerme, creo que no, o para que trasladara al Gobierno que aquello se iba a romper, creo que tampoco.

Más bien creo que tenía ganas de hablar y desahogarse fuera de la rigidez de las reuniones. Mirando de reojo al camarero, empezó a hablar y hablar, y siguió hablando hasta la noche. De cuestiones personales apenas hablamos, me dijo que sabía bien quién era yo, y para dejar claro que no era ningún advenedizo me contó que se encargó de la seguridad en la reunión de “Txiberta” y que había conocido a los dirigentes socialistas históricos.

Le pregunté porque no estaba Urrutikoetxea en las reuniones, y no me contestó, hizo un gesto como diciendo que estaba enfermo. Era muy típico de él contestar con gestos de las manos; por ejemplo cuando se le preguntaba qué pasaba si los navarros decían no a Euskadi, hacía un gesto que había que interpretarlo y nunca lo conseguí. Le pregunté también si tenía mando en plaza y contestó que lo que él decía iba a misa. Luego supimos que tenía una lucha sin cuartel en la ejecutiva con “Txeroki” y los más radicales. Básicamente, hablaba él, cuando yo le planteaba algo solía decir: “eso no lo admiten ni las monjas de Marquina”, una expresión que yo no había oído nunca.

Estuvimos, o estuvo hablando toda la comida, que se prolongó hasta tarde y después pidió al servicio secreto que nos llevara a algún lugar que estuviera todavía abierto. De una reunión tan larga apenas tengo unas pocas notas en contra de mi costumbre. Creo que al constatar la ruptura del proceso se me fueron hasta las ganas de tomar notas. Hablamos de muchísimas cosas, pero trataré de resumir.

Primero, quiso convencerme del enorme poder de ETA, que el impuesto revolucionario lo pagaba todo Dios, que si tenía interés le preguntara por algún empresario y me diría hasta la cantidad, que podían golpear dónde y cuándo quisieran, que tenían métodos muy sofisticados, bombas ya colocadas que estallarían cuando quisieran. En definitiva, en expresión suya, que si no pactábamos España sería un Vietnam.

En cuanto a la hoja de ruta, lo descalificó diciendo que los partidos tenían que ser los gerentes del acuerdo, y ETA y el Gobierno los garantes. Todo lo contrario de lo

pactado. Que el único acuerdo que les valía era la autodeterminación y la unión de Navarra. Si le replicaba sobre lo absurdo de su planteamiento replicaba con lo de las monjas de Marquina.

Sobre los presos, despreció las ofertas de acercamiento hechas por el Gobierno y añadió que, una vez logrado el acuerdo, los primeros que tenían que salir era los que más habían “picado”.

Finalmente, me confesó que, teniendo tantos objetivos en la mira del fusil, estaban ya hartos de tanto atentado sin trascendencia mientras el Gobierno seguía reprimiendo y la Justicia boicoteando el proceso. Con respecto a unas detenciones que había habido por entonces, me dijo que la contestación iba a ser contundente, y en Madrid o España, no me acuerdo.

Yo ya había oído lo suficiente, pero siguió hablando y hablando de cosas y personas que es mejor callar. Hubo también una parte teórica o estratégica donde, según él, podíamos colaborar en el futuro en Gobiernos de coalición. Le contesté que sería la única coalición del mundo donde se mataba a los coaligados. Me contestó que él había ordenado que se atentara sólo contra los dirigentes políticos, pero que los chicos se habían pasado. Algo parecido me dijo cuando después del atentado de Barajas le dije que había roto el proceso, según él ordenó utilizar poca dinamita, pero los chicos habían llenado la furgoneta.

Para terminar, diré que en todo el día no hubo una palabra más alta que otra. Yo estaba ya acostumbrado a oír de todo y nada me perturbaba. Nada de lo que dijo en cuanto a lo esencial me extrañó, porque tenía asumido que no era posible continuar con el proceso.

Cuando después de las reuniones llegué a casa, le dije a mi mujer “ya no hay nada que hacer esto se acabó”. Sólo una cosa para terminar. “Thierry” estaba tan perdido políticamente, que cuando le decía que el Gobierno no podía aceptar sus planteamientos, contestaba que sí, porque el Gobierno era el más interesado en negociar, pues de ello dependía su aceptación por los gobiernos europeos y que, si no lo hacía el PSOE, lo haría el PP, que lograría en Europa la legitimidad de la que carecía el PSOE.

Actas de ETA: primera reunión

Aunque se ha guardado cierta reserva sobre esto, se sabe que a instancias de Tony Blair hubo unas reuniones con ETA y en Ginebra después del atentado de Barajas donde “Thierry” dio definitivamente por roto el proceso. Quizás interese al lector lo que dice en sus actas sobre aquellas reuniones.

Ya la descripción que hace ETA de la primera reunión, muestra la comodidad o satisfacción que les producía el encuentro, en contraste con la incomodidad que sentíamos nosotros:

“Han llegado a Etxalde (Suiza) todas las delegaciones y representantes internacionales que van a participar en las sesiones:

- Delegación Batasuna (2).
- Delegación EO (ETA) (2).
- Delegación PSOE (2).
- Delegación GO (Gobierno) (2).
- Representantes SF (Sinn Féin) (2).
- Representante Gobierno Landas (Inglaterra) (2).
- Representante Gobierno Illargui (Noruega) (1).

Tras saludar a los observadores internacionales ETA dice:

–Desde el inicio, EO ha mostrado voluntad para resolver el conflicto que dura desde hace 200 años, 20 años que no se resolvió en la Transición Española por la imposición de la Constitución.

–Se recuerdan las negociaciones y acuerdos entre EO/GO para superar el conflicto político, respondiendo a sus causas políticas: se reconocían los derechos históricos de Euskal Herria, y se establecían causas de expresión para la libre voluntad del Pueblo Vasco.

–Se llegó a un acuerdo con lo que EO decretó un alto el fuego permanente.

–La respuesta de GO ha sido desde el principio incumplimientos y no distensión.

–Esos constantes incumplimientos han obligado finalmente a EO a responder a la situación, tras haber denunciado reiteradamente la gravedad de la situación mediante cartas a GO, en la mesa de negociaciones y públicamente.

–La acción militar de Barajas”.

Acta de ETA: locura total

Al comentar las reuniones posteriores, siento una sensación de pereza, incluso de ridículo. En dos días que estuvimos allí, celebraríamos una veintena de reuniones con ETA y con las delegaciones presentes sin que se avanzara una sola coma. Sólo la Torre de Babel o, en términos más frívolos, aunque el tema era serio, el camarote de los her-

manos Marx sirven para hacerse una idea de lo que ocurrió allí. Las palabras perdieron todo su valor, ya no se hablaba de conflicto o de presos, sino de guerra y prisioneros, por ejemplo. La terminología común lograda en Ginebra y Noruega ya no servía para nada.

Según las actas de ETA, el Gobierno volvió a insistir en su posición mediante una larga y detallada intervención que no vamos a reproducir. Pero sí la respuesta de ETA:

- “-El contenido a tratar en estos momentos no debe ser tan concreto.
- El planteamiento del Gobierno no es un proceso de paz.
- Es una declaración de guerra.
- Defiende mantener la legislación de guerra.
- No quieren desmontar la maquinaria de guerra.
- Denunciamos las mentiras del Gobierno sobre las amenazas de ETA.
- Constatamos la mala fe del Gobierno.
- No concreta ni escribe ninguna propuesta.
- El Gobierno obstaculiza el acuerdo político.
- ETA exige al Gobierno que haga una propuesta concreta en esta reunión.
- ETA insta a las instancias internacionales a denunciar esta situación.
- El Gobierno impone mediante la fuerza una situación de dictadura.
- El Gobierno plantea una estrategia de guerra”.

ETA presentó por escrito sus planteamientos y exigió que el Gobierno hiciera lo mismo y, mientras tanto, no tiene nada que hablar con el Gobierno. Hay que tener en cuenta que también se estaban realizando reuniones Batasuna-PSE. Arnaldo Otegi y Rufi Etxeberria por Batasuna y Rodolfo Ares y yo por parte del PSE. Yo estaba tanto en las reuniones ETA Gobierno como en las de Batasuna-PSE.

En estas reuniones Batasuna planteaba la propuesta que quería ETA, comunidad única y autodeterminación, y no se movió de ahí, que era la condición que ponía ETA para seguir con el proceso. En las actas no se da cuenta de estas reuniones.

Mis notas

En una de las reuniones en que estábamos todos juntos o, más bien mezclados, empecé mi intervención recordando *Cien Años de Soledad* y Macondo, donde las cosas

no tenían nombres porque el mundo era demasiado reciente; en contraste con Euskadi que para las mismas cosas teníamos muchos nombres, porque éramos muy antiguos. Quería llamar la atención con ello a las delegaciones extranjeras sobre el hecho de que las expresiones que utilizábamos unos y otros no eran inocentes.

Se me hace difícil comprender cómo pudimos soportar el ritmo de todas aquellas reuniones sin abandonar. También me parece un trabajo inútil haber tomado nota de todo, incluyendo las conversaciones con unos y otros en los pasillos. Las notas de ETA son, en este sentido, más sintéticas, aunque contribuyan a la confusión al utilizar expresiones como *gorris* para referirse al Sinn Féin, *illargui* para referirse a Noruega, *landas* para los ingleses, etc.

Aguantamos, porque no queríamos ser nosotros los que nos levantáramos de la mesa, aun sabiendo que no había nada que hacer y porque necesitábamos explicarnos. Es un error creer que las delegaciones extranjeras o los facilitadores tenían claro quién tenía la razón. Un noruego o un inglés; si no se le explica bien, y no es fácil, no ven la trascendencia que tiene, por ejemplo, que Navarra y Euskadi estén en dos unidades administrativas distintas o en una única.

Lógicamente, la batalla de la imagen de ETA a nivel internacional no se jugaba allí, pero había que demostrar que la propuesta de ETA no tenía ninguna viabilidad. Algunos de los observadores se cansaron antes que nosotros al ver que era imposible ningún tipo de acuerdo, Jonathan Powell se marchó sin esperar el desenlace, los del Sinn Féin dijeron también que tenían que marcharse etc. Fue ETA la que dijo al final que todo estaba roto y no se volverían a reunir. Yo creo que ETA y Batasuna creían haber ganado su pequeña batalla, pero no dejaba de ser un espejismo. Incluso allí mismo antes de irse el representante del Sinn Féin, Gerry Kelly, le dijo a “Thierry”, delante de mí, que antes de levantarse de la mesa, había que estar seguro de que se volvería con mas fuerza, y no veía claro que ni siquiera que hubiese más mesas.

Fin del acta de ETA

Las actas del proceso terminan con las consideraciones que reproducimos a continuación:

- “–ETA rechaza todo mensaje oral.
- Sólo admitimos propuestas escritas antes de volver a reunirnos.
- Eran reuniones para desbloquear la situación.
- Reuniones para cerrar acuerdos.

- El Gobierno tenía que venir con capacidad de decisión.
- Constatamos que no ha sido así.
- ETA rechaza volver a reunirse con el Gobierno.
- Sólo admite propuestas escritas a través de los mediadores.
- ETA no volverá a reunirse con el Gobierno.
- Queremos que se firme el acuerdo político (autodeterminación y comunidad única) ante las instancias internacionales.
- Pedimos que ETA hable directamente con el Gobierno.
- Finalmente se admite qué, si en la próxima reunión el PSOE no cierra el acuerdo político, DAREMOS POR DEFINITIVAMENTE ROTO EL PROCESO”.

Triste fin

No me acuerdo de quién fue exactamente él que dijo “el proceso está roto y levantamos la mesa”. La escenificación fue muy triste. Nos desalojaron del local y nos vimos en la calle, más bien monte, sin saber qué hacer. En un rincón se situaron los de ETA, rodeados de los observadores, no sé para decirse qué. Nosotros en el otro extremo nos quedamos más solos que la una. No recuerdo que hubiera ningún tipo de despedida y, acompañados de algunos miembros del centro, caminamos en busca de un taxi. Era de noche, estaba oscuro, y estábamos en la campiña, en un *chateau*. Lo que sí recuerdo es que la traductora polaca que, desde los tiempos de Suiza estuvo con nosotros, iba hablando conmigo en un tono como si ahora, al volver al País Vasco, fueran a matarnos. Le dije que no se preocupara, que cuando se hiciera la paz volveríamos a vernos. Y cumplí. Con Rafaela y María fuimos al centro Henri Dunant cuando acabó todo, allí estaba y nos fuimos a comer juntos. No se lo podía creer.

Siguiendo con el relato, serían las cuatro de la madrugada más o menos y, antes de que llegásemos al hotel, llamé a Rubalcaba para informarle, cogió el teléfono inmediatamente. Tras escucharme, no se extrañó en absoluto y nos dijo que lo que había que hacer ahora era dormir. Al día siguiente nos fuimos a casa. Otegi y Rufi Etxebarria volvieron en tren. Cuántas veces le he oído decir a Arnaldo que mientras volvían se decían el uno al otro que no habría otra oportunidad así. Su espejismo fue el pensar que habían ganado la batalla de la imagen; igual de espejismo era la creencia de ETA de que su capacidad terrorista haría temblar al Gobierno. Al contrario de lo que ocurrió en la tregua de Estella, donde Mayor Oreja bajó la guardia y ETA pudo lanzar una ofensiva fuerte, Rubalcaba no había bajado la guardia y la ofensiva sería de

las Fuerzas de Seguridad del Estado, que fueron abortando los intentos de ETA de atentar y desmantelando rápida y reiteradamente los comandos y las direcciones de ETA, quedando reducida la organización a su mínima expresión.

Gugliemo

Gugliemo Ferrero escribió a principios de los 40 un clásico del Derecho Constitucional titulado: *El Poder: Los genios invisibles de la ciudad*. Es un libro extraordinario. Hará ya 40 años que lo leí y desde entonces siempre he utilizado sus tesis para explicarme los fenómenos políticos. Otra cosa es que no lo he releído hace tiempo y lo que he retenido son ideas un tanto vagas.

Trata del concepto de legitimidad. Hay poderes legítimos que, por ello, no tienen que temer la rebelión de sus súbditos; en cambio los poderes ilegítimos (o que hayan perdido su legitimidad) corren el riesgo de que se rebelen contra ellos. Repetía el ejemplo de Napoleón y las monarquías a las que combatía. El poder de Napoleón sería muy avanzado, pero era ilegítimo, producto de un golpe de Estado, las monarquías de la época serían todo lo retrógradas que se quiera, pero eran legítimas según el Antiguo Régimen.

Por ello, esas monarquías perdían batallas frente a Napoleón, pero eran aclamadas cuando volvían a casa. En cambio, Napoleón sólo era apoyado mientras vencía, pero en la derrota no podía esperar el apoyo de París y era desterrado de Francia. Porque carecía de legitimidad; sería demasiado complejo explicar lo que otorga la legitimidad, esos genios invisibles de la ciudad. Una forma de explicarlo, llevándolo un poco al absurdo, sería lo siguiente: un poder es legítimo cuando sus súbditos y ciudadanos creen que lo es según sus creencias y convicciones.

ETA, para sus seguidores (y algunos más) era un poder legítimo y por tanto le obedecían. Su legitimidad, para sus seguidores, consistía en que su causa era justa y nunca mentía, en que practicaba el terrorismo porque el Gobierno se negaba a negociar, y en su eficacia, era invencible, golpeaba donde y cuando quería. Esta sería la explicación de que durante tantos años nadie cuestionara sus atrocidades.

Pero ETA perdió su legitimidad. ¿Cuándo? Cuando se vio que mentía y engañaba, como lo hizo con el atentado de la T4 en contra del Proceso de Paz. Perdió su legitimidad cuando todo el país y sus seguidores vieron que el Gobierno lo había apostado por el dialogo y era ETA la que se negaba. Además, se vio que no era invencible ni todopoderoso, eran más sus derrotas que sus éxitos.

Y, como diría Ferrero en nuestra discutible interpretación, los seguidores de ETA empezaron a cuestionarla, mentían como los demás, con ellos nunca se podría negociar, y su eficacia era mínima. Primero lo cuestionaron y después pasaron a la acción, para acabar con ese poder que un día consideraron legítimo, pero ahora no. Y vino el debate en Batasuna, que decidió que era hora de prescindir de ETA.

El mismo “Thierry” pudo percatarse de lo que estaba ocurriendo. Según un informe de los servicios antiterroristas, “Thierry”, poco antes de su detención, elaboró un informe donde constataba la desafección de la Izquierda Abertzale hacia ETA, como consecuencia del atentado de la T4.

ETA sufrió el desgaste de la ruptura de la tregua ante la Izquierda Abertzale, sobre todo por el atentado de Barajas, que había conmocionado a la Izquierda Abertzale y sus votantes, que habían creído que ETA en este proceso iba en serio.

Dos cabezas

Una vez me vino a ver, para conocer mi experiencia, uno de los colombianos que negociaron con las FARC. Nos quedamos extrañados de las coincidencias que constatamos en dos procesos tan diferentes. Me dijo que, tras mucho negociar, se siente la sensación de tener dos cabezas, la propia y la del adversario. Yo le dije que algunos pierden la única que tienen. Pero le di la razón en lo de las dos cabezas, porque yo mismo tenía esa sensación. Antes que a Otegi o a ETA se me ocurría lo que iban a hacer.

Además, yo tenía tres cabezas: la mía, la de la izquierda abertzale y la que almacenaba información. Creo que llegué a ser el hombre mejor informado de España sobre terrorismo. Conocía lo que pensaban los dirigentes de ETA, Batasuna me informaba de todo, era amigo de Rubalcaba, amigo del jefe nacional de la policía, del jefe de Intxaurre y tenía la información de la Ertzantza. Todo eso me permitía sacar conclusiones sobre el futuro.

Cuando cundió el escepticismo y el pesimismo tras la ruptura del proceso y las críticas de todo tipo al proceso, una de las tres cabezas, o las tres coordinadamente, sacaron sus consecuencias. En unas declaraciones a *El País*, entrevistado por Luis Rodríguez Aizpeolea, el 5 de abril de 2009, ante las críticas y extrañeza de muchos, puse fecha próxima al final del terrorismo, que luego se demostró que era acertada. La segunda consecuencia que saqué fue que, ante la imposibilidad de un nuevo proceso, se habría la vía de las decisiones unilaterales y que ETA optaría por esa vía, ya que había comprobado que la negociación bilateral era, en el fondo, la renuncia a sus objetivos y la aceptación de la democracia española.

Como consecuencia de lo anterior, predije cómo sería el final. No habría un día D o acuerdo puntual, sería un proceso prolongado en el tiempo, construido a base de decisiones graduales. El símil que utilicé fue el de la nieve, que nadie es capaz de poner fecha y hora al momento en que desaparece.

Visto lo que ocurrió después, hay que reconocer que alguna de las cabezas hizo un cálculo acertado. Y aquí termina este breve artículo dedicado al fin de ETA y sus causas.



LORTU DUGU: A 10 AÑOS DEL FINAL DE GESTO POR LA PAZ

IRENE MORENO

El 20 de octubre de 2011, después de que ETA anunciara el cese definitivo de la actividad armada, la organización Gesto por la Paz felicitaba “a toda la sociedad vasca y navarra” por recuperar “el derecho a vivir en paz y libertad” con la contribución decisiva de “la actitud firme contra el terrorismo de una gran mayoría de la ciudadanía”¹. Tal como señalaban, para entonces, la gran mayoría de la ciudadanía rechazaba el terrorismo y lo condenaba públicamente, pero no fue siempre así. Gesto por la Paz había salido a las calles del País Vasco durante más de 30 años, de forma constante, gritando en silencio, protestando tras la pancarta en ambientes hostiles y siendo, habitualmente, muy pocos. Por ello, ese 20 de octubre de 2011 pudieron gritar bien fuerte, *Lortu Dugu* (Lo logramos). No lograron el fin de ETA, pero sí contribuyeron decisivamente con sus acciones, tal como recordaban con ese lema final, a “combatir era una sociedad adormecida por el terror de las pistolas y las bombas”².

La historia de Gesto por la Paz comienza en la década de los ochenta. Es la historia de unos cientos de pequeños grupos que protestaron en las plazas del País Vasco atentado tras atentado, día tras día, simplemente para expresar su rechazo humano al sinsentido de la violencia terrorista. Crearon redes de solidaridad y compañerismo

1 Gesto por la Paz. Nota de prensa: *Ante el cese definitivo de la actividad armada de ETA*. 20/10/2011.

2 Gesto por la Paz. Nota de prensa: *Ante el cese definitivo de la actividad armada de ETA*. 20/10/2011.

que les permitieron hacer frente al miedo al señalamiento, a la mirada acusadora de los vecinos, a las amenazas en institutos, parroquias y universidades, todo bajo la premisa pacifista del rechazo a la violencia política. Esa historia, recogida en *Gestos frente al Miedo. Movilizaciones contra el terrorismo en el País Vasco (1975-2011)* (Tecnos, 2019), no es la historia de toda la gran mayoría de la sociedad vasca, aunque muchos se reconocen ahora en esos quince minutos de silencio. Sin embargo, no cabe duda que la labor ciudadana contra el odio, el miedo, la indiferencia o el señalamiento merece su propio espacio en este número de *Grand Place*, porque si recordamos el aniversario del final de ETA debemos recordar también el final de los *gestos*, el final de lazo azul o de las campañas contra la violencia de persecución; en definitiva, el final de esa resistencia ciudadana plural y comprometida que representó esta organización.

Los inicios: 15 minutos contra la indiferencia

El inicio de la década de los ochenta estuvo marcado en el País Vasco por los años más mortíferos de ETA, los denominados años de plomo, siendo 1980 el año con mayor número de víctimas mortales (Fernández Soldevilla y Jiménez, 2020). En ese contexto, las pocas movilizaciones contra el terrorismo de ETA tuvieron que ver con la actividad del Partido Socialista de Euskadi (PSOE-PSE) y del PCE-EPK, aunque también surgieron pequeñas manifestaciones de carácter local en pueblos y barrios donde los vecinos se habían visto afectados por un atentado. Pero las respuestas a la violencia fueron muy desiguales: sólo el 14,28 % de los atentados de ETAm y el 20 % de los atentados de ETApM tuvieron respuesta, frente al 100 % de movilización tras atentados de grupos de ultraderecha o parapoliciales como Triple A o el Batallón Vasco Español (Moreno Bibiloni, 2020).

La primera manifestación explícita contra ETA fue una manifestación en Portugalete tras el asesinato del periodista José María Portell, convocada por el PCE-EPK en junio de 1979 bajo el lema “Estamos hartos de tanta violencia y asesinatos” (López Romo, 2015). Anteriormente las juventudes comunistas habían protestado tras el asesinato del constructor José Legasa Ubiría, en noviembre de 1978, con la pancarta “En 40 años de terroristas en el poder no han podido con Euskadi. Hoy Euskadi no quiere terroristas para conseguir la libertad” (Domínguez, 2003:73). Además de estas iniciativas, las mayores muestras de rechazo social en ese periodo se dieron ante los secuestros y asesinatos de José María Ryan (1981) y Alberto Martín Barrios (1983). Entre los pocos intentos de condenar la violencia y favorecer la mo-

vilización social desde las instituciones cabe señalar el de la Juntas Generales de Gipuzkoa tras el asesinato del superintendente de la Ertzaintza, Carlos Díaz Arcocha, con su “Declaración contra la violencia³”. En ella calificaban la actuación de ETA de “macabra” y “auténtico signo fascista”. Por su parte, el Gobierno Vasco presentó el 12 de marzo de 1985 un decálogo en el que afirmaba que presentarían a “un plan de concienciación ciudadana sobre la violencia, su gravedad y perjuicios que de ella se derivan”.

Sin embargo, pese a algunos intentos locales, a la labor de algunos partidos políticos en iniciativas como el Frente por la Paz o a los posicionamientos como el anteriormente señalado del Gobierno Vasco, la sociedad se movilizó con precaución ante un ambiente denso, cargado de violencia y de miedo. De hecho, no fue hasta mediados de la década cuando tímidamente se fue articulando una respuesta ciudadana alejada de los partidos políticos, una respuesta simbólica en la que tuvieran cabida una buena parte de la ciudadanía de forma apolítica, y constituida en torno al ejemplo del mensaje del pacifismo y su movimiento social.

El germen de esa movilización y de lo que más tarde sería Gesto por la Paz de Euskal Herria surgió como iniciativa de profesores y alumnos en el colegio de los Escolapios de Bilbao. Una propuesta sencilla y de éxito poco probable debido al contexto social y político que, gracias a la firmeza de sus impulsores y a la red de grupos que se creó, consiguió funcionar durante décadas. La asociación Itaca (o *Itaka: Intxisu Taldea Abandoko Kultur Alkartea*) de alumnos, padres y profesores era un grupo de trabajo en la fe cristiana, también preocupado por las problemáticas sociales atendiendo a la llamada del Concilio Vaticano II. Para los miembros de Itaca uno de los problemas más importantes en la sociedad vasca era la violencia, por lo que pusieron en marcha concentraciones silenciosas “tras una muerte resultante de la violencia política en el País Vasco”. El 26 de noviembre, tras el asesinato de José Manuel Ibarzábal y Rafael Melchor, en Bidebieta, y de Isidoro Díez, en Pasajes, convocaron su primera concentración silenciosa, conocida más tarde como *gesto*, bajo el lema “Han matado a un hombre ¿Por qué no la paz?” (Moreno Bibiloni, 2019).

La propuesta consistía en lo siguiente: 15 minutos de silencio contra la violencia política, tras un lema sencillo, y siempre reunidos al día siguiente de una muerte relacionada con este tipo de violencia. Este discurso suponía una fuerte ruptura con los discursos predominantes sobre bandos enfrentados, promoviendo la idea de que todo

3 Sesión de 14 de marzo de 1985.

tipo de violencia era contraria a la dignidad humana y perjudicial para el conjunto de la sociedad vasca. Las concentraciones, denominadas *gestos*, se caracterizaban por un sistema de convocatoria automática. Cada grupo local tenía acordada una hora y un lugar fijos, con lo que cuando tenían conocimiento de una muerte no hacía falta ningún tipo de aviso ni llamamiento. La gente acudía al lugar y a la hora señalada, permanecían 15 minutos y marchaban, una estrategia que permitía “rutinización de la respuesta” frente a la violencia (Funes, 1998).

Durante el siguiente año la práctica silenciosa de repulsa al terrorismo se fue extendiendo por Bilbao, siendo los primeros 6 los grupos del entorno de la ciudad: Itaka (Plaza Circular, Bilbao), Algorta (Bilbao), Las Arenas (Bilbao), Facultad de Teología de la Universidad (Deusto), Barrio de San Pedro de Deusto (Bilbao) y Tolosa (Gipuzkoa). En noviembre de 1986, los grupos que realizaban dichas concentraciones se reunieron para plantear la primera unión formal bajo el nombre de *Coordinadora del Gesto por la Paz*. Cuando comenzaron a ser suficientes grupos como para considerarse una coordinadora, la hora de protesta se fijó igual en todos los puntos del País Vasco, para así responder de forma simultánea en distintas localidades. El objetivo no era exclusivamente la repulsa en sí misma, sino la activación y expansión de la movilización que se veía frenada constantemente por el miedo: el silencio como forma de protesta era a la vez un grito de protesta y una llamada a todos los vecinos para unirse sin lemas ni eslóganes.

Aunque el pacifismo era un movimiento social presente en toda España (antimilitarismo, ecopacifismo, insumisos, etc...), en el País Vasco faltaba cierta coordinación de estos colectivos en torno a la violencia en el propio territorio. Por ello, en enero de 1986 los colectivos *Desarme Eta Bakearen Alde*, Foro por la Paz y el Desarme (Donostia), Cristianos por el socialismo, Asociación Pro Derechos Humanos del País Vasco, Justicia y Paz, Alimentación y Desarme, *Begi Haundi* e Itaca, pusieron en común sus inquietudes sobre la Paz y crearon los Colectivos Vascos por la Paz y el Desarme siguiendo la iniciativa de otros grupos pacifistas en el resto del Estado. Y aunque el encuentro sirvió para crear redes, su mirada hacia la violencia no era exclusivamente hacia la violencia política en el País Vasco. De hecho, no fue hasta finales de 1986 cuando por primera vez lanzaron una campaña conjunta para concienciar a la ciudadanía del terrible drama que suponía la convivencia diaria con el terrorismo: “Contra el Silencio”. Ésta se anticipó una década a algunas de las ideas que más tarde se conformarían contra ETA, identificando el proyecto político de la banda terrorista como totalitario y apuntando que “una cruz gamada se está formando entre nosotros y va entrando en la vida cotidiana de los ciudadanos vascos” (Rivera y Moreno Bibiloni, 2018). Frente a las acusaciones continuadas de fascismo

con las que el nacionalismo vasco radical identificaba todo el proceso democrático, por primera vez alguien definía a ETA como fascista.

Sin embargo, la pervivencia de estos colectivos como tal se diluyó, y fue la propuesta del colectivo Ítaca y los recién surgidos grupos del Gesto por la Paz los que protagonizaron el final de la década y el rechazo ciudadano al terrorismo. Junto a ellos, la Asociación por la Paz de Euskal Herria, creada también en 1986 por Cristina Cuesta se iba desarrollando en la vecina provincia de Gipuzkoa.

Cristina Cuesta, hija de Enrique Cuesta, asesinado por los Comandos Autónomos Anticapitalistas, fue la impulsora de la Asociación por la Paz de Euskal Herria con tan sólo 24 años. Su objetivo era alzar la voz, como víctima, pero también desde un punto de vista ético (Cuesta, 2004). Con ese fin, se dirigió hacia los medios de comunicación: primero en marzo de 1986 lanzó un llamamiento en el *Diario Vasco*; y después en TVE, en máxima audiencia con Mercedes Milá, ofreciendo el apartado de correo 491 para que los interesados se pusieran en contacto con ella. En mayo de 1986, realizaron su primera concentración silenciosa tras un atentado, bajo el lema “Basta ya! Nuestro pueblo quiere la paz”, al estilo de lo que eran los *gestos* en Bilbao⁴.

Ya desde finales de ese año se dieron los primeros encuentros entre ambos grupos, que compartían charlas y reuniones. El contacto era frecuente debido a las propias redes de socialización y espacios compartidos, por ejemplo en la reunión de Educadores por la Paz de Euskal Herria mantenida en mayo de 1987 en Barria (Álava)⁵. Sin embargo, no fue hasta 1989 cuando ambos grupos decidieron converger en una sola Coordinadora, aunando el *Gesto por la Paz* con la denominación de *Euskal Herria*., gracias a la colaboración previa en la campaña de apoyo al Pacto de Ajuria Enea. Ambos grupos habían impulsado en marzo de 1989 la Iniciativa pro apoyo al acuerdo de Ajuria Enea, para constatar el apoyo de quien se sumaran al pacto entre los principales partidos políticos vascos. El documento asumía el acuerdo político y destacaba “la conciencia pacifista cada vez mayor entre los ciudadanos”⁶. En lo esencial, el Pacto de Ajuria Enea coincidía con las ideas de Gesto por la Paz: la no justificación de la violencia y la “asunción de la violencia como un problema de los vascos” (Aulestia,

4 *El Diario Vasco* 22/05/86.

5 *Papiro* nº 17, mayo 1987.

6 *Iniciativa pro extensión del acuerdo de Ajuria Enea*.

1993:168). De hecho, Gesto por la Paz había asumido desde sus inicios que la violencia en el País Vasco no se trataba de un contencioso Euskadi/Madrid, de ahí el hecho de circunscribir su actividad de protesta al País Vasco y Navarra.

Lo cierto es que el embrionario movimiento pacifista y el mundo político tuvieron este marco de acción conjunta a finales de la década de los ochenta que favoreció la expansión de la movilización ciudadana y en cierta medida de los grupos que realizaba las concentraciones silenciosas. La presencia en la calle de estos colectivos sirvió de llamada de atención al mundo político, que pasó a preocuparse cada vez más por liderar movilizaciones ciudadanas, y el Pacto dio cobertura a todas aquellas organizaciones que venían trabajando desde hacía años. Como ejemplo del interés de los partidos hacia estas asociaciones, cabe destacar la propuesta del Parlamento Vasco, en octubre de 1989, mediante una proposición no de ley de Coalición Popular en el País Vasco, para pedir el Premio Nobel de la Paz para estas asociaciones.

La Coordinadora: los *gestos* en todo el País Vasco

El trabajo conjunto en apoyo del Pacto de Ajuria Enea sirvió para que la fusión entre Gesto y la Asociación terminara de cuajar en noviembre de 1989. Por entonces Gesto contaba ya con unos 44 grupos, mientras que la Asociación tenía presencia en Donostia, Pamplona, Vitoria, Lasarte, Irún-Hondarribia y Eibar. La fusión permitió extender la propuesta por el territorio vasco y navarro, y supuso la remodelación sus Líneas de Fondo (documento que resumía su misión y valores), así como de la propia estructura de la organización, que pasó a constituirse en 4 niveles: grupos, Coordinadoras, Asamblea General y Comisión Permanente, que pasó de 8 a 12 miembros.

El repertorio de acción de la Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria (en adelante Gesto por la Paz) para ir tomando fueron las manifestaciones y concentraciones silenciosas. Además de los *gestos*, incluyeron en su repertorio las manifestaciones multitudinarias como las manifestaciones anuales del día de la Paz en el aniversario de la muerte de Gandhi, donde sí mostraban su potencial movilizador. Sin embargo, en las calles y plazas, en silencio tras la pancarta, seguían siendo pocos, ya que el *gesto* era más íntimo y particular, por lo que la gente tenía más miedo a significarse públicamente.

En esos años, la expansión de Gesto fue ligada a su propio trabajo como organización que se presentaba neutral ante los ciudadanos, así como a otros factores externos que parecían mostrar un debilitamiento del terrorismo (Detención de la

cúpula de ETA en 1992). Parecía que ETA estaba en horas bajas, y la constatación de que Gesto por la Paz no dependía de ningún partido político y de que denunciaba “todas la muertes”, con acciones como la denuncia de la trama GAL, favoreció que se eliminaran recelos hacia la Coordinadora. De hecho, en esos años Gesto por la Paz se extendió por todo el territorio vasco y navarro, siendo 1992 el año de más crecimiento, pasando de 82 a 128 grupos locales, lo que significaba que tras un atentado, en 128 puntos del País Vasco se rechazaba el terrorismo de forma explícita en las calles. También realizó numerosas campañas de concienciación, colaborando también con otro tipo de asociaciones. Por ejemplo, con la Asociación pro Derechos Humanos con la que en 1992 y 1993 llevó a cabo las campañas “Ya no me callo” y “Yo también opino”, en las que pedía a los ciudadanos que levantaran su voz contra la violencia.

También fueron años de cambio y surgimiento de nuevos colectivos, algunos escindidos de la propia Coordinadora por desavenencias internas o nuevas preocupaciones como atender de forma más concreta al colectivo de víctimas o introducir el aspecto reconciliatorio en sus campañas. También otras cuestiones más formales (como la necesidad de recurrir a subvenciones que Gesto tuvo desde 1990 para mantener su imparable auge) despertaron tensiones durante las Asambleas Permanentes. Sin embargo, todas estas nuevas agrupaciones no debilitaron a la Coordinadora, sino que sumaron a la protesta, aportando nuevas ideas y colectivos a las manifestaciones contra el terrorismo.

En 1991, Cristina Cuesta y el grupo donostiarra de Gesto (previamente núcleo básico de la Asociación por la Paz), abandonaron la Coordinadora y crearon una nueva asociación: Denon Artean Paz y Reconciliación, constituida. Otros grupos guipuzcoanos como los de Eibar, Rentería, Ibaeta, Donostia e Irún-Hondarribia abandonaban la organización junto a Cristina Cuesta, aunque los de Vitoria y Pamplona permanecieron en Gesto por la Paz. La salida formal se llevó a cabo en febrero y marzo de 1991.

Otra de las escisiones surgió en torno al debate de si las organizaciones como Gesto por la Paz debían simplemente concienciar y movilizar, o estaba en su mano realizar propuestas concretar para solucionar la violencia política en el País Vasco. Para los fundadores y grupos más antiguos la cuestión estaba clara en las Líneas de Fondo: “no es misión de la Coordinadora proponer fórmulas concretas y técnicas de solución al problema de la violencia política en Euskal Herria”. Sin embargo algunos miembros de la Comisión Permanente buscaban promover una especie de consenso con otros espacios como sindicatos o asociaciones, con el objetivo de firmar un Pacto Cívico y crear una gran plataforma contra el terrorismo, con medidas y propuestas específicas.

Estas contradicciones internas llevaron de nuevo a una escisión en la Coordinadora cuando, en abril de 1992, algunos de sus miembros presentaron la Plataforma Cívica *Pakea Orain*, con la que colaboraron en los siguientes años, pero que no mermó su capacidad movilizadora.

Los años del lazo azul: un símbolo contra ETA

La extensión de las concentraciones silenciosas tras cada atentado no fue del agrado de la izquierda abertzale, que ya desde finales de los ochenta comenzó a criticar la movilización pacifista. Sin embargo, el señalamiento y hostigamiento de la izquierda abertzale hacia estos grupos pacifistas se hizo evidente a partir de la segunda mitad de la década de los noventa, junto a la puesta en marcha de la socialización del sufrimiento, que amplió el objetivo de víctimas de ETA con el fin de instalar el miedo en distintos sectores de la sociedad vasca (políticos, medios de comunicación, jueces, etc). Aunque en ningún caso los grupos pacifistas fueron objetivo directo de ETA en esa estrategia marcada por la ya conocida ponencia *Oldartzen*, sí que sufrieron el hostigamiento en las calles como espacio simbólico en el que la izquierda abertzale quería reafirmar su presencia y poder. Sin duda, el momento clave de esa lucha simbólica por el espacio público tuvo lugar entre 1995-1997, durante las distintas campañas por los secuestros realizados por ETA en esos años. Cabe recordar que hasta la segunda mitad de los años noventa los secuestros fueron una gran fuente de ingresos para ETA (Domínguez, 1998), ingresando entre 1993-2000 más de 5 millones de euros al año, el 60 % proveniente del pago de rescates y el resto gracias a la extorsión a empresarios (Buesa, 2006).

Previo a estos años, los pacifistas habían ganado la batalla simbólica con su movilización constante por el secuestro de Julio Iglesias (1993) y la presentación de un símbolo individual de condena al terrorismo: el lazo azul. Distintas organizaciones vinculadas al pacifismo y a la movilización contra el terrorismo, entre ellas Gesto por la Paz, presentaron este símbolo para reforzar la campaña “Julio Askatu (Julio Libertad)” iniciada el 9 de julio. La forma del lazo azul: (Λ) simbolizó la letra A de Askatu (libertad en euskera). Se trataba de un símbolo unitario para identificar a todas las personas que condenaban el secuestro y exigían la liberación de Julio Iglesias Zamora, por lo que, por primera vez, se articuló un símbolo contra el terrorismo que servía de referente transversal para buena parte de la ciudadanía (Moreno Bibiloni, 2020). A su vez, la Iniciativa pro-liberación Julio Iglesias Zamora promovida por personalidades e intelectuales vascos y a la que se adhirieron las organizaciones pacifistas, organizó una

multitudinaria manifestación en el estadio de Anoeta (Donosti), el 11 de septiembre, que fue secundada por unas 70.000 personas.

En 1993 por primera vez las movilizaciones ciudadanas despertaron una respuesta directa de la izquierda abertzale, que articuló todo un discurso frente a los pacifistas que acusaba de cómplices de Ajuria Enea, intentando socavar su independencia, pluralidad, y el trabajo que llevaban años haciendo. Además la izquierda abertzale se preocupó mucho de criticar el lazo azul, y generar un nuevo discurso basado en la premisa de equiparar el secuestro de Julio Iglesias con el encarcelamiento de presos condenados por terrorismo. También hubo intentos de contra-campaña con la puesta en marcha de un lazo verde para expresar el desagrado por la campaña de los pacifistas, que no resultó exitosa, por lo que los radicales se animaron a perpetrar agresiones contra los portadores del lazo en algunas fiestas patronales. Sin duda, la campaña de los pacifistas en torno a la libertad de Julio Iglesias no les había cogido preparados, por lo que la izquierda abertzale se organizó ante los siguientes secuestros y, a partir de 1995, puso en marcha una estrategia clara de hostigamiento a las concentraciones silenciosas y a las personas que portaban el lazo.

Esta etapa se enmarca en los secuestros consecutivos de José María Aldaya, José Antonio Ortega Lara y Cosme Delcaux, en los que desde 1995 hasta 1997 siempre hubo dos personas secuestradas por la banda terrorista ETA. La concatenación de secuestros hizo que, durante más de dos años (2 años, 1 mes y 22 días), el lazo azul y las concentraciones de los lunes para reclamar su liberación se mantuvieran en las calles gracias a la acción de Gesto por la Paz. Cabe recordar que estos secuestros se enmarcan en los primeros años de activación de la socialización del sufrimiento por parte de la izquierda abertzale, con indicaciones claras de toma de la calle a sus jóvenes militantes que desembocaron en el aumento de la violencia callejera (*kale borroka*) en esos años, que pasó de 336 acciones violentas atribuibles en 1995 a unas 1.038 en 1997⁷. En lo que respecta a la movilización ciudadana vinculada a las organizaciones pacifistas, la nueva estrategia de toma de la calle se escenificó en los enfrentamientos con Gesto por la Paz a raíz de las campañas contra los tres secuestros.

Más de dos años en los que se produjeron, de forma habitual, contramanifestaciones frente a las concentraciones de los lunes y los *gestos* como sistema de amedrentamiento y reapropiación del espacio público. En ocasiones eran contramanifestaciones violentas, especialmente agresivas en algunos pueblos y barrios, mientras que en otros

7 Euskobarómetro en AROVITE .

lugares transcurrieron con más normalidad. La mayoría estaban convocadas por Gestoras pro-Amnistía, que desde 1995 promovió un nuevo lema para hacer frente a los numerosos grupos que protestaban en silencio con el lazo azul: “Euskal Herria Askatu”, enfrentado al exitoso “Julio Askatu” que los pacifistas habían promovido en 1993. Con la proliferación de contramanifestaciones se retomaron lemas como “Los asesinos llevan lazo azul” o “A los del lazo navajazo”, y se popularizaron otros del tipo: “Aldaya, paga y calla”, tal como años antes había pasado con “Julio, paga” (Moreno Bibiloni, 2020).

Esta situación de hostigamiento provocó un descenso en la participación ciudadana en las concentraciones, aunque el núcleo duro de los grupos locales de la Coordinadora resistió. La asistencia a los *gestos* y a las concentraciones de los lunes pasó a ser un gran compromiso, porque significaba manifestarse con miedo y tensión, ser insultado y en ocasiones agredido en algunos pueblos o barrios (el grupo de Etxebarri-Ibiña tuvo que abandonar sus concentraciones silenciosas). En la comarca del Goierri, con pueblos como Beasain y Ordizia, o en otros lugares como Hernani, Bergara o Tolosa fue donde más difícil resultó realizar los *gestos* y donde más duras fueron las contramanifestaciones. Éstas lograron en buena medida su propósito: contrarrestar la visibilización de los *gestos* y presentar dos bandos, frente a frente, porque además de una forma indirecta de práctica de la violencia, las contramanifestaciones fueron un elemento ritualizador del culto a la nación que mostraba fuerza y apoyos sociales y que servía para escenificar el “conflicto”. Esta situación favoreció que, comparado con 1993, el lazo azul fuera perdiendo poco a poco visibilidad a consecuencia del miedo. Tal como señalaban desde la propia Coordinadora: “muchos lazos azules están secuestrados en casa de mucha gente que ha sido vencida por el miedo a la intolerancia”⁸.

Aun así, esta época fue crucial en la deslegitimación del terrorismo y permitió el posterior estallido de la movilización en Ermua, que no analizaremos aquí⁹, pero que no se entiende sin la tensión preexistente en los años de las *contras*, el continuo estado de violencia derivado de la *kale borroka*, o el cambio en el perfil de las víctimas con la socialización del sufrimiento y las reacciones ciudadanas que provocaron (baste recordar el impacto social del asesinato de Gregorio Ordóñez en 1995). La

8 *Bake Hitzak 16-17* dedicado a los secuestros (1995).

9 Véase Castells, en este mismo número de *Grand Place*.

creación de un símbolo como el lazo azul y la acción constante y continuada de los grupos de Gesto y otros colectivos que se sumaron a las protestas demostró ante la opinión pública que se podía salir a la calle contra ETA y resistir frente a los violentos.

La politización de la protesta: la pervivencia de los *gestos*

Frente al liderazgo y protagonismo que la Coordinadora tuvo en la década de los noventa en la movilización ciudadana contra el terrorismo, el paso al s. XXI estuvo marcado por un nuevo estilo de manifestaciones y de organizaciones que se enfrentaban a ETA. Este cambio no se entiende sin el estallido social tras el asesinato del joven concejal de Ermua, Miguel Ángel Blanco (Castells, 2017). Una movilización que trascendió el País Vasco y llenó las calles de toda España, cambiando para siempre el discurso y las formas de protesta frente al terrorismo hacia una actitud más combativa y beligerante. Este trance social compartido se intentó trasladar al ámbito político con el famoso *Espíritu de Ermua*, pero en los siguientes años terminó por quebrarse el clásico binomio demócratas/violentos a favor de un nuevo esquema en torno al eje nacionalistas/ no nacionalistas, y que se materializó con la firma del Pacto de Estella-Lizarra.

Paralelamente a este proceso aparecieron nuevos colectivos ciudadanos que buscaban promover y extender la movilización ciudadana frente al terrorismo con un estilo distinto al de Gesto por la Paz. Más masivo (grandes concentraciones), político (con mensajes concretos, no sólo sobre la vida y la paz), y beligerante (frente a sedes de HB en diversas ocasiones). Esta nueva forma de protesta estuvo protagonizada por el colectivo Basta Ya, surgido en el año 2000, que defendió un discurso más duro, entendiendo que la respuesta a la violencia no debía realizarse desde el ámbito pacifista, sino político y “Contra el nacionalismo obligatorio”. Un discurso con el que la Coordinadora, que contaba entre sus filas con personas del ámbito nacionalista, nunca terminó de estar cómoda, por lo que siguieron fieles a sus concentraciones silenciosas de 15 minutos, a diferencia de otras organizaciones como Denon Artean, de la que sí se nutrió Basta Ya. Su acción aportó nuevas formas de protesta, pero también bebió del contexto de la política nacional, por lo que a partir del año 2006 la preeminencia mediática de un discurso más político contra el terrorismo, la reducción de los atentados y la propia decadencia de ETA, desarticuló progresivamente a Basta Ya.

En este nuevo contexto también se vio mermado el movimiento pacifista, que en esos años se reducía prácticamente a Gesto por la Paz, pero sin embargo permaneció activo otros tantos años más. Aunque los gestos fueron ya mucho más espaciados en el tiempo, la Coordinadora intentó poner en marcha campañas de concienciación y educación sobre la violencia política, hasta que llegó el momento que llevaban 30 años esperando: *Lortu Dugu*. ETA anunciaba, al fin, el cese definitivo de la actividad armada, y Gesto por la Paz sintió entonces la necesidad de disolverse, de desaparecer y terminar con su trabajo en la calle. Sin duda, la excepcionalidad de Gesto por la Paz fue su prolongada y constante acción a lo largo de distintas décadas, la generación de nuevas formas de protesta como los *gestos* o de símbolos del lazo azul, que permitieron poco a poco despertar a una sociedad adormecida favoreciendo favoreció la movilización contra el terrorismo.

Bibliografía

- Buesa, Mikel (2006): “Consecuencias Económicas Del Terrorismo Nacionalista En El País Vasco.” *Instituto de Análisis Industrial y Financiero*, 53.
- Domínguez, Florencio (2003): *Las raíces del miedo. Euskadi, una sociedad atemorizada*. Madrid: Aguilar.
- Castells Arteche, Luis (2017): “La Sociedad Vasca Ante El Terrorismo. Las Ventanas Cerradas (1977-2011).” *Historia y Política*, nº 28: 347–82.
- Cuesta, Cristina (2004): “Como el humo de las velas”, en GARCÍA Menguál, Fernando y MARÍ, Jesús (eds.): *Universidad y terrorismo vasco*. Fundación Profesor Manuel Broseta, pp. 105-113.
- Fernández Soldevilla, Gaizka y María Jiménez (coords.) (2020): *1980. El terrorismo contra la Transición*. Madrid: Tecnos.
- Funes, M.Jesús (1998): *La Salida Del Silencio: Movilizaciones Por La Paz En Euskadi 1986-1998*. Madrid: Akal.
- López Romo, Raúl (2015): *Informe Foronda. Los Efectos Del Terrorismo En La Sociedad Vasca (1968-2010)*. Madrid: Los libros de la Catarata.

Moreno Bibiloni, Irene (2019): *Gestos frente al miedo. Movilizaciones contra el terrorismo en el País Vasco (1975-2013)*. Madrid: Tecnos.

----- (2020): “La repuesta social ante la violencia terrorista en el País Vasco: con pies de plomo” en FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka y María JIMÉNEZ RAMOS (coords.): *1980. El terrorismo contra la Transición*. Madrid: Tecnos.

Moreno Bibiloni, Irene y Antonio RIVERA (eds.) (2018): *La sociedad Vasca ante el terrorismo (a través de los fondos de la Fundación Sancho el Sabio)*. Vitoria: Fundación Sancho el Sabio y Fundación Fernando Buesa.



LAS VÍCTIMAS ANTE EL FINAL DE ETA

INÉS GAVIRIA SASTRE

Introducción

En la ceremonia de entrega del Premio Fernando Delgado de la Fundación Víctimas del Terrorismo al periodista navarro Javier Marrodán, celebrada el 16 de diciembre de 2020 en Madrid, Marrodán citó en su discurso unas palabras que el escritor Albert Camus pronunció cuando recibió el Premio Nobel en 1957: “Por definición –explicó–, el escritor no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren”. Javier Marrodán expuso estas ideas de Albert Camus sobre “el arte y la misión” que a su juicio tiene o debería tener un autor porque él considera que las debe tener también un periodista o cualquier persona cuya misión consista en relatar las historias de las personas que “sufren la historia”. “Se podría objetar que ejercer el periodismo o la historia con esa aspiración conduce a versiones interesadas o parciales de los hechos, como si la difusa neutralidad que tantas veces se invoca pudiera quedar contaminada por el testimonio o el protagonismo de las víctimas”, aseguró Marrodán en su discurso. “Pienso en cambio que se trata de un deber ineludible. Poner la historia y el periodismo al servicio de los que sufren es mucho más que una estrategia narrativa o una pretensión documental: es una exigencia de orden moral que trasciende incluso la batalla del relato de la que tanto se viene hablando. Es un compromiso con la justicia y con la verdad”. Esta es la máxima que ha guiado la carrera periodística y docente de Javier Marrodán. Sus alumnos –yo entre ellos– lo hemos comprobado. Este espíritu es el que procuro poner en práctica también, cada día, en mi trabajo como responsable de prensa del Colectivo de Víctimas del Terrorismo (COVITE).

En la conferencia inaugural del XVIII Seminario de la Fundación Fernando Buesa, Joseba Arregi tituló su ponencia así: “Cómo hablar de las víctimas”.¹ Citaba frases que había leído en algunos periódicos, en las que se aseguraba que, dada la proliferación de productos audiovisuales sobre el terrorismo y sus víctimas, “por fin se cuenta la historia verdadera”, “por fin se ha ganado la batalla del relato”, “por fin los herederos de ETA no tendrán más remedio que hacer frente a la verdad de su historia”. Arregi lamentó tener la impresión de que “si antes había mucho silencio sobre las víctimas, ahora hay mucho ‘hablar’ de víctimas de ETA en artículos, en películas, en series, en literatura, en comentarios sobre todo eso. Me pregunto si no sería mejor parar un momento, callarnos y preguntarnos si no debíamos dejar de hablar tanto”. Añadió a sus impresiones el hecho de que “el recuerdo de las víctimas, de los asesinados, los heridos, los extorsionados, los secuestrados y sus familiares puede estar siendo enterrado bajo la palabrería incesante, bajo la pretensión de que por fin se está contando la historia verdadera”. Joseba Arregi expresó un profundo miedo a que la memoria de las víctimas quede enterrada entre tanta pretensión, entre tantas palabras e imágenes. Confieso que comparto su miedo.

Cómo hablar de las víctimas es una cuestión difícil y compleja por varias razones. Para empezar, porque cada víctima es única –lo cual, aunque sea una obviedad, no siempre se tiene en cuenta– y no tiene por qué compartir la misma visión, reivindicación o discurso que tenga otra víctima sobre el mismo asunto. Por otra parte, hablar de las víctimas y que estas estén en el debate público no necesariamente contribuye a reforzar su derecho a la verdad, la memoria, la justicia y la dignidad, que todas ellas merecen por el hecho de ser víctimas, de haber sufrido y padecido la Historia. Intereses ajenos a su causa –políticos, partidistas o tácticos– pueden contaminar su memoria y su legado. En un panorama de polarización política extrema, como estamos viviendo en los últimos años en España, cómo hablar de las víctimas de tal forma que sus principios no se vean alterados por el curso de la política es una cuestión sobre la que reflexiono a menudo. Las víctimas del terrorismo son plurales como la sociedad misma, razón por la que es necesario respetar escrupulosamente esa pluralidad y no encasillar a todas las víctimas del terrorismo en un único colectivo monolítico que comparte siempre las mismas opiniones. Por esta razón me produce un profundo respeto, y un intenso pudor, escribir un artículo sobre “las víctimas” ante el final de ETA. No es mi intención hablar en nombre de todas “las víctimas”. No obstante, gracias a

1 Intervención completa de Joseba Arregi: https://www.youtube.com/watch?v=-oFsfWq3N9Q&ab_channel=-Fundaci%C3%B3nFernandoBuesaFundazioa

mi trabajo en un colectivo de víctimas del terrorismo he podido conocer a bastantes víctimas y conversar con ellas sobre los asuntos que voy a tratar en este artículo. Por lo tanto, creo no equivocarme al afirmar que, al menos una gran mayoría de víctimas comparten un mismo temor, que ha emanado del final de ETA: que el terrorismo quede legitimado y, en consecuencia, los principios de verdad, memoria, dignidad y justicia que representan las víctimas se vean orillados.

Tensiones en el post-terrorismo de ETA

El 2 de octubre de 2011, apenas unos días antes de que ETA anunciase su “cese definitivo de la actividad armada”, *Gara* publicó un editorial que sonaba a advertencia: “Aviso a los que quieren un relato de vencedores y vencidos: el que convenza, vencerá”.² Este texto podría considerarse la señal de partida a lo que en muchas ocasiones se ha llamado “la batalla por el relato”.³ Hay historiadores y académicos que rechazan esta expresión o muestran sus discrepancias con ella por sus “resonancias guerreras”,⁴ en palabras del historiador del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo Raúl López Romo. Independientemente de lo adecuado o no del término, este asunto podría considerarse la cuestión principal del tiempo de post-terrorismo de ETA, del que a su vez emanan otras tensiones que se analizarán en este artículo. Lo que está en juego en esta “batalla por el relato” es que las generaciones del futuro consideren que ETA fue un “Movimiento Revolucionario Vasco de Liberación Nacional”,⁵ tal y como la propia banda terrorista se definió a sí misma en su I Asamblea en 1962 o, por el contrario, que lleguen a la conclusión de que fue una organización criminal que utilizó el terrorismo para intentar lograr sus objetivos políticos. En esta “batalla”, por tanto, existe un riesgo: que la manipulación del pasado y el olvido selectivo e interesado de lo que fueron y lo que significaron los más de 50 años de terrorismo de ETA se acaben imponiendo a la Historia, es decir, a los hechos objetivos.

2 *Gara*, 2-X-2011.

3 Labiano, Roncesvalles. *Relato*. <https://glosariovt.com/glosario-vt/relato/#toggle-id-1>

4 López Romo, Raúl. *¿La batalla del relato?*, *El Correo*, 29-I-2018.

5 Fernández Soldevilla, Gaizka; y López Romo, Raúl (2012). *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*. Tecnos, Madrid.

El historiador José Antonio Pérez Pérez, que recientemente ha coordinado la obra *Historia y memoria del terrorismo en el País Vasco*, impulsada por el Centro Memorial, expuso este conflicto del post-terrorismo de ETA de la siguiente manera en una entrevista en el diario *El Mundo*: “La inmediatez de los acontecimientos y el deseo por pasar página sobre un pasado tan reciente y perturbador en aras de la reconciliación y la convivencia pueden terminar por aceptar una visión de lo sucedido tan autocomplaciente como falaz”.⁶ Casi diez años después de que el terrorismo etarra ya no sea una amenaza para la seguridad de nuestro país –fue el 20 de octubre de 2011 cuando ETA declaró su tregua permanente–, y poco más de tres años después de que la banda terrorista escenificase su disolución –el 3 de mayo de 2018–, se podría decir que solo estamos al principio del proceso de asimilación de lo que ha supuesto vivir durante más de cincuenta años bajo el terror y la amenaza de ETA, sobre todo en el País Vasco. José Antonio Pérez lo explicó así:

La persistencia del terrorismo ha marcado profundamente la vida política de este país, pero también ha afectado a su comportamiento social, a su cultura, a la evolución de su economía y a la vida cotidiana de miles de personas. El terrorismo ha constituido el obstáculo más importante para consolidar los principios fundamentales en los que se basa una sociedad democrática. La herida que ha dejado el terrorismo de ETA va mucho más allá de los fríos datos que nos ofrecen las estadísticas, los porcentajes y las listas de atentados y las víctimas. La amplitud y profundidad del odio que alimentó el terrorismo durante décadas, y el miedo que desató entre aquellos que estaban en el punto de mira de los terroristas se arraigó con enorme fuerza en la sociedad vasca y socavó las bases de la convivencia. Para abordar todas estas cuestiones es necesario reflexionar en primer lugar sobre un fenómeno tan complejo como el terrorismo de ETA y sus características específicas en el País Vasco, donde su historia se expandió a lo largo de cuatro largas décadas.⁷

A pesar de la evidente buena noticia de la disolución de ETA, este final no ha estado –ni está– exento de tensiones y consecuencias, especialmente ostensibles en el País Vasco –aunque también en Navarra, si bien en menor medida–, que es necesario que se aborden para que la convivencia democrática pueda consolidarse en una región que durante más de cuarenta años no ha podido disfrutar de una convivencia en paz

6 Pérez Pérez, José Antonio (coord.) (2021). *Historia y Memoria del Terrorismo en el País Vasco, 1968-1981 – Volumen I. Confluencias*.

7 *El Mundo*, 20-III-2021.

y libertad, propia de las democracias avanzadas, como sí lo han hecho el resto de regiones de España desde 1978, debido a la elevada incidencia que el terrorismo y la violencia tenían en la vida cotidiana de los ciudadanos. El conflicto del post-terrorismo se concentra en esa “batalla por el relato”, que a su vez da lugar al resto de tensiones: los homenajes públicos a miembros de ETA a su salida de prisión, y la posible radicalización violenta a la que se pueden estar exponiendo las juventudes de la base social de la izquierda abertzale; y la falta de una condena tajante y convincente del terrorismo por parte de la izquierda abertzale, lo cual da lugar a un debate público sobre el tratamiento que se le debe dar a EH Bildu, formación política heredera de Herri Batasuna, ilegalizada en 2003 por el Tribunal Supremo por formar parte de la estrategia de ETA, y que todavía hoy no condena el terrorismo; y a una reclamación por parte de muchas víctimas del terrorismo de mayores esfuerzos por parte del Estado y la ciudadanía por contribuir activamente a desautorizar a la izquierda abertzale y así impedir que legitimen el terrorismo.

Radicalización violenta en el País Vasco y Navarra: homenajes públicos a miembros de ETA

Los homenajes públicos a presos de ETA cuando salen de la cárcel y vuelven a sus localidades de origen son probablemente una de las tensiones más visibles de la etapa de post-terrorismo. Muchas víctimas han denunciado públicamente en múltiples ocasiones la humillación que sufren al presenciar estos homenajes. Pero, por otro lado, la izquierda abertzale ha manifestado, también en múltiples ocasiones, su voluntad de seguir realizando estos homenajes y su negativa a condenarlos. En septiembre de 2020, Arkaitz Rodríguez, secretario general de Sortu aseguró que “los presos políticos vascos no son ni violadores ni pederastas y tienen el apoyo de una parte importante de esta sociedad. Es esa parte importante de este país [en referencia a Euskadi] la que sale a la calle para mostrarles apoyo, ya que en muchos casos sus condenas se han alargado ilegalmente”.⁸ En esta misma línea se justificó también Arnaldo Otegi, líder de EH Bildu, en una entrevista en Radio Euskadi en mayo del presente año, argumentando que “los ciudadanos de ese pueblo consideran que [los presos de ETA] merecen ese reconocimiento o un abrazo”.⁹ Y lanzó un mensaje

⁸ *El Mundo*, 22-IX-2020.

⁹ *Vozpópuli*, 20-V-2021.

a las víctimas de ETA: “¿Nuestra felicidad por ver a un preso salir de la cárcel es su dolor? Si este es el esquema, tenemos un problema”.

COVITE ha registrado un total de 161 homenajes públicos a miembros de ETA entre septiembre de 2016 y julio de 2021 en su Observatorio de Radicalización.¹⁰ Aunque también recoge datos sobre otros fenómenos relacionados con la glorificación del terrorismo, como las pintadas y pancartas en las calles, el fenómeno de los homenajes públicos a personas que han pertenecido a ETA y los delitos terroristas cometidos es “especialmente preocupante” para COVITE “porque son un claro síntoma de anormalidad democrática”.¹¹ La presidenta del colectivo, Consuelo Ordóñez, cuyo hermano Gregorio Ordóñez fue asesinado por ETA el 23 de enero de 1995, opina que “en ninguna sociedad occidental democráticamente avanzada se producen este tipo de hechos. En ningún pueblo se recibiría a un terrorista yihadista con aplausos, vítores y bengalas en la vía pública cuando saliese de la cárcel. España es el único país de la Unión Europea en el que se honra a terroristas que se enorgullecen de su pasado criminal y reciben públicamente apoyo y gratitud, con el riesgo que supone para las nuevas generaciones y para el objetivo de construir un futuro libre de violencia”.

En una rueda de prensa celebrada conjuntamente por la eurodiputada Maite Pagazaurtundua –también víctima de ETA– y Consuelo Ordóñez en febrero de 2019, Pagazaurtundua sostuvo que “los homenajes en la calle a los miembros de ETA que han estado en prisión solo se hacen a aquellos presos que no han expresado arrepentimiento por sus delitos o por haber pertenecido a ETA. No ha habido un solo homenaje a los expresos de ETA que hayan manifestado públicamente su rechazo a la violencia que ejercieron”.¹² Por tanto, concluyó, “el homenaje es un medio para realzar el pasado del preso como miembro de ETA y una forma de agradecerle el haber hecho el sacrificio de estar en la cárcel precisamente por haber pertenecido a ETA”.

Muchas víctimas de ETA perciben estos hechos como un delito de exaltación del terrorismo y humillación de las víctimas, en el sentido en que el artículo 578 del Código Penal español recoge este delito: “Justificación por cualquier medio de expresión

10 Observatorio de Radicalización de COVITE: <https://covite.org/observatorio/>

11 Entrevista telefónica con Antonio Recio, víctima de ETA y miembro de la junta directiva de COVITE, realizada el 10-VII-2021.

12 *CONFLEGAL*, 9-II-2019.

pública o difusión de los delitos incluidos en los artículos 571 a 577 de este Código o de quienes hayan participado en su ejecución, o en la realización de actos que impliquen el descrédito, menosprecio o humillación de las víctimas de delitos terroristas o de sus familiares”.¹³ “Exaltar” o “glorificar”, según la sentencia del Tribunal Supremo 656/2007 de 17 de julio, significa “colocar a la persona en una posición preferencial de virtud o mérito, convirtiéndola en referente y ejemplo a imitar. El sujeto activo, con su comportamiento, pone como modelo las acciones punibles y sus autores, otorgándoles un valor de asimilación al orden jurídico, a pesar de contradecirlo frontalmente”. Esta sentencia enumera los elementos que compondrían el delito de enaltecimiento del terrorismo y humillación a las víctimas: acciones o palabras que elogien cualidades o méritos del objeto de exaltación; que los motivos de la exaltación sean conductas definidas como delitos de terrorismo o sean personas que hayan participado en la ejecución de dichas conductas; y que la acción se lleve a cabo en cualquier medio de expresión o difusión pública, como puede ser un periódico o un acto público con gran afluencia.

Sin embargo, a pesar de que el artículo 578 del Código Penal español tipifica estos hechos como delitos, y de la existencia de jurisprudencia que también lo hace, ninguno de los homenajes públicos a miembros de ETA ocurridos entre 2016 y 2021 y denunciados penalmente por COVITE han sido condenados por la Justicia. En diciembre de 2020¹⁴ COVITE señaló que durante estos últimos cuatro años ha presentado veintisiete denuncias ante la Audiencia Nacional relativas a homenajes a miembros de ETA por posibles delitos de enaltecimiento del terrorismo y humillación a las víctimas, y que todas ellas han sido archivadas. La justificación es que no hay riesgo de que ETA vuelva a atentar porque está disuelta, por lo que no puede haber un delito de exaltación del terrorismo. Consuelo Ordóñez critica este argumento: “La Audiencia Nacional asegura que no hay riesgo de que ETA vuelva a utilizar la violencia, pero ¿qué tiene esto que ver con el enaltecimiento del terrorismo y la humillación a sus víctimas? Se puede enaltecer un terrorismo que ya no existe y causar mucha humillación a sus víctimas, lo cual está recogido en nuestro Código Penal como un delito.”¹⁵

13 Código Penal español: <https://www.boe.es/buscar/pdf/1995/BOE-A-1995-25444-consolidado.pdf>

14 COVITE registra 193 actos de apoyo a ETA en 2020 en su Observatorio de Radicalización. <https://covite.org/destacada/covite-registra-193-actos-de-apoyo-a-eta-en-2020-en-su-observatorio-de-radicalizacion/>

15 *El Diario Vasco*, 13-X2018.

Maite Pagazaurtundua señaló una posible razón por la que la Justicia española no considera delitos este tipo de actos en el informe *Homenajes, enaltecimiento del terrorista y doble victimización en Euskadi*, publicado en febrero de 2018, apenas unas semanas después de que los cómplices necesarios para el asesinato por parte de ETA a su hermano Joseba Pagazaurtundua fueran homenajeados en público en Andoain, localidad guipuzcoana donde precisamente fue asesinado su hermano: “La organización política que está detrás de estos homenajes puede intentar esconder su implicación en estos actos, pero es evidente que se enmarcan en la dinámica del entorno político y social de la izquierda abertzale, hoy en EH Bildu. Como no han condenado la historia del terrorismo de ETA, actúan dentro de los límites de la ley y hacen trampas, de forma muy sofisticada: no piden que se cometan atentados, pero sí elogian a quienes los cometieron en el pasado y aprecian sus ‘esfuerzos’ por haber pasado años en la cárcel por sus crímenes, como parte de su ‘lucha’”.¹⁶

El asunto de los homenajes a miembros de ETA, sin embargo, no es solo judicial, sino también político y social. Mientras los distintos portavoces de la izquierda abertzale defienden que se trata de actos espontáneos, sin ninguna estrategia política detrás –“en Andoain no se hizo ningún homenaje, solo se dio la bienvenida a dos personas que regresaban a casa”, dijo en Twitter el portavoz de EH Bildu Pello Urizar el 20 de febrero de 2018, al referirse al acto denunciado por Maite Pagazaurtundua– las víctimas, los historiadores y los expertos que estudian el terrorismo etarra consideran que detrás de estos actos hay una estrategia política de justificación y blanqueamiento de los delitos terroristas y de la violencia política que ejerció ETA, fundamental para que la izquierda abertzale consolide su relato de lo que fue ETA entre sus bases. Esta fue una explicación dada por Gaizka Fernández Soldevilla al fenómeno de los homenajes a miembros de ETA en un artículo publicado en *El Correo*.¹⁷

Según un informe psicológico elaborado por la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT), para las víctimas supone un impacto brutal presenciar estos actos o tener co-

16 Pagazaurtundua, Maite. *Homenajes, enaltecimiento del terrorista y doble victimización en Euskadi*, un informe de la oficina de Maite Pagazaurtundua en el Parlamento Europeo.

17 *El Correo*, 6-I-2018.

nocimiento de que se han producido.¹⁸ No obstante, cabe señalar que no es ese el único problema que entrañan este tipo de actos: los niños y jóvenes que asisten a estos eventos en los que un terrorista es el protagonista y es agasajado por ello, pueden considerarle como un héroe y un modelo a seguir digno de honores públicos, con lo cual existe un riesgo de radicalización violenta para estos jóvenes.¹⁹ En este sentido, aunque ETA como organización terrorista esté disuelta, existe entre los presos de ETA una organización disidente llamada ATA (Amnistia Ta Askatasuna) que, aunque tiene pocos adeptos, entre ellos se encuentran los presos de ETA más irreductibles, como Iñaki Bilbao, por ejemplo.²⁰ Según una información publicada por *El Confidencial*, la Guardia Civil ha detectado varios intentos de miembros de ATA de radicalizar a jóvenes en reuniones y charlas que se están llevando a cabo en Vizcaya y Navarra.²¹ Asimismo, la Guardia Civil también sospecha que las armas que ETA no entregó durante su desarme, escenificado en Bayona en 2017, podrían estar en manos de estos disidentes. Por lo tanto, los homenajes públicos a miembros de ETA no solo entrañan humillación a las víctimas, sino que pueden tener otras consecuencias graves como fomentar la radicalización violenta entre los jóvenes, pero no solo entre los jóvenes, sino entre quienes formaron parte del entramado de ETA y, muy especialmente, entre aquellos miembros de la organización terrorista que no abogaron por el abandono de las armas y la disolución.

Tal y como se ha mencionado antes, los historiadores y expertos coinciden en señalar que no son actos espontáneos. Todos siguen el mismo patrón. Evidencia de ello es que se cuida al milímetro la estética, la cartelería y la imagen corporativa, que en todos los actos es la misma. Incluso el orden en que transcurren esos actos y las consignas que se despliegan son siempre las mismas, lo cual evidencia que este tipo de homenajes públicos se conciben desde la estructura política y social heredada de ETA. En estos actos es muy común que al expreso de ETA en cuestión se le dedique un *au-*

18 AVT (2020). La AVT realiza un informe sobre el impacto psicológico que producen los actos de recibimiento y homenaje a etarras en las víctimas del terrorismo. <https://avt.org/es/n/1846/la-avt-realiza-un-informe-sobre-el-impacto-psicologico-que-producen-los-actos-de-recibimiento-y-homenaje-a-etarras-en-las-victimas-del-terrorismo>

19 *El Independiente*, 31-X-2017.

20 Para más información sobre ATA, leer Jiménez, María (2020). *La disidencia emergente de ETA: por qué rebrota la violencia callejera*, Observatorio Internacional de Estudios sobre Terrorismo (OIET). Mayo de 2020. <https://observatorioterrorismo.com/eedyckaz/2020/08/Documento-OIET-14-2020.pdf>

21 *El Confidencial*, 22-IX-2019.

rresku, que es un baile popular vasco, revestido de solemnidad y elegancia, que se suele realizar como homenaje o reverencia frente a personajes destacados o personalidades importantes de la comunidad. Por su condición de baile honorífico, es el baile ceremonial más común en celebraciones solemnes como bodas o actos institucionales al más alto nivel. Como hay bastantes evidencias de la existencia de una estructura social detrás de la organización de estos hechos, la Audiencia Nacional está investigando si esa organización está lo suficientemente cohesionada como para tener objetivos claros de cometer un delito de enaltecimiento del terrorismo y humillación a las víctimas.²² COVITE ha asegurado que esta investigación, que aún no ha concluido, es la última esperanza del Colectivo para luchar contra los homenajes a miembros de ETA a través de la vía penal.²³

Sin embargo, aunque a lo largo de estos últimos años la justicia no haya considerado estos hechos como delitos de enaltecimiento del terrorismo y humillación a las víctimas, las principales instituciones locales, nacionales y europeas sí los han condenado solemnemente. El Parlamento de Navarra emitió una declaración institucional de rechazo explícito a los homenajes públicos a miembros de ETA el 11 de diciembre de 2017 por considerarlos contrarios a la defensa de los derechos humanos y un medio de revictimización de las víctimas de ETA.²⁴ Lo mismo hizo el Parlamento Vasco el 22 de febrero de 2018, expresándose en los mismos términos.²⁵ El 3 de octubre de 2019 este mismo parlamento volvió a emitir una declaración similar. Representantes de todos los partidos políticos que tienen presencia en ambos parlamentos, excepto EH Bildu, suscribieron estas declaraciones institucionales y emitieron una condena a los homenajes a miembros de ETA, considerándolos “inmorales”, entre otros calificativos.

Por otra parte, el 12 de diciembre de 2018 el Parlamento Europeo emitió una resolución en la que instó a los Estados miembro a “prohibir los tributos a las personas declaradas culpables de actividades terroristas mediante sentencia firme”.²⁶

²² *El Independiente*, 22-I-2020.

²³ *El Independiente*, 29-XI-2020.

²⁴ *Diario de Navarra* 11-XII-2017.

²⁵ *El País*, 22-II-2018.

²⁶ *El Mundo*, 12-XII-2018.

Asimismo, el Gobierno central calificó de “inadmisibles” los homenajes públicos a terroristas de ETA en un comunicado emitido el 29 de julio de 2019.²⁷ El Gobierno consideró que “la recepción pública de los presos de ETA por sus familiares en ningún caso puede convertirse en tributos públicos en los que se honra al reo y se legitiman sus delitos”. “Actos como estos”, se añadía en el citado comunicado, “son un insulto a las víctimas del terrorismo y a nuestra sociedad democrática en su conjunto”. Asimismo, el Gobierno exigió que la izquierda abertzale “hiciera autocrítica y dejara de promover estos actos de exaltación de la violencia que provocan un dolor añadido a las víctimas y sus familiares”. La Comisión Europea también mostró su rechazo a los homenajes públicos a los miembros de ETA en abril de 2020. La Comisión definió los homenajes a los miembros de ETA como “actos radicales vinculados al terrorismo y la violencia”.²⁸ La Comisión trasladó su apoyo a España en su labor de prevención frente a este tipo de actos que tienen lugar en el País Vasco y en Navarra. Más tarde ese mismo año, el 17 de noviembre de 2020, el Parlamento Europeo también pidió a España que evitara que se hicieran homenajes públicos a los miembros de ETA.²⁹

Las últimas instituciones que han exigido poner fin a estos actos han sido numerosos ayuntamientos en el País Vasco, en respuesta a una petición realizada en septiembre de 2020 por tres asociaciones y fundaciones: la Fundación Fernando Buesa, la asociación cívica Gogoan. Por una Memoria Digna y Elkarbizi, también asociación cívica. Estas tres organizaciones han exigido a las instituciones locales que “pongan fin a los homenajes públicos a los presos de ETA, garanticen que los espacios públicos de sus municipios sean un espacio de convivencia democrática sin mensajes que idealicen a los miembros de ETA y que no sean tomados exclusivamente por la iconografía de ETA y sus presos”.³⁰ Esta iniciativa, que se ha estado votando en muchos ayuntamientos vascos durante los últimos meses, ha sido rechazada por EH Bildu, cuyos portavoces han argumentado que los homenajes públicos a miembros de ETA son

27 *El País*, 29-VII-2019.

28 *ABC*, 1-IV-2020.

29 Grupo Parlamentario Popular. El Parlamento Europeo pide que se eviten los homenajes a etarras, 17 de noviembre de 2020. <https://www.eppgroup.eu/es/como-trabajamos/con-los-paises-de-la-ue/espana/noticias/parlamento-europeo-pide-que-se-eviten-homenajes-a-etarras>

30 *Eldiario.es*. 10-X-2020.

“demostraciones de cariño” y que el único objetivo de esta iniciativa es “criminalizar la solidaridad con los presos vascos”.³¹

Los poderes e instituciones públicos vascos están obligados a prevenir los actos que glorifiquen el terrorismo o humillen a sus víctimas, tal y como se establece en la Ley Vasca de Víctimas del Terrorismo, la Ley 4/2008 de reconocimiento y reparación a las víctimas del terrorismo, cuyo artículo número cuatro dice lo siguiente: “Los poderes públicos velarán por que las víctimas sean tratadas con respeto a sus derechos, para ello adoptarán las medidas oportunas para prevenir y evitar la realización de actos realizados en público que impliquen desprestigiar, menospreciar o humillar a las víctimas o sus familiares; honrar el terrorismo; homenaje, elogio público o distinción a los terroristas”.³² En este sentido, desde COVITE han demandado en múltiples ocasiones a las instituciones vascas y navarras una mayor firmeza y determinación para cumplir la Ley 4/2008: “Se debe pasar de las declaraciones institucionales de condena de estos actos a planes concretos de prevención de la radicalización”, exhortaron desde COVITE en un comunicado emitido el 30 de diciembre de 2020.³³ “Urge que las instituciones impulsen políticas pedagógicas de deslegitimación del terrorismo y del proyecto político de ETA. Esta es la verdadera cuestión sensible para disminuir la radicalización y normalizar la democracia y la convivencia en el País Vasco y en Navarra”, añadieron.

No obstante, desde el Colectivo reconocen que, en el último año y medio, aproximadamente, los homenajes públicos a miembros de ETA han disminuido considerablemente. En los primeros seis meses de 2021 el Colectivo documentó nueve homenajes a miembros de ETA, siete de ellos a terroristas fallecidos, lo cual indica que el número de “ongi etorris” a presos de ETA al salir de la cárcel ha disminuido de forma notable, a pesar de que el número de miembros de ETA que salen de la cárcel anualmente no ha sido menor que el de otros años.³⁴ Ese dato es el más bajo desde que COVITE empezó

31 *El Independiente*, 24-III-2021.

32 Ley 4/2008 de reconocimiento y reparación a las víctimas del terrorismo. <https://www.euskadi.eus/bopv2/datos/2008/07/0804014a.pdf>

33 COVITE registra 193 actos de apoyo a ETA en 2020 en su Observatorio de Radicalización. <https://covite.org/destacada/covite-registra-193-actos-de-apoyo-a-eta-en-2020-en-su-observatorio-de-radicalizacion/>

34 La asociación de familiares de presos de ETA ofrece datos sobre los presos de ETA que salen de la cárcel: http://www.etxerat.eus/descargas/presos/Presoak_EE.pdf

a registrar este tipo de actos en 2016. Sin embargo, desde COVITE no atribuyen esta disminución a una reflexión ética de la izquierda abertzale, sino a su “labor constante de documentación y denuncia pública de este tipo de actos humillantes e indignos”, que ha dado como resultado “el rechazo de la mayoría de la sociedad vasca y española a los ‘ongi etorris’”, así como la condena de la mayoría de las instituciones y fuerzas políticas a los mismos, exceptuando a EH Bildu”, aseguró el Colectivo en un comunicado emitido el 1 de julio de 2021.³⁵ En palabras de la presidenta de COVITE, Consuelo Ordóñez, “aunque no hayamos conseguido ganar la batalla judicial, hemos ganado la batalla social, que es incluso más importante. Hemos logrado que la izquierda abertzale esté totalmente sola en la defensa de los ‘ongi etorris’, sin la comprensión ni la defensa de ningún otro sector social y político. Han recibido tanta presión para dejar de realizar este tipo de actos que han pasado a hacerlos en la clandestinidad”.

Los homenajes públicos a miembros de ETA cuando salen de prisión constituyen, probablemente, una de las facciones más visibles y evidentes de esa “batalla por el relato”, tal y como se ha mencionado al comienzo de este apartado. Sus implicaciones son muchas, pero quizá la más importante es que es un aspecto fundamental de la estrategia de la izquierda abertzale para asentar un marco cognitivo en el que el terrorista se presenta como un héroe sacrificado que regresa a su pueblo entre pasillos de honor, banderas que representan la causa a la que se ha entregado y vítores de decenas –a veces centenares– de ciudadanos que representan al pueblo vasco, que agradece al supuesto héroe la misión cumplida. La presencia de niños, que participan en la celebración, pone de manifiesto la continuidad generacional de la causa y lo hace en la calle, remarcando el apoyo popular que, aunque quizá sea minoritario, no encuentra demasiada oposición en el momento en el que se producen los hechos. Al otro extremo de esta situación están las víctimas, que resultan doblemente victimizadas: los terroristas son homenajeados entre alabanzas públicas al mismo tiempo que la justicia ampara los homenajes, en tanto que los permite y no los persigue porque no los considera delito. El desamparo judicial se suma al que ya padecen casi el 40 % de las familias de los asesinados por ETA, cuyos crímenes no están resueltos, como ha denunciado reiteradamente el Colectivo de Víctimas del Terrorismo.³⁶ Por tanto, si se confirma en los próximos meses o años la tendencia a la baja de la celebración de este tipo de actos, esto supondrá, sin duda, una victoria moral para las víctimas.

35 COVITE registra 64 actos de apoyo a ETA en los seis primeros meses de 2021. <https://covite.org/destacada/covite-registra-64-actos-de-apoyo-a-eta-en-los-seis-primeros-meses-de-2021/>

36 ABC, 22-IV-2018.

El discurso sobre ETA de la izquierda abertzale

Otro de los elementos que impiden a las víctimas pasar del “duelo público” al “duelo privado” –como llama Joseba Arregi al hecho de que las víctimas no tengan la necesidad de defender sus derechos y reclamaciones en el espacio público frente a quienes quieren vulnerárselos– es el discurso de la izquierda abertzale respecto a ETA, y la falta de condena de este sector social de su complicidad con el terrorismo etarra. Siguiendo a Joseba Arregi, las víctimas de ETA podrían pasar a su “duelo privado” si no percibiesen el riesgo de que el terrorismo quedase legitimado en el futuro. El papel que juega la izquierda abertzale es fundamental para lograr lo que Maite Pagazaurtundua llama “la gran impunidad política, social e histórica” de ETA.³⁷

Pocos días antes de que el Ayuntamiento de San Sebastián colocase una placa en memoria del abogado y político socialista Fernando Múgica,³⁸ coincidiendo con el 25º aniversario de su asesinato a manos de ETA (el 6 de febrero de 1996), dos de sus hijos, Rubén y José María Múgica, dieron una entrevista a *El Diario Vasco*.³⁹ En ella dejaron claro que los recuerdos diarios de su padre son “inevitables” porque comparten el mismo lugar de trabajo –ambos hermanos trabajan en el mismo despacho de abogados en el que trabajaba su padre– pero también porque “sigue habiendo un debate político nefasto en España sobre qué trato dar a los terroristas y a quienes los justificaban, aplaudían y celebraban sus asesinatos. Y por tanto eso hace que para nosotros y para el común de las víctimas del terrorismo el recuerdo de nuestro padre o del familiar asesinado sea constante, a pesar de todo el tiempo que ha transcurrido”, reflexionó Rubén Múgica. “¿Creen que algún día escucharán del mundo de la izquierda abertzale decir que matar estuvo mal?”, les preguntó la periodista. “Eso no va a ocurrir. Ellos tienen memoria, saben de dónde vienen y reivindican esa memoria. Lo que es imperdonable es que los demócratas arruinemos nuestra propia memoria democrática y el combate contra la criminalidad terrorista”, contestaron, con aparente pesar, los hermanos Múgica. En esta entrevista se concentró, por tanto, otro aspecto clave de las tensiones que han aflorado tras el final de ETA: qué hacer con la izquierda abertzale. O, mejor dicho, cómo evitar que el discurso de la izquierda abertzale sobre ETA se asiente en la sociedad vasca.

37 Jiménez, María; Gaviria, Inés. Víctimas contra el terrorismo. COVITE, 20 años de historia, epílogo de Maite Pagazaurtundua. <https://covite.org/victimas-contr-el-terrorismo/>

38 *El Correo*, 6-II-2021.

39 *El Diario Vasco*, 31-I-2021.

La izquierda abertzale está hoy agrupada bajo EH Bildu, que son las siglas de una coalición entre Sortu, partido que ha recogido el testigo de lo que en su día fue Batasuna, Herri Batasuna o Euskal Herritarrok; Aralar, escisión de Batasuna que sí condenaba la violencia de ETA, disuelto en 2017; Alternatiba, escisión de Ezker Batua-Berdeak, que a su vez fue una escisión de la sección vasca de Izquierda Unida; y Eusko Alkartasuna, marca histórica en el País Vasco –escisión del PNV en los ochenta– que llevaba varios años sumida en la irrelevancia y que hoy, tras algunos años de lucha interna, parece que ha asumido definitivamente su papel insignificante en EH Bildu.⁴⁰ Quien ejerce el liderazgo político de esta coalición es Sortu, que es el partido que representa hoy a la izquierda abertzale en el País Vasco. Quizá ahora incluso más que antes, puesto que Arnaldo Otegi ha sido elegido de nuevo como líder de EH Bildu –en un congreso celebrado el 9 de mayo de este año– para los próximos cuatro años y ha copado la dirección de la coalición de personas procedentes de la izquierda abertzale connivente con ETA.⁴¹ El propio Otegi es un destacado dirigente de la izquierda abertzale desde los años noventa y fue miembro de ETA y fue miembro de ETA político militar, los octavos, su escisión “miliki” y ETA militar; fue incluso condenado a seis años de prisión por secuestrar al empresario Luis Abaitua.⁴² El secretario general de Sortu es Arkaitz Rodríguez, quien tomó el relevo de Arnaldo Otegi en 2017 para que este pudiera ser coordinador general de EH Bildu, cargo que acaba de revalidar. “Bildu es un partido extrañísimo en el que convive gente que justificaba, explicaba, aplaudía y celebraba los asesinatos y gente que dice que condenaba aquella violencia. Y cabe preguntarse cómo es posible que compartan proyecto quienes justifican abiertamente asesinatos y quienes dicen que los condenaban. Como eso es un imposible, cabe pensar que quienes dicen que los condenaban realmente les daba igual”. Así es como define José María Múgica, hijo de Fernando Múgica, a EH Bildu en *El Diario Vasco*. Su respuesta deja ver que, por mucho que hoy sean otras siglas las que representen a la izquierda abertzale, muchas víctimas siguen viendo en esas siglas a la misma base política y social que en el pasado jaleó los asesinatos de sus familiares y hoy siguen justificándolos.

La siglas de la izquierda abertzale han sido cambiantes, pero siempre han tenido los mismos objetivos políticos y han aglutinando a la misma base social: Herri Batasuna, Batasuna, Euskal Herritarrok, Sozialista Abertzaleak, AuB, Herritarren Zerren-

40 *El País*, 15-VI-2020.

41 *El Correo*, 9-V-2021.

42 Suplemento *Crónica, El Mundo*, 8-VII-2019.

da, Aukera Guztiak, EHAK, ASB, Abertzale Sozialistak o ANV.⁴³ La mayoría de estas siglas fueron ilegalizadas por el Tribunal Supremo en la sentencia de 27 de marzo de 2003, que fue ratificada por El Tribunal Europeo de Derechos Humanos el 30 de junio de 2009.⁴⁴ El Tribunal Supremo consideró que las marcas políticas de la izquierda abertzale debían ser ilegalizadas porque no cumplían con la Ley Orgánica 6/2002, de 27 de junio, de Partidos Políticos, al formar parte de la estrategia terrorista de ETA.⁴⁵ En 2011, tanto Sortu como Bildu –recién creados– intentaron inscribirse en el Registro de Partidos Políticos del Ministerio del Interior para poder presentarse a las elecciones municipales y autonómicas de aquel año, primero, y a las generales después. El Tribunal Supremo prohibió esta inscripción por considerar a ambas siglas políticas sucesoras de la ilegalizada Batasuna.⁴⁶ Pero, ese mismo año, el Tribunal Constitucional anuló la suspensión de Bildu en una votación con un margen muy estrecho, de seis votos a cinco, por lo que pudo presentarse a las elecciones.⁴⁷ En 2012, el Tribunal Constitucional falló en el mismo sentido respecto a Sortu; en otra votación igual de ajustada, consideró “suficiente” el rechazo a la violencia de Sortu y, por tanto, fue legalizado.⁴⁸ No obstante, los estatutos de constitución de Sortu no recogen la condena al terrorismo del pasado –es decir, el de ETA– y su “rechazo” es tramposo: solo hace referencia al futuro, a un hipotético terrorismo o violencia que pudiera producirse de 2011 en adelante.⁴⁹

Es frecuente escuchar en el debate público la expresión “herederos de ETA” o “herederos políticos de ETA” en referencia a la izquierda abertzale y concretamente a sus actuales marcas políticas. Es más, recientemente el grupo parlamentario de EH Bildu en el Congreso, a través de su portavoz Mertxe Aizpurua, advirtió a los demás gru-

43 *El Diario Vasco*, 24-II-2008.

44 *El País*, 30-VI-2009.

45 Ley Orgánica 6/2002, de 27 de junio, de Partidos Políticos. <https://www.boe.es/buscar/pdf/2002/BOE-A-2002-12756-consolidado.pdf>

46 *El Mundo*, 24-III-2011.

47 *El Mundo*, 6-V-2011.

48 *El Mundo*, 20-VI-2012.

49 Estatutos de fundación de SORTU, registrados en el Ministerio del Interior en febrero de 2011. https://e00-el-mundo.uecdn.es/documentos/2011/02/09/estatutos_sortu.pdf

pos parlamentarios de que “no aceptará que se la defina como ‘heredera de ETA’”.⁵⁰ Para justificar este tipo de calificativos hacia la izquierda abertzale, se suele mirar al pasado de los líderes y portavoces de la izquierda abertzale, pero no a su presente. La propia Aizpurua, fue redactora jefa del periódico *Egin*, medio de comunicación que fue ilegalizado por formar parte del entramado de ETA.⁵¹ Pero no solo eso, sino que también fue condenada a un año de prisión por apología del terrorismo tras publicar en la revista *Punto y Hora de Euskal Herria* una entrevista al parlamentario de Herri Batasuna José Manuel Alemán, cuyo hermano había fallecido al manipular explosivos para perpetrar un atentado en nombre de ETA.⁵² En esa entrevista se calificaba a José Javier como *gudari* y se honraba a “todos los militantes de ETA caídos en la lucha por la liberación de Euskal Herria”.⁵³ Esa semana *Punto y Hora de Euskal Herria* llevaba un editorial titulado *gaurko gudariak* (los soldados de hoy). En él, la directora de la revista, Mertxe Aizpurua, reivindicaba no solo la memoria de los *gudaris*, sino la necesidad de que siguieran derramando sangre, pero la de sus enemigos “en esta guerra de Euskal Herria contra España”.⁵⁴

Es interesante analizar el pasado de los líderes de la izquierda abertzale y su trayectoria respecto a ETA, pero conviene distinguir entre ese pasado y los discursos que hacen esos mismos líderes sobre el pasado. Así como las acciones que llevan a cabo en el presente y sus objetivos políticos a futuro. Esos discursos y esas acciones no son pasado, sino presente. El historial de personas como Arnaldo Otegi y Mertxe Aizpurua está ligado al terrorismo y a ETA, pero su presente también, mediante sus actos, sus homenajes y sus discursos. Desde los envíos de cartas a presos de ETA para que se unan a las filas de EH Bildu que organiza Sortu,⁵⁵ hasta los mensajes de los portavoces de EH Bildu cada vez que un miembro de ETA sale de prisión, como el ‘abrazo’ público que mandaron

50 *Europa Press*, 22-III-2021.

51 *El Mundo*. *Egin*. <https://www.elmundo.es/eta/entorno/egin.html>

52 *El País*, 16-X-1984. https://elpais.com/diario/1984/10/16/sociedad/466729210_850215.html

53 Número 320 de *Punto y Hora de Euskal Herria*: <https://www.euskalmemoriadigitala.eus/handle/10357/48383>

54 *El Mundo*, 7-I-2020. <https://www.elmundo.es/espana/2020/01/07/5e14ee68fc6c839a338b4648.html>

55 *El Mundo*, 13-I-2021.

al dirigente etarra “Josu Ternera” al salir de la cárcel en París,⁵⁶ sin olvidar el mensaje de fondo cuando se pronuncian sobre la historia reciente del País Vasco, y sobre su papel en esa historia, la izquierda abertzale ofrece múltiples muestras –presentes– de sus vínculos con ETA. Hace unos meses, en diciembre de 2020, la portavoz de EH Bildu en el Congreso, Mertxe Aizpurua, pronunciaba estas palabras desde la tribuna del Congreso:

No tenemos duda de que por cada paso que demos recibiremos más ataques. Lleva décadas siendo así. Pretenden que desistamos, pretenden doblegarnos. Pues sinceramente les digo a estas fuerzas reaccionarias agazapadas en los poderes del Estado, a los jueces, a los militares, a los ultras, a los medios de comunicación del régimen, a ese régimen del 78, que no; que no conocen a la izquierda independentista vasca. Que no vamos a renunciar a nuestro camino hacia la justicia social, la paz y la libertad de nuestro pueblo por mucho que nos ataquen. Que vinimos aquí a frenarles, a sacarles de la ecuación política, y que en ello vamos a seguir, porque para su desgracia cada vez somos más y más decisivos. [...] Desistan, porque ni pudieron, ni podrán.⁵⁷

En la intervención de Aizpurua se atisba el objetivo político que todavía hoy tiene la izquierda abertzale: “Vinimos a frenarles, a sacarles de la ecuación política”. Tanto el objetivo de ETA como de la izquierda abertzale, mientras ETA existió, fue, efectivamente, “sacar de la ecuación política” a quienes consideraban enemigos de Euskal Herria. A algunos los sacaron en un féretro, a otros los forzaron a marcharse del País Vasco para no ser asesinados y muchos más optaron por el silencio y por ignorar el terrorismo de ETA en su vida diaria para sobrevivir. ETA ya no existe, eso es incuestionable, pero el objetivo de la izquierda abertzale sigue siendo el mismo: “Sacar de la ecuación política” a quienes no comparten su proyecto político. Así como “tumbar el ‘régimen’ del 78”, tal y como proclamó desde la tribuna del Parlamento Vasco Arkaitz Rodríguez, secretario general de Sortu, el pasado 12 de noviembre de 2020, cuando estaba explicando las razones del apoyo de EH Bildu a los Presupuestos Generales del Estado.⁵⁸ Tal y como afirma Rogelio Alonso, la izquierda abertzale “es consciente de que la fase de terror fue superada, dio sus

56 *Vozpopuli*, 31-VII-2020.

57 Intervención completa de Mertxe Aizpurua en el Congreso de los diputados el 16 de diciembre de 2020: <https://www.youtube.com/watch?v=s2NgOHS2mL8>

58 *El Mundo*, 12-XI-2020.

frutos, configuró un mapa y un clima político propicios para el nacionalismo vasco, y ahora basta con el acoso y las amenazas de baja intensidad para recordar quién manda y quién debe callar”⁵⁹. A veces lo hacen desde la calle, como cuando Sortu pidió a sus bases que “plantasen cara” a partidos políticos como PP, Ciudadanos y Vox al ir a hacer campaña al País Vasco;⁶⁰ y a veces lo hacen desde el Parlamento vasco, como cuando EH Bildu registró una proposición no de ley para que el Parlamento impidiera a esos mismos partidos políticos que hiciesen campaña en el País Vasco, para que “no tensionen la convivencia provocando altercados y situaciones violentas”.⁶¹ “Quienes antes desearon e intentaron nuestra muerte física ahora buscan nuestra muerte civil”, lamentó Maite Pagazaurtundua en Twitter al conocer esa proposición no de ley. No es el pasado de los líderes de la izquierda abertzale lo que los retrata, sino el presente. No es lo que hicieron y dijeron, sino lo que aún dicen y hacen.

Por otra parte, pero en este mismo sentido, los líderes de la izquierda abertzale no solo han amparado y justificado los homenajes públicos a miembros de ETA, sino que han participado activamente en algunos de ellos. Por ejemplo, tanto Arnaldo Otegi como Arkaitz Rodríguez estuvieron el 5 de agosto de 2017 en Galdácano para honrar al miembro de ETA Kepa del Hoyo tras haber fallecido en la cárcel por un infarto mientras hacía deporte.⁶² Ese pueblo apareció, el día de la noticia de su muerte, decorado con pancartas y carteles de agradecimiento a Del Hoyo y a todos los *gudaris* como él que “lo dieron todo por el pueblo”.⁶³ La presencia de Rodríguez y Otegi ese día en Galdácano –ni en otros homenajes a miembros de ETA– no fue ocultada ni disimulada. Tampoco fue incoherente, puesto que el propio Otegi se vanaglorió, dos años más tarde, en agosto de 2019, de que en ese momento había “250 presos de ETA” y, por tanto, “habrá 250 recibimientos”.⁶⁴ Así las cosas, el 5

59 Alonso, Rogelio (2018). *La derrota del vencedor*, p.337. Alianza editorial.

60 Tweet de SORTU en el que lo reclaman: <https://twitter.com/sortuEH/status/1117092133192728577?s=20>

61 *El País*, 20-IX-2019.

62 *La Razón*, 2-VIII-2017.

63 Observatorio de radicalización de COVITE (2017). Homenaje a Kepa del Hoyo en Galdácano: <https://covite.org/observatorio-de-radicalizacion/05-08-2017-galdacano/>

64 *El Confidencial*, 2-VIII-2019.

de agosto de 2017 en Galdácano tanto Rodríguez como Otegi dieron discursos tras las palabras que Peru del Hoyo, hijo del miembro de ETA fallecido, dedicó a su padre. El secretario general de Sortu habló de una deuda de la izquierda abertzale con los miembros de ETA: “Se lo debemos a nuestros hijos, la paz y la libertad, la victoria”.⁶⁵ Después, una mujer leyó los nombres de los miembros de ETA oriundos de Galdácano que aún estaban en prisión: Jon Bienzobas Arretxe, Jon Crespo Ortega, Leire Etxeberria Simarro... Así hasta llegar al último: Xabier García Gaztelu, más conocido como *Txapote*, asesino de Gregorio Ordóñez, Miguel Ángel Blanco o Fernando Múgica, entre otras muchas víctimas. Los asistentes al acto en memoria de Kepa del Hoyo aplaudieron mientras se leían los nombres, Otegi y Rodríguez entre ellos.⁶⁶

Algunas víctimas han tenido –y tienen– el coraje de exigir, en sus intervenciones públicas, a la izquierda abertzale que condene sin ambages el terrorismo etarra. En una intervención en el Parlamento de Navarra el 25 de febrero de 2020, Consuelo Ordóñez se dirigió a Bakartxo Ruiz, portavoz de EH Bildu en la Comunidad Foral, y le preguntó: “¿Estuvo bien matar?”.⁶⁷ No recibió respuesta. Por su parte, Maite Pagazaurtundua, en el homenaje celebrado en memoria de Joxeba Pagazaurtundua en febrero de 2019, se dirigió directamente a Otegi: “¿El fin justificó los medios? ¿Sí o no?”.⁶⁸ Tampoco recibió respuesta. Mientras que algunas víctimas no pierden la esperanza de lograr que algún día la izquierda abertzale condene su propio pasado de complicidad con el terrorismo, otras como Rubén Múgica, consideran que nunca lo harán. “Ellos tienen memoria, saben de dónde vienen y reivindican esa memoria”.⁶⁹

65 *El Español*, 31-VII-2017.

66 Aplausos por los presos de ETA de Galdácano: <https://vimeo.com/228504114>

67 *Europa Press* (2020). Consuelo Ordóñez pregunta a Bildu si estuvo bien matar: “No hay mejor paso que contestar a esta pregunta”. <https://www.europapress.es/navarra/noticia-consuelo-ordonez-pregunta-bildu-si-estuvo-bien-matar-no-hay-mejor-paso-contestar-pregunta-20200225142052.html>

68 *El Diario Vasco*, 10-II-2019.

69 *El Diario Vasco*, 31-I-2021.

Conclusión

El periodo de post-terrorismo al que ha dado lugar el cese del terrorismo de ETA y su disolución ha abierto varios debates o tensiones especialmente notables en la sociedad vasca. ¿Qué consecuencias ha tenido el terrorismo a nivel social y político y cómo se deben afrontar esas consecuencias? ¿Cómo erigir una memoria pública que respete los derechos de las víctimas del terrorismo a la verdad, la memoria, la justicia y la dignidad? ¿Cómo evitar que las víctimas sean humilladas, cómo protegerlas ante el dolor y la revictimización que les produce presenciar homenajes a los asesinos de sus familiares en la vía pública, en las mismas calles en las que fueron asesinados? ¿Cómo contrarrestar la influencia social y política de la izquierda abertzale, cuyas siglas no son solo herederas del terrorismo, sino defensoras activas de los terroristas y de un relato que justifica la violencia política como medio para lograr sus objetivos?

Todas estas cuestiones deben ser abordadas en este periodo de post-terrorismo en que nos encontramos, una etapa crucial para evitar que el relato de los perpetradores, que persigue justificar y blanquear la trayectoria criminal de ETA, se asiente en la sociedad vasca y en las generaciones futuras. Esta una gran preocupación que comparten muchas víctimas. No obstante, aunque nos preocupemos y nos ocupemos del relato, de la versión de la historia que vaya a permanecer para las nuevas generaciones, conviene no obviar el presente en favor de un futuro poco concreto. En este sentido, puede que estemos dando por bueno el final del ciclo del terrorismo de ETA sin tener en cuenta la permanencia, en presente, de sus objetivos políticos y del discurso que llevó a la banda a ejercer el terrorismo y a justificarlo. Puede que estemos centrando la batalla por el relato deslegitimador de la violencia terrorista en el terreno histórico y obviando que quienes legitiman esa violencia están consolidando su relato desde la política y desde las instituciones públicas.

Así las cosas ¿podrán pasar las víctimas del terrorismo a su “duelo privado” algún día? Joseba Arregi apunta dos condiciones para que esto pueda suceder: “Que la sociedad en su conjunto proceda al duelo que le corresponde y del que huye permanentemente, y que en los textos institucionales fundamentales de la comunidad política vasca quede reflejado de forma debida ese duelo de la sociedad. A partir del cumplimiento de estas dos condiciones, las víctimas podrán proceder al tránsito del espacio público al espacio privado que, creo, tanto necesitan”.⁷⁰ En este sentido, cabría preguntarse si la propia sociedad vasca en su conjunto debería jugar un papel más

70 Reflexiones proporcionadas por escrito por parte de Joseba Arregi a la autora.

activo en la deslegitimación del terrorismo de ETA, un papel que, por ahora, salvo honrosas excepciones, no está desempeñando. Consuelo Ordóñez lamentó que, por ahora, salvo honrosas excepciones, la sociedad vasca no está desempeñando ese papel, lo cual se reflejó en el aumento del apoyo electoral que obtuvo EH Bildu en las últimas elecciones autonómicas vascas. La presidenta de COVITE expuso su lamento en un artículo publicado en *La Razón*.⁷¹

Las víctimas del terrorismo en el País Vasco hemos hecho un enorme esfuerzo para conquistar el espacio público que se nos negaba. Lo hemos hecho en medio de humillaciones y de condiciones de desprecio porque lo necesitábamos para que la intolerancia no terminase por aplastar la libertad en cada centímetro de nuestra sociedad. Ahora que ya hemos conquistado ese espacio, tenemos la responsabilidad de pedir a la sociedad mayoritaria que nos invisibilizó que haga el esfuerzo que le corresponde y que no está haciendo, el esfuerzo de mirarse en el espejo de la historia de ETA para preguntarse dónde estuvieron mientras perseguían, amenazaban y asesinaban a sus vecinos, compañeros de trabajo o incluso amigos. Si la sociedad vasca cierra el libro de la historia de terror de ETA como si nada hubiera pasado, se estará cerrando su propio futuro como sociedad madura. No se trata de hacer un favor a las víctimas, sino de recuperar la dignidad y la capacidad de crítica al pensamiento homogéneo y hegemónico que extiende el poder dominante. Si no, estaremos condenados a cumplir con el pronóstico de esta célebre frase: “Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo”.

Durante la mayor parte de la trayectoria terrorista de ETA, la realidad de las víctimas del terrorismo permaneció oculta. La perspectiva desde la que se abordaba este fenómeno, tanto en el ámbito político e histórico como en el social y el cultural, ponía el foco en los terroristas y marginaba la situación en que quedaban las víctimas y sus familiares, protagonistas pasivos e involuntarios del fenómeno terrorista. En los años noventa el fenómeno del terrorismo comenzó a analizarse desde la perspectiva de los damnificados, corrigiendo en buena medida un enfoque analítico erróneo e injusto, puesto que el fenómeno del terrorismo no se entiende bien si no se tienen en cuenta las consecuencias que causa a sus víctimas. El ascenso público de las víctimas supuso que, por primera vez, el marco interpretativo imperante, el del “conflicto vasco” que defendían los perpetradores, se viera amenazado por el marco de las víctimas. De acuerdo con Martín Alonso, las víctimas, “apuntan

71 Ordóñez, Consuelo (2020). “La sociedad amnésica”, *La Razón*, 14-VII-2020.

directamente a los asesinos y a las ideologías legitimadoras del terrorismo”.⁷² Este choque interpretativo llega hasta el post-terrorismo, convertido en la “batalla por el relato” a la que asistimos hoy, que Martín Alonso explica como “la batalla moral por el discurso”, en la que esos dos marcos principales entran en confrontación. Nos corresponde a todos –responsables públicos y políticos, historiadores, intelectuales, periodistas y ciudadanos en general– continuar investigando y profundizando en el doloroso pasado del terrorismo etarra. Nos atañe también difundir, a través de todos los medios posibles, el relato que pone a las víctimas del terrorismo en el centro del análisis, así como situar a ETA como la principal lacra de la sociedad vasca y la mayor responsable de la violencia padecida en los últimos cincuenta años. Las víctimas del terrorismo son, en definitiva, un símbolo de una agresión a nuestro Estado de Derecho, razón por la que todos tenemos la responsabilidad de salvaguardar sus derechos a la verdad, la memoria y la justicia.

⁷² Conferencia de Martín Alonso en unas jornadas de COVITE en Pamplona, celebradas el 19 de octubre de 2019.



JOSE IBARROLA

LA IZQUIERDA ESPAÑOLA Y ETA

Una revisión pendiente

FRANCISCO JAVIER MERINO

Ha habido tradicionalmente un cierto debate sobre la identidad ideológica de ETA. Descontado su carácter nacionalista, en los ámbitos académicos se han producido algunas aproximaciones a la cuestión, desde ópticas diferentes¹. Mientras que algunos estudiosos subrayan el nacionalismo como vector principal de sus ideas y de sus prácticas, no faltan quienes desde la Academia y desde la Política consideran que sin el componente izquierdista ETA nunca habría alcanzado la capacidad y la implantación que consiguió. Una vez disuelta la organización terrorista, el debate se ha prolongado, y ha tenido su eco –como no podía ser de otra manera en estos tiempos– en las redes sociales. En este texto no se va a profundizar en la cuestión por razones de espacio y prioridades; el objetivo del artículo es analizar la posición de la izquierda española ante la existencia y la actividad de ETA. Sin duda, la clarificación de las señas de identidad fundamentales de ETA condiciona el análisis. La posición de partida, para expresarlo con toda claridad y honestidad, es la consideración de que, pese a que ETA no debería identificarse ni representar a ninguna izquierda, los partidos de esta tendencia no han caracterizado ni combatido adecuadamente a la organización terrorista. Si bien es ver-

1 Iñigo Bullain López, *Revolucionarismo patriótico. El Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV): origen, ideología, estrategia y organización*, Madrid, Tecnos, 2011.

Jesús María Casquete Badallo, «Abertzale sí pero, ¿quién dijo que de izquierda?», *El Viejo Topo*, n.º 268, 2010, pp. 14-19.

Imanol Lizarralde: *ETA: ¿Nacionalismo radical?* <https://aberriberri.com/2019/06/04/eta-nacionalismo-radical/>

dad que su retórica y algunos de sus planteamientos de base remiten inequívocamente al patrimonio tradicional de la izquierda, sus prácticas y los objetivos fundamentales que han presidido la vida de la organización a lo largo de su prolongada existencia tienen que poco que ver con lo que la izquierda defiende y representa –o quizá habría que matizar: con lo que debería defender y representar–.

En este escrito se van a analizar las posiciones políticas ante ETA adoptadas por el PSOE y por la izquierda radical –que incluiría a Izquierda Unida, y posteriormente, a Unidas Podemos–. Obviamente, entre ambas corrientes políticas hay unas diferencias enormes respecto al tema que nos ocupa. Mientras que el PSOE ha sido uno de los pilares fundamentales –quizá el que más– del ahora llamado ‘régimen del 78’, IU y luego UP lo han cuestionado, poniendo de relieve sus carencias e insuficiencias para considerarlo una democracia plena. El PSOE ha sido víctima directa de ETA, con militantes y dirigentes amenazados, señalados, perseguidos, y algunos asesinados, al tiempo que, como partido de gobierno, sobre todo, pero también como principal partido de la oposición, ha protagonizado la lucha antiterrorista durante muchos años. IU y UP mostraron siempre su rechazo al uso de la violencia, pero al tiempo apostaron en su día por la negociación como solución al ‘conflicto’, abonándose a las teorías filonacionalistas que explicaban la persistencia de ETA como la expresión de un contencioso secular. En los últimos años, ya después de la disolución de ETA, UP ha apostado por la alianza con EH Bildu –y otras fuerzas nacionalistas– para formar un bloque opuesto a la derecha. Junto a estas diferencias abismales e incontrovertibles, hay un elemento que acerca ambas corrientes, y no es otro que la voluntad de aproximación al mundo de la llamada izquierda abertzale, tras la que subyace la consideración de que es posible y deseable cierta convergencia de esta con la izquierda *convencional* y de que, una vez abandonada la violencia y con una cierta evolución por su parte, sería posible colaborar en la acción política frente al enemigo común, la derecha.

El pasado mes de abril, en la campaña electoral de las elecciones a la Comunidad de Madrid, Pablo Iglesias, Fernando Grande-Marlaska y María Gámez recibieron sobres con amenazas de muerte y balas en su interior; un día después se hizo llegar a la ministra Reyes Maroto una navaja con huellas de sangre, y se interceptó un envío con dos balas dirigidas a Isabel Díaz Ayuso, presidenta de la Comunidad y candidata por el PP. Las dudas expresadas por la candidata de Vox sobre la veracidad de las amenazas dieron pie a la enérgica repulsa de Iglesias, posteriormente secundado por los candidatos del PSOE y de Más Madrid; todos hablaron de un antes y un después, de una escalada insostenible de violencia que nutría su acción con el discurso de odio de la ultraderecha. Colocar la carga de la prueba en la víctima es una actitud repugnante, pero no lo es comparar la reacción de algunos de los amenazados con la sostenida

frente a extorsiones y agresiones más reiteradas, persistentes y con resultados mucho más dañinos, incluso letales a lo largo de muchos años. Efectivamente, lo que llama significativamente la atención, y lo que justifica la premisa de la que parte este artículo, es el contraste con la violencia en todas sus formas desplegadas por ETA y su entorno durante 40 años en Euskadi, sin que en ningún momento las fuerzas a la izquierda del PSOE mostraran las mismas señales de alarma ni subrayaran el carácter inadmisibles de esas prácticas en la confrontación política. Prácticas que, a diferencia de las surgidas en Madrid, no eran amenazas de dudosa concreción: iban acompañadas de violencia real, sustanciada en 854 asesinatos, en muchos miles de heridos graves, de personas acosadas y víctimas de violencia de persecución; en decenas de secuestros; en miles de acciones de la *kale borroka* contra mobiliario urbano y bienes públicos; en la extorsión a más de diez mil empresarios, directivos y profesionales; en definitiva, en un ambiente de excepcionalidad en el que determinados partidos y personas no competían en igualdad de condiciones.

La posición de esta izquierda ante el terrorismo de ETA ha variado a lo largo del tiempo, oscilando entre el rechazo rotundo, la crítica matizada y la –relativa– justificación, o al menos reparto de responsabilidades en la medida en que apuntaban a la negativa de los gobiernos a buscar una salida negociada como uno de los factores que contribuían a prolongar la violencia. Lo que en cualquier caso no se ha producido es un análisis serio y riguroso de lo que ETA y el movimiento que ha encabezado durante tantos años representan. De ahí los bandazos y las contradicciones que se aprecian en las relaciones con aquellas organizaciones que en el pasado dieron cobertura política a la actuación de ETA y que en la actualidad continúan sin condenar a esta organización por más que gesticulen molestos cuando se les recrimina su condición de herederos. Este es un término que consideramos adecuado para quienes hunden sus raíces en el entramado político-social que apoyó y justificó el terrorismo durante muchos años y sin cuya trayectoria sería imposible su actual implantación y presencia política en el panorama español y vasco. De paso, no se entiende muy bien su molestia por tal denominación² cuando en reiteradas ocasiones no han ocultado su admiración y apoyo a quienes ejercieron la violencia y blasonaron de ello³.

2 <https://www.publico.es/politica/bildu-queja-batet-avisa-no-aceptara-congreso-les-defina-herederos-eta.html>

3 <https://www.europapress.es/nacional/noticia-pernando-barrena-ia-dispuesta-todo-no-abjurar-pasado-porque-muy-orgullosa-20121203101554.html>

Tras el cese de la actividad armada de ETA y su posterior disolución, la perspectiva ha cambiado poco, si bien se han producido movimientos como consecuencia del paso del tiempo, de la nueva situación abierta con la ausencia de violencia, y con la voluntad de EH Bildu de ocupar un espacio con capacidad de influencia en el conjunto de la izquierda. Desde las organizaciones principales de la izquierda, se ha respondido a esa voluntad con la aceptación acrítica de la búsqueda de acuerdos. Se da la circunstancia de que el denominado nacionalismo de izquierdas –EH Bildu y ERC, fundamentalmente– ha incorporado a su lenguaje un sesgo marcadamente izquierdista, en lo que no es difícil advertir un afán de legitimación desde la perspectiva de la denominada ‘superioridad moral de la izquierda’, sustentada en la idea de que esta defiende a los sectores menos favorecidos de la sociedad y de que hace de la política un instrumento al servicio de las amplias mayorías, frente a una derecha más atenta a los intereses de los sectores más privilegiados. Ese barniz izquierdista adoptado por formaciones como las citadas facilitaría la colaboración con las fuerzas progresistas de implantación en el conjunto de España. La oposición radical a las políticas del PP, identificando su ideario conservador con una mayor querencia centralista, contribuiría a soldar esa alianza con más fuerza, en una dinámica acentuada con la irrupción de Vox en el panorama político español. Se daría así la ventaja añadida de hacer pasar por liberador y emancipatorio un movimiento que arraiga paradójicamente en las comunidades más ricas de España; esta paradoja, de muy difícil homologación en la política europea –nadie en Italia duda de dónde se sitúa la Liga, antes Liga Norte, y la Liga no duda de dónde se sitúan los nacionalistas vascos y catalanes⁴, dota de una legitimación a los nacionalismos periféricos que no se corresponde con una propuesta secesionista de territorios ricos empeñados en desgajarse de otros a los que se ha contribuido a empobrecer con una concentración de inversión de capitales y una inmigración que ha propiciado el vaciamiento demográfico y el atraso económico de buena parte del resto de las regiones españolas. Nada que pueda identificarse con el patrimonio tradicional de la izquierda (igualdad, fraternidad, solidaridad, justicia fiscal...) encaja en las políticas de nacionalistas vascos y catalanes. Y, sin embargo, no se les combate con la firmeza que cabría esperar de lo reaccionario de sus planteamientos. Si esta actuación se aplica a ETA, la disonancia se hace aún más estridente; si es cierto que ETA nace como una organización que lucha contra el franquismo –luego supimos que lo hacía contra el Estado español, ya fuera una dictadura o una democracia–, no lo es menos que en sus primeras escaramuzas ideológicas siempre se impone el componente na-

4 https://elpais.com/ccaa/2018/06/01/catalunya/1527840641_720720.html

cionalista sobre el izquierdista. De esa doble cara de la lucha (liberación nacional/ liberación social) es la primera la que triunfa en todas las escisiones que jalonan los primeros años de la organización (ETA Berri, ETA VI). El impulso que empuja a la izquierda radical a no considerar a ETA como enemiga de la democracia y de las clases populares se advierte desde los primeros pasos de ETA, en los años 60, y, pese a la liquidación de las corrientes izquierdistas albergadas en su seno, se ha mantenido e incrementado con el paso del tiempo. Enlaza adecuadamente con la tendencia desde la izquierda, sobre todo la más radical, a acoger como propios los movimientos que cuestionan el orden establecido, en este caso las fronteras y los Estados constituidos, aunque esto suponga actuar en abierta contradicción con el objetivo de un mundo igualitario y sin fronteras.

La actitud de la izquierda española en relación con ETA, y en general con el nacionalismo no español, no es nueva, se arrastra desde hace décadas, y responde a factores que hunden sus raíces en la historia de España, pero ha encontrado nexos de engarce con las tendencias identitarias que recorren el panorama internacional, nacidas en las universidades norteamericanas y que son objeto de intensos debates en varias latitudes. La defensa del derecho de minorías victimizadas a ejercer su ‘identidad’ (de género, de raza, de religión, de orientación sexual, de nación...) sin represión por parte de los poderes públicos se solapa y confunde con la invasión del espacio público de esa misma identidad elevada a categoría absoluta. Se asiste, en el caso de los derechos ‘nacionales’, no solo a la aplicación de políticas que hunden sus raíces en el reconocimiento de sentimientos, percepciones, sensibilidades, totalmente legítimas, pero que en modo alguno deberían constituir la base de la reivindicación política y mucho menos del ordenamiento político legal. La elevación de los sentimientos a categoría política se ha formulado de forma reiterada en los conflictos vinculados a reivindicaciones nacionalistas; la dificultad de negociar en estos términos se alía con la imposibilidad de traducir insatisfacciones y quejas etéreas –«No nos quieren»– en políticas racionales o, al menos, susceptibles de acuerdos capaces de satisfacer en parte a los actores en presencia.

Junto a estas corrientes de fondo, apreciables a escala prácticamente universal, operan algunas variables más vinculadas con los avatares del juego político español en la coyuntura de un parlamento fragmentado, con un gobierno de coalición en minoría y necesitado de alianzas para sacar adelante sus leyes. Ese panorama facilitó la labor de Pablo Iglesias como elemento aglutinador de una mayoría que permitió el triunfo de la moción de censura presentada en 2018 por Pedro Sánchez contra Mariano Rajoy y que ha facilitado la conformación y mantenimiento del gobierno de coalición a partir de 2019. Más allá de los malabarismos necesarios en ocasiones para

asegurar esas mayorías, Iglesias ha expresado su voluntad de articular un “bloque de dirección de estado” que integrara al nacionalismo radical (ERC y Bildu) en esa agrupación construida para impedir que la derecha y la extrema derecha alcanzaran el poder. Se trata, por tanto, de una estrategia meditada y muy consciente, en la que la izquierda se vincula de manera estrecha con estos grupos nacionalistas, con lo que ello implica de profunda contradicción en el planteamiento de lo que debería ser una propuesta emancipatoria, apreciable por otra parte en el resto del discurso de UP. Opera en este particular posicionamiento una actitud predominante y prioritariamente reactiva. La identificación de un enemigo (la derecha española, no la vasca) al que se atribuyen todos los males y cuya derrota pasa a ser el objetivo fundamental de la acción política deviene el motor fundamental al que se subordinan tácticas y estrategias; en esa tesitura los aliados nacionalistas son valiosos, en la medida en que contribuyen a la demonización del adversario. Se trata de una concepción de la política que acaba por devaluar el sentido de esta. No solo no hay la menor voluntad de reprochar a EH Bildu su aquiescencia y colaboración con la violencia terrorista en el pasado, sino también de favorecer su participación en la gobernabilidad de España⁵. Haciendo abstracción del hecho de que EH Bildu nunca tuvo el menor interés en dicha participación, la enunciación de ese propósito, aparte del afán propagandístico y provocador que parece acompañar las acciones y las palabras del exlíder de Podemos, vienen a ejemplificar la dudosa aproximación a la cuestión de la violencia que ha demostrado Iglesias. Obviamente, no se trata de una cuestión que atañe exclusivamente al anterior líder de UP; la posición del conjunto de esta coalición, en igual o mayor medida que la sostenida históricamente por IU, muestra que se trata de una constante en el panorama de la izquierda radical. Lo cual hace necesario un análisis serio y debería suscitar un debate profundo.

La suma de todos estos factores da como resultado una posición difícilmente sostenible en términos teóricos rigurosos, huyendo de tacticismos cortoplacistas y de demagogia para consumo de los ya convencidos. Si es simplemente inverosímil considerar la actuación de ETA durante toda su existencia como progresista o democrática –positiva, en definitiva–, sí se viene propugnando –en otros contextos, naturalmente– la necesidad de defender y difundir una memoria democrática, que coloque a víctimas y verdugos en su sitio correspondiente y que no permita que el olvido facilite la revictimación de quienes sufrieron la violencia, es simplemente una muestra de incoherencia sería ignorar el papel jugado por ETA en las últimas

5 https://www.elconfidencial.com/espana/2020-11-12/iglesias-bildu-direccion-estado-ciudadanos_2828287/

décadas en Euskadi y en España, lo que incluye la petición de cuentas –políticas, en el terreno que nos ocupa– a EH Bildu. La importancia de esta seria falla, extensible y relacionable con la peligrosa cercanía al nacionalismo periférico, es grave en sí misma, pero se amplía aún más cuando se convierte en un serio obstáculo para la credibilidad de las denuncias que sobre los peligros de la derecha y del fascismo se emiten cada vez con mayor frecuencia. Hay una base de realidad en subrayar los peligros que entraña una fuerza política como Vox, incluso un populismo como el de Isabel Díaz Ayuso, pero cuando no se ha sido capaz de combatir con la palabra y con la acción a ETA y su entorno es muy difícil convencer a nadie de la honestidad y la coherencia de las denuncias. Esta falta de claridad y contundencia a la hora de enfrentar a ETA lastra el discurso y la coherencia de esta izquierda; no vale con achacar a la derecha su querencia a utilizar el terrorismo como excusa para recabar apoyos y obtener votos; si la derecha ha monopolizado el discurso antinacionalista –vasco y catalán– y antiETA es porque desde la izquierda se ha dejado un terreno abonado; nunca ha habido un enfrentamiento real de la izquierda del PSOE a lo que representa ETA y su entorno. Tradicionalmente, todas las medidas aprobadas para combatir la violencia eran discutidas, sin proponer soluciones alternativas. Era perfectamente factible combatir las violaciones de derechos humanos, oponerse a la tortura, a los abusos policiales, a los GAL o al terrorismo de extrema derecha en su caso, y hacerlo con la misma contundencia y el mismo empeño al terrorismo de ETA. No se hizo, por prejuicios arraigados, y por la lamentable consideración que sitúa al enemigo de mi enemigo necesariamente en nuestro bando.

Una vez que ETA dejó de actuar, para posteriormente anunciar su disolución, el juicio sobre su actuación sigue siendo inevitable; no solo por la importancia política que su existencia tuvo en el pasado y por la consideración y reparación debida a todas las víctimas directas –porque la sociedad en su conjunto sufrió el embate de un grupo que pretendía imponer sus posiciones mediante la violencia–, sino porque la formulación de planteamientos políticos democráticos y justos no pueden sustentarse en un análisis errado del pasado, o aún mucho peor, en un olvido intencionado de aquellos episodios considerados molestos. Tropieza esta tentación con la necesaria reivindicación de la memoria ejercida por la izquierda en relación con el pasado franquista en España. No es compatible el esfuerzo que se viene realizando para reivindicar la memoria de las víctimas del franquismo, y para formular un juicio histórico que no puede ser sino condenatorio en relación con el régimen franquista en tanto que dictadura en la que se vulneraron sistemática y gravemente los derechos humanos, con la desidia a la hora de abordar el pasado en relación con ETA, plagado de titubeos, ambigüedades que derivan habitualmente en críticas a la derecha por su reiteración en utilizar el

terrorismo de ETA para sus fines partidistas. Algo hay de cierto en ello, indudablemente, pero no permite absolver a la izquierda de responsabilidad en su negativa a condenar taxativa y consecuentemente lo inadmisibile.

Obviamente, la relación del PSOE con ETA y su entorno es muy diferente, fundamentalmente porque sus miembros han sido víctimas destacadas de los terroristas. Las críticas que en este escrito se vierten a algunos posicionamientos políticos de este partido no pueden hacer olvidar en ningún momento el ejemplo heroico de dirigentes y militantes socialistas que durante muchos años se jugaron la vida por defender la libertad y la democracia frente a ETA. Hasta tal punto que varios la perdieron. Merecen, por tanto, un profundo reconocimiento y un homenaje permanente.

La apuesta decidida del PSE por la autonomía como vía más adecuada para resolver el encaje de Euskadi dentro de España, y su posterior acceso al poder, desde 1982, convirtieron al Partido Socialista en objetivo etarra, no en la medida –al menos en la primera etapa– en que lo fueron los partidos de la derecha española (AP y UCD), pero sí lo suficiente para llegar al atentado personal contra alguno de sus afiliados, hasta un total de 10 asesinados a manos de ETA y de los Comandos Anticapitalistas (CAA)⁶. La unidad de acción con los demás partidos –un amplio espectro en el Pacto de Ajuria Enea; solo con el PP en el pacto antiterrorista de 2000– no impidió la búsqueda por parte de los socialistas de espacios de diálogo con ETA que pudieran conducir al cese de la violencia; tal cosa sucedió con ocasión de las conversaciones de Argel (1989), apoyadas por el conjunto de las fuerzas políticas, seguidas de un intento persistente de mantener abierta la vía del diálogo, con variadas iniciativas y numerosos actores, en el marco de una estrategia que pretendía abrir brechas en el entramado radical, pero que dejaba clara la voluntad de aceptar contrapartidas políticas, pese a las reiteradas proclamas públicas en sentido contrario. Mientras que el discurso de firmeza fue el predominante tanto desde el Gobierno como desde la oposición, lo cierto es que la búsqueda de una salida dialogada nunca dejó de estar presente en las filas socialistas y en sus gobernantes⁷. La máxima expresión de esta vía fue el proceso desarrollado por el Gobierno de Rodríguez Zapatero, que fue precedido por las, supuestamente espontáneas, conversaciones de Eguiguren y Otegi (según el relato ‘oficial’, se pro-

6 Antonio Rivera y Rafael Leonisio, *La Euskadi ciudadana. Los socialistas en el gobierno vasco, 1936-2012*, Ramón Rubial Fundazioa / Los libros de La Catarata, Bilbao / Madrid, 2019, pp. 234-235.

7 Carlos Fonseca, *Negociar con ETA. Del proceso de Argel de Felipe González a la paz dialogada de Rodríguez Zapatero*, Madrid, Temas de Hoy, 2006.

dujeron por iniciativas de personas sin vinculación con los partidos respectivos y sin representarlos).

Estas conversaciones, muy controvertidas, ponen de manifiesto, además de una cierta incoherencia por la distancia entre la rotundidad del discurso⁸ y la flexibilidad de las prácticas, una falta de comprensión de lo que ETA representaba. Que había un problema político detrás de la acción de ETA es innegable. Que de ahí se derivara la conveniencia de otorgar a la organización terrorista el papel de interlocutor con el que negociar cuestiones políticas es mucho más discutible. Las proclamas que negaban este extremo se veían desmentidas por una lógica muy elemental, como todos sabíamos desde el principio, aunque solo se haya explicitado con posterioridad: las conversaciones tenían un componente político e incluían cesiones del gobierno, como los acuerdos de Loyola –posteriormente rechazados por ETA– dejan claro. La existencia de una organización terrorista con un apoyo social considerable es un dato que hay que dilucidar, constatar y explicar. Pero su fuerza y sus apoyos no tienen por qué conducir a la conclusión de que alguna razón les asiste. Esta posición se entiende perfectamente cuando se aplica a la extrema derecha, por ejemplo. Se combate a Vox por sus propuestas, sea cual sea el porcentaje de votos que obtenga la formación de extrema derecha. La preocupación y la manera de hacerlo cambiarían en función del apoyo, pero nunca su crecimiento electoral y social debería llevar a tener en cuenta sus planteamientos y a considerar que algo de justo pudiera haber detrás de ellos. En las negociaciones de Eguiguren y Zapatero subyacía al menos una parte de las restricciones que llevaban a la izquierda radical –antes IU, luego Podemos– a no tratar a ETA como lo que era; el PSOE sí que lo ha hecho, evidentemente, pero nunca ha desaparecido del horizonte de sus políticas antiterroristas la consideración de que alguna posibilidad de entendimiento podía haber con quienes se reclamaban de izquierda. No existen, en la apuesta reiterada y recurrente del PSOE por la negociación, como medio más corto y seguro para acabar con la violencia, una reflexión meditada ni una conceptualización adecuada; subyace, por el contrario, la idea de que hay algo de ‘razonable’ en las críticas de ETA y el nacionalismo vasco en general a los déficits de la democracia española y de la articulación del reconocimiento de la personalidad del País Vasco en la misma.

No deja de haber igualmente una voluntad de tomar la delantera para una utilización política del final del terrorismo; si el PP –que tampoco fue un ejemplo de

8 Rafael Leonisio Calvo, *Cambio y continuidad en el discurso político. El caso del Partido Socialista de Euskadi (1977-2011)*, CIS, Madrid, 2016, pp. 241-281.

coherencia y generosidad cuando combatió las políticas del PSOE más allá de lo razonable— encarnó la línea dura, impermeable a la aplicación de paños calientes y de cesiones a los violentos y a sus apoyos externos, el PSOE apostó por una vía negociadora que implicaba cesiones —también políticas, por más que se negara— y la perspectiva de abrir brechas en la monolítica unidad del mundo político y social articulado en torno a ETA. Quien más y mejor ha encarnado esta política ha sido Jesús Eguiguren; si bien públicamente ha operado como ‘un verso suelto’ con unas posiciones políticas no coincidentes con la mayoritaria y oficial del partido, lo cierto es que su papel como presidente del PSE entre 2002 y 2014 y el protagonismo alcanzado en las referidas conversaciones indica que su influencia, y sobre todo la de sus recetas para la paz, van más allá de lo que oficialmente se ha querido reconocer. Estamos hablando, en consecuencia, de una doblez que no dice mucho en favor de un partido en un tema tan crucial y doloroso como el que nos ocupa. Máxime cuando el PSE y sus militantes han sido durante décadas víctimas del terrorismo, hasta constituir una comunidad de resistentes que tan bien ha estudiado Sara Hidalgo⁹.

Eguiguren ha sostenido en sus escritos que el problema vasco tenía difícil solución, y llegar a ella era harto complicado; opta en consecuencia por propugnar lo que denomina ‘arreglo’, es decir, un acuerdo que permitiera callar las armas, aún a costa de concesiones a la visión política sostenida por la denominada izquierda abertzale¹⁰. Precisamente el acercamiento a esta corriente política ha sido otra de las causas promovidas por Eguiguren quien, pese a su indudable rechazo a la violencia, no ha dudado en mostrar su cercanía humana —y en parte política— con un personaje tan representativo del mundo radical como Otegi. La interpretación que se ha hecho desde esta perspectiva del abandono definitivo de las armas por parte de ETA se basa en tal planteamiento: dicha renuncia habría estado facilitada, cuando menos, por el proceso negociador abierto por Eguiguren y continuado por Zapatero, en la medida en que habría contribuido a invertir el protagonismo entre el brazo político y el militar de la izquierda abertzale: Batasuna habría forzado a la organización armada al abandono de las armas. Esta visión subraya, en consonancia con la interpretación del nacionalismo radical, el papel pacificador jugado por Arnaldo Otegi y “Josu Ternera” como impul-

9 Sara Hidalgo García de Orellán, *Los resistentes. Relato socialista sobre la violencia de ETA (1984-2011)*, Ramón Rubial Fundazioa / Los libros de La Catarata, Bilbao / Madrid, 2017.

10 Jesús Eguiguren Imaz, *El arreglo vasco. Fueros, constitución y política en los siglos XIX y XX*, Bilbao, Segunda Guerra Mundial si no hubieran existido, no se habría producido la guerra y, por lo mismo, no habría habido fin de la guerra”. Hiria, 2008.

sores de la paz¹¹. Así se han venido presentando, y así los retratan quienes pretenden ensalzar su labor, a la par que ello vendría a lavar un pasado ignominioso. El relato no solo es falaz, porque supone anotar en el haber de quienes han ejercido durante décadas de líderes del entramado que ha ensangrentado las calles de Euskadi y del resto de España el final del terror, sino porque conecta directa y completamente con el relato que desde la izquierda abertzale se pretende imponer: una especie de *bien está lo que bien acaba*¹². De esa conclusión que introduce la aceptación de esa versión junto a la insistencia en la derrota de ETA¹³ se benefician los herederos de la organización terrorista –por más que protesten cuando se les adjudica tal categoría–, a quienes el propio PSOE ha elevado a la categoría de socios, representado en su apoyo a la investidura de Pedro Sánchez y a los presupuestos generales del Estado. Además de otros acuerdos tan sorprendentes como absurdos, como la prórroga del estado de alarma a cambio de una derogación de la reforma laboral que ya estaba en los acuerdos de gobierno del PSOE con UP, sin que de hecho se haya abordado tal medida más que de una manera muy parcial.

Presentar ese acercamiento a EH Bildu como una victoria de la democracia sigue dejando dudas razonables sobre lo acertado de aquella afirmación: llegar a acuerdos

11 Han sido varias las intervenciones de Josu Ternera en instituciones y medios de comunicación franceses, en un evidente intento de lavado de imagen. La última comparecencia, en el momento de escribir estas páginas (junio de 2021) se ha producido en una mesa redonda en la Asamblea Nacional francesa sobre resolución de conflictos en diversas partes del mundo. Ternera es presentado por los organizadores como “militante histórico de ETA, antiguo diputado de la Comunidad Autónoma Vasca y actor clave de las negociaciones y de la salida del conflicto en el País Vasco”. <https://www.elcorreo.com/politica/lejos-resolver-consecuencias-20210525170903-nt.html>

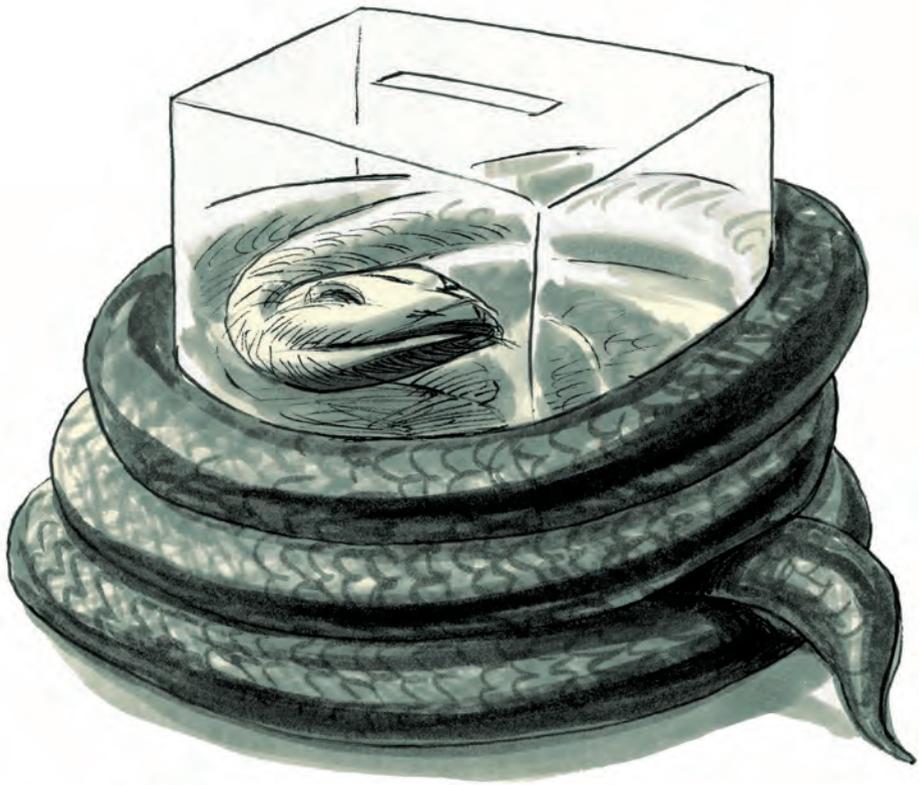
12 Félix Ovejero Lucas, «País Vasco: por qué respirar sigue resultando difícil», *Revista de Libros*, 10/01/2017 (<https://www.revistadelibros.com/discusion/pais-vasco-por-que-respirar-sigue-resultando-dificil>), p.4: “Personalmente, sólo se me ocurre un sentido en el que cabría decir que a Otegi y a sus socios les debemos el fin de la violencia, el mismo que nos permite decir que a Hitler le debemos el final de la II Guerra Mundial: si no hubiera existido, no se habría producido la guerra y, por lo mismo, no habría habido fin de la guerra”.

13 No es necesario suscribir las ‘derrotistas’ tesis de Rogelio Alonso (*La derrota del vencedor. La política anti-terrorista del final de ETA*, Madrid, Alianza, 2018) para cuestionar el relato que equipara la indiscutible derrota militar de ETA con una más dudosa derrota política. Los resultados electorales y la ‘normalización’ –o ‘blanqueamiento’– de EH Bildu, junto a la mayor legitimación en la sociedad vasca de los nacionalistas –incluidos los que ejercieron o apoyaron la violencia– respecto a los no nacionalistas, permiten plantear serias dudas sobre la rotundidad de la proclamada derrota de ETA.

con una fuerza política que es la continuación de quienes han apoyado y sostenido el terrorismo durante muchos años sin que se haya producido un desenganche ni siquiera cosmético de ese pasado significa el blanqueamiento de esa organización y, en parte, de ese pasado. Sería una victoria de la democracia un reconocimiento honesto por esa fuerza política de lo que ha supuesto el terrorismo de ETA durante el pasado reciente del País Vasco. No solo no se ha producido, sino que tenemos indicios más que suficientes para concluir que ETA forma parte de un pasado que se reivindica, aunque no se haga abiertamente por razones legales y de imagen. No se trata de una cuestión de historiadores y de expertos en cuestiones de memoria; al igual que se están poniendo de relieve reiteradamente –desde la izquierda, porque la derecha en este tema no quiere saber nada– que no se puede abordar un análisis del franquismo sin denunciar la ignominia de un régimen que se implantó tras una guerra cruel y que pisoteó los derechos humanos durante toda su existencia, no es posible vislumbrar un futuro democrático y con justicia y dignidad para las víctimas si no hay un rechazo absoluto de los medios y los fines que empleó ETA y que tanto sufrimiento provocaron en la ciudadanía vasca y del resto de España.

En definitiva, si algo ha caracterizado la posición del conjunto de la izquierda española ha sido la ausencia de un diagnóstico adecuado de lo que representaba la organización terrorista, lo que a su vez está vinculado a una aproximación equívoca al fenómeno del nacionalismo. La tensión entre la vocación y la estructuración de un partido nacional, español, imprescindible en una organización con voluntad y capacidad para ocupar el gobierno en España –es el partido que más tiempo ha gobernado en España desde el final del franquismo– y la incorporación de los rasgos que configuran la implantación nacionalista en Cataluña y Euskadi –sobre todo, pero no solo– se resuelve de manera siempre ambigua, subordinada a las necesidades coyunturales (formación de mayorías parlamentarias, configuración de un bloque opuesto a las derechas...), no alcanzando los intentos teóricos por afianzar una posición firme y estable más allá del enunciado del término federalismo, tan repetido como vacío de contenido aplicado a la organización territorial de España en estos tiempos. ¿Qué supone tal federalismo, que fuera sustancialmente diferente del Estado de las autonomías actualmente vigente? ¿Qué soluciona el federalismo, si los nacionalistas repiten por activa y por pasiva que ellos no aceptan una permanencia en España en igualdad de condiciones con el resto de sus conciudadanos? La consecuencia es que el problema territorial continúa consumiendo un volumen enorme de energías que seguramente deberían estar dedicadas a causas más nobles. Los damnificados por la crisis económica iniciada en 2008 y prolongada por la lamentable pandemia que todavía nos castiga, es decir, la inmensa mayoría de la población, merecerían algo más que dedicar tiempo, energías y desvelos

a un conflicto, el catalán, que como el vasco solo existe en las cabezas de políticos muy poco democráticos y con fuertes veleidades xenófobas y supremacistas. No es dándoles la razón, aunque solo sea un poco, como podrá superarse un problema ya endémico y que se prolonga sin que las concesiones permanentes abran ninguna vía de solución. Después de décadas escuchando que ETA no podía acabarse meramente con medidas policiales, y de que los abonados a la tesis del empate infinito insistieran en intentar negociaciones imposibles, la ilegalización de Herri Batasuna, el desmantelamiento de su aparato de extorsión, la eficacia policial, el acoso judicial y la movilización ciudadana enseñaron el camino para que ETA entendiera que debía abandonar la violencia. Es la lección que habría que sacar del pasado inmediato. Solo desde el aislamiento político y la caracterización de lo que fueron y lo que son quienes dieron cobertura política a ETA –y que aún hoy día balbucean un relato negacionista y exculpatorio– se podrá pasar la página y prevenir su repetición en el futuro.



JOSE IBAROLA

ETA Y SU DÉCADA OMINOSA (2000-2011). EL FIN DEL TERRORISMO EN LA VOZ DE SUS INTEGRANTES¹

JERÓNIMO RÍOS

Introducción

El siguiente trabajo tiene como intención analizar la última década de vida del grupo terrorista ETA (*Euskadi ta Askatasuna*) desde una mirada original: la voz de sus antiguos integrantes. Como resultado de un trabajo de campo en el que se recopilaron diferentes entrevistas en profundidad con destacados integrantes de ETA, se consiguió un importante material académico que, entre otras cuestiones, permite reconstruir los discursos desde el interior del otrora grupo terrorista. Ello, a efectos de indagar en tensiones, contradicciones o exageraciones que acompañan a una particular forma de concebir la violencia o la transformación de la misma una vez que ETA ha desaparecido.

En las siguientes páginas se incorporarán fragmentos de tales entrevistas con el propósito de ofrecer al lector una perspectiva diferente, apenas recorrida hasta el momento por los trabajos académicos, dada la dificultad para obtener fuentes testimoniales al efecto. De este modo, el trabajo, mayormente, se centra en tres momentos diferentes. En primer lugar, en cómo los atentados del 11-M de 2004 supusieron una razón de

¹ Este artículo de investigación es resultado del proyecto 2018-T2/SOC-10508, cofinanciado por la Comunidad de Madrid y la Universidad Complutense de Madrid. Todos los testimonios y entrevistas recogidas en este trabajo fueron realizadas durante el trabajo de campo compartido junto a Egoitz Gago, entre septiembre y noviembre de 2018.

rechazo generalizado para con el terrorismo, *lato sensu*, como en su momento supuso el asesinato del entonces concejal de Ermua, Miguel Ángel Blanco. En segundo lugar, de qué manera, relacionado con lo anterior, la negociación política fallida con el Gobierno de Rodríguez Zapatero (2005-06) supone una exhibición de irracionalidad violenta que preconiza el fin inminente de un grupo terrorista, entonces, profundamente debilitado. Lo anterior, en tanto que ETA decide implosionar el ejercicio de diálogo cuando, en realidad, adolecía de una capacidad operativa que nada tenía que ver con la de procesos previos como Argel (1989) o Lizarra-Garazi (1998). Finalmente, se presenta la particular manera en la que los antiguos terroristas perciben el futuro político de Euskadi, una vez que ETA ha desaparecido.

En realidad, son muy escasos los trabajos que han hecho uso de fuentes primarias pertenecientes a antiguos terroristas. Como pionera, Alcedo (1996) analizó el terrorismo de ETA desde las historias de vida y experiencias de sus integrantes, aunque con una perspectiva mayormente antropológica. Años más tarde llegaría el trabajo de referencia de Reinares (2011), quien ahonda, a lo largo de 51 entrevistas realizadas en establecimientos penitenciarios, las causas y reflexiones que motivaron la entrada y el abandono de ETA. Por su parte, Fernández Soldevilla (2013) ha centrado su estudio en fuentes orales de la facción política que, entre 1974 y 1986, fue conocida como ETA-político militar (ETApm), y que anteponía la lucha de clases a la lucha nacionalista.

En los últimos años se han publicado otras aportaciones que deben ser tenidas en consideración. Desde una perspectiva mucho más complaciente con el grupo terrorista, Iñaki Soto (2018) entrevistaba a la última dirección de ETA poco antes de anunciar el fin de la violencia, en mayo de 2018. En el libro se abordan aspectos como el balance de la violencia, la estrategia desarrollada respecto del uso de dicha violencia o el futuro del País Vasco una vez que ETA no existe. Muchos de estos aspectos son igualmente problematizados por Gago y Ríos (2021, 2021b) y Ríos (2021, 2021b), aunque desde una perspectiva mucho más crítica y que ahonda en las tensiones y contradicciones que ha supuesto la militancia en ETA. Recientemente ha visto la luz la obra de Buckley (2020), centrada, a diferencia de los anteriores, en el plano más íntimo de siete exintegrantes de ETA.

Es por lo anterior que, a lo largo de las siguientes páginas, el objetivo no es otro que el de mostrar, en una suerte de ejercicio sintético de historial oral, cómo antiguos integrantes de ETA perciben los acontecimientos que lastraron los últimos años de vida del grupo terrorista, y cómo se concibe el horizonte político de Euskadi, una vez que ETA ha dejado de existir.

ETA y el cambio de siglo: los atentados del 11-M

El año 2000 comienza con un repunte en la actividad terrorista de ETA, al contabilizarse un total de 23 asesinatos, lo cual representa la cifra más elevada desde 1991. De este modo, tienen lugar distintos asesinatos sobre figuras políticas de gran reconocimiento, como es el caso de Fernando Buesa (febrero de 2000), José Luis López de la Calle (mayo de 2000), Juan María Jáuregui (julio de 2000), Ernst Lluch (noviembre de 2000), José Javier Múgica (julio de 2001), José María Lindón (noviembre de 2001) o Joseba Pagazaurtundua (febrero de 2003). Empero, lo cierto es que el entorno para el terrorismo no es nada fácil, siendo buena prueba de ello es la reducción en cuanto al número de atentados cometidos. Si ETA en 2001 protagonizaba 15 asesinatos, en 2002 y 2003 apenas llega a cinco y tres, respectivamente (Fernández-Soldevilla, 2021).

Empero, el comienzo de siglo coincide con varios aspectos que conviene no pasar por alto. En primer lugar, los atentados del 11-S de 2001, realizados por Al Qaeda sobre el *World Trade Center* agitaron el orden geopolítico global e hicieron que la guerra contra el terrorismo global pasase a ocupar un lugar central en buena parte de las agendas de Europa y Estados Unidos (Cairo, 2018). Así es que se endureció la legislación y la política antiterrorista en buena parte del mundo, y ETA y sus diferentes organizaciones afines pasaron a engrosar los listados internacionales de organizaciones terroristas.

Desde un plano estrictamente nacional, la renovación del Gobierno de José María Aznar con mayoría absoluta en las elecciones de 2000 permitió que, en un contexto como el citado, se llevase a cabo una política de intensificación en la lucha contra ETA. En un clima de altísima crispación política se aprobó la controvertida Ley de Partidos Políticos (L.O. 6/2002), por la cual se ilegalizaba cualquier expresión político-partidista proveniente de la izquierda abertzale. De este modo, la escala geopolítica global y estatal, terminaban por alinearse con una escala local en la que, también, producto por una importante erosión social producida por las consecuencias de la “socialización del sufrimiento”, los apoyos sociales de ETA, incluso en la izquierda abertzale, comenzaban a cuestionarse.

Con base en lo anterior, es que, cuando se producen los atentados de Al Qaeda en Madrid, el 11 de marzo de 2004, y en los cuales se detonan una docena de artefactos que causan 193 víctimas mortales (Reinares, 2004), ETA se encuentra en un proceso de importantes cuestionamientos internos y de debilidad manifiesta. Si bien en las primeras horas posteriores al suceso, la hipótesis difundida desde el ministerio del Interior era que ETA podía haber sido su principal responsable, la misma organización

terrorista y Batasuna negaron públicamente su autoría, lo cual obligaba a redirigir la atención al terrorismo de impronta fundamentalista islámica.

Sin embargo, estos atentados iban a ser de gran relevancia para el devenir de ETA. En primer lugar, porque abonaban un escenario de masivas protestas contra el terrorismo y la violencia. Ello, sin ambages y sin diferencias, si es que había, las diferencias o matices entre la violencia que pregonaba ETA y la que podía provenir de otros escenarios, como el mundo árabe. Planteado de otro modo, para cualquier militante de ETA, legitimar la violencia como respuesta a la supuesta represión del Estado español y reivindicar el terrorismo como un instrumento con el que forzar un eventual espacio de diálogo resultaba sencillamente difícil de aceptar. No obstante, al respecto existe un lugar común entre los entrevistados, que insisten en la necesidad de diferenciar la violencia ejercida por ETA con, en este caso, la proveniente de Al Qaeda.

El tipo de atentados yihadistas suponen que, por ejemplo, te sale un tío con un cuchillo y comienza a cortar cuellos. Y tú dices ‘¿cómo le hago frente a eso si mi enfrentamiento con el Estado español no tiene nada que ver con eso? ¿cómo haces frente a eso para defender tu planteamiento?’².

Es decir, el ciclo de atentados terroristas que, junto con el 11-S, actuó en Madrid, Londres o en la embajada australiana en Indonesia, en buena parte de Occidente era interpretado como producto de la oposición a los valores de justicia, libertad y tolerancia occidentales –si bien no conviene olvidar que casi el 90 % de estos atentados tiene lugar en Oriente Medio y el norte de África–. En todo caso, lo que iba a suceder con ETA se integraba dentro de esta realidad, de manera que al interior del grupo terrorista había un pleno convencimiento de que este tipo de atentados terminaría por desacreditar definitivamente a la existencia de ETA.

La lectura que yo hice con el 11-M es que nos iba a afectar porque el contexto internacional del terrorismo iba a ser distinto. Todo terrorismo era igual. En mi opinión no es igual. Yo vi que eso nos iba a afectar a la hora de la lucha armada y a que en *Euskal Herria* hubiera un grupo armado³.

2 Anónimo. Exintegrante de ETA 1, en discusión con el autor, 26/9/2018, Bilbao

3 Anónimo. Exintegrante de ETA 2, en discusión con el autor, 27/9/2018, Bilbao.

Con base en lo expuesto, por tanto, se puede reconocer que los atentados del 11-M suponen un punto de inflexión de gran importancia en el devenir de ETA, en la medida en que se erige como un acontecimiento que precipita notablemente su debilitamiento y posterior desaparición. Al efecto, los anclajes ideológicos y sociales de ETA, por ende, se iban a ver fuertemente afectados por esta nueva forma de enfrentar y oponerse al terrorismo, hasta el punto de que, en varios entrevistados, se lleva a verbalizar la ocurrencia de cuestionamientos internos sobre la viabilidad de continuar con el terrorismo como mecanismo de presión al Estado español, tal y como evidencian las siguientes palabras:

En realidad, eso, de algún modo, nos hizo ver que la lucha armada no iba a ningún sitio. Viendo lo que pasó con el 11-M dices ¿adónde vamos? ¿No será contraproducente? Pero ante todo eres un militante y estás ahí, aguantando (...) Pero te faltan datos y te acabas centrado en aguantar como militante, aunque poco puedes hacer⁴.

En cualquier caso, es importante considerar de qué manera, entre quienes todavía en ese momento hacían parte de ETA, existía una suerte de convencimiento, especialmente, visto con retrospectiva y conectado con el argumento anterior, de que el fin del grupo terrorista estaba más cerca, dadas las consecuencias que dejaban consigo los atentados del 11-M en el imaginario colectivo español. Tal y como preconiza el siguiente testimonio, puede señalarse que tales hechos violentos iban a suponer el principio del fin de ETA:

El 11-M fue el principio del final. Antes la lucha armada era un instrumento factible para cumplir un objetivo. Esto lo contaminó todo y fue como un cambio de paradigma de cambio de mentalidad del mundo entero (...) La sociedad no nos iba a dar ni un paso más por la vía de la lucha armada, y entonces cambia la concepción de todo⁵.

En conclusión, de lo anterior cabe desprender al menos dos aspectos significativos con base en los testimonios recogidos y su relación con el 11-M: 1) la dificultada para desmarcar la legitimación de la violencia de ETA respecto al terrorismo que provenía de Al Qaeda, y 3) el punto de inflexión, *per se*, que representan estos atentados respecto de la oposición, condena y persecución de la sociedad española para con el terrorismo.

4 Anónimo. Exintegrante de ETA 7, en discusión con el autor, 7/11/2018, Bilbao.

5 Anónimo. Exintegrante de ETA 9, en discusión con el autor, 9/11/2018, Bilbao.

La irracionalidad de la violencia y la imposibilidad de negociar con el Gobierno de Rodríguez Zapatero

Los atentados mencionados de marzo de 2004 alimentaron voces discordantes que, desde Batasuna, demandaban la necesidad de reducir el recuso de la violencia política por ser contraproducente para los intereses políticos de la izquierda abertzale. En todo caso, los atentados respaldaron un cambio de gobierno, al desencadenarse apenas tres días antes de las elecciones generales. De este modo, José Luis Rodríguez Zapatero llegaba a una presidencia del gobierno en la cual, si bien mantenía la intensa lucha antiterrorista contra ETA, a la vez, exhibía una mayor propensión al diálogo político. Buena prueba de lo anterior es que, pocos meses después, en octubre de 2004, se detiene a “Mikel Antza”, entonces líder de ETA, junto a cerca de un centenar de personas vinculadas con el grupo terrorista. Nuevamente, Batasuna, vista la debilidad de ETA, reconoce públicamente la necesidad de un cambio de estrategia, hasta el punto de que su líder político, Arnaldo Otegi, evoca la necesidad de una mesa de diálogo en una controvertida declaración que se produce en el velódromo de Anoeta, el 14 de noviembre de 2004 (Gago, 2017).

Este hecho no es nada baladí. A partir de lo anterior se proponía la necesidad de una mesa de diálogo entre el Gobierno de España y ETA, por un lado, y entre los partidos del País Vasco, por otro. Así, la iniciativa que provenía del aparato político afín a ETA sería acogida por el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, el cual, en mayo de 2005 consigue la aprobación del Congreso de los Diputados para que, efectivamente, se realicen los primeros contactos con vistas a una eventual negociación, y siempre que se garanticen ciertas premisas, como la exclusiva negociación del fin de la violencia (Murúa, 2010).

Con base en lo anterior es que el 25 de junio de 2005 se produce la primera reunión oficial en Ginebra y, pocos meses después, en marzo de 2006, ETA declara un alto el fuego permanente, en cierta manera, similar a lo que hizo el IRA ante las negociaciones políticas de 1998. No obstante, y a pesar del debilitamiento manifiesto de ETA, existe una gran desconfianza entre los dos actores, tal y como evidencian los testimonios de los integrantes del otrora grupo terrorista.

La organización no lo tenía tampoco claro, visto lo que pasó después de Lizarragarazi (...) ETA sabía desde su inicio que no iba a poder acabar con el Estado español.⁶

6 Anónimo. Exintegrante de ETA 2, en discusión con el autor, 27/9/2018. Bilbao.

Yo siempre decía: “veamos a ver qué pasa, tranquilidad, saldremos cuando tengamos que salir”. Lo viví, por tanto, con mucha desconfianza⁷.

Sea como fuere, conviene señalar que estas negociaciones transcurrieron, no sin dificultades, junio de 2005 y diciembre de 2006. Inicialmente, del lado del gobierno, la interlocución la encabeza Jesús Eguiguren, mientras que del lado de ETA el diálogo lo encabeza Josu Urrutikoetxea “Josu Ternera”. De este modo, ambas figuras, a partir de diferentes reuniones en Ginebra y Oslo, van diseñando la que debe ser la hoja de ruta y el contenido de la negociación, siendo ello consensuado entre junio y noviembre de 2005. Es innegable que, vistas las experiencias pasadas, se podía albergar un mayor optimismo que en Argel o Lizarra-Garazi, lo cual, además se traduce en una segunda iniciativa de diálogo con Batasuna. Empero, rápidamente se truncarían los acontecimientos, especialmente, desde junio de 2006. Además de que la lucha antiterrorista y la presión judicial siguen contribuyendo a debilitar a ETA, existe un importante viraje con motivo del cambio de interlocución en el grupo terrorista. Así es que ésta recae en Javier López Peña “Thierry”, en lugar de “Josu Ternera”, y con ella se retoman ciertos reclamos y condiciones que no habían estado presentes durante todo el año de diálogo anterior, tal y como es el caso de la cuestión de la territorialidad y de Navarra (Eguiguren y Aizpeolea, 2011). Si se revisan los relatos de los entrevistados, pareciera que, aun estando ausente hasta ese momento, la reivindicación de Navarra devenía como un aspecto ineludible para negociar con ETA, lo cual contribuye a exonerar de cualquier atisbo de responsabilidad de ETA en cuanto al fracaso del diálogo:

La aparición del tema de Navarra no fueron el motivo de la ruptura, sino la exigencia inviable que puso ETA sobre la mesa para desautorizar el preacuerdo negociado por Batasuna, para romper el proceso, ruptura que ya habían decidido desde antes, usando una reivindicación que era un símbolo para sus bases⁸.

En realidad, esta situación sería el preludio al fin del proceso negociador, aunque al respecto, son escasas las voces que desde ETA cuestionan su responsabilidad en la ruptura del marco de diálogo con el gobierno socialista. Así, si bien de manera tímida, hay quienes consideran que ETA no midió bien sus fuerzas y que incurrió en un exceso de ortodoxia, tal y como reconoce el siguiente entrevistado:

7 Anónimo. Exintegrante de ETA 6, en discusión con el autor, 1/10/2018, Bilbao.

8 Eguiguren y Rodríguez Aizpeolea, *ETA. Las claves de la paz*, 217.

En muchos momentos no se atendió a lo que nos decía la gente. Tú puedes tener tu estrategia, pero si no entiendes lo que pasa en la calle pierdes la capacidad de tensar. No se pueden tomar decisiones sin consultar a nuestra gente, a tantos militantes de la izquierda abertzale que se han sacrificado por esta causa, y a los que no tienes en cuenta ni les pides su opinión⁹.

Empero, mayoritariamente, el lugar común más recurrido es el de negar cualquier atisbo de cuestionamiento y culpa del fallo de dicho proceso, casi de manera íntegra, al ejecutivo de Rodríguez Zapatero, preconizando una suerte de inviabilidad determinista que imposibilita, *de facto*, cualquier eventual escenario de reconocimiento mutuo con las demandas exigidas por ETA:

El Estado español no nos iba a dar tampoco una solución intermedia. Era su postura hasta llevarnos al infierno a nosotros. Como estaba pensada la negociación, desde el inicio, no iba a funcionar. Por tanto, no me sorprende lo que pasó. De hecho, fue acertado el dejar la negociación, pero también era la antesala de lo que sabíamos que pasaría¹⁰.

En realidad, con base en todo lo planteado, el proceso de diálogo de 2006 languidecía, fruto de las tensiones y rechazos provenientes de numerosos sectores políticos y sociales, tanto desde el propio Gobierno como desde la oposición. A la vez, ETA recurría a mensajes confusos, que dejaban entrever una fractura, entre quienes estaban a favor de mantener las negociaciones y quienes, *sensu contrario*, optaban por el retorno de la violencia como única vía. En cualquier caso, el corolario, siguiendo esta última posición, llegaría con la detonación de un artefacto el 30 de diciembre de 2006 en el Aeropuerto de Barajas¹¹ por el cual se ocasionaría la muerte de dos personas.

En conclusión, el intento por poner fin al terrorismo de ETA por medio de una salida negociada, como en el pasado, terminaba siendo impracticable. En todo caso, derivado del retorno de la violencia de ETA es que, entre 2007 y 2010, son asesinadas diez personas, toda vez que la debilidad operativa del grupo terrorista termina siendo patente. A tal efecto, en apenas seis meses son detenidos los dirigentes de ETA, “Thierry”, el 20 de mayo de 2008, y Mikel Garikoitz Azpiazu, “Txeroki”, el 17 de noviembre, siendo algunos de sus últimos asesinatos los del exconcejista socialista Isaías

9 Anónimo. Exintegrante de ETA 9, en discusión con el autor, 9/11/2018, Bilbao.

10 Anónimo. Exintegrante de ETA 4, en discusión con el autor, 28/9/2018, Bilbao.

11 La interrupción de la tregua se haría oficial el 5 de junio de 2007.

Carrasco, el 7 de marzo de 2008 o el inspector jefe de la Policía Nacional, Eduardo Antonio Puelles, el 19 de junio de 2009. En todo caso, su última víctima mortal será el 16 de marzo de 2010, a raíz de un atentado contra el gendarme Jean-Serge Nérin en las cercanías de París.

El fin de ETA y el futuro de Euskadi

Desde el atentado de Barajas, la dirigencia del grupo terrorista queda situada fuera de España y la organización apenas cuenta con escasas decenas de integrantes. Se suceden detenciones reiteradas que afectan a un liderazgo joven, inexperto y que apenas se mantiene al frente de la estructura durante unos pocos meses, exhibiendo una vulnerabilidad que contrasta con la eficiencia de las acciones policiales. Esta situación *in crescendo* será la que finalmente desemboque en la disolución unilateral de mayo de 2018.

A pesar de todo lo expuesto a lo largo de estas páginas, lejos de pensar que el terrorismo fue un error, entre la militancia de ETA entrevistada predomina tanto un escaso un escaso arrepentimiento, como una marcada justificación de la violencia en sentido retrospectivo. Frente a la reconocida “vía Nanclares”, un lugar común entre los entrevistados es el de rechazar, por un lado, cualquier atisbo de arrepentimiento –por entenderse como algo en aras del beneficio personal y que sacrifica un ideal colectivo– y, por otro lado, negar por extensión cualquier necesidad de reconciliación –en tanto que se presume que existen ciertos elementos conflictos todavía por resolver–.

Ante situaciones personales o momentos de crisis personales el arrepentimiento busca excusas políticas. Es menos respetable si con ello, para librar tu culo, pones en riesgo a alguien o haciendo cosas que van a perjudicar a otros compañeros, al movimiento o a la organización. Eso no lo acepto¹².

Yo no creo que haya tanto que reconciliar. Ni siquiera tolerar. Sí tienes que aprender a convivir con todo tipo de sensibilidades, pues como lo hemos hecho toda la vida aquí dentro del conflicto (...) Yo no quiero que te vayas tú como persona. Yo quiero que se vaya el uniforme que tienes¹³.

12 Anónimo. Exintegrante de ETA 6, en discusión con el autor, 1/10/2018, Bilbao.

13 Anónimo. Exintegrante de ETA 3, en discusión con el autor, 28/9/2018, Bilbao.

Con base en lo anterior es que pueden identificarse numerosos elementos que permiten identificar en la sociedad vasca la ausencia de aspectos indisociables de cualquier proyecto reparador, como el perdón o el arrepentimiento, en tanto que son rechazados de plano por el entorno de la antigua militancia de ETA. Lo anterior, en tanto que la existencia de ETA es reivindicada como necesaria y se reconoce de la militancia entrevistada su legado como contribución a mantener el esencialismo político-cultural frente a la matriz hegemónica del Estado español.

Gracias a ETA se consiguió frenar al nacionalismo español y fortalecer el nivel de conciencia sobre el euskera¹⁴.

Yo creo que la lucha armada ha sido positiva y trae alternativas en cuanto a mantener una parte importante de este pueblo¹⁵.

Sea como fuere, en la actualidad, y como también sucede con los entrevistados para este trabajo, buena parte de la antigua militancia de ETA se encuentra activa en el partido Sortu; una pequeña agrupación política que se integra en un proyecto mucho más amplio, heterogéneo y horizontal como es EH Bildu –en donde se concentra el voto mayoritario de la izquierda abertzale–. No obstante, y a pesar de lo anterior, es que deviene como punto de encuentro de los diferentes entrevistados la aceptación, con cierto nivel de resignación, de que la sociedad vasca actual poco tiene que ver con la que encontraron en los ochenta y noventa, cuando el activismo de ETA todavía era palpable.

Es decir, si bien la realidad es la de una sociedad, incluyendo la izquierda abertzale, desmarcada del legado de la violencia, lo cierto es que el cuestionamiento se realiza, nuevamente, de forma acrítica con respecto a lo que ETA puede significar en un imaginario colectivo fuertemente afectado por el recurso de la violencia. Una violencia que, en cualquier caso, todos reconocen como impracticable y sin asidero posible en la actual situación política y social que presenta el País Vasco, toda vez que exige la necesidad de seguir manteniendo el conflicto político en torno a cuestiones tales como el relato, la condición de los presos o la mayor autonomía territorial –que concentran buena parte del discurso político de EH Bildu, también, en el escenario nacional–.

14 Anónimo. Exintegrante de ETA 7, en discusión con el autor, 7/11/2018, Bilbao.

15 Anónimo. Exintegrante de ETA 2, en discusión con el autor, 27/9/2018, Bilbao.

La mentalidad de la sociedad y el apoyo a la lucha armada ha ido disminuyendo (...) Hemos dejado de lado la lucha de una forma y hemos cogido otra (...) Ya todo está disuelto. No queda nada. Y es que no tiene sentido¹⁶.

El nudo gordiano no se ha desatado (...) El conflicto político sigue estando. Nunca ha desaparecido (...) La capacidad de la soberanía de este pueblo sigue sin estar en manos de este pueblo y hay 200 personas en la cárcel bajo legislación de excepción que van a estar 40 años en la cárcel y la dispersión sigue vigente¹⁷.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas se ha tratado de visibilizar el relato predominante en ETA en relación con los principales acontecimientos que han marcado su última década de vigencia. Así, se advierte cómo los atentados del 11-M de 2004 marcan un punto de inflexión que es igualmente percibido por la otrora militancia terrorista. Empero, si igualmente se aprecian ciertas tensiones y contradicciones sobre el proceso de negociación política transcurrido entre 2005 y 2006, ello convive con un planteamiento acrítico, casi exculpatorio de la responsabilidad de ETA en la impracticabilidad de un espacio político con el que superar la violencia.

Lo anterior, nuevamente, aparece cuando resulta evidente la perspectiva legitimadora y de aceptación sobre la existencia de ETA y su particular “contribución” al sustrato político vasco. Un aspecto que dificulta cualquier atisbo de real de consenso y construcción colectiva y que, todo lo contrario, como sucediera en la experiencia norirlandesa, redundaba en los elementos de la división, el rechazo y la confrontación de imaginarios.

Todos los entrevistados descartan unánimemente la posibilidad de retornar a la violencia, si bien destacan que los aspectos fundamentales que motivaron la aparición de ETA siguen vigentes en España y en la sociedad vasca. Sociedad vasca de la que consideran que es gracias al grupo terrorista que la izquierda abertzale es segunda fuerza política en la actualidad. Pese a que el legado de ETA ocupa un reducto marginal del espacio político-partidista vasco, cosa distinta es el nivel de influencia que puede obtener en aquellos escenarios en donde la presencia y el apoyo a ETA fueron notables

16 Anónimo. Exintegrante de ETA 3, en discusión con el autor, 28/9/2018, Bilbao.

17 Anónimo. Exintegrante de ETA 8, en discusión con el autor, 8/11/2018, Bilbao.

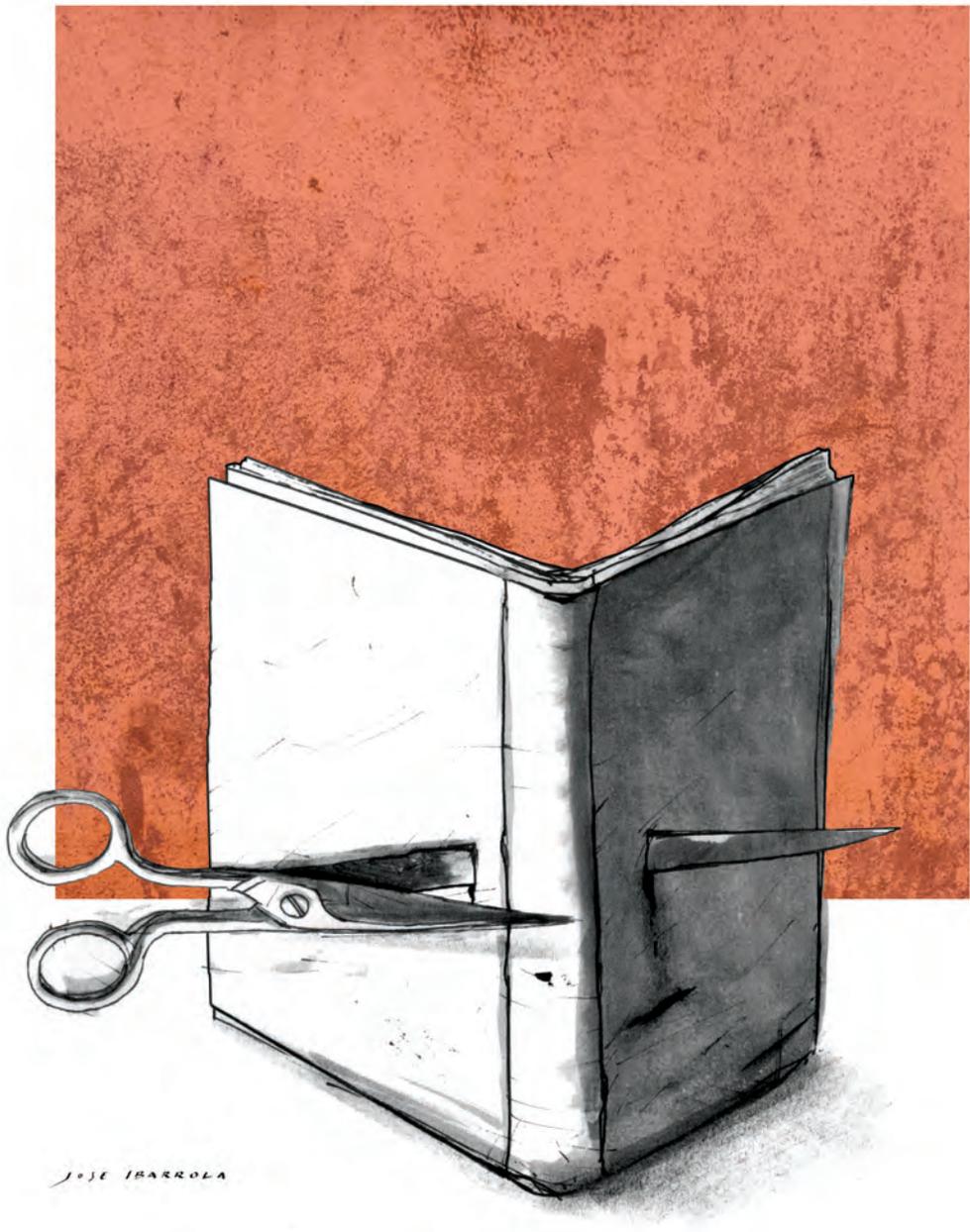
hasta hace tres décadas. Allí es dónde la intensidad de un conflicto irresoluto para ETA puede ser mayor y en donde se encuentran las mayores amenazas para la convivencia y la normalidad democrática. Igualmente, otros elementos como las movilizaciones sobre la dispersión de presos, los homenajes a miembros de ETA que cumplen condena o la disputa por el controvertido relato, hacen que, aunque el fin de ETA es un hecho ineludible, siga siendo especialmente conflictivo e irresoluto para parte del imaginario colectivo vasco y español.

En definitiva, sigue siendo un objeto de estudio por analizar la manera en que, al interior de ETA, se reconstruye el sentido ideológico y el recurso de la violencia política para inscribirlo en la actualidad. Este no es más que un aporte exploratorio que necesitará de otros trabajos de investigación futuros con los que recurrir a miradas más concretas, por ejemplo, respecto de estudios inter-generacionales entre los exintegrantes de ETA, o de acuerdo con miradas transversales con relación a otros grupos y formaciones que, más allá de ETA, también legitimaron el uso de la violencia política contra el Estado y la sociedad.

Bibliografía

- Alcedo, Miren. (1996). *Militar en ETA: historias de vida y muerte*. San Sebastián: Haranburu.
- Buckley, Nicolás. (2020). *Del sacrificio a la derrota*. Madrid: Siglo XXI.
- Eguiguren, Jesús y Luis Rodríguez Aizpeolea. (2011). *ETA. Las claves de la paz. Confesiones del negociador*. Madrid: Aguilar.
- Fernández Soldevilla, Gaizka y María Jiménez. (2020). *1980. El terrorismo contra la Transición*. Madrid: Tecnos.
- Fernández Soldevilla, Gaizka. (2013). *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezquerria (1974-1994)*. Madrid: Tecnos.
- Gago, Egoitz y Ríos, Jerónimo. (2021). *La lucha hablada. Conversaciones con ETA*. Madrid: Altamarea, 2021.
- Gago, Egoitz. (2017). *La contribución social a la paz de Euskadi*. Madrid: Catarata.

- Murúa, Imanol. (2010). *El triángulo de Loiola*. San Sebastián: Tarttalo.
- Reinares, Fernando. (2004) *¡Matadlos! Quien estuvo detrás del 11-M y por qué se atentó en España*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- Ríos, Jerónimo y Gago, Egoitz (2021b). “Narrativas sobre la violencia y la reconciliación a través del discurso de la militancia de ETA”. *Journal of Iberian and Latin American Research*. En prensa.
- Ríos, Jerónimo. (2021). “Terrorismo, Legitimidad y Militancia: Un Análisis Discursivo sobre ETA”. *Dados. Revista de Ciencias Sociais*, 64(4), 1-33.
- Ríos, Jerónimo. (2021b). “Crónica de una muerte anunciada: el discurso de ETA frente a los atentados del 11-M (2004) y la negociación política con el Partido Socialista Obrero Español (2005-2006). *Historia Crítica*. En prensa.
- Soto, Iñaki. (2018). *La última entrevista con la dirección de ETA*. Tafalla: Txalaparta/Gara,



JOSE IBAROLA

DESPUÉS DE ETA, ¿QUÉ?

ANDONI UNZALU GARAIGORDOBIL

Todos estaremos de acuerdo en que no se puede, simplemente, cerrar la memoria del pasado como si ésta no hubiera existido. Pero para mucha gente es una tentación considerable: “ETA ya no está”, te dirán, “tenemos que seguir adelante”. “No podemos estar todo el tiempo dándole vueltas a lo mismo”. No debiéramos minusvalorar esta actitud, ya que en las sociedades que han sufrido un trauma importante, surge, casi de forma intuitiva, dejarlo atrás. Tal como cuando una persona sufre un trauma, muchas veces una reacción es olvidarlo, borrarlo de la memoria, porque se siente incapaz de superarlo, y el olvido es, precisamente, su forma de intentar avanzar.

Otros colectivos no buscan el olvido sino la conquista del relato que, dicho de forma sencilla, es definir quiénes eran los buenos y quiénes los malos.

Yo creo que hay excesiva prisa en solventar el debate, dejarlo zanjado lo antes posible para que deje de ser un problema social.

Nos vendría bien, seguramente, analizar cómo encauzaron el problema otros grupos sociales que habían sufrido en el pasado tragedias y traumas afectando a mucha gente. Y la verdad, nos sorprende que la construcción de la verdad del pasado tiene un camino largo, laborioso y contradictorio para llegar a un consenso social y, sobre todo, a la hora de materializar e integrar en los valores colectivos la enseñanza de la tragedia.

Echemos un poco la mirada atrás. Seguramente muchos pensarán que al final de la Segunda Guerra Mundial una enorme ola de solidaridad hacia los judíos recorrió Europa. Nada más lejos de la realidad. Cuenta Primo Levi, italiano, de una de las so-

ciudades menos antisemitas de Europa junto a España, que cuando alguien les quería recordar el horror de los campos de concentración lo trataban como a un pelmazo que incordia la voluntad de futuro. De hecho, la primera edición de su libro *Si esto es un hombre*, tan conocido hoy, sólo consiguió vender 250 ejemplares.

Los pocos judíos supervivientes parisinos al volver a casa al final de la guerra se encontraron con una sorpresa dramática: sus casas habían sido ocupados por otros parisinos que se negaban a abandonarlas.

Durante los cincuenta del siglo pasado nadie hablaba del Holocausto, no se conocía ni el nombre. Hubo que esperar hasta los años 70 para que Europa mirara de frente a la catástrofe judía.

Cuenta Tony Judt que cuando en los setenta se emitió en Alemania una miniserie americana titulado precisamente “Holocausto”, la sociedad alemana entró en shock. El monumento al Holocausto en Berlín tuvo que esperar hasta 2005 para ser inaugurado, cincuenta años después del final de la guerra.

En Alemania, a todas las personas mayores de cincuenta años no les hacía falta ver esta serie de televisión para saber lo que pasó. Los aliados, especialmente en las zonas controladas por los americanos, hicieron un gran esfuerzo en que la población alemana reconociera la culpa colectiva del nazismo. Las autoridades aliadas habían grabado infinidad de imágenes de los campos de concentración, y uno de los cineastas que grabó los campos fue Billy Wilder. Al ir a recoger la cartilla de racionamiento les obligaban a los alemanes, previamente, a pasar a una pequeña sala de cine donde se proyectaban las escenas de horror de los campos. Cuenta también Tony Judt, que la mayoría aguantaban el tiempo de visionado con la cabeza vuelta hacia atrás para no verlas.

A la sociedad alemana le costó muchos años enfrentarse a la culpa y reconocer su pasado nazi. Y hoy sigue siendo un fantasma al que siguen teniendo miedo; por eso está castigado el negacionismo, prohibidos todos los símbolos nazis y la constitución de Bonn prohíbe la existencia de partidos de ideología nazi o comunista.

A pesar de todo, a pesar del camino zigzagueante, a pesar de todo el tiempo que les ha hecho falta, la sociedad alemana ha podido, en general, asumir con verdad y justicia su pasado nazi.

La historia de Francia es bien diferente. Es el ejemplo más depurado de la creación pública de un pasado inexistente.

Nosotros tendemos a pensar que al inicio de la II GM, los nazis y racistas eran los alemanes y que en los demás países florecía la libertad. Todo lo contrario. En Francia

había una poderosa derecha reaccionaria y antisemita, tal vez el movimiento político más poderoso el año 1941.

Este movimiento asumió, si no con alegría sí con condescendencia pasiva, la colaboración con los alemanes en la Francia ocupada y en la de Vichy. La resistencia ciudadana fue mínima.

La “resistencia”, es decir, la militancia organizada que actuaba contra la ocupación era muy menor, salvo, tal vez los últimos meses cuando ya se vio que Alemania perdía la guerra. Y, además, la inmensa mayoría estaba compuesta por elementos izquierdistas y militantes exiliados que les cogió la invasión alemana en Francia, especialmente los exiliados republicanos españoles.

Pero al final de la guerra vino De Gaulle y proclamó que la resistencia había vencido a la invasión nazi. No habían sido las tropas aliadas, había sido la resistencia. Y, ciertamente, esta afirmación tuvo un apoyo clamoroso de la población porque les amnistiaba de la culpa y de la vergüenza de la colaboración con los nazis.

Por ello mismo, la depuración de los colaboradores fue muy pequeña. Muchos cargos del gobierno de Vichy siguieron en sus puestos y participaron en las estructuras de la nueva república.

A modo de ejemplo, Maurice Papon, funcionario de Vichy, colaborador con los nazis en la caza de judíos, era el jefe de policía de París durante la terrible masacre de los argelinos, el 17 de octubre de 1961, atacando con la policía una manifestación pacífica (más de 200 asesinados en una noche). Por cierto, masacre que cuidadosamente fue censurada en todos los medios franceses. Papon terminó como ministro de presupuestos de 1978 a 1981.

El mito de la resistencia de la ciudadanía francesa sirvió para ocultar la responsabilidad de muchos miles en la colaboración con los nazis.

Pero frente a esta depuración laxa, hubo sin embargo unas represalias humillantes para las mujeres, tanto prostitutas como mujeres que se habían emparejado con nazis. Lo que denominaron la “colaboración horizontal”.

Esta saña en perseguir a las mujeres tuvo una serie de características muy llamativas. Fueron humillaciones públicas, con chanza de la turbamulta. Fundamentalmente consistía en cortarles el pelo a cero y hacerlas pasear por las calles.

Tenía toda la pinta de una acción histórica de la población, como catarsis falsa para ocultar su responsabilidad en la colaboración. Al ser las humillaciones siempre públicas y muy numerosas, se creó la falsa sensación que en Francia se estaba castigando la colaboración con los nazis. Detrás de este falso mensaje se escondían los innumerables colaboradores.

Tal vez el caso alemán nos puede parecer muy alejado de nuestra experiencia terrorista, pero el deseo de ocultación, el deseo de pasar página durante los años 50 se parece a lo que en parte nos está pasando.

Pero es la experiencia francesa la que más nos interesa, porque, si la sociedad alemana al final ha reconocido su nazismo, la sociedad francesa no ha querido mirar de frente a su pasado de colaboración. Hoy sigue el debate de las responsabilidades, pero fundamentalmente en el ámbito académico o periodístico.

Y digo que debemos fijarnos en el caso francés porque nuestro mayor riesgo a la hora de juzgar el pasado terrorista en Euskadi es crear desde los poderes públicos un falso mito de resistencia ciudadana que indulta toda colaboración con el terrorismo. Y no es un riesgo hipotético o probable, sino que las instituciones públicas vascas llevan tiempo en ello, con éxito al parecer.

El terrorismo de ETA en Euskadi

Si, de verdad, queremos mirar de frente nuestro pasado terrorista y buscar un consenso social que apunte la convivencia democrática futura debemos analizarlo en profundidad. Definir o, al menos, describir lo más detalladamente posible los diferentes aspectos del terrorismo etarra. Porque el terrorismo, como fenómeno social, tiene múltiples capas, múltiples conexiones y una gran diversidad de colaboraciones. Si intentamos reducir el terrorismo a los comandos asesinos, es que no hemos entendido nada, o peor, queremos ocultar la verdad de lo ocurrido.

Fernando Aramburu fue de los primeros escritores que comenzó a escribir sobre el terrorismo. *Los peces de la amargura* fue, para muchos, un grito de esperanza. Fernando Aramburu es, sin duda, un gran escritor y con mucho oficio. Su novela *Patria*, está sin duda muy bien escrita, pero no fue eso lo que nos pasó. El abrazo final, literariamente muy bien resuelto, con austeridad y sin barroquismos, y sobre todo en público, absuelve al nacionalismo vasco de toda su responsabilidad.

La privatización del delito terrorista

Durante la dictadura, los presos de ETA reclamaban la categoría de “presos políticos”. Esa categoría llevaba implícito un nivel moral superior, el del héroe que lucha contra la dictadura. Después se ha hecho un gran esfuerzo por negarles ese título, y hoy, aunque Bildu les sigue reivindicando como presos políticos, la mayoría no les

reconoce como tales y afirman que son simplemente terroristas. Y esto se considera como un triunfo en el relato del pasado: los de ETA no eran presos políticos.

Y, sin embargo, son crímenes de motivación política, eso es lo que les hace especialmente execrables.

Es lo que nunca debiéramos olvidar, los crímenes del terrorismo son crímenes políticos.

Negar este hecho es privatizar el crimen terrorista y encerrarlo exclusivamente en el ámbito del criminal y la víctima.

De esta privatización del delito terrorista surgen dos propuestas, que entre nosotros tienen buena prensa: la justicia transicional y la justicia restaurativa.

La justicia transicional supone, en realidad, renunciar a la justicia, o al menos minimizarla de tal modo que los delitos cometidos se quedan sin su castigo legal.

Dice Joachim Gauck, presidente federal de Alemania, en una conferencia, precisamente en la Universidad de los Andes, que se debe optar por la justicia transicional cuando el Estado no puede garantizar el monopolio de la fuerza en todos los ámbitos. Que cuando eso ocurre es preferible un acuerdo general que, aunque renuncie a la justicia material, pueda poner las bases de un estado democrático futuro.

Por ello, en la justicia transicional lo importante no es condenar el pasado sino poner las normas y garantizar la democracia futura asumida por todos.

No es en realidad una reconciliación sino un pacto de futuro, no es tanto perdonarse sino comprometerse con el futuro.

Uno de los mejores ejemplos de eso es la transición española.

Yo añadiría a este argumento otro, derivado de la ética de la responsabilidad de Max Weber.

Se trataría de buscar eliminar el daño y conquistar la libertad de forma más rápida. La transición española también se enfrentó a este dilema. “¿Qué prefiere usted, seguir bajo la dictadura diez años más hasta derrocarla y juzgar a sus responsables o conquistar la libertad común de forma inmediata?”. Desde luego, para la inmensa mayoría de los que habían sufrido la dictadura la respuesta fue sí, merece la pena recuperar la libertad, aún al precio de renunciar a la justicia.

Durante unos años de mayor ataque terrorista, fue también el argumento utilizado por el Gobierno para el pacto con ETA-pm y su disolución. Se pensaba que este acuerdo impedía asesinatos futuros y que, tal vez, podría inducir a la otra ETA a que siguiera el mismo camino. De hecho, el Gobierno intentó repetidas veces este acuerdo, sin ninguna concesión política, con ETA militar. Ya sabemos el resultado.

Por ello, el planteamiento de justicia transicional no tiene defensa entre nosotros con el final de ETA. Tenemos un Estado que garantiza el monopolio de la fuerza en todos los ámbitos y, además, una vez derrotada ETA, la justicia transicional no puede ofrecer ningún bien a la sociedad, sólo sería una renuncia a la justicia sin ninguna contraprestación.

La justicia restaurativa

Esta propuesta es la expresión más radical de la privatización del delito terrorista. La solución queda encerrada exclusivamente entre el asesino y su víctima, en la búsqueda del arrepentimiento y solicitud de perdón y la concesión por parte de la víctima. Lo político del acto terrorista no existe. Esta forma religiosa de borrar el pecado, puede que sea reconfortante para algunas víctimas, pero es ajena a la esencia del terrorismo y su faceta política, su motivación básica. Es el final de *Patria*, al tratarse de un acto privado limitado al hecho material del crimen, la política queda absuelta. Las razones políticas que motivaron el asesinato quedan fuera de toda responsabilidad.

Ninguna política pública que pretenda hacer frente a nuestro pasado terrorista se puede basar en esta estrategia.

¿Qué podemos hacer entonces? Tener paciencia y las cosas claras.

La primera cuestión es afirmar que el fenómeno terrorista no se reduce a la violencia material ejercida por los comandos. Es mucho más complejo y requiere de tres elementos sin los cuales no puede funcionar. A) Una ideología que legitima el uso de la violencia. B) Una colaboración directa importante por parte de la población y pasividad de la mayoría. C) El uso espurio del hecho terrorista en el ámbito social y de la política institucional. Batasuna tuvo una enorme capacidad de chantaje y amenaza mientras duró la actividad terrorista. Y el nacionalismo institucional lo usó de forma vergonzosa para lograr sus fines políticos. La metáfora del árbol y las nueces de Arzalluz expresa de forma cruda la miseria moral de ese nacionalismo que rentabilizó a su favor el terrorismo de ETA.

El papel de las víctimas

Es verdad que durante años las víctimas de ETA han estado abandonadas por todos, también por el Estado. Durante los peores años las víctimas fueron doblemente victimizadas; en toda España por el abandono, y en Euskadi por el vergonzante señalamiento

por sectores muy muy amplios de la sociedad vasca. Tuvieron que irse o caminar de forma humillante con la cabeza baja en una sociedad que les señalaba con el dedo.

Y este señalamiento, este negarles la igualdad común, fue seguramente la forma más miserable de colaboración con el terrorismo.

Pero hoy tienen un reconocimiento social e institucional muy importante. Y además de reconocimiento tienen una especial protección legal. Recientemente se ha inaugurado el Memorial de Víctimas del Terrorismo, a pesar de que la cicatería del PNV obligara a financiar al Estado las obras necesarias de la urbanización. Las víctimas judías de los nazis tuvieron que esperar 50 años para su memorial en Berlín.

El papel social de las víctimas no debe ser el participar en el diseño de políticas públicas, tienen una función mucho más importante, ser testimonio de la violencia pasada.

Si permitimos que desaparezcan las víctimas, se olvidarán los asesinatos y los asesinatos dejarán de serlo. Las víctimas deben seguir siendo el espejo ante nuestra conciencia colectiva.

La sociedad vasca ha sido profundamente contaminada por la violencia terrorista.

La violencia terrorista no fue ni es sólo un asunto de los comandos, todos hemos estado involucrados de alguna manera. La más general, que no podemos negar, es que lo hicieron en nuestro nombre, y porque la inmensa mayoría fue colaboracionista de forma activa o de forma pasiva cerrando los ojos al dolor ajeno, no queriendo enfrentarse a él. La resistencia ciudadana fue mínima, casi exclusivamente de los concejales de pueblos, del PSE y del PP. Y es de destacar la traición de la *intelligentsia* vasca, muy pocos profesores, escritores o periodistas se atrevieron alzar la voz y algunos lo pagaron con su vida.

En Euskadi la culpa ha tenido muchas formas y niveles.

El estudio más lúcido sobre la culpa del nazismo es seguramente el de Karl Jaspers. Jaspers define cuatro tipos de culpa: la culpa criminal, la política, la moral y la metafísica.

La culpa criminal la define como participación directa en hechos criminales y dice que la instancia deben ser los tribunales. En los juicios penales se dirime esta culpa criminal. Durante los primeros años de posguerra nos sorprende la actividad de los aliados en el castigo penal, fueron detenidos unas 250.000 personas, la mitad fueron juzgadas con diferentes sentencias de las que unas mil fueron condenas a muerte. Es verdad que muy pronto, con la guerra fría, se paró de golpe y casi todas las personas fueron liberadas, la acción de la justicia no se reactivó hasta los ochenta, e incluso hoy sigue habiendo casos investigados.

La culpa política se refiere a la responsabilidad de las instituciones y las colectivas de la sociedad que permitió que ocurriera.

Es lo que más nos interesa y volveré a ello más adelante.

La culpa moral la define Jaspers como la responsabilidad ética personal y la instancia debe ser la propia conciencia. Es siempre un acto privado de uno mismo o de grupos pequeños que se autorreconocen como partícipes en la misma culpa moral. Es exactamente lo que entre nosotros definimos como justicia restaurativa. Pero no se debe plantear en el ámbito público. Dice Joachim Gauck: “Pero el Estado no puede ordenar este proceso de reconocimiento de la culpa y perdón. Esto es algo que sucede solamente entre dos personas. ¿Pero entonces qué puede hacer el Estado?”. A responder a esta pregunta dedicaremos el siguiente apartado.

La culpa metafísica la define como una culpa más general como miembros de la humanidad y la única instancia es Dios.

La culpa política

La responsabilidad política y la forma de hacerle frente es lo que más nos interesa porque eso incumbe al espacio público y a las instituciones y debe servir para forjar un nuevo pacto ciudadano de democracia.

El asumir la responsabilidad colectiva no quiere decir que todos tengamos que enfrentarnos a una culpa individual.

Pero sí tiene un precio: relatar la verdad de lo ocurrido. Esta búsqueda de la verdad, mejor dicho, de la asunción de la verdad, es sustancial para superar el trauma colectivo.

Una de las razones para que el reconocimiento de la verdad sea complejo y puede ser utilizado aparentemente con datos que lo ocultan, es que, a lo largo del tiempo, las diferentes colaboraciones han sido diferentes. Los niveles de apoyo activo o pasivo han sido diferentes en los años ochenta que en el siglo XXI. Y tratar de ocultar con el siglo XXI todo lo anterior, todos los comportamientos anteriores, es falsificar el pasado. El PNV lo está intentando con firmeza; quiere ofrecernos una imagen de la sociedad vasca y de la suya propia con una imagen congelada del último lustro del terrorismo en Euskadi.

Este debiera ser el eje del debate público, recordar una y otra vez el pasado, los comportamientos grupales e individuales de todos. No va a ser fácil, porque el nacionalismo, todo el nacionalismo, está construyendo una historia mutilada en la que, como De Gaulle con la resistencia, está exonerando la responsabilidad culposa de una

gran parte de la sociedad vasca. Según el PNV, ETA fue derrotada por la resistencia de la sociedad vasca.

Nos va a llevar tiempo, pero no debiéramos desfallecer. Hace falta investigación rigurosa, también, y no suele ser lo menos importante, una visión de verdad desde la literatura y el arte.

Seguramente el ámbito más huérfano es el estudio de la propia ETA. Hoy sólo tenemos el relato épico de la lucha violenta. Una de las frases más desafortunadas, que se ha repetido muchas veces es “ETA mata, pero no miente”. Ya, ETA ha matado, tergiversado y mentido. ETA tiene una historia sucia propia que no conocemos. Hace poco se ha publicado el libro de Patrick Radden Keefe *No digas nada*. Un relato muy documentado de la historia sucia del IRA. Cuando tengamos un libro así sobre ETA, habremos avanzado mucho.

El hecho político del terrorismo

Es este el mayor problema y el más complejo entre nosotros. Todos los asesinatos políticos tienen en su base una ideología legitimadora que les da coherencia política a su actividad.

Esa legitimación política es lo que hace que el terrorista se defina como luchador y no como delincuente.

La violencia terrorista de ETA ha tenido dos fuentes de legitimación: la violencia revolucionaria y el nacionalismo.

La izquierda europea, especialmente en los años 60 y 70 del siglo pasado tuvo una especie de alucinación por la violencia revolucionaria. Revolución y violencia han sido casi tándem inseparable. La violencia revolucionaria era algo positivo y necesario, la violencia inaceptable era la otra, la de la derecha reaccionaria. Cuba, el Che Guevara, Vietnam, eran ejemplos de la épica de la violencia revolucionaria.

Pero me parece que en el caso de ETA no fue tan significativo, más influyó en los primeros tiempos la violencia revolucionaria de los movimientos de liberación del tercer mundo, precisamente porque su motor era el nacionalismo, frente a los colonizadores.

El gran símbolo legitimador de la violencia ha sido el *gudari*, el mito del soldado nacionalista que luchó contra Franco en la Guerra Civil.

La ideología nacionalista ha sido el gran legitimador del terrorismo etarra. Sin nacionalismo, sin ser ellos mismos nacionalistas, ETA habría desaparecido como otras organizaciones terroristas no nacionalistas.

En general, los nacionalistas siempre miraron con comprensión la actividad terrorista, sólo lo han condenado con claridad los que han abandonado el nacionalismo mismo.

Voy a poner un ejemplo que seguro molestará, el Ku Klux Klan. Era una organización terrorista y asesina, con motivación ideológica política. Actuó en una sociedad profundamente racista, que fue lo que les dio legitimación. Es verdad, todos los racistas no eran del Ku Klux Klan, pero sin el racismo compartido esa organización no habría podido durar.

Estas ideologías que niegan la igualdad de ciudadanía a todas las personas pueden tener manifestaciones diferentes, algunas extremas, pero es la ideología en sí la que las hace posibles.

Por ello no basta con terminar con los hechos criminales, es necesario erradicar la ideología que los ampara.

Para los aliados tan importante, o más, que juzgar a los nazis, era la desnazificación de la sociedad alemana. Y pensaban que la asunción de la culpa colectiva era un paso necesario para ello.

Entre nosotros también debemos luchar por lo mismo, para que el nacionalismo asuma su responsabilidad moral y política. No estamos hablando de responsabilidades penales, sino asumir su responsabilidad y las formas de colaboración de diferente nivel que mantuvo durante los años de terrorismo etarra.

Y sabemos que, cuando una ideología ampliamente compartida ha legitimado acciones criminales, es muy difícil que los afectados asuman su culpa. Seguramente hará falta una generación no responsable para poder hacerlo, pero no hay que cejar.

Y este es el gran problema social que tenemos hoy en Euskadi, el PNV no quiere reconocer su legitimación del terrorismo.

Pero esa es la verdad cruda, el PNV nunca ha negado a los militantes de ETA la pertenencia a la misma comunidad de identidad. Los de ETA siempre han sido de los “suyos”, aunque descarriados, y siempre han intentado favorecerlos. El PNV siempre se ha opuesto a todas las medidas del Estado democrático de España para luchar contra ETA. Estuvo en contra de las entregas de Francia a España. Estuvo en contra de la ilegalización de Batasuna.

El pacto de Estella es la expresión de esta unidad conceptual de todo el nacionalismo, tanto unos como otros están unidos al mismo cordón umbilical.

El PNV, cuando se le recuerdan estas cosas, grita que ellos no han apoyado el terrorismo. Lo que afirmo es que es la misma ideología nacionalista la que da cobertura a los dos brazos del nacionalismo y que son inseparables.

Vamos a hacer un ejercicio contrafáctico; cierren los ojos e imaginen Euskadi de los ochenta del siglo pasado sin Guardia Civil y sin Policía nacional ni Audiencia nacional. Piénselo otra vez, los ochenta sólo con el PNV en el Gobierno Vasco y la Ertzaintza. Da miedo, ¿verdad? Pues, eso.

La culpa en Euskadi durante el terrorismo

El no reconocimiento de la culpa bloquea toda posibilidad de superar el pasado terrorista y, sobre todo, impide el consenso social necesario para incorporar la experiencia trágica en nuevos valores éticos y políticos que impidan que vuelva a suceder.

En primer lugar, tenemos al mundo de Batasuna, sus militantes y entornos. Este colectivo apoyó de forma activa y constante el terrorismo de ETA, dándole apoyo y legitimación social.

Este grupo de personas no es que no asuma su responsabilidad, sino que lo reivindica, cierto que cuidando mucho no entrar en el ámbito de responsabilidades penales.

Me acuerdo de una frase terrible de Mario Onaindia: “Vivo en un país en el que se reivindica el asesinato”.

El delincuente y el delito

La condena penal al delincuente condena, asimismo, y de forma inseparable, el delito en sí. Cuando un tribunal condena al ladrón condena a la vez el robo. Esto es algo tan obvio que normalmente ni nos planteamos así. Todos sabemos que reivindicar al ladrón es reivindicar el robo, o, que aplaudir al violador es aplaudir la violación. El inicio de la reinserción de cualquier delincuente no comienza al reconocer su acto delictivo, que al ser convicto a nivel legal es irrelevante, sino en condenar el delito.

Y, sin embargo, entre nosotros, se extiende la idea de separar el acto delictivo y el delito. Esto se concreta en una frase lapidaria, “ya ha pagado su pena, ¿qué más tiene que hacer?”. Pues, *stricto sensu*, para recuperar la libertad nada más, cumplir su pena, pero si además pretende acceder a los beneficios penitenciarios, sí. Porque la concesión de los beneficios penitenciarios debe ser la consecuencia del inicio de la vía de reinserción.

La condena pública del delito en sí es anterior a plantearse siquiera la asunción de la culpa y responsabilidad colectiva.

La sentencia que condena al delincuente condena asimismo el delito y toda reivindicación pública del mismo.

Pero, al haber privatizado el delito terrorista al hecho material del acto, lo separamos de la motivación política que lo insufló.

Para muchos, una vez cumplida la condena, queda exenta de toda responsabilidad política.

La batalla principal que tenemos planteada ahora mismo en Euskadi es la condena pública del delito en sí, sus motivaciones, e impedir la reivindicación pública o la exhibición de sus símbolos legitimadores.

Mientras la sociedad vasca y sus instituciones no lo asuman con claridad el planteamiento mismo de asumir la responsabilidad política colectiva no tiene sentido, por imposible.

Se utiliza de forma recurrente la fórmula de que estos actos públicos del mundo de Bildu “humillan a las víctimas”. Plantearlo en estos términos me parece eludir la verdadera naturaleza de estos actos, como los recibimientos de presos al son del *txistu* y grupos con banderas.

El objetivo de los recibimientos públicos de los presos, o el terrible *performance* previsto con los 31 años de cárcel de Parot, no es humillar a las víctimas, –esto es mera consecuencia–, es mucho peor: su objetivo es la reivindicación del pasado terrorista, la legitimación de los motivos políticos que lo motivaron.

No nos debiéramos enredar con las palabras. ¿Cómo va a asumir la sociedad vasca su culpa colectiva si permitimos la reivindicación pública del pasado terrorista a los perpetradores?

Aunque, seguramente, la opinión pública es cada vez más beligerante en este campo, las instituciones están adoptando una posición vergonzante renunciando a liderar la lucha contra la legitimación del pasado terrorista en el espacio público.

El plantear que sea la justicia la que de forma previa condene o impida estos actos es una dimisión inadmisibles de su función.

Los poderes públicos deben aplicar de forma directa la legislación vigente, aunque sus actos estén sujetos a revisión judicial. La Ertzaintza no tiene que pedir permiso al juez para detener al ladrón o multar al que conduce en dirección prohibida.

El acto político más claro y valiente del Gobierno socialista de Euskadi liderado por el Lehendakari Patxi López, lo que mejor expresaba su voluntad de liderar la lucha contra el terrorismo, fue ordenar a la Ertzaintza entrar en todos los cascos antiguos de los pueblos de Euskadi y retirar del espacio público todos los símbolos y reivindicación

del terrorismo. El Consejero de Interior, Rodolfo Ares, no esperó a que los jueces lo ordenaran, en una función que no les correspondía, sino que, asumiendo su responsabilidad, ordenó aplicar la ley.

¡Cuánto añoro ahora este espíritu de lucha contra la legitimación del terrorismo!

Los recibimientos a los presos, el relato de la lucha heroica, no sólo tergiversan la verdad, sino que legitiman y reivindicán el pasado de la violencia terrorista. En este ámbito de la deslegitimación del “hecho terrorista” me parece que, a pesar de todo, es el campo donde más hemos avanzado. Me acuerdo cuando en los años ochenta la reivindicación del asesinato político era masivo y público, debiéramos recordar a 50.000 manifestantes gritando “ETA mátalos” por las calles de Bilbao. Hemos avanzado mucho, –aunque veo un retroceso de las instituciones el último año–, pero no deberíamos renunciar a hacer desaparecer por completo actos y relatos legitimadores de la violencia terrorista. No sólo impedirlos sino proclamar con claridad que son actos contra la libertad y la legalidad constitucional.

Debemos hablar con claridad, no se puede esconder en la reivindicación de la “libertad de expresión” la reivindicación de los asesinatos pasados. En esto debiéramos ser más audaces en el debate público. La libertad de expresión, como cualquier derecho, es algo regulado y no permite un uso fraudulento del mismo. Un juez del Tribunal Supremo de EEUU dijo, con acierto, que, si alguien gritaba en un teatro abarrotado “fuego”, sin ser verdad, eso no estaba amparado por la libertad de expresión.

Todas las sociedades tienen sus propios fantasmas

Si tú en una televisión alemana dices que no hubo Holocausto, a la salida ya te están esperando policías para detenerte. Y te acusarán de negacionismo. Para la sociedad española, que no es una democracia militante y sí proclive a permitir ampliar los márgenes de la libertad de expresión, este es un delito raro, difícil de entender. Pero los alemanes saben de qué hablan, hablan de sus fantasmas.

En nuestro caso nuestro fantasma particular es el terrorismo. Y debiéramos hacer todo el esfuerzo posible en erradicar sus símbolos y reivindicación. Si en un debate de ETB una persona dice que no hubo Holocausto, seguramente, le tildaremos de loco. Pero si otro dice que los militantes de ETA fueron *gudaris* luchando por la libertad de Euskadi, se nos congelará la sonrisa. Debemos impedir la exhibición de símbolos o legitimación del pasado terrorista, pero me parece a mí que debiéramos tener en cuenta la proporcionalidad. Somos proclives a pasar de la impunidad a cadenas perpetuas. La

desproporción deslegítima la sanción social. Seguramente con la aplicación sistemática de sanciones administrativas sería suficiente, al menos en la inmensa mayoría de los casos.

Y, sí, en este ámbito las víctimas tienen todo el derecho, y el deber, de denunciar de forma sistemática todo intento de reivindicar el pasado terrorista o el uso público de símbolos del terrorismo etarra.

En la actualidad estamos en un momento crucial en la lucha contra el pasado terrorista: su deslegitimación pública, mientras un miembro de Bildu pueda decir con arrogancia e impunidad que los que condenan los “ongi etorris” están en contra de la convivencia y de la paz, no es posible avanzar en el reconocimiento de las responsabilidades colectivas.

La relación entre ETA, el PNV y el nacionalismo es el enorme elefante en la habitación que nadie quiere ver.

Por muchas vueltas que le demos al asunto, por mucho debate alambicado que nos planteen, siempre nos encontraremos con ese enorme elefante que no nos deja avanzar y nadie quiere ver.

ETA, el nacionalismo y el PNV han estado unidos con soldadura de plomo en nuestro pasado terrorista. Se podrá negar, pero no se puede borrar ese pasado.

Se dirá que el nacionalismo son muchas otras cosas, de acuerdo, pero mientras no rompa y lo denuncie con claridad, asumiendo su propia culpa y responsabilidad, el terrorismo seguirá siendo una lacra, algo tóxico que contaminará al nacionalismo y al PNV.

Mientras el PNV no se enfrente a un proceso similar a los partidos comunistas modernos que tuvieron que abandonar toda legitimación con el estalinismo, estará cautivo de esos fantasmas, y tarde o temprano pagará su precio.

No sólo el nacionalismo, como ideología, es el fondo de escenario de nuestro pasado terrorista, el PNV dirigía todas las instituciones políticas del país.

Por ello afirmo que es necesario reconocer que tenemos un elefante en la habitación y tratar de conocer la verdad.

Propongo tres temas, tres ámbitos de investigación histórica que nos podrían acercar a la verdad, al conocimiento necesario para asumir nuestro pasado.

- a. La relación concreta del PNV con ETA.
- b. La relación concreta del Gobierno vasco con ETA.
- c. Y, sí, también la relación de la Iglesia católica con ETA.

No sé quiénes serán los investigadores que aborden estos temas, no sé si serán americanos, ingleses o alemanes, pero llegarán y ese día nos pondrán delante de nosotros el espejo que refleja nuestro pasado.

Y para terminar propongo una escena final diferente a la de *Patria*. Reconozco que la vida es imparabile, que el futuro no se detiene. Que los terroristas seguirán viviendo entre nosotros, y seguirán, sobre todo, los que fomentaron el terrorismo.

Y que la legalidad constitucional les reconoce la igualdad ciudadana.

Pero planteo un final sin abrazos, sin reconciliaciones con procesiones públicas. Un futuro en el que el cumplimiento de la ley sea suficiente para habitar la misma sociedad.

Me acuerdo de una película que vi hace muchos años y trataba de las guerras civiles de Yugoslavia en los 90. Una joven pareja de enamorados. El padre de él había asesinado al padre de ella. Él quiere presentar a su novia a sus padres y organizan una cena. La cena que recuerdo es un plano cenital que recoge la mesa mientras cenaban los cuatro, la pareja y los padres de él. No hay ni una sólo palabra, sólo se oyen los sonidos de los cubiertos contra los platos.



DUINTASUNAREN ALDE POR LA DIGNIDAD

JON SUDUPE

ARREGI, Joseba: *El terror de ETA*, Tecnos, Madrid, 2015.

Giza espeziearen historia borrokaren historia da. Gerra da gizakien herentziako madarikazioa: inoiz ez da izan erabateko bakerik. Giza indarkeria ez da gaixotasun bat, ezta endekatze bat ere, giza izatearen parte baizik. Taldeak taldearen kontra borroka egitea izan da giza espeziearen indar eragile nagusietakoa. Gerra zen ohiko biziera antzinako herri askorentzat.

Historia “hiltegi erraldoitzat” zeukan Hegelek; “krimenen eta zorigaitzen agertokitzat”, Voltairek; eta “odol bainu bat” zela iritzi zion William James filosofo estatubatuarrak. Gizakiak, bere ibilbide laburrean, sekulako istiluak eta izugarritzko sufrikarioak eragin ditu. Kontaezinak dira milioika gizakiren bizitza suntsitu eta hondatu duten gudu zital bezain nardagarriak. Izugarrikeria eta deskalabru gehiegi gertatu da munduan. Berebiziko liskarrak eta gorroto-

La historia de la especie humana es una crónica de luchas y batallas. La guerra es la herencia maldita de los hombres: nunca ha habido una paz absoluta. La violencia humana no es una enfermedad ni una tara, forma parte del ser humano. La lucha contra el grupo ha sido una de las principales fuerzas motrices de la especie humana. La guerra era la forma de vida habitual para muchos pueblos antiguos.

Hegel tenía la historia como “un enorme matadero”; “un escenario de crímenes y calamidades”, Voltaire; y el filósofo estadounidense William James consideró que era “un baño de sangre”. El ser humano, en su corta trayectoria, ha provocado disturbios enormes y sufrimientos terribles y sin límite. Son innumerables las infames y mezquinas batallas que han destruido y arruinado la vida de millones de seres humanos. Hemos contemplado, como seres humanos, demasiado horror

eztandak, nonahi. Ezin konta ahala triskantza eta bidegabekeria, erlijioak eta nazionalismoak eragindakoa, gehienbat. “Historian zehar, era guztietako extremistek armak erabili dituzte. Jainkoaren, iraultzaren, erreakzioaren, arrazaren edo aberriaren izenean hil dute. Haien artean desberdintasun ugari egon arren, gaizkileak printzipio bakar batek gidatzen ditu: xedeak bitarteko odoltsuak justifikatzen ditu (eta, ondorioz, giza kostua ere bai)”, irakurtzen dugu *Compañero del metal* liburuan.

Berezkoa dugu basakeriarako joera. Geure barrenean daramagu indarkeriaren harra, oldarkortasun sena, erasorako grina eta isuria (“borroka” hitza sarritan ageri da Darwinen *Espezieen jatorria*-n). XX. mendea –Holokaustoaren mendea– biziki krudel eta lazgarria izan da basakeriaren historian. 1914an hasi zen “mende laburra” historiako aldirik odoltsuena izan dela esan ohi da, baina lehenagoko denborak ez ziren batera gozagoak izan. Ez da sarraskirik gabeko garairik ezagutu, ez da “herri primitibo” baketsurik izan. Historiaurreko tribu gizarteak baino odolzaileagorik ez da izan. Ilustrazio aurreko Europaren ezaugarri komuna izan da hori, gehienbat. Hunoen eta tartaroen sasoiaren burututako erasoaldietan, esate batera, ehunka mila hildako izan ziren. Ankerkeriaren kulturen bizi izan gara gizakiok. Nahita egindako tortura eta tratu txar mordoa eragin zaie pertsona eta animalia babesgabei. Orain hain

y descalabro en el mundo. Enfrentamientos sin fin y explosiones de odio en todas partes. Innumerables estragos e injusticias, provocadas mayoritariamente por la religión y los nacionalismos. “A lo largo de la historia, todo tipo de extremistas han recurrido a las armas. Se han dedicado a matar en nombre de Dios, de la revolución, de la reacción, de la raza o de la patria. A pesar de las múltiples diferencias existentes entre ellos, los delincuentes están guiados por un único principio: el fin justifica los medios sangrientos (y, por consiguiente, el coste humano)”, leemos en el libro *Compañero del metal*.

Tenemos una tendencia natural a la barbarie. Llevamos en nuestro interior el germen de la violencia, el instinto de agresividad, el afán de ataque y la tendencia para ello (la palabra “lucha” aparece a menudo en el *Origen de las Especies* de Darwin). El siglo XX –el siglo del Holocausto– ha sido extremadamente cruel y horrible en la historia de la barbarie. Se suele decir que el “breve siglo” que comenzó en 1914 ha sido el periodo más sangriento de la historia, pero los tiempos anteriores no fueron más saludables. No se han conocido tiempos sin masacres, no ha habido “pueblos primitivos” pacíficos. No ha habido gente más sanguinaria que la de las sociedades tribales prehistóricas. Éste ha sido, en su mayoría, un rasgo común de la Europa preilustrativa. En la época de los hunos y de los tártaros, por ejemplo, hubo cientos de miles de muertos. Los humanos hemos convivido en la cultura de la crueldad. Las

higuingarri zaizkigun egintza bortitzak, denbora-pasako jostaketak ziren lehenagoko denboretan.

Gasteizko Biktimen Memorialaren irekiera dela eta, berriro hizpide eta eztabaidagai bihurtu dira ETA, bere historia eta bere jardura. Zergatik eta nola gertatu zitzaigun hau galdetzen du Joseba Arregik *ETAren izua* liburuan. Eta, haren sorreraren azalpen bila, arrazoi endogenoak (Frankoren diktadura, nazionalismo tradizionalarekiko haserrea, belaunaldi berriaren etorrera) eta arrazoi exogenoak (indarkeriaren legitimazioa pentsamendu marxistan, liberazio nazionalako gerrak, borroka anticolonialista) aipatzen ditu. Europako eta hemengo ikuspegitik aztertzen du, alegia. ETAren izatea eta ideologia ulertzeko ezinbesteko liburua da. Biktimak aldarrikatzen ditu guztiaren gainera, eta aurre egiten die gertatutakoa ahanzten saiatzen direnei. Biktimak “memoriarik, duintasunik eta justiziarik gabe” utziko lituzke ahanztura horrek. Gure artean inork ez du biktimen kausa hain sutsu aldarrikatu.

Gizateriak, hasiera-hasieratik, lagun izan du indarkeria. Izua edo terrorismoa, aldiz, fenomeno moderno da, frantses iraultzarekin sortua. Joseba Arregik Hegelengana jotzen du izuaren izatera ulertzeko. Bere saiakeran orrialde sakonak daude Hegelek kulturaren sekularizazioaz eta izuaren kontzeptualizazioaz idatzi zuenari buruz. Izua ez da indarkeria hutsa, eta indarkeria guztia

personas y animales indefensos se han visto afectados por un cúmulo de torturas y malos tratos intencionados. Los actos violentos que ahora nos repugnan tanto, eran diversiones y juegos en tiempos pasados.

Con motivo de la apertura del Memorial de Víctimas de Vitoria, ETA, su historia y su actividad se han convertido de nuevo en tema de debate y debate. Joseba Arregi se pregunta por qué y cómo nos pasó esto en el libro *El terror de ETA*. Y, en busca de explicaciones de su génesis, alude a razones endógenas (dictadura de Franco, i dignación hacia el nacionalismo tradicional, llegada de la nueva generación) y a razones exógenas (legitimación de la violencia en el pensamiento marxista, guerras de liberación nacional, lucha anticolonialista). Es decir, lo analiza desde el punto de vista europeo y propio, de aquí. Es un libro imprescindible para entender el ser y la ideología de ETA. Reivindica a las víctimas por encima de todo y se enfrenta a quienes tratan de olvidar lo ocurrido. Un olvido que dejaría a las víctimas «sin memoria, dignidad y justicia». Nadie entre nosotros ha proclamado tan vehementemente la causa de las víctimas.

La humanidad, desde el primer momento, ha acompañado la violencia. El terror o el terrorismo, en cambio, es un fenómeno moderno, creado con la Revolución francesa. Joseba Arregi recurre a Hegel para entender la naturaleza del terror. En su ensayo hay páginas profundas sobre lo que Hegel escribió sobre la secularización de la cultura y la conceptualización

ere ez da izua. Izua bertutearen alderdi subjektiboa dela zioen Hegelek. Bertutea nagusi denean, izua da nagusi, bertuteak ezabatu egin behar baitu aurka egiten zaion guztia. Terrorean inplikaturako indarkeriaren ezaugarri nagusia indarkeria hori zuritzera daraman helburua da: historiaren egia gauzatzea, askatasun osoa eskuratzea. Fanatismoa dela izuaren bereizgarria zioen alemaniar filosofoak, azken egia absolutuaren jabe dela uste baitu. Eta horrek posible eta beharrezko egiten du biktimen deuseztatze fisikoa.

ETAren izua –dio Arregik– kultura modernoaren testuinguruan baino ezin da ulertu. Duela berrogeita hamar urte, Maurice Merleau-Pontyk, Franz Fanonek eta Jean-Paul Sartrek indarkeriaren eta izuaren erabilera justifikatu zuten. 1947an, Maurice Merleau-Ponty frantses filosofoak *Humanismoa eta izua* argitaratu zuen iraultza sobietarrarekiko errespetua eskatuz. Frantz Fanon idazle anticolonialistaren *Lurreko kondenatuak* entseguari egin zion hitzaurrean indarkeria iraultzailea babestu zuen Sartrek Europar bat hiltzea bi txori tiro batez hiltzea zela adierazi zuen (“gizon bat hilda eta gizon libre bat geratzen dira”). 1971ean, Gisèle Halimi-ren *Procès de Burgos* liburuaren hitzaurrean, askapenerako bide gisa onetsi zuen borroka armatua.

Indarkeria ia naturala zen giro intelektual batean jaio eta hazten hasi zen ETA. Israel, India, Aljeria eta beste herrialde kolonialetako borroketan

del terror. Ni el terror es violencia pura, ni toda la violencia es terror. Decía Hegel que el terror es un aspecto subjetivo de la virtud. Cuando reina la virtud, reina el terror, porque la virtud debe borrar todo lo que se le opone. La violencia implicada en el terror se caracteriza por el objetivo que conduce a su justificación: materializar la verdad de la historia, el acceso a la libertad plena. Afirmaba el filósofo alemán que el fanatismo es el distintivo del terror, pues cree poseer la última verdad absoluta. Y eso hace posible y necesaria la eliminación física de las víctimas.

El terror de ETA –escribe Arregi– sólo puede entenderse en el contexto de la cultura moderna. Hace cincuenta años, Maurice Merleau-Ponty, Franz Fanon y Jean-Paul Sartre justificaron el uso de la violencia y el terror. En 1947, el filósofo francés Maurice Merleau-Ponty publicó *Humanismo y Terror*, pidiendo respeto por la Revolución soviética. Sartre, que apoyó la violencia revolucionaria en el prólogo que escribió al ensayo del escritor anticolonialista Frantz Fanon, *Condenados de la tierra*, afirmó que matar a un europeo era matar a dos pájaros de un tiro («quedan un hombre muerto y un hombre libre»). En 1971, en el prólogo del libro *El proceso de Burgos* de Gisèle Halimi, aprueba la lucha armada como vía de liberación.

ETA nació y empezó a crecer en un ambiente intelectual de violencia casi natural. Federiko Krutwig se basó en la lucha de liberación llevada a cabo por

oinarritu zen Federiko Krutwig. J. A. Etxebarrietak ere “Hirugarren Munduko eztanda nazionalista” hartu zuen eredutzat. “Haizeak aldekoak” zirela idatzi zuen abokatu bilbotarrak. Hirugarren mundismoaren eta askapen nazionaleko mugimenduen testuinguruan kokatzen den nazionalismo erradikalizatu hori da, beraz, ETAREN planteamenduaren muina.

Arrazoi endogenoen artean, Salvatore Mitxelenaren ekarpena nabarmentzen du Arregik, zarauztar poeta eta idazleak ezin hobeto azaldu baitzuen euskaldunen ondoeza. Herri saminduaren lekuko eta adierazlerik argiena izan zen. S. Mitxelenak euskal nortasuna eraikitzen du nolabait bere olerkietan, Euskal Herria biktima perfektu bihurtuz. Espainiak gure izaeraren galera ekarri du. Hiru gerra karlisten, gerra zibilaren eta diktadura garaiko zapalkuntzaren ondorioz, euskara eta euskal identitatea hiltorian daudela uste du. Hau da, euskal nazioa egoera agonikoan bizi da, eta ahal den guztia egin behar da salbatzeko. S. Mitxelenak oso ondo islatu zuen Euskal Herriaren berehalako heriotzaren sentimendua. ETAREN proiektu politikoa definitzen duen oinarritzko ideia bat deladío Joseba Arregik. Giro horretan, dena dago baimenduta, baita hilketa ere.

1945-1946ko negu partean, erruaren arazoaz hitzaldi batzuk egin zituen Karl Jaspers sendagile eta psikiatrak Heidelbergeko Unibertsitatean. Bera izan zen alemaniarren erruduntasuna sakon-

Israel, India, Argelia y otros países coloniales. J. A. Etxebarrieta también tomó como modelo la «explosión nacionalista del Tercer Mundo». El abogado bilbaíno escribió que «los vientos eran favorables». Ese nacionalismo radicalizado que se enmarca en el contexto del tercermundismo y de los movimientos de liberación nacional es, por tanto, el núcleo del planteamiento de ETA.

Entre las razones endógenas, Arregi destaca la aportación de Salvatore Mitxelena, poeta y escritor zarauztarra que explicó perfectamente el malestar de los vascos. Fue el más claro testigo y exponente del pueblo amargado. S. Mitxelenena construye de alguna manera la identidad vasca en sus poemas, convirtiendo a Euskal Herria en una víctima perfecta. España ha supuesto la pérdida de nuestro carácter. Cree que, como consecuencia de las tres guerras carlistas, la guerra civil y la opresión durante la dictadura, el euskera y la identidad vasca están en un punto muerto, casi sin retorno. Es decir, la nación vasca vive en una situación agónica y hay que hacer todo lo posible para salvarla. S. Mitxelenena reflejó muy bien el sentimiento de muerte inminente del pueblo vasco. Joseba Arregi dice que es una idea básica que define el proyecto político de ETA. En este ambiente, todo está permitido, incluso el asesinato.

Durante el invierno de 1945-1946, el doctor y psiquiatra Karl Jaspers realizó una serie de conferencias sobre el problema de la culpa en la Universidad de Heidelberg. Él fue el primero que

ki aztertu zuen lehena. Erru kriminala, erru politikoa, erru morala eta erru metafisikoa bereizi zituen, eta zehatz jorratu zuen mota bakoitzaren berezitasuna. Erru kriminala norbanako bakoitzaren erantzukizuna da, eta justizia ardurazten da epaitzeaz. Erru morala ere ez dago mundu honetako tribunalen mende, norberaren kontzientziaren baitan baizik. Erantzukizun politikoa, berriz, krimen horien kontra ezer egin ez duten Estatuko gizaki guztiena da. Azkenik, Jaspersek erruduntasun metafisikoa aipatzen du, errugabeen sufrimenduari erantzule sentiarazten baikaitu giza elkartasunak.

Errua eta erantzukizuna ez dira gauza bera, baina ondorio erlazio bat dago bien artean. Errua beti da pertsonala; erantzukizuna, ostera, kolektiboa. Jaspersek uko egin zion hoben kolektiboaren ideari (“zentsugabea da krimen batengatik herri oso bati errua botatzea. Gizabanakoa bakarrik da kriminala”). Estatu kriminal baten erru politikoaren erantzukide Estatu horretako herritar guztiak dira (“Estatu kriminal baten erru politikoaren erantzule kolektiboak Estatu horretako kide guztiak dira”). Eta bi ondorio ateratzen ditu psikiatra eta filosofo alemaniarrek. Bat, kontu handiz ibili behar da erantzukizun moral kolektiboaren ideiarekin. Bi, ikuspegi politikotik begiratuta, ordea, erantzukizunak badu zentzurik: aleman hiritar guztiak –nazi ohiak izan ala ez– galdetu behar liokete euren buruari nola iraun zuen hamabi urte

examinó a fondo la culpabilidad de los alemanes. Distinguió entre culpa criminal, culpa política, culpa moral y culpa metafísica, y abordó con detalle la singularidad de cada tipo. La culpa criminal es responsabilidad de cada individuo y la justicia se encarga de juzgarla. Tampoco la culpa moral depende de los tribunales de este mundo, sino de la propia conciencia. La responsabilidad política recae sobre todos los hombres de Estado que no han hecho nada contra esos crímenes. Por último, Jaspers alude a la culpabilidad metafísica, ya que la solidaridad humana nos hace sentirnos responsables del sufrimiento de los inocentes.

La culpa y la responsabilidad no son lo mismo, pero hay una relación de consecuencias entre ambos. La culpa siempre es personal, la responsabilidad es colectiva. Jaspers rechazó la idea de la culpa colectiva («es absurdo culpar a todo un pueblo por un crimen. Sólo el individuo es criminal»). Todos los ciudadanos de ese Estado son corresponsables de la culpa política de un Estado criminal («todos los miembros de ese Estado son responsables de la culpa política de un Estado criminal»). Y el psiquiatra y el filósofo alemán sacó dos conclusiones. Uno, hay que tener mucho cuidado con la idea de la responsabilidad moral colectiva. Dos, desde el punto de vista político, sin embargo, la responsabilidad tiene sentido: todos los ciudadanos alemanes –exnazis o no– deberían preguntarse cómo sobrevivió el Estado nacionalsocialista salido

luzez hauteskunde libreetatik irtendako Estatu nazionalsozialistak. Haren ustez, judu guztiekin amaitzeko saiakeraren erantzule kolektiboa zen alemaniar herrria. Herritarren konplizitatea nabarmendu zuen Jaspersek: “Gure lagun juduak deportatu zituztenean, ez ginen kalera atera, ez genuen garrasi egin hil gintuzten arte”.

Nahiz eta Jaspersen azterketa ez dagoen, besterik gabe, euskal gizartera aldatu, balio berezia du guretzat. Egia da aldeak funtsezkoak direla (“ETA eta nazien alderdia Alemaniako gobernuan erabat desberdinak dira”, dio Arregik), baina Jaspersen gogoetak aintzat hartzekoak dira. Euskaldun askok justifikatu zuen biolentzia, eta borroka armatua ontzat eman. Beste askok beste aldera begiratu zuten. ETAk herritarren babes zabala izan zuen. ETArekin eta haren biolentziarekin ulerkorra eta laguntzaile isila izan zen euskal gizartea, neurri handi batean. Euskal herritar guztiok dugu, hortaz, erantzukizun politiko eta moral. Autokritika egitea dagokigu guztioi. Egiteko asko gelditzen da, baina agerikoa da sentimen eta ikuspegi aldaketa. Ezker abertzaleak –dio J. Arregik– badu oraindik gainditu ez duen arazo bat: ETArekin terrore historiaren gaitzespen argia.

Gezurra dirudien arren, biolentzia gainbehera joan da mendez mende, bai gatazken iraupenari dagokionez bai haien hedadurari dagokionez. Sines-teak lanak baditu ere, gure espeziearen historiako garairik baketsuenean bizi

de las elecciones libres durante doce largos años. A su juicio, el pueblo alemán era responsable colectivo del intento de acabar con todos los judíos. Jaspers destacó la complicidad ciudadana: «Cuando nuestros amigos judíos fueron deportados, no salimos a la calle, no gritamos hasta que nos mataron».

Aunque el estudio de Jaspers no está, simplemente, referido a la sociedad vasca, tiene un valor especial para nosotros. Es cierto que las diferencias son fundamentales («ETA y el partido nazi en el gobierno alemán son radicalmente diferentes», dice Arregi), pero las reflexiones de Jaspers son dignas de ser atendidas. Muchos vascos justificaron la violencia y dieron por buena la lucha armada. Otros muchos miraron hacia otro lado. ETA contó con un amplio apoyo ciudadano. La sociedad vasca fue en gran medida comprensiva y colaboradora silenciosa con ETA y su violencia. Todos los vascos tenemos, por tanto, una responsabilidad política y moral. Queda mucho por hacer, pero es evidente el cambio de sensibilidad y de visión. La izquierda abertzale –dice J. Arregi– tiene un problema que aún no ha superado: la condena clara de la historia de terror de ETA.

Aunque parezca mentira, la violencia ha ido decayendo durante siglos, tanto en cuanto a la duración de los conflictos como en cuanto a su extensión. A pesar de todo, el famoso pensador Steven Pinker nos dice que vivimos en la época más apacible de la historia de nuestra especie.

garela diosku Steven Pinker pentsalari ospetsuak *Barruan daramatzagun aingeruak* izeneko saiakeran. Pinkerrek ez du uste giza natura (gizakiaren izaera biologikoa) aldatu denik, baina hobeki ezagutzen ditugu “gure naturaren aingeru onak, eta horrek jokabidez aldarazi gaitu. “Indarkeriaren gainbehera guk goza dezakegun garaipen bat da, eta posible egin duten zibilizazioaren eta argien indarrak maitatzeko arrazoi bat”, dio psikologo kanadarrak.

Munduak okerrera egin duela pentsatzeko joera dugu, baina besterik da egia. Gizakia gero eta bakezaleagoa da, eta mundua baketsuagoa. “Barruan daramatzagun aingeruei” esker, indarkeria gainbehera doa munduan. Kant handiak uste zuen bezala, gizateria bakerantz doa. Ezkorren eta zinikoen esanak gorabehera, aurrera egin dugu ezagutzan nahiz etikan. Naturaren egoera gerra egoera da, gehienbat. Bake egoera, hortaz, ezarri egin behar da. Hori da gizarte aurrerapena: Zuzenbidearen agintea nazioarte mailan. Horixe zen, hain zuzen ere, Kanten iritzia: gizateria hobetuz doa, zibilizatzen eta moralizatzen ari da. Basakeria ez da desagertu, baina gero eta gehiago gaitzesten dugu. Bortxakeria (hilketa, tortura, genero diskriminazioa, etab.) alde batera utzi nahi dute gizon-emakumeek.

Bortxakeria ez zaigu ez jokabide bidezkoa ez zuzena iruditzen. Gero eta sentiberago gara giza oinazearekiko. Lehengo denboretan, gupidagabeki ji-

Pinker no cree que la naturaleza humana (la naturaleza biológica del hombre) haya cambiado, pero conocemos mejor «los ángeles buenos de nuestra naturaleza, lo que nos ha hecho cambiar de conducta». El declive de la violencia es una victoria que nosotros podemos disfrutar y una razón para amar las fuerzas de la civilización y de las luces que lo han hecho posible», explica el psicólogo canadiense.

Tendemos a pensar que el mundo ha empeorado, pero distinta es la verdad. El ser humano es cada vez más pacífico y el mundo también. Gracias a «los ángeles que llevamos dentro», la violencia decae en el mundo. Como el gran Kant creía, la humanidad camina hacia la paz. A pesar de las indicaciones de los pesimistas y los cínicos, hemos avanzado tanto en el conocimiento como en la ética. El estado de la naturaleza es, en su mayor parte, un estado de guerra. La situación de paz, por tanto, debe establecerse. Ese es el progreso social: la autoridad del derecho a nivel internacional. Esa era precisamente la opinión de Kant: la humanidad va mejorando, se está civilizando y moralizando. La barbarie no ha desaparecido, pero cada vez la condenamos más. Hombres y mujeres quieren dejar de lado la violencia (asesinato, tortura, discriminación de género, etc.).

La violencia no nos parece apropiada ni justa. Cada vez somos más sensibles al dolor humano. En los tiempos pasados solían golpear implacablemente a los niños. En aquellos tiempos, la violencia

poitu ohi zituzten haurrak. Garai haieran, Mendebaldeko herrialde guztietan onartzen zen indarkeria matxista, baina gaur egun ez da toleratzen. Erabat gaitzesten ditugu umeen nahiz emakumeen aurkako tratatu txarrak. Iraganean guztiz ohikoak ziren ohitura eta portaerak txartzat jotzen ditugu gaur. Hori ere garapen moralak da eta kontuan hartu beharrekoa. Oraindik giza animaliak bide luzea dauka ibili beharra bere gizatasuna hobetzeko ahaleginetan (horretan, arrazoimena du “aingerurik onena”).

Historian zehar gizakiok teknikoki ez ezik, moralki ere ikasiz eta aurreratuz joan gara. Eskubideak eta legeak asmatu eta ezarri dizkiogu gure buruari. Etika, azken batean, “hoberanzko aurrerapen etengabea” da. Gaur badakigu bortizkeria ez dela zilegi; giza duintasunaren aldeko jarrera indartu eta mundu osora hedatzen ari den seinale da hori. Gizaki guztiok tratatu duinerako eskubidea dugula aitortzea izan da gizateriaren aldaketa moralik nabariena. Gauza guztiek dute prezioa, gizakiak izan ezik: honek duintasuna du, zioen Kantek. Eta errespetua merezi du.

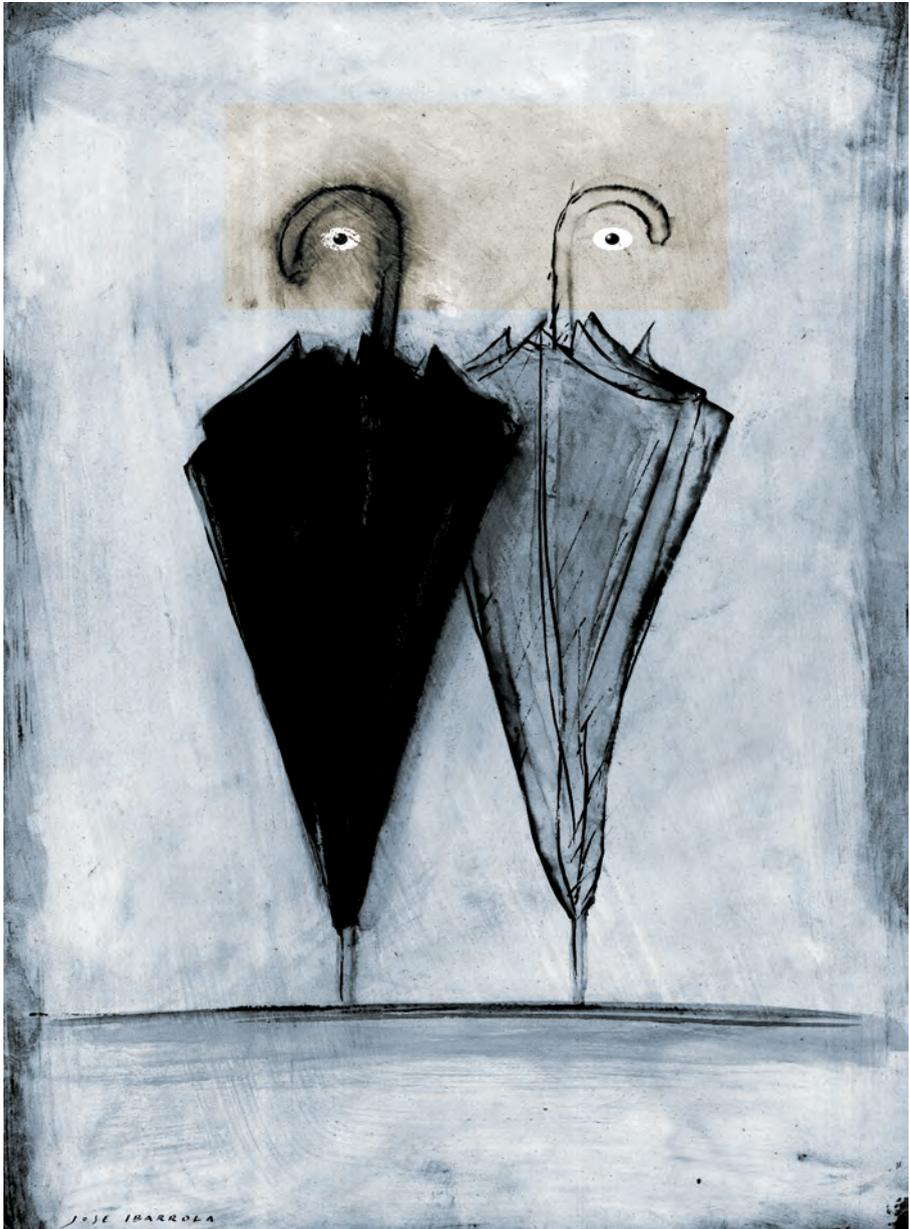
“Berunezko” urte gogorren ondoren, euskaldun gehienok erabaki dugu indarkeria ez dela –ez lukeela izan behar– gizakiek beren arazoak eta gatazkak konpontzeko erabili behar duten bidea.

machista se toleraba en todos los países occidentales, pero hoy el ambiente es distinto. Condenamos rotundamente el maltrato infantil y femenino. Hoy consideramos malos los hábitos y comportamientos que eran totalmente habituales en el pasado. Eso también es desarrollo moral y hay que tenerlo en cuenta. Todavía el animal humano tiene mucho camino que recorrer en sus esfuerzos por mejorar su humanidad (en eso, tiene la razón «el mejor ángel»).

A lo largo de la historia los seres humanos hemos ido aprendiendo y avanzando no sólo técnicamente, sino también moralmente. Hemos inventado derechos y leyes y nos los hemos impuesto. La ética es, en definitiva, «un avance constante hacia la mejor». Hoy sabemos que la violencia no es legítima; es una señal de que la actitud a favor de la dignidad humana se fortalece y se extiende por todo el mundo. El reconocimiento de que todos los seres humanos tenemos derecho a un trato digno ha sido el cambio moral más evidente de la humanidad. Todas las cosas tienen precio, menos el hombre: éste tiene dignidad, decía Kant. Y merece respeto.

Tras años duros de «plomo», la mayoría de los vascos hemos decidido que la violencia no es –no debería ser– el camino que los seres humanos deben utilizar para resolver sus problemas y conflictos.

** Este artículo fue escrito con anterioridad al fallecimiento de Joseba Arregi*



LA TAREA PENDIENTE DE LA MEMORIA EN LA JUDICATURA

JUAN LUIS IBARRA ROBLES

La desmemoria en la generación post-ETA

En la mañana del viernes 21 de octubre de 2011, el periodista de la Cadena SER Carlos Francino retrasmirió el programa “Hoy por hoy” desde el palacio Euskalduna de Bilbao. Me preguntó si, como presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, confiaba en una rápida recuperación de la sociedad vasca tras el anuncio del “cese definitivo de la actividad armada” efectuado por ETA en la tarde del día anterior. Le dije que veríamos pronto los saludables efectos de la superación del miedo producido por la prolongada estrategia de terror y persecución social; pero que la convivencia y la democracia en el País Vasco seguirían muchos años lastradas por los desgarros sociales y políticos producidos por el terrorismo de ETA.

Diez años después de aquella reflexión a vuela pluma radiofónica, ha desaparecido el clima de temor y de amedrentamiento que atenazó a la sociedad en el País Vasco y constituyó el caldo de cultivo para la extensión del miedo y el silencio producidos por las actuaciones de ETA y por la violencia de persecución practicada desde su frente político (KAS, EKIN, XAKI).

En ese entorno que operó como base social activa de ETA, diez años después se mantiene la práctica de un particular pasacalles de bienvenida conocido como *ongi etorri*. Se trata de una expresión pública de reconocimiento político a las personas que vuelven a su barrio o pueblo una vez cumplida la condena penal impuesta por su participación en los crímenes perpetrados en nombre de ETA. Soportar que los convecinos correligionarios de los agresores sigan reclamando, en el espacio público, la legítimi-

dad del daño causado no produce ya miedo ni silencio en las víctimas supervivientes; sencillamente, les hacen revivir su dolor y provocan indignación.

Estos recibimientos son una muestra de la pervivencia de los efectos de cuarenta y tres años de violencia terrorista sobre la construcción cotidiana de la sociedad democrática en el País Vasco. Mi percepción particular se ve retratada en las palabras que Juan Gelman refirió a la historia y la memoria sobre los crímenes perpetrados durante la dictadura argentina: «Las heridas aún no están cerradas, laten en el subsuelo de la sociedad como un cáncer sin sosiego, su único tratamiento es la verdad, y luego, la justicia. Solo así es posible el olvido verdadero».

Forma parte de esta latente realidad de los signos socialmente patológicos el que, diez años después, una parte significativa de la sociedad vasca siga desdeñando afrontar la responsabilidad de la verdad y permanezca enganchada al legado memorial justificador de la existencia y la ejecutoria de ETA. La aceptación acrítica de este legado –que eleva a la condición de patriotas a quienes hicieron del asesinato, el secuestro y el amedrentamiento social una forma ordinaria de acción política– explica la persistente posición de segunda fuerza política en el Parlamento Vasco sostenida en estos diez años por la coalición de partidos Euskal Herria Bildu. Una coalición, liderada por el partido Sortu que, no debiéramos olvidarlo, sigue operando como albacea del patrimonio político y simbólico forjado por Herri Batasuna desde su estricta sumisión a la cultura de la violencia.

Junto con lo anterior, la falta de interés en la sociedad y la ineficacia en las políticas públicas dirigidas a abordar la respuesta a la pregunta “¿cómo pudo pasarnos aquello?” está generando un grave déficit en la educación democrática de quienes eran unos niños el 20 de octubre de 2011.

En la noche electoral del 13 de julio de 2.020, el coordinador general de EHB, Arnaldo Otegi, celebraba ante la prensa el record de escaños obtenidos por la coalición (22 de los 75 asientos en el Parlamento Vasco); explicaba cómo su formación es la que más ha crecido entre los votantes de 18 a 25 años y entre quienes se estrenan en la condición de electores; para concluir, sin asomo de duda que, en ese tramo de edad, “cada vez más gente comparte los valores de EH Bildu”. Del contexto de la intervención se sigue sin dificultad que es la explícita presentación de EH Bildu como una opción política *progresista* el factor que, a su juicio, está operando como banderín de enganche de sus votantes más jóvenes.

No dudo de que el reclamo del progresismo haya contribuido al aumento de 24.434 votos, singularmente juveniles, que recibió la coalición respecto de las elecciones de 2016 al Parlamento Vasco. Lo que me sorprende es el grado de desconocimiento de la

historia reciente que se necesita para que Sortu se presente con éxito ante la juventud vasca haciendo tremolar la bandera del *progresismo*. Una expresión que, en la cultura política, se asocia con el socialismo democrático de izquierdas; es decir, con la variante de la ideología socialista que desde el siglo XX ha mantenido como inequívoca seña de identidad el rechazo a la violencia autoritaria como método de ejercicio de la política.

La juventud votante de Sortu ha debido sufrir una intensa labor de desmemoria para evitar aplicar sobre este reclamo del *progresismo* el factor decodificador de signos referido a la ausencia de reconocimiento y explicación pública sobre la acreditada participación de la formación política originaria –Herri Batasuna– en la ejecución del proyecto de limpieza ideológica sostenido por ETA mediante la estrategia de la *socialización del sufrimiento*. No menor ha debido ser el esfuerzo en la construcción del velo de ignorancia que oculta la sencilla verdad histórica de que ETA y su frente político nunca cejaron en el intento de destruir el Estado de Derecho y el sistema institucional establecido por la Constitución de 1978 y el Estatuto de Autonomía de Gernika.

La sociología política producida en este decenio post-ETA nos ayuda a entender el efecto sobre la juventud del cáncer de la *desmemoria*. De entre la abundante producción seleccionaré dos fuentes fiables de análisis, ambas elaboradas por la Universidad de Deusto.

La primera se refiere al Deustobarómetro y, en concreto, al significado de las respuestas al ítem “En ningún caso se puede justificar la violencia para alcanzar fines políticos” en el periodo que abarca desde el invierno de 2013 al verano de 2021. El informe evolutivo correspondiente a las dos oleadas anuales desarrolladas en estos nueve años muestra una fuerte estabilidad en la respuesta afirmativa que recibe el neto rechazo ético a la violencia política. Una respuesta en la que el “muy de acuerdo” y el “bastante de acuerdo” suman un valor máximo del 87 % (2013) y uno mínimo del 78 % (2015). En el último informe, verano de 2021, el porcentaje de respuesta como “muy de acuerdo” y “bastante de acuerdo” alcanza el 86,4 % frente a un 8 % que agrupa la respuesta acumulada al “poco de acuerdo” y “nada de acuerdo”.

Sin embargo, esta última entrega –junio 2021– nos aporta un dato cualitativo de preocupante interés. En la discriminación por tramos de edad, el correspondiente al rango de los 18 a los 24 años el porcentaje de respuestas que están de acuerdo con posicionarse contra la justificación del empleo de la violencia política baja a un 70,2 % y el de quienes están poco o nada de acuerdo, sube al 20,7 %.

La segunda de las fuentes añade complejidad al alcance de la desmemoria juvenil sobre la convivencia de la sociedad vasca con la violencia terrorista. En el mes de julio de 2017, el Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, también de la Universi-

dad de Deusto, publicaba el informe final del estudio “Conocimiento y discursos de la población universitaria sobre terrorismo y vulneraciones de derechos humanos en Euskadi”, elaborado por encargo de la Secretaría General de Derechos Humanos, Convivencia y Cooperación de la Presidencia del Gobierno Vasco.

La investigación se proyectó sobre una muestra de 1.101 estudiantes de primer curso de los grados adscritos a las Facultades de Ciencias Sociales y de la Educación de las tres universidades vascas –Universidad del País Vasco EHU/UPV, Universidad de Deusto y Mondragon Unibertsitatea–.

El informe recoge entre sus conclusiones que un 91 % de las personas encuestadas está bastante o totalmente de acuerdo con que ningún proyecto político puede ser más importante que el derecho a la vida de una persona. Así mismo, solo un 2 % de las respuestas señala su acuerdo con la violencia de ETA, en tanto que un 79 % se muestra como total o bastante en contra de la violencia de ETA. En un porcentaje del 80 % consideran que “el terrorismo y el uso de la violencia por motivaciones políticas en Euskadi” es una cuestión muy o algo interesante para la juventud vasca. Y como contrapunto, reconocen, sin ambages, que la juventud tiene un bajo nivel de conocimiento sobre el terrorismo y las vulneraciones de derechos humanos ocurridas en Euskadi en las últimas cinco décadas –solo un 53 % de los encuestados sabe que Miguel Ángel Blanco fue secuestrado y asesinado por ETA–.

Cabe, así, afirmar que de forma cualificadamente mayoritaria la juventud en el País Vasco no comparte los valores nucleares de la violencia política desarrollada bajo la dirección de ETA: el desprecio de la vida humana del diferente político, la cosificación de las víctimas como instrumento del mensaje de terror expresado en la máxima “matar a uno, aterrorizar a mil”, la estigmatización política y el señalamiento social de grupos sociales o profesionales percibidos como obstáculo para su particular idea de la construcción nacional.

Pero, junto a lo anterior, debemos subrayar que nuestra juventud post-ETA está reflejando, en una parte significativa, los efectos de un discurso que, al amparo del marco director de un sedicente *conflicto político vasco*, mitifica y banaliza la actividad terrorista protagonizada por ETA. En otra parte aún más significativa, la sociología política está poniendo de manifiesto que ni desde las políticas de memoria de las instituciones públicas, ni desde la parte de la sociedad civil que se posicionó inequívoca y activamente contra la barbarie y en solidaridad con las víctimas del terrorismo se está asumiendo de forma eficaz el quehacer histórico que Paul Ricoeur designó como *la tarea de la memoria*.

El *asesinato categorial* del magistrado José María Lidón Corbi

En el periodo de los *segundos años de plomo* (1995-2010) ETA situó en la diana de su acción liberticida a todos y cada uno de los miembros de la judicatura y de la fiscalía que desempeñaban su función en los juzgados y tribunales del País Vasco.

Con anterioridad a esta época, la organización terrorista había asesinado o causado graves daños físicos, el 8 de julio de 1978, al juez de paz de Lemoa, Javier Jáuregui Bernaola y el 16 de noviembre del mismo año al magistrado del Tribunal Supremo y presidente del Tribunal de Orden Público, José Francisco Mateu Canoves.

Ya en plenitud constitucional, el 13 de setiembre de 1989, ETA asesinaba a la fiscal ante la Audiencia Nacional, Carmen Tagle González, y, en febrero de 1990, causaba graves amputaciones y lesiones al presidente de la Audiencia Nacional, Fernando Mateo Lage.

A excepción del asesinato de Javier Jáuregui Bernaola quien en los años anteriores a la democracia compatibilizaba el cargo de juez de paz con el desempeño de otras responsabilidades en la administración local y con la llevanza de una pequeña taberna en la localidad de Lemoa, las otras tres víctimas compartían la función de acusación y enjuiciamiento penal de las actuaciones terroristas de ETA. El comunicado de la organización terrorista tras el asesinato de Carmen Tagle González es explícito en el señalamiento “como objeto de nuestras acciones militares” de quienes dirigen la acción de la justicia “contra los presos vascos”.

Los otros cinco asesinatos judiciales se producen durante la ofensiva terrorista encuadrada en la estrategia de la *socialización del sufrimiento*: el de Francisco Tomás y Valiente, el 14 de febrero de 1996, en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid, una vez concluido el cargo de magistrado-presidente del Tribunal Constitucional, así como los asesinatos, el 10 de febrero de 1997, de Rafael Martínez Emperador, magistrado del Tribunal Supremo, de Luis Portero García, fiscal jefe del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía, el 9 de octubre de 2000, de José Francisco Querol Lombardero, magistrado del Tribunal Supremo, el 30 de octubre de 2000 y el de noviembre de 2001 el asesinato de José María Lidón Corbi, magistrado de la Audiencia Provincial de Bizkaia. A ellos deben añadirse los asesinatos, el 17 de febrero de 1997, de Modesto Rico Pasarín, policía judicial adscrito a la Audiencia Provincial de Bizkaia y de los también policías nacionales del servicio de escolta Jesús Escudero García y Armando Medina Sánchez, asesinados el 30 de octubre de 2000 junto al magistrado Querol Lombardero.

Recuerda Florencio Domínguez que en este periodo de actuación terrorista –1995/2004– lo que singulariza a ETA es su intento de liderar al conjunto de las

formaciones del nacionalismo para desarrollar unilateralmente un proyecto independentista de *construcción nacional* en el País Vasco, que pretendió imponerse a la mayoría social integrada por la población no nacionalista. En este marco, se producen en el País Vasco y Navarra las actuaciones terroristas más marcadamente *categoriales*: las víctimas son elegidas, exclusivamente, en razón de que pertenezcan o se les atribuya la pertenencia a alguna de las categorías sociales –políticas, económicas, profesionales...– que se oponen o no comparten el proyecto secesionista. Este pretexto, tan cercano a la figura del *enemigo existencial* formulado por Carl Schmitt, es el que articula la violencia política dirigida contra líderes y militantes de los partidos políticos constitucionalistas –PP, PSE-EE, UA y UPN–, líderes sociales e intelectuales del constitucionalismo y, también, contra los miembros de la judicatura y la fiscalía.

En aquellos años contribuí en repetidas ocasiones a dar noticia documentada sobre las campañas de deslegitimación social y de violencia de persecución dirigidas contra la judicatura y la fiscalía que precedieron al asesinato del magistrado José María Lidón Corbi, ocurrido el 7 de noviembre de 2001 a la salida del domicilio familiar en Algorta-Getxo y en presencia de su esposa y uno de sus hijos. En el trabajo “Tópicos políticos y deslegitimación del poder judicial. El caso de los jueces en la Comunidad Autónoma del País Vasco” que publiqué en el nº 5 de la revista *Papeles de Ermua* correspondiente a los meses de mayo-junio de 2003, se recoge una información pormenorizada sobre esta ofensiva terrorista que incluyó nueve atentados con explosivos contra palacios de justicia y sedes judiciales en el País Vasco. También se contienen datos muy completos sobre la violencia de persecución contra jueces y fiscales en el Informe Foronda publicado en 2014 por Raúl López Romo con el título de “Los contextos históricos del terrorismo en el País Vasco y la consideración social de sus víctimas (1968-2010)”, así como en el “Informe sobre la injusticia padecida por las personas amenazadas por ETA (1990-2011)” publicado en 2016 por el Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe.

La relectura de la documentación citada me lleva a reiterar la apreciación de que el asesinato del magistrado Lidón Corbi no obedeció a móviles circunstanciales sino al decidido propósito de ETA y de su entramado político de quebrar en su estructura el ejercicio de la potestad jurisdiccional en los juzgados y tribunales del País Vasco. Empleando la calificación acuñada por Zygmund Bauman, se trató de un *asesinato categorial*, dirigido a atribuir a los 270 jueces y fiscales que entonces ejercíamos la jurisdicción en el País Vasco la condición de personas exterminables –enemigos existenciales– por razón de nuestra esencial ajenidad al cometido de la *construcción nacional de Euskal Herria*.

La *tarea de la memoria* en relación con la violencia política dirigida contra jueces y fiscales en el País Vasco y Navarra

Señala Manuel Cruz que el genuino acontecimiento histórico, más que inaugurar el futuro, lo que hace es *fundar el pasado* como consecuencia de su capacidad para sobresaltarnos y obligarnos a la reconsideración de las ideas, valores y objetivos que entonces sosteníamos. La mirada retrospectiva sobre el asesinato del magistrado José María Lidón resulta también especialmente fructífera para abordar la *tarea de la memoria* sobre las víctimas judiciales de la estrategia terrorista de la *socialización del sufrimiento*.

Aquel pasado victimal ha seguido sobresaltándonos en los dieciséis memoriales que hemos celebrado cada 7 de noviembre en el palacio de justicia de Bilbao. Pero aún está lejos de concluir la reflexión sobre los ejes que recorren y estructuran el periodo histórico alumbrado por el asesinato del magistrado Lidón Corbi. Unos ejes cuyo entendimiento profundo estoy convencido de que aportaría una sólida base para el reconocimiento de la función del poder judicial y de la Administración de Justicia en el sistema institucional del País Vasco.

El primero de estos ejes ya ha sido señalado: se refiere a la dimensión profunda y prolongada de la amenaza terrorista proyectada por ETA y las organizaciones del KAS contra uno de los tres poderes públicos indisponibles para el funcionamiento del Estado constitucional de derecho; una amenaza categorial que carece de precedentes en el ámbito del espacio judicial europeo y que, en el País Vasco y Navarra, se complementó con campañas de hostigamiento y amedrentamiento y con un sostenido proceso de deslegitimación social de la judicatura y la fiscalía.

En el segundo eje habría que situar la reflexión sobre las causas que posibilitaron el que, en *los segundos años de plomo* y en el marco político definido por el Pacto de Lizarra (1998), el discurso sobre el poder judicial desarrollado por significados líderes de opinión de los partidos políticos PNV-EAJ y EA fuera intensamente colonizado por los tópicos de deslegitimación del poder judicial generados desde la subcultura *etarra* de la violencia política. Me refiero a los tres tópicos centrales empleados por ETA y las organizaciones del KAS en los años 1996 a 2001: los jueces españoles no son nuestros jueces, las leyes que aplican estos jueces españoles nos son ajenas y los jueces que no emplean o no conocen el euskera no están capacitados para escucharnos. Estos tres tópicos se recogen reiteradamente, en los mismos años, en los discursos de Xabier Arzalluz, entonces presidente del PNV-EAJ, de Sabin Intxaurreaga, consejero de Justicia, responsable de Política Institucional de la Ejecutiva Nacional de EA y de Endika Garai, portavoz de Abokatu Euskaldunen Sindikatua. La colonización

por estos tópicos del discurso político nacionalista sobre el poder judicial facilitó así una continuidad semántica entre la amenaza terrorista y la colocación unilateralmente forzada de la judicatura y la fiscalía ejerciente en el País Vasco en un marco de ajenidad radical, nacional y cultural.

Es definitiva, la tarea de la memoria requiere medirse con este pasado en el que la ausencia de un neto corte semántico en la gramática de la violencia contribuyó a que el magistrado José María Lidón fuera *previamente* incluido como *población sobrante*. Expresión ésta que, como señala Imanol Zubero, iguala a las víctimas del terrorismo como “personas que, porque están de sobra, deben ser puestas más allá –*ex terminus*– de la frontera moral que define un determinado Nosotros”.

No en vano, solamente un lehendakari del País Vasco, Patxi López Álvarez, en la recepción pública celebrada el 3 de octubre de 2011 en el palacio de justicia de Bilbao con ocasión de la apertura del año judicial, ha llegado a expresar, con rotundidad, “Vosotros sois nuestros jueces”.

RECUERDOS Y MEMORIA: MI RELATO DE LA VERDAD

A propósito de la victoria democrática sobre ETA

RAMÓN JÁUREGUI

La hemeroteca nos recuerda que el primer asesinato de ETA se produjo el 7 de junio de 1968. Su autor, Txabi Etxebarrieta, era uno de los dirigentes de ETA más “etnicista”, es decir más vasquista, que expulsó de la organización en las Asambleas de 1966 y 1967 a las corrientes obreristas, mucho más ligadas a la ideología marxista y a las revoluciones de la época.

Más tarde hemos sabido que hubo otro atentado anterior –en 1960– que se produjo en la estación del “Topo” (pequeño tren urbano que conectaba y conecta San Sebastián con Hendaya) en la plaza Easo de San Sebastián. En la explosión de una bomba, que colocó un extraño grupo antifranquista, el DRIL (Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación), murió una niña de apenas dos años, Begoña Urroz. Pero no fue ETA, aunque se le considere, con toda razón, la primera víctima del terrorismo.

Txabi Etxebarrieta era uno de los principales dirigentes de “ETA Zaharra” (la ETA vieja) que tomó la decisión de defender con las armas su causa nacionalista, la que verdaderamente impulsaba sus pasiones juveniles. Por eso, el comienzo de esa trágica historia se sitúa en los incidentes de Aduna, cerca de Tolosa (Gipuzkoa) cuando Etxebarrieta y Sarasketa fueron detenidos en un control por un guardia civil –José Pardines Arcay– asesinado al descubrir la matrícula falsa del vehículo. Más tarde, Iñaki Sarasketa lo contó así:

“Supongo que el guardia civil se dio cuenta de que la matrícula era falsa. Al menos, sospechó. Nos pidió la documentación y dio la vuelta al coche para comprobar. Txabi me dijo “Si lo descubre, lo mato”... Le contesté: “No hace falta, lo desarma-

mos y nos vamos”... Salimos del coche. El guardia civil nos daba la espalda. Estaba de cuclillas mirando el motor en la parte de atrás... Susurró: “Esto no coincide...”. Txabi sacó la pistola y le disparó. Cayó boca arriba. Volvió a dispararle tres o cuatro tiros más en el pecho. Había tomado centraminas y quizá eso influyó. En cualquier caso fue un día aciago. Un error. Era un guardia civil anónimo, un pobre chaval. No había ninguna necesidad de que aquel hombre muriera”.

Aquellos años estuvieron llenos de actos atrevidos de gran impacto social: colocar una ikurriña en la torre del Buen Pastor, (la catedral de san Sebastián) pintar un “Gora Euskadi” gigante sobre la pista del velódromo donostiarra, demoler un monolito franquista, etc. que contribuyeron a crear una imagen mítica de aquella organización juvenil nacionalista, valiente y decidida a combatir el franquismo y la dictadura. Hasta que decidieron matar.

Y esa decisión, la tomaron cuando compraron las armas, desde luego, pero fue cabal y estratégica cuando decidieron asesinar a Melitón Manzanos, comisario de policía en San Sebastián, tristemente conocido como un policía torturador. A las pocas horas de su asesinato, en el portal de su casa, en Irún, cuando volvía a comer, la noticia ya era comentada y celebrada en todos los círculos sociales de la zona.

Yo había nacido muy cerca. Entre San Sebastián e Irún, en el barrio de Herrera, junto al puerto de Pasajes, un espacio obrero y fabril, en una familia muy numerosa (diez hermanos) con un padre republicano, huido de Navarra y excarcelado del Fuerte de San Cristóbal. En la intimidad de nuestro hogar, se respiraba un socialismo muy primario, utópico, confuso. Recuerdo las miradas emocionadas y ensimismadas de mi padre a Rusia como el paraíso proletario. Mi entorno fabril en una factoría combativa y relativamente concienciada me hicieron mucho más socialista que nacionalista. Pero mi entorno lo era y mucho. Varios de mis amigos fueron fundadores y militantes de ETA, y el espacio vital de la cuadrilla (ya se sabe, un espacio íntimo y casi fraterno en la vida vasca) era absolutamente nacionalista. Excursiones al monte con ikurriñas, aprendizaje del euskera, fiestas vascas, etc. etc.

En agosto de 1968 yo tenía veinte años y recuerdo muy bien cómo celebro mi entorno el asesinato de Melitón Manzanos. Esa fue mi primera ruptura con el mundo nacionalista. No compartí el alborozo con que fue recibida la noticia. No fui capaz de intuir lo que aquel atentado presagiaba, pero algo íntimo me decía que se había iniciado un camino peligroso. Había, por supuesto, un rechazo ético a la muerte provocada, al asesinato premeditado y buscado, pero, además, creo recordar que me inundó una enorme preocupación por el uso de la violencia para la defensa de nuestras confusas aspiraciones de entonces.

¿Hubo una ETA buena? Es una pregunta que muchos se hacen todavía al recordar esos comienzos y especialmente al distinguir la ETA antifranquista de la que reaparece después de la amnistía de 1977 y combate a sangre y fuego la democracia española, la Constitución y el Estatuto de Autonomía de Euskadi (octubre 1979). El juicio de Burgos, (1970) el asesinato de Carrero Blanco (1973) y las ejecuciones de tres militantes del FRAP y dos de ETA (1975), contribuyeron a forjar la idea de una organización de jóvenes vascos, que daban y arriesgaban su vida, para luchar contra un régimen totalitario criminal. El entorno abertzale, todavía hoy, elogia los méritos técnicos y políticos de la bomba que mató a Carrero y no creo que haya muchos vascos que recuerden y en ese caso que censuren, aquél atentado.

Yo creo que nunca hubo razón para matar. Creo que matar siempre estuvo mal. Nunca hubo una ETA buena. Nunca fueron antifranquistas, solo fueron nacionalistas fanatizados por una manipulación cultural y política que el nacionalismo de Sabino Arana se inventó a finales del siglo XIX, en pleno romanticismo nacionalista. Nunca lucharon por la democracia española, entre otras muchas razones, porque odiaban a España y la consideraban la concentración del mal.

Hubo, eso sí, una ETA distinta en el tardofranquismo y en la democracia. Distinta, no por la naturaleza de sus actos violentos, sino por el contexto y el sentido político de su combate a la dictadura y a la democracia. Distinta también por la intensidad de su violencia, muy atenuada y esporádica en la dictadura y masiva y continua en los delicados años de la construcción democrática. Distinta, por la selección de sus víctimas antes de la Constitución y absolutamente indiscriminada y brutal en la democracia. Distinta, por último, porque objetivamente, ETA fue en los años 1978-1990 una organización golpista, buscando provocar a la cúspide militar española, con sus atentados a sus máximos jefes y generando las peores reacciones en los cuerpos policiales, atacados, día sí y día también, para que la tensión interior y la inestabilidad política consecuente, obligaran al gobierno a negociar con ellos. De manera que aquella organización primaria y juvenil de los setenta acabó siendo una banda bien estructurada y armada, con crecientes apoyos sociales en la erupción democrática de los setenta y, desde luego, siempre bien protegida en Francia, donde disfrutaba de una libertad de movimientos que la hacían casi inexpugnable.

Su error, su inmenso error, fue despreciar la democracia y la autonomía vasca en los años 78 y 79. Todos creímos que las elecciones del 77 y, sobre todo, la Constitución del 78, representarían un punto y aparte en su historia. Que su decisión de combatir por su causa con las armas, tornaría a la política en las amplias alamedas de libertad que se dibujaban en el proceso constituyente. Muchos confiábamos, ya en

1977, en que la apuesta política sería consecuencia de la Amnistía que no dejó un solo preso de ETA en las cárceles. No fue suficiente. Ni siquiera lo fue la elaboración del Estatuto de Gernika, el primer Estatuto de Autonomía del Estado, que ofrecía al País Vasco un camino de autogobierno más amplio y profundo que el que nunca tuvimos.

El cálculo político de aquellos dirigentes, que añadieron –no por casualidad– el término “militar” a sus viejas siglas, fue desprestigiar la democracia y el autogobierno y combatirlos a sangre y fuego. De hecho, el número de víctimas mortales en atentados de ETA en los años 1968 a 1977 es de 74 y desde 1978 a 2011 son casi 800, con particular incidencia en los años 1978 a 1984 con 390 asesinatos. Eran precisamente los años de la construcción democrática de España y del inicio del autogobierno en Euskadi.

Era el mundo al revés. La mayoría luchando por organizar los partidos políticos, estructurando las fuerzas sindicales en las fábricas, construyendo la vida en democracia, emocionados con la libertad, apasionados por la tarea extraordinaria que estábamos realizando, extenuados con el trabajo interno en nuestras organizaciones y representativo de las nuevas instituciones y ellos... matando a diestra y siniestra, sin compasión. Habíamos puesto en marcha un tren ilusionado hacia la democracia y el autogobierno y ellos combatían disparando contra el tren, poniendo piedras y palos en nuestras ruedas y matando a maquinista y pasajeros desde las laderas de sus fanáticas montañas.

Allí empezó todo, porque, la historia de ETA habría sido otra si hubieran tenido el sentido político de comprender que su pueblo, muy mayoritariamente, quería vivir en libertad y construir en paz su democracia y su autonomía. Despreciaron al pueblo y se creyeron llamados a ser vanguardia de una causa confusa, fruto de una manipulación política, construida sobre una identidad etnicista y excluyente y un milenarismo vasco más mitológico que real.

Aquellos años fueron decisivos, explicativos de su error, de un inmenso error, apostando por la violencia, despreciando la política y combatiendo con una furia cruel, la democracia y el autogobierno.

Recuerdo bien nuestros esfuerzos por convencerles de las bondades de lo que venía. De la sinceridad de la ruptura que estábamos protagonizando, de las oportunidades de la democracia, de las posibilidades de la política. Recuerdo el esfuerzo de alguno de los suyos. Mario Onaindia y Juan Mari Bandrés pilotando la ETAp^m (político-militar) hacia la legalización y la construcción de un partido político (Euskadiko Ezkerra). Recuerdo las reuniones superclandestinas con dirigentes de aquella

ETA en Hendaya en las que traté de explicarles que la democracia española no era de mentira ni estaba tutelada –como ellos decían– por los militares. Que la ruptura con el franquismo era la Constitución y que no había reformismo del viejo régimen. Que el Estatuto no era de cartón-piedra –como ellos decían– por la ausencia de Navarra y tenía un enorme potencial para el euskera, para el autogobierno..., en definitiva, para salvaguardar la identidad vasca.

Todo aquello sirvió para que ETAp se disolviera unos años después pero no impidió que la violencia desatada por los “milis” fuera ensanchando y haciendo irreversible aquel cauce de sangre y dolor. No es ocioso recordar a este respecto que muchos de los miembros de ETA de aquellos primeros años abandonaron la organización en el comienzo de la democracia, incluso que otros acabaron siendo perseguidos y amenazados al final de su vida por la organización que crearon. Ese fue el caso de Mario Onaindia, Teo Uriarte y algunos otros que acabaron protagonizando movimientos pacifistas y constitucionalistas convirtiéndose así en enemigos de sus totalitarios herederos.

Lo que vino después es conocido. Una sucesión de atentados que sumergieron a la sociedad vasca en la espesura gris del miedo y en la tragedia del dolor. Aunque la clasificación de la historia en periodos diferentes sea una simplificación, lo cierto es que la historia de nuestra lucha por la paz bien podría dividirse en cuatro espacios temporales:

1. 1968-1977 la ETA antifranquista.
2. 1977-1988 los años de terror contra una democracia en sus inicios y un Estado aislado.
3. 1988-1998 el pacto de Ajuria Enea y el compromiso de la Unidad Democrática contra la violencia.
4. 2000-2011 el pacto antiterrorista y la victoria democrática.

Aquellos años (1978-1988) fueron, sin duda, los más duros y difíciles porque nuestra democracia era débil, porque el Estado estaba aislado en el Plan Vasco y porque el entorno social y geográfico de los violentos era muy favorable a la banda. Eran unas circunstancias imposibles para vencer. Todos creíamos entonces que aquella tragedia nunca acabaría.

El nacionalismo vasco rechazaba la violencia, pero extendía un manto de comprensión social y una sospechosa coincidencia política con sus objetivos, que le permitía rentabilizar el conflicto. Una de las frases más significativas de la época era aquella que circulaba en los entornos nacionalistas: “unos mueven el árbol y otros

recogemos las nueces”. La Iglesia vasca fue, espacio de acogida y soporte espiritual –y a veces operativa– de su lucha. Practicó una injusta equidistancia y una falta de compasión y de caridad con las víctimas de la que tuvo que pedir perdón años más tarde. Francia miraba hacia otro lado y los comandos cruzaban, mataban y se refugiaban en su retaguardia. El mito antifranquista duró demasiado, hasta bien entrados los 80, especialmente en los ambientes políticos franceses. La sociedad vasca estaba escondida en la intimidad de sus miedos y en la confusión de sus líderes. “Algo habrá hecho” fue la expresión cobarde de quienes querían justificar a toda costa la violencia contra los demás. Y, por cierto, eran muchos. En ese contexto, una policía aislada, sin información y con demasiado poder fáctico sobre unas autoridades políticas temerosas del golpismo, debilitadas por las acciones terroristas continuas, cayeron en la trampa de la espiral buscada por los terroristas: Acción-Represión. La tercera ley de Newton: “para cada acción, hay un reacción igual y de signo opuesto”, ya había sido utilizada en la política tiempo atrás. Después de un atentado, detenciones masivas en círculos abertzales, malos tratos y nuevos militantes para ETA. Era un círculo infernal.

Gran parte de las tesis justificativas de la violencia, nacen de aquel período lamentable que también es memoria y también es relato de la verdad. Pero la pretensión de construir un relato de “las violencias”, o los de los “dos bandos” o equiparar al Estado al mismo nivel que ETA, es una falacia y una burda manipulación de la realidad. No solo por la estadística del mal producido, sino porque los abusos del Estado y sus vulneraciones legales se circunscribieron a un período muy acotado en los comienzos democráticos, respondieron a una legitimidad muy diferente y fueron consecuencia, no causa, de la violencia terrorista de ETA.

Hubo y desgraciadamente sigue habiendo, una ingenua y mal intencionada teoría que pretendía explicar ETA en la guerra civil española y en la represión franquista posterior. Unida a la violencia policial de la época constituía un cóctel victimista heroico que se vendía bien en círculos de la resistencia antifranquista. La violencia parecía obligada y necesaria a los ojos de esta manipulación, que marginaba evidencias y realidades muy notables. Como, por ejemplo, que la Guerra Civil fue muchísimo más larga y dolorosa en otras regiones de España y que los fusilados después de la guerra lo fueron en toda España. Como si la dictadura solo hubiera existido en Euskadi. Como si unas muertes justificaran otras o nos consolara saber que hubo crueldad en los otros. Como si esto fuera una continuidad de la guerra en la que todo el mundo mata. No, aquí no hubo violencias cruzadas, ni dos ejércitos en guerra, ni enfrentamientos de dos pueblos, ni una responsabilidad colectiva y semejante de unos u otros. Ese es el relato falsario que la verdad debe combatir.

En 1988 construimos el gran pacto democrático contra la violencia. El gran salto político fue superar la división social y partidaria entre nacionalistas y no nacionalistas, para forjar un sólido acuerdo entre demócratas contra violentos. Eso fue el pacto de Ajuria Enea que otorgaba al lehendakari Ardanza el liderazgo político en la deslegitimación social de la violencia. Aquel gobierno de coalición, PNV-PSE (PSOE), construido en gran parte sobre la generosidad socialista, inició otra etapa que resultó clave en la derrota final del terrorismo. La deslegitimación social de la violencia la lideraba el nacionalismo, no el Estado. El discurso crítico contra el terrorismo venía de quienes antes les apadrinaron: “No nos separan solo los medios, sino también sus fines”. Fue la frase más significativa del lehendakari Ardanza en aquel giro afortunado del PNV.

El pacto de Ajuria Enea instauró la unidad democrática frente a la violencia y reiteró la generosa oferta de la democracia a cambio de la Paz: participación y re inserción, es decir, plenitud de juego político a sus reivindicaciones y progresiva libertad de sus presos.

El acuerdo de Ajuria Enea fue acompañado de una negociación política con ETA en Argel, santuario simbólico de la banda. Todo fue inútil. ETA se levantó de la mesa, manteniendo reivindicaciones imposibles, contenidas entonces en una Alternativa KAS llena de fantasías de la mitología nacionalista: unificación con Navarra, autodeterminación e independencia, expulsión de Euskadi de las fuerzas de seguridad, euskaldunización forzosa... Pero la negociación en Argel legitimó al gobierno democrático español ante la comunidad internacional, facilitó la futura colaboración francesa en la persecución de la banda en Francia y ubicó a ETA en el espacio de un terrorismo irredento que no merecía comprensión ni mucho menos apoyo internacional.

Los años noventa siguieron siendo años duros. Más de un centenar de atentados al año, con 30, 40, o 50 muertos cada año. Asesinatos políticos muy señalados (Fernando Múgica, Miguel Ángel Blanco...) secuestros muy largos que acreditaban la capacidad operativa de la banda y una estrategia de enfrentamiento social que pretendía imponer su totalitario poder a las tímidas protestas de la sociedad. ETA llamó “Oldartzen” a esta estrategia que pretendía extender el conflicto a toda la sociedad bajo el eufemístico título de “socializar el sufrimiento”. El terrorismo se sostenía en una organización pétrea, con una capacidad operativa muy selectiva pero efectiva, bien resguardada todavía en Francia, con recursos económicos importantes, fruto de la recaudación mafiosa a los empresarios vascos y con una organización sociopolítica en la legalidad poderosa y militante. La pesadilla parecía no tener fin. Hubo muchos momentos en los que perdimos la esperanza de alcanzar la paz.

Durante esos años (1990-1998) la democracia se empeñó en convencerles de que con la violencia no conseguirían nada. Nunca, les decíamos una y otra vez, concederemos logros políticos a quienes los demandan matando. La fuerza moral de nuestros argumentos fue tomando cuerpo en el discurso institucional y en los mensajes políticos de líderes y partidos, además, claro está, de los medios de comunicación. Pero, la unidad democrática con los nacionalistas nos obligaba a reiterarles, además, que sus objetivos cabían en la política y que estábamos dispuestos a debatirlos en la democracia, con el peso electoral que les respaldaran. El equilibrio entre la firmeza democrática de rechazar cualquier negociación política con la presión terrorista y nuestro compromiso de profundizar el autogobierno del Estatuto de Gernika, unido a la voluntad de reinsertar a sus presos, fue una constante aquellos años. Y yo diría que constituyó el eje vertebral de aquella década sustentada en las bases del pacto de Ajuria Enea.

Pero, en julio de 1997, se produjeron sucesivamente dos hechos que tuvieron gran influencia en el desenlace final del terrorismo. La Guardia Civil encontró y liberó a Ortega Lara, un funcionario de prisiones que había sido secuestrado y encarcelado en un *zulo* (agujero) inmundo durante casi dos años. ETA necesitaba contestar el éxito policial con una acción rápida y para ello secuestraron a un concejal del PP en Ermua (Vizcaya) y exigieron el acercamiento a Euskadi de todos los presos en un plazo de 48 horas.

A la mañana siguiente del secuestro, nos reunimos en el pacto de Ajuria Enea. Estábamos todos. Éramos los líderes de todos los partidos democráticos unidos en el gran Acuerdo vasco contra el terrorismo. El razonamiento de nuestra iniciativa fue tan simple como rotundo. Si ETA nos lanza un pulso, la respuesta democrática debía ser lanzarles otro: Si le matáis, el pueblo os dará la espalda y perderéis los apoyos que os quedan. El sábado 12 de julio, en el límite del plazo de sus exigencias, todo el pueblo vasco estaba convocado para exigir a ETA su liberación. La convocatoria estuvo impregnada de solemnidad: El lehendakari rodeado de todos los líderes vascos, en las escalinatas de Ajuria Enea pidiendo a los ciudadanos una expresión masiva y rotunda de su exigencia. Se trataba de concentrar tal cantidad de gente, de tantas procedencias, de tal pluralidad, que los terroristas se vieran enfrentados a las consecuencias más negativas y contrarias a su intención de ejecutarlo. Se trataba de ponerles tan caro el coste social de ese asesinato, que acabaran desistiendo de sus planes criminales.

Así fue. La manifestación de aquel sábado por la mañana en Bilbao, bajo un sol de justicia, fue extraordinaria. Quizás la más numerosa y masiva de las muchas que se

han celebrado en esas mismas calles a lo largo de los 40 años de la lucha por la paz. Llevados por el entusiasmo de la masa, creímos haber salvado su vida. Confieso que, en los minutos finales de la marcha, albergué esa esperanza y un ingenuo optimismo. Almorzamos en Bilbao, entre animados y temerosos, esperando que no hubiera noticias, como la mejor noticia. Hacia las 16:30, cayó una bomba sobre todos nosotros: Miguel Ángel fue encontrado en un pequeño bosque, muy cerca de San Sebastián, con dos tiros en la cabeza, mortalmente herido. Murió en la madrugada del domingo.

Y el pueblo estalló. Por primera vez vimos un pueblo iracundo, una furia popular de gente pacífica que desbordaba cordones policiales y se dirigía abierta, valientemente contra las sedes de Batasuna para quemarlas, insultándoles directamente y llamándoles a voz en grito “hijos de puta”. Vivimos esos acontecimientos, entre la amargura del desenlace y la emoción de la condena popular. A lo largo de aquellas horas, entre el sábado por la tarde y la noche del domingo, todas las ciudades y pueblos de Euskadi vivieron imágenes semejantes, miles de ciudadanos concentrándose en sus plazas, coreando “ETA asesina”, con una furia y con un valor, que nunca antes habíamos visto.

No, no éramos los de siempre, los miles de vascos que, año tras año, nos manifestábamos condenando a ETA desde militancias políticas comprometidas con la paz desde el inicio de la democracia. No, esta vez, era pueblo y ciudadanía anónima impulsada por la masa y por la ira. Eran ciudadanos anónimos, sin militancia partidista, eran obreros y vecinos, jóvenes y viejos, inmigrantes y autóctonos, nacionalistas o no, era pueblo en el sentido más auténtico de ciudadanía masiva y plural. Es más, era el pueblo oculto y temeroso que hasta entonces no se había movilizado, por miedo o porque no se sentía concernido por la violencia y su causa. Nunca habíamos visto al pueblo vasco así. Nunca habíamos sentido esa furia de aquel pueblo plural y masivo. Ellos, los terroristas y sus corifeos, tampoco.

Esta respuesta social a la violencia, asustó al mundo nacionalista. A unos y a otros. El PNV y EA vivían internamente incómodos en el Pacto de Ajuria Enea. Temían la competencia histórica y política del independentismo. Y ETA quería romper el pacto de Ajuria Enea. Se buscaron y se encontraron. Parieron el Pacto de Estella (Lizarrar) en el que ambos se comprometían a defender la autodeterminación de Euskadi. A cambio, ETA declaraba una tregua. Duró un año (1999) y fue una tregua tramposa. Durante ella se rearmaron y prepararon atentados. Rompieron el Pacto de Ajuria Enea y rompieron la tregua después del verano de 1999 al exigir al PNV que convocara un referéndum en Euskadi, incluyendo Navarra y el País Vasco-francés. Sabían que era una petición imposible, pero les sirvió para justificar su vuelta a la violencia.

El año 2000 fue el comienzo de una ofensiva brutal. Más cruel, si cabe, que nunca. Esta vez los objetivos principales eran y fueron dirigentes políticos del PSOE y del PP que fuimos declarados por ellos “enemigos que obstaculizan el proyecto nacional vasco”. Con el asesinato de Fernando Buesa en febrero de 2000, ETA inició una campaña contra significativos dirigentes políticos de ambos partidos. Nadie estaba a salvo. Hasta los concejales de Rentería, Sevilla o Badalona estaban en la diana de unos comandos distribuidos por toda España, y preparados para golpear el corazón del sistema político-partidario del país y para presionar con ello por una negociación de sus viejas quimeras.

Aquellos primeros años del nuevo siglo, comenzaron como siempre en nuestra vida, amenazados por el terror. Más que nunca, peor que nunca. La pesadilla parecía no tener fin. Desde 1982 vivía con escolta. Ahora la amenaza era mayor, si cabe, porque sabíamos que iban expresamente a por nosotros. A lo largo de 2000 fueron cayendo amigos y compañeros: Juan Mari Jáuregui, López de la Calle, Ernest Lluch, José Ramón Recalde... En Navidad, un comando entró en la sociedad gastronómica en la que mi familia celebraba las fiestas para matarme. Afortunadamente ese año, mi mujer, más prudente que yo, me convenció de no asistir. Más tarde, ella, juez en Vitoria, apareció en los papeles de “Susper” (uno de los jefes de ETA) y desde entonces también vivió escoltada, como, por otra parte, todos los jueces vascos, después del asesinato del juez Lidón en Bilbao.

La ofensiva terrorista, después de la tregua de 1999, fue espantosa. Miles de escoltas privados tuvieron que proteger a los cargos políticos, desde concejales a diputados, en casi toda España. Si llegabas una tarde a una sede del partido a dar una charla, en las puertas de la sede había 30 o 40 policías y escoltas, esperando afuera a sus “protegidos”. Hubo que blindar los domicilios privados y sedes de los partidos, pagar estancias de descanso en la costa mediterránea o en Andalucía a cientos de compañeros, alquilar viviendas para cambiar el domicilio de amenazados...

Pero, paradójicamente, esos mismos años fueron también el principio del fin de ETA. La presencia de las víctimas se hizo sonora. La articulación de la protesta y de la condena social de la violencia se hizo presente en la sociedad vasca más fuerte y agresivamente que nunca. Desde las grandes movilizaciones de julio de 1997 con el asesinato de Miguel Ángel Blanco, y la creación de Basta Ya, la movilización social adquirió un fuerte contenido político. Se culpaba al nacionalismo en su conjunto, como el magma sentimental e ideológico en el que se desarrolló el monstruo. Mucho más a partir del Pacto de Estella, la tregua-trampa y el Plan Ibarretxe, una espe-

cie de intento del PNV de entonces que pretendía asumir la causa de la violencia (la autodeterminación) para hacerla innecesaria.

Pero hubo dos iniciativas políticas de especial trascendencia en el éxito final de la democracia. La primera fue la propuesta que le hiciera en el verano de 2000, el recién elegido nuevo secretario general del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero al presidente del Gobierno, José María Aznar, para suscribir un Pacto antiterrorista de unidad y firmeza democrática del Estado ante la amenaza del terror. La segunda fue la decisión del Gobierno, de Aznar y Mayor Oreja, su ministro de Interior, de ilegalizar el brazo político de ETA y de perseguir bajo el mandato de esa prohibición, toda su estructura sociopolítica, sedes, organizaciones de apoyo a los presos, herriko-tabernas, etcétera. Recuerdo bien aquella iniciativa que el gobierno de Aznar nos planteó en el marco del Pacto Antiterrorista. Recuerdo que acompañé a Alfredo Pérez Rubalcaba a la reunión con el gobierno porque entonces estaba presidiendo la gestora del PSE-EE ante la dimisión de Nicolás Redondo. Cuando escuché la propuesta, confieso que me alarmé. Durante veinticinco años (desde la Constitución) habíamos sostenido que en la democracia cabían todos y que no era necesario matar para defender cualquier idea política. La fuerza de la democracia se sustentaba en la superioridad moral de nuestra oferta: “Haced política, no matéis”. De pronto, creí que el edificio argumental que necesitábamos en el País Vasco para que la violencia fluyera a la política, se desmoronaba. Sentí miedo. creí que era un error.

El tiempo me demostró que estaba en un error. Era muy evidente que el conglomerado de la violencia y la política, lo dirigían “los hierros”, como se denominaba en el argot a las pistolas y aprovechaban la legalidad para nutrir y alimentar su estrategia de violencia y generar sinergias para sus objetivos. La lógica democrática giró sobre sí misma pero era sostenible: “Si matáis, no podéis hacer política”. No es posible que la ley permanezca impasible ante ese ventajismo miserable de estar en las instituciones mientras vuestros amigos nos asesinan.

La ilegalización y la persecución judicial contra todo su entramado, favoreció lo que ya era un movimiento interno en su mundo que pensaba que la continuidad de la violencia perjudicaba a su causa y que su perpetuación arruinaría su proyecto. La transformación de Otegi a lo largo de los años, muestra bien esta línea de reflexión. No por casualidad, sus conversaciones con Jesús Eguiguren fueron construyendo el camino del final y es fácil suponer que lo que empezó siendo un intento de negociación política al viejo estilo, acabó siendo un simple marco de transición de la violencia a la política a cambio de la renuncia a las armas.

No es necesario explicar con detalle la fase final de ETA. O, mejor dicho, solo pueden hacerlo quienes protagonizaron unas conversaciones y una dirección estratégica del proceso que culminó con uno de los mayores éxitos de nuestra democracia y que significó la más limpia y absoluta finalización en el mundo de un fenómeno terrorista largo y complejo. Si observamos el final de otras experiencias de terrorismo de violencia política: Alemania, Italia Irlanda, Colombia etcétera, nunca, en ninguna de ellas, las condiciones de salida al conflicto han sido tan limpias, tan democráticas y tan justas. La paz irreversible, para siempre, sin concesión política alguna, con plena actuación de la justicia, con cumplimiento estricto de las penas. Eso sí, permitiendo su participación en el juego democrático y en la representación institucional que les den sus apoyos electorales. Pero esa siempre fue la condición de la democracia: política o violencia, “votos o bombas”, como decía gráficamente Alfredo Pérez Rubalcaba, uno de los más brillantes artífices de ese final, junto al presidente Zapatero. Uno de los errores que me parece más grave es aquel que cometen quienes atribuyen a ETA su victoria por el hecho de que Bildu opere en las instituciones, sin comprender que esa era la base de nuestra condición democrática. Al interpretar así el final, otorgan una victoria a quienes habían sido derrotados sin matices por la democracia española.

Sí. Fue la mayoría democrática la que ganó esta victoria. Fue el pueblo y sus instituciones el que se impuso a la presión totalitaria de unos desalmados, por muy políticas que fueran las ideas que los llevaron a matar. Las diferencias políticas entre partidos, la utilización partidaria de la lucha antiterrorista, los errores cometidos en tan largo recorrido, la cobardía social, el olvido tantos años de las víctimas, son solo el peaje inevitable de un conflicto político complejo que se explica quizás por los diferentes periodos y contextos en que se produjeron. Lo que importa destacar hoy es que, entre todos, fuimos capaces de llegar a aquel feliz día de octubre 2011 en que ETA anunció el fin definitivo de su violencia. Y unos años después en 2018, a su completa disolución.

En una fotografía literaria de la guerra de IRA, Patrick Radden, periodista *The New Yorker* autor de *No digas Nada*, describe así uno de los momentos clave de aquella historia:

“En agosto de 1994, el IRA declaró un alto el fuego. Por lo visto, las negociaciones auspiciadas por el padre Alec Reid habían dado sus frutos. Dolours Price y otros republicanos fueron convocados en un club social de West Belfast para conocer la decisión. Sentados detrás de una mesa, tres representantes hicieron un resumen del plan. La tregua era un paso positivo; no una victoria, desde luego, pero tampoco

una derrota. A algunas personas les costó entender por qué el IRA deponía las armas sin la promesa de los británicos de que se retirarían de Irlanda. Se habló de la ingente cantidad de víctimas mortales. En un momento dado, Price levantó el brazo y preguntó: ‘¿Se nos está diciendo que, visto lo visto, nunca deberíamos haber emprendido la lucha armada?’”.

Dolours Price era una conocidísima militante del IRA, autora de numerosos atentados, y respetada en el entorno de los “provos” (ejército provisional) por su larguísima huelga de hambre en una la cárcel británica. Cuando escucha las condiciones del acuerdo de *Good Friday*, su pregunta resulta reveladora. Después de cuarenta años de guerra contra los británicos, después de más de 3.500 muertos y de tanto dolor y tragedia para todos, el IRA reconoce que la política es el espacio del juego de sus aspiraciones y que la democracia es el camino. Reconocen que en Irlanda del Norte hay británicos que quieren ser UK. y que solo la democracia determinará el futuro de su país. Y me pregunto, ¿No hubiera sido mejor que lo comprendieran antes? Algo parecido pienso de mis amigos de entonces. Es muy semejante la pregunta que todos deberían hacerse en Euskadi sobre nuestra propia tragedia. Es muy oportuna la reflexión autocrítica sobre aquella apuesta que parecía heroica y generosa y acabó siendo cruel y autoritaria. Y, además, inútil. Fue mala, horriblemente mala para todos y no sirvió para nada. Solo para llenar cárceles y cementerios.

En perspectiva histórica, la derrota de ETA estuvo cimentada en muchos factores, el Pacto de Ajuria Enea fue uno de ellos. La policía y su presencia en Francia a partir de 1990 fue también clave en la desarticulación operativa de la banda. Sin derrota policial, la violencia quizás se hubiera prolongado décadas. El Pacto Antiterrorista de 2000, la ilegalización de su entorno sociopolítico, la gestión política de final, muchas causas concatenadas, largamente construidas, que convergieron en el final de la banda. Pero, uno más y no menos importante fue el rechazo social a sus asesinatos y el liderazgo y protagonismo de sus víctimas en esa condena moral y política.

A menudo me asalta el pasado. Ya sabemos que la memoria es muy puñetera. “La historia no se repite, pero tampoco dimite”, decía con acierto Antonio Álvarez de la Rosa y quienes tuvimos que protagonizar –muy a nuestro pesar– aquellos trágicos años, sufrimos sus ataques en forma de recuerdos que golpean nuestra conciencia, porque nadie puede sentirse plenamente orgulloso de su pasado. Casi siempre es el dolor de escenas vividas con tanta emoción que se hacen imborrables. En la biblioteca de mi despacho, tengo un libro titulado *Vidas Rotas* que cuenta uno por uno todos los atentados mortales de ETA. En cada uno de ellos se describen los nombres de las víctimas y las circunstancias del atentado en que fueron asesinadas. Cuando

veo una noticia de prensa que me recuerda un atentado, una entrevista a la viuda o a los hijos de la víctima, un homenaje, un aniversario, un preso que sale de la cárcel, releo el libro y con frecuencia rememoro mi presencia en los hechos. Al fin y al cabo, han sido cerca de trescientos los funerales a los que he asistido, muchas veces, presenciando el lugar donde ocurrió el atentado, siempre en contacto con sus familiares, incluso algunas veces acompañando al féretro junto a sus deudos en el avión militar que los transportaba a la ciudad española de la que provenían. Pues bien, de toda esta pesadilla que vivimos y sufrimos, lo que queda, lo que verdaderamente queda, son las víctimas. Y lo que golpea nuestra conciencia, a unos más que a otros, claro, es al abandono en las que las dejaban, sobre todo en los años 70 y 80. Unos, los que les asesinaban, por hacerlo. Otros por señalarlas. Otros por decidirlo. Otros por colaborar directa o indirectamente en su ejecución. Muchos por comprenderlo y justificarlo. La mayoría por callar. Casi todos.

De hecho, las víctimas son la garantía de un relato de la verdad. Memorias hay muchas. cada cual tiene la suya, pero los hechos que jalonan la historia son incontrovertibles y no admiten manipulaciones. El relato es otra cosa. Puede construirse uno u otro, según sea el enfoque o la trinchera en el que uno ha combatido, o en función del interés político que anime al relator. Pero no puede prevalecer un relato falsario, que distorsione, manipule o abiertamente mienta sobre los hechos y oculte la verdad. Un relato falsario es el que justifica la violencia, considerándola necesaria o útil. Un relato falsario es el que pretende equiparar el terrorismo a la violencia del Estado. Es falsario comparar a las víctimas de los que mueren al matar, con sus víctimas. Es falsario justificar la violencia aludiendo al contexto sociopolítico del franquismo, olvidando que sus crímenes se cometieron contra la democracia y el autogobierno. Es falsario hablar de ideas y de proyecto político como causa de su lucha, ocultando el totalitarismo cierto de sus actos y de su estrategia asesinando al diferente y olvidando que quién se cree llamado a morir por sus ideas, siempre decide matar a otros por las suyas.

El relato de la verdad lo atestiguan las víctimas. Cientos de ellas. Miles de deudos que vieron morir a seres queridos injustamente. Por nada. Para nada. Ese es el relato. El deber de memoria, la necesidad de convivir, implica la honestidad de reconocer los hechos. Habrá diferentes formas de analizar el pasado, pero la decencia obliga a contarnos la verdad.

Al final de *Patria*, una excelente novela y una buena serie de televisión, las dos mujeres protagonistas de la historia, la viuda del asesinado y la madre del etarra, amigas antes y enemigas después, se cruzan en la plaza del pueblo, a la salida de misa y se

dan un abrazo. Es un abrazo ligero, tenue, casi obligado por el encuentro fortuito. Parece un abrazo de reconciliación, de perdón, pero, no llega a tanto. Sin embargo, expresa bien dos sentimientos que inundan en la sociedad vasca a los 10 años del final del terrorismo. De una parte, cierta generosidad que impregna el corazón de la mayoría, deseosos de construir una sociedad reconciliada, que supere las heridas abiertas por esta tragedia de cuarenta años. De otra, el olvido, la huida del pasado una especie de fuga hacia el futuro que aleje de nuestros recuerdos tanta desgracia y tanta culpa. Nadie quiere responder esta pregunta tan incómoda que –desgraciadamente– nuestros hijos no nos hacen ¿Cómo fuisteis capaces?



A JESÚS EGUIGUREN HABRÍA QUE PONERLE UNA CALLE EN TODOS LOS PUEBLOS DEL PAÍS

PATXI LÓPEZ Y GORKA LANDABURU

El 22 de octubre del 2011, ETA anuncio a través de un comunicado, el más importante de su macabra historia, el fin de su actividad armada. Patxi López vivió en primera fila todo el proceso como secretario general de los socialistas vascos y también como lehendakari. De forma discreta pero muy eficaz, López jugo un papel fundamental en todos estos acontecimientos que culminaron con la paz y el fin del terrorismo.

Gorka Landaburu:

Diez años sin ETA ¿Qué es lo que ha cambiado en Euskadi?

Patxi López:

Ha cambiado la vida de cada uno. Recuperamos la libertad. Jesús Eguiguren lo dijo: “la libertad era esto”. Y esto eran las cosas pequeñas que no podíamos hacer. No habíamos podido decir en voz alta lo que pensábamos. No podíamos subir simplemente a un autobús porque íbamos escoltados... Ayer pensaba antes de esta entrevista que hay una generación que ha vivido sin ETA.

Esto era lo que buscábamos y por lo que resistimos.

¿Qué recuerdos tiene de ese día?

Siempre lo he contado; que se podía reír y llorar a la vez. Me abracé con mi mujer Begoña. Lloramos por lo que habíamos perdido, por los que habíamos dejado en el cami-

no. ¡Cuánta gente hemos enterrado! Y no reímos porque dijimos: “Ya nunca más, nunca más. Lo hemos conseguido ¡hemos ganado!”.

En ese momento era lehendakari, y el comunicado de ETA le pilló fuera de Euskadi. ¿Eso le supuso alguna que otra crítica?

Lo hicimos adrede. Sabíamos cuándo se iba a producir el comunicado. Pero no quisimos suspender un viaje con más de cien empresarios a Estados Unidos, para que nadie sospechara que algo pasaba. Ya teníamos preparados los billetes de vuelta. Y a las ocho de la mañana del día siguiente estaba en Euskadi.

¿Tuvo un papel importante la conferencia de Aiete?

Aiete no se hubiera producido sin acuerdo de los gobiernos.

¿Por qué cree que ETA decide tomar la decisión que tomó?

Fue por diversas circunstancias. ETA tenía que saber que no iba a conseguir absolutamente nada con la violencia. La eficacia de la policía y las FSE, la contundencia de la Justicia, la



A Jesús Eguiguren habría que ponerle una calle en todos los pueblos del país

colaboración internacional, el rechazo social, por primera vez mayoritario y contundente, les puso contra las cuerdas. Con todo esto se hizo saber a los terroristas y al mundo que le daba cobertura que su violencia era inútil y sin ningún futuro.

Todos estos acontecimientos se producen con un gobierno en la Moncloa y otro en Ajuria Enea socialistas. ¿Se puede decir que la paz llegó también gracias a estos dos gobiernos?

Creo que sí, porque hicimos una política muy decidida en ese sentido. Si uno ve la historia de los 50 años de terrorismo, los socialistas hemos estado en todos y cada momento que han significado un avance. Todo lo que han sido procesos de paz, implicados o apoyando incluso cuando Aznar lo intentó. No como lo ha hecho el PP. Apoyamos la legislación que les acotó, y encerró a ese mundo. En el apoyo al Pacto de Ajuria Enea, que fue una idea de Txiki Benegas, así como el apoyo a los movimientos pacifistas como Gesto por la Paz.



Hemos estado presentes en todos esos momentos que significaban un avance. Y cuando estábamos en los gobiernos, cuando se rompió el último proceso de paz por culpa de ETA, decidimos cerrar esa puerta que siempre habíamos dejado abierta. Por ejemplo, una de las imágenes que tengo en la retina fue cuando la Ertzaintza derribó el muro de la vergüenza en Mondragón, donde estaban las fotos de los asesinos. Algunas fuerzas políticas nos dijeron entonces que “cuidado, no vayamos a molestar al monstruo”, pero sacamos al monstruo de las calles, de las paredes, de las plazas y de los balcones.

¿Se puede decir que se derrotó a ETA?

Rotundamente sí. A mí me da rabia que la derecha y el PP, por jorobar, por atacar al Partido Socialista, no lo haya todavía reconocido. Derrotamos a ETA y no consiguió ni uno de sus objetivos, ni uno solo. Tuvo que disolverse, tuvo que desaparecer.

¿Considera entonces que el papel del PSOE y del PSE-EE ha sido fundamental en la desaparición de la banda terrorista?

Evidentemente. Los procesos de paz, no salieron ninguno bien. Pero todos supusieron un avance. Todos permitieron que cada vez más gente se separara de ese movimiento. Por ejemplo, en el último, en el que más estuvimos implicados, cuando ETA lo rompe con el atentado de la T4, hay una inmensa mayoría de la sociedad vasca que reacciona, porque se había creado la esperanza que esta vez acabamos con el terrorismo.

¿Fue importante el Pacto de Ajuria Enea, quizás lo más importante tras la aprobación del Estatuto de Guernica?

Claro, por entender que ETA era el enemigo del pueblo vasco y de los vascos. No era el aliado, no era el hijo descarriado. Y todos juntos firmamos para combatir el terrorismo. Ha sido fundamental, aunque a veces hayamos flaqueado, pero la unidad democrática se comprobó y se reforzó.

A Jesús Eguiguren habría que ponerle una calle en todos los pueblos del país

¿Cree que los encuentros entre Jesús Eguiguren y Arnaldo Otegi impulsaron todo el proceso?

También, todo eso sirvió para avanzar. Para que la izquierda abertzale entendiera definitivamente que tenía que romper las cadenas que le ataban a la violencia. ETA ha existido y ha vivido porque tenía respaldo social.

¿Qué papel ha sido el de Jesús Eguiguren? ¿Tuvo desde el principio el apoyo del partido?

Desde el principio, el partido desconocía las conversaciones con Otegi. No se puede hacer publicándolo. Subíamos los que lo sabíamos, es decir, cuatro. A Jesús creo que habría que hacerle una calle en cada pueblo de este país, porque entregó toda su vida, su salud, para conseguir acabar con ETA. Fue muy arriesgado, hasta cuando se reunió con uno de los etarras y le dijo que el siguiente iba a ser él. Lo dio todo.

¿Qué piensa de la Vía Nanclares?

Eso era política. La vía política también ayudó a avanzar. Fue decisión política. Dimos el visto bueno a los encuentros de víctimas y victimarios. Eso lo hicimos nosotros y a veces muy solos. Luego, es cierto que después se sumaron otros partidos.

¿Otro hombre clave de todo este proceso ha sido también Alfredo Pérez Rubalcaba?

Al principio fue muy escéptico, muy escéptico. Pero con José Luis Rodríguez Zapatero se tiró para adelante. Su papel fue fundamental pero no solo en la última etapa, sino que desde muchos años antes. En Madrid siempre había mucho vascólogo; sin embargo, el que más sabía era Alfredo, sabía lo que se movía, lo que se hablaba, era un hombre con gran olfato político. Él participó en todos los avances que se han dado.

Sin embargo, muchos criticaron, hasta organizaron manifestaciones en contra ¿Fue valiente la apuesta del presidente José Luis Rodríguez Zapatero? ¿Le dará la historia la razón?

La historia ya se la ha dado. Hemos derrotado a ETA, ¡ha ganado la democracia, los demócratas!, y todo esto ha sido gracias a la valentía política de José Luis.

¿Algunos no lo reconocen?

El PP, y siempre lo digo, cuando no esta en el poder, se convierte en un partido casi antisistema. Porque le vale absolutamente todo con tal de atacar al Partido Socialista. Con Zapatero nos llegaron a decir que habíamos traicionado a las víctimas, que nos arrodillábamos ante los terroristas, por hacer algo que no solo tuvo el apoyo del Congreso, sino que también del Parlamento Europeo. Ellos también lo hicieron con la legislatura de Aznar y nosotros no pusimos palos en la rueda. Dijimos “adelante”.

¿Esa es la gran diferencia?

Se convierten en un partido antisistema sin ningún sentido del Estado, utilizando lo que era más sagrado, la lucha contra el terrorismo. Eso un socialista no lo ha hecho nunca ni lo hará, porque no esta en nuestro ADN. Nosotros siempre sí hemos tenido sentido del Estado. Nosotros en la oposición apoyamos los acercamientos de presos y apoyamos las conversaciones del Gobierno de Aznar con ETA. Pusimos en marcha el pacto antiterrorista de Madrid. El Partido Socialista siempre ha estado con el Gobierno, quien fuera, para luchar contra una banda terrorista. A lo que estaba el Partido Popular era detrás de la lucha contra el PSOE. Punto.

¿Pero diez años después el PP sigue utilizando a ETA?

Eso me parece lamentable. Todavía hoy, diez años después, utilizan al terrorismo porque creen que les es rentable electoralmente. El PP lo hace todo para conseguir el poder. Es muy triste, y así lo manifesté hace poco en la tribuna del Parlamen-

A Jesús Eguiguren habría que ponerle una calle en todos los pueblos del país



to. Es triste que un partido democrático no reconozca todavía que los demócratas ganamos esta batalla. Es incomprensible que un partido que tiene víctimas en sus filas, por defender la libertad y la democracia, no acepte que ganamos la libertad y la democracia definitivamente. Y no lo reconocen porque su obsesión es atacar al Partido Socialista. ¡Es tremendo!

¿Hubo finalmente apoyo del PNV?

Sí, hubo entendimiento y apoyo explícito por parte de Josu Jon Imaz, que era entonces presidente del Euskadi Buru Batzar. Al final fuimos hablar con el PNV, para decirle que todo esto necesitaba el apoyo de todo el mundo, por lo menos de los dos grandes partidos en Euskadi. Se portaron muy bien.

La actitud de Arnaldo Otegi permitió desbrozar el camino hacia el fin de ETA. Zapatero llegó a decir que era un hombre de paz. ¿Está de acuerdo?

Seguramente que sí, que contribuyó. Uno nunca sabe, porque dentro de ese mundo no se sabe cómo funciona. Pero él tenía claro que la violencia no podía formar parte de la vida en Euskadi, ni del futuro del colectivo ni del particular, y que

había que empujar para que desapareciera. Él tuvo influencia en ese mundo y le costó mucho y además también pagó su precio político. Pero ayudó.

¿También se ha dicho que el Partido no supo o no quiso aprovechar ni rentabilizar el éxito de haber logrado la paz?

Porque no somos así. Es que los vascos y los socialistas vascos somos muy de Ramón Rubial, compelimos con nuestra obligación y punto. No esperamos medallas, hicimos lo que tuvimos que hacer. Lo hicimos en cada momento, resistimos cuando había que resistir, pero como no hemos nacido solo para resistir, jugamos y luchamos para cambiar las cosas y las cambiamos. Luego nos juntamos entre nosotros y lo celebramos. Yo recordaré siempre el acto del Kursaal en el que con Alfredo Pérez Rubalcaba lloramos como magdalenas. Y ya está.

Hay muchos que, ahora, se consideran los artesanos de la paz ¿Quiénes han sido los verdaderos artesanos de la paz?

Ya no voy hablar de Jesús. Pero los verdaderos artesanos han sido los concejales. La referencia en cada pueblo eran esos concejales que estaban solos, solos, en medio de un ambiente más que hostil. A cuántos plenos hemos ido escoltados y salido a tortas.

Hemos ido a muchos, pero ellos iban a todos, me da igual Gernika, en Elorrio o en los pueblos de la Gipuzkoa profunda. Durante años les han agredido, quemado sus coches y a veces sus casas. Esos concejales son los que han resistido, ante todo. Se han encontrado balas en el buzón, llaves de sus portales. Hemos tenido que sacar a concejales durante semanas de sus pueblos, de sus casas, de su trabajo, cuando aparecían papeles con evidentes amenazas.

¿Se les debe un homenaje?

Fíjese, a veces hablando con Jesús Eguiguren, me suele comentar: “Esta gente que ha soportado todo, yo no sé

como psicológicamente han resistido”. Ahora hablamos de la COVID, de los encierros que psicológicamente han afectado a muchos, pues para esos concejales ha sido como estar encerrados durante años y años. Gente normal que no querían ser héroes, que iban más allá de tener compromiso con el Partido. Esos son los verdaderos artesanos de la paz, los resistentes. A veces se habla mucho de los que se fueron de Euskadi, pero los importantes fueron los que se quedaron.

La izquierda abertzale ha pasado de las bombas a los votos, como les exigía Rubalcaba, pero todavía se resiste a condenar o hacer una autocritica de su pasado. ¿Por qué?

Es cierto, han pasado de las bombas a los votos, y ahora tienen la representación que les ha dado la ciudadanía. Esto es algo que tampoco acepta el Partido Popular. La democracia no tiene las puertas cerradas, las tiene abiertas. Todo aquel que asuma los principios de la democracia entra dentro.

Es importante que la izquierda abertzale haga este reconocimiento. Nosotros tenemos que hacer un recorrido de memoria. Tenemos que instalar la memoria. La memoria tiene que tener dos efectos, uno es impedir esta vuelta al pasado, que un chaval nunca más coja una pistola y mate al que piensa diferente, y haya quien le convierta en un héroe o en un salvapatrias. Esto ha pasado y pasa. Mario Onaindia decía: “En mi país revindican el asesinato”. No puede volver a pasar. Segundo, la palabra relato ha sido muy manoseada, cuando se trata de contar lo que ha pasado con valores morales y éticos. Porque si no, si lo olvidas, el asesino deja de ser asesino y la víctima, víctima, y se construye una sociedad amoral. Por eso es importante que cada uno asuma su papel de lo que hizo. Es fundamental que la izquierda abertzale diga: “yo fui responsable también de esto”. Porque ETA no hubiera existido sin un apoyo social. Y matar nunca estuvo justificado en este país.

¿No le da la impresión que todavía tienen una mochila muy pesada que descargar y, que renunciar a su pasado, es reconocer su propia derrota?

Los “ongi etorris” son deleznable, habría que prohibirlos. Es un caso único en el mundo, que a un asesino se le reciba en su pueblo y se le haga un homenaje. No puede ser que los vejados una vez más sean las víctimas. La izquierda abertzale tendría que dar un paso. Supongo que hacer una reflexión de verdad. Rechazar todo su pasado, tiene que ser muy duro. Supongo que habrá otros que le rechinan los dientes porque han sido 50 años cultivando la violencia y habrá gente que ha vivido de ese caldo y que todavía lo tiene encima. Pero creo que, más pronto que tarde, tiene que producirse. Ahora lo que no podemos permitir es que sean ellos quienes escriban el relato y es lo que están intentando.

¿Se pretende pasar página?

Es cierto y a veces lo entiendo, aunque no debemos permitirlo. La sociedad vasca, que ha vivido tanto terror y sufrimiento, quiere pasar página rápido, y dicen “se ha acabado, déjame en paz”. Pero si pasamos rápido esta página no instalamos la memoria, no instalamos los valores y todo vale. Muchos dirán “ya están estos pesados de socialistas con la matraca de la memoria”. Es que es muy importante. No podemos abordar el futuro sin tener en cuenta lo pasado.

Se han escrito relatos, se han hecho documentales películas, libros, series ¿Qué valor hay que darles?

Cada una de estas cosas es una baldosa más en el camino de la memoria, del reconocimiento y el sentimiento de lo que se ha vivido.

¿Le preocupa que, en una reciente encuesta de la UPV, se concluya que la gran mayoría de jóvenes de 18 a 20 años, no saben casi nada de lo que ocurrió con ETA?

Eso forma parte de las ganas de la sociedad de pasar página y la necesidad de olvidar. Por eso los relatos son importantes y tienen que contribuir para que no se olvide. Tenemos que insistir en la educación. Es básico para construir una sociedad decente.

¿No le da la impresión que como todas las sociedades se tiene tendencia a mirar para el otro lado como paso con el franquismo y ahora con ETA?

Son dos cosas, una, cuando ETA estaba activa, hemos ido a funerales y a manifestaciones, donde nos cerraban las puertas y las ventanas para hacernos invisibles. Éramos cuatro. Es verdad también que, con el final de ETA, la sociedad vasca miró también para el otro lado, y esa soledad la vivieron las víctimas mucho tiempo. Tardamos muchos años en reconocer a las víctimas. Esto tiene cierta lógica, la sociedad se construye, no lo sé, pero con un 50 % de memoria y un 50 % de olvido. Todavía no hemos llegado al 50 % de memoria y tenemos que pelear para eso.

Sin embargo, el dolor y el sufrimiento provocados por la violencia ha dejado muchas heridas abiertas y muy profundas. ¿Cómo se puede abordar tanto desagravio?

Fíjate, decíamos, van a pasar décadas y generaciones para cicatrizar tanta barbaridad. Sin embargo, al día siguiente estamos viviendo, aunque es verdad que hay heridas. Hay reductos donde todavía está instalada la herida. Eso es el odio y el rechazo que no ha desaparecido del todo. Pero al día siguiente ya estábamos conviviendo. Fue muy rápido ese pasar página porque la sociedad tiene una gran e increíble capacidad de adaptación y sobre todo de vivir de las buenas noticias. Porque hay que vivir donde está la buena noticia.

¿Cree que el Gobierno ha acertado acercando a los presos de ETA?

Evidentemente que sí, esta es otra del PP. La política penitenciaria era una pieza de la lucha antiterrorista Y cuando se pone en marcha la dispersión era para romper lo que se llamaba el frente

de la cárcel, que era una pieza básica de la propia ETA. Y lo conseguimos con el apoyo de todos, incluido el PNV. Y funcionó. Ahora ya no existe ETA, no hay lucha antiterrorista. Luego hubo la vía Nanclores, que formó parte de una política penitenciaria al servicio de la lucha contra ETA. Ahora no necesitamos esto, ETA no existe, por lo tanto, esa cosa que era excepcional tiene que desaparecer y con toda normalidad y naturalidad. Los presos no salen a la calle, cumplen condena lo más cerca de su domicilio y para que sus familiares vayan a verles cuando les corresponda. Es algo normal en democracia y forma parte de la legalidad. Pero Vox y el PP lo utilizan de tal mala manera que son las propias víctimas quienes les contestan ahora.

**También quedan pendiente las otras violencias.
¿Cree que por lo menos se deberían esclarecer, investigar temas como la guerra sucia, o el tema del GAL?**

Sí, democracia con luz y taquígrafos, y todo lo que se tenga que investigarse se tiene que investigar. Como casi los trecientos asesinatos de ETA, no resueltos. Hay que llegar a saber todo lo que pasó. Es verdad que cuanto más pasan los años todo es más complicado y más relativo.

¿Qué responsabilidad tenemos todos para que estos episodios macabros no vuelvan a ocurrir?

Lo primero es contar lo sucedido, porque genera conciencia y valores para que no vuelva a producirse. Segundo, ser más pedagógicos en la tolerancia y el respeto. También ponerte en el lugar del otro, en el espíritu del pacto, del acuerdo, del entendimiento, eso funciona. Hacer pedagogía, lo que a veces supone la renuncia. Si yo me siento contigo para llegar a un acuerdo y tú eres muy diferente a mí, algo tendré que renunciar, y si quien valora la renuncia como una traición está anclando en posiciones para enfrentarse al otro. La convivencia y la democracia es un pacto permanente. Yo no logro entender que la renuncia no sea un valor democrático.

A Jesús Eguiguren habría que ponerle una calle en todos los pueblos del país



¿Es Patxi López optimista de cara al futuro. Seremos capaces de afianzar una sociedad de progreso, capaz de vivir en paz, libertad y concordia?

De hecho, en el fondo lo estamos viviendo. Euskadi es cojonada. Yo soy un embajador: con cualquiera que me encuentro, le pregunto si ha estado en el País Vasco. Y la gente que viene lo ve. Somos una sociedad próspera, con sus problemas, pero próspera. Cuando nos hemos quitado la coraza de ETA, volvemos a ser una sociedad en color, y no en blanco y negro. Ya estamos transitando el camino, ahora no nos tenemos que enredar en cuestiones que no nos llevan a ninguna parte. Sería un desastre volver a los planes Ibarretxe, cuando el mundo va

por el otro lado. Cada vez hay que ceder más soberanía para construir un continente, no para convertirnos en una isla.

¿Hay riesgo de que Euskadi se catalanice?

No me suelo colgar medallas. Creo que esto lo hicimos muy bien. Solo falta recordar cuando veníamos del debate soberanista de Ibarretxe, que todo era bronca, todo era enfrentamiento político. Pero le dimos tanta tranquilidad a la vida social y económica que no hablamos de soberanía, hablamos de economía, de educación, de sanidad y la gente lo interiorizó tan bien que incluso cuando han venido gobiernos nacionalistas, después no han vuelto para atrás. De vez en cuando muestran la patita, pero no hemos vuelto para atrás. Viendo lo que está pasando en Cataluña creo que no es un buen ejemplo para Euskadi y el mundo nacionalista vasco lo sabe. Aquí podemos hablar de cómo van las cosas y lo demás será simbólico y nada más, porque tenemos una capacidad de autogobierno enorme, una capacidad para decidir enorme. Por primera vez la crisis de la pandemia ha sacado lo mejor de Europa desde hace mucho tiempo.

¿Ve salida le ve al tema catalán?

Es lo que hay, se tienen que sentar. Esto era muy de Txiki Benegas: “Yo no me levanto de esta mesa, hasta que no haya un acuerdo”. Si hay una cerrazón y solo se quiere hablar de independencia, no merece la pena que se sienten. Vamos a ver, la sociedad catalana tiene enormes problemas en el sistema sanitario, en el educativo, y en el no se que... Entonces hay que hablar. De todas maneras, soy optimista porque tenemos herramientas suficientes para conseguir; no que el independentismo que me da igual, sino que la sociedad catalana entienda mayoritariamente que la independencia no es la solución, sino que aquí hay un proyecto compartido, en el que todos podemos participar que se llama España, que avanza hacia el progreso colectivo, demás Europa con más libertades, más derechos para convivir cómodamente cada uno desde nuestro propio sentimiento de pertenencia. Eso es lo que suma y no divide.

Colaboradores

Luis Castells

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco (UPV-EHU) desde 1953.

Ha publicado, entre otros trabajos, Estudio introductorio y edición a la obra de Engracio de Aranzadi, “Kizkitza”, *La Nación vasca*, (Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao), 2015, I pp. 9-87; *Los trabajadores en el País Vasco 1876-1923*, (Madrid, Siglo XXI, 1993), 253 pp.; *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración 1876-1915*, (Madrid, Siglo XXI, 1987), 521 pp.; *Fueros y conciertos económicos*, (San Sebastián, Haranburu, 1980), 404 pp.

Asimismo, con José Antonio Pérez y Arturo Cajal, ha sido el editor de “Burgos. Consejo de guerra 1970-2020”, *Grand Place*, nº 14, 2020.

Gaizka Fernández Soldevilla

Doctor en Historia Contemporánea por la UPV/EHU, trabaja como responsable de Archivo, Investigación y Documentación del Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo.

Es autor de los libros *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, *La calle es nuestra: la Transición en el País Vasco (1973-1982)*, *La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA* y *El terrorismo en España. De ETA al Dáesh*. Es coautor, junto a Raúl López Romo, de *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*. Ha coordinado con Florencio Domínguez *Pardines. Cuando ETA empezó a matar* y con María Jiménez 1980. *El terrorismo contra la Transición*. Ha ejercido de asesor histórico de la serie televisiva *La línea invisible* (Movistar, 2020). Colabora habitualmente con *El Correo* y *El Diario Vasco*.

Luis Rodríguez Aizpeolea

Licenciado en Ciencias Empresariales por la Universidad de Deusto. Periodista de *Egin*, de 1977 a 1979 y del semanario *Ere* hasta 1981. De 1982 a 1989, corresponsal político de *El Diario Vasco*. De 1989 a 2013, jefe de la sección Nacional y correspon-

sal político de *El País* en Madrid. Colaborador habitual de RNE, TVE, ETB, Radio Euskadi, Telemadrid, en tertulias políticas y eventualmente en la Sexta y otras cadenas. Hoy, jubilado, sigue colaborando en *El País*. Libros escritos: entre otros, *Ciudadano Zapatero*; *ETA, las claves de la paz*, con Jesús Eguiguren; *Los entresijos del final de ETA y ETA. Del cese del terrorismo a la disolución*. Guionista de los documentales: *El fin de ETA* y *Lagun, la resistencia contra ETA*, con José María Izquierdo.

Jesús Eguiguren

Nacido en Aizarna, 1954. Parlamentario vasco por el PSE-EE, desde 1987 hasta 2012; presidente del Parlamento, de 1987 a 1990. En 2002 fue elegido presidente del PSE-EE. Licenciado en Derecho por la Facultad de San Sebastián, (UPV-EHU), doctor *cum laude* por la UNED. Es miembro de la Sociedad Bascongada de Amigos del País, de Eusko Ikaskuntza y de la Mario Onaindia Fundazioa.

Ha publicado distintos ensayos políticos: *El PSOE en el País Vasco (1886-1986)*; *Euskadi, tiempo de conciliación*; *El socialismo vasco y la izquierda vasca (1886-1994)*; *Los últimos españoles sin patria (y sin libertad)*; *El arreglo vasco: Fueros, constitución y política en los siglos XIX y XX*; *La crisis vasca, entre la ruptura y el diálogo*; *Historia del socialismo vasco (1886-2009)*; *ETA: Las claves de la paz (junto con Luis Rodríguez Aizpeolea)*; *Ven y cuéntalo: El oasis vasco*; y *Euskal Herria: Por un nuevo nacionalismo, vasquismo y navarrismo*.

Irene Moreno

Licenciada en Historia por la Universidad de Granada (2012), Doctora en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco (2018).

Autora de las siguientes publicaciones: “La Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria y la visibilización de la violencia en el País Vasco. Violencia política no século XX. Um balanço”. pp. 738 - 750. Instituto de Historia Contemporánea, 2017; “‘JULIO ASKATU’ / ‘JULIO ORDAINDU’: La sociedad vasca ante el secuestro de Julio Iglesias” (1993). “Pasado y Memoria”. Revista de Historia Contemporánea. 2018; “El lazo azul en el País Vasco: una aproximación desde la historia oral veinte años después” en *Vínculos de Historia* n° 7, pp 381-405 (ISSN 2254-6901); “Movilizaciones por la Paz en el País Vasco: las primeras manifestaciones contra el terrorismo” (1978-1986) en Montserrat Duch y Santiago Castillo (coord.) *Sociabilidades en la Historia*. VIII Congreso de Historia Social. (Madrid, Los libros de la Catarata, 2015).

Inés Gaviria Sastre

Graduada en Periodismo por la Universidad de Navarra, trabaja como directora de Comunicación y Proyectos del Colectivo de Víctimas del Terrorismo (COVITE).

Ha desarrollado proyectos como el Mapa del Terror y ha publicado *Victimas contra el terrorismo: COVITE, 20 años de Historia*, así como producido el documental *Heridas luminosas*, también sobre la historia del Colectivo de Víctimas del Terrorismo. Ha participado en la obra colectiva 1980. *El terrorismo contra la Transición*, impulsada por el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo. También ha trabajado en medios de comunicación tanto nacionales como internacionales. En 2015 obtuvo el Premio Jóvenes Periodistas de la revista *Vanity Fair* por una entrevista inédita a Ingrid Betancourt.

Francisco Javier Merino

Profesor de Geografía e Historia en el IES Alberto Pico de Santander. Es autor de *La izquierda radical ante ETA. ¿El último espejismo revolucionario en Occidente?* (Bakeaz, Bilbao, 2011). Es autor también, en colaboración con otros autores, de *Gesto por la Paz. Una historia de coraje y coherencia ética* (Bakeaz, Bilbao, 2013) y *La bolsa y la vida: La extorsión y la violencia de ETA contra el mundo empresarial* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2018), además de otras publicaciones sobre historia de Cantabria. Colabora en medios y publicaciones periódicas con aportaciones centradas en el mundo de la izquierda y los nacionalismos.

Jerónimo Ríos

Es doctor en Ciencias Políticas e investigador postdoctoral en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, como beneficiario de las Ayudas de Atracción del Talento Investigador que cofinancia la Comunidad de Madrid (2018). Sus principales líneas de investigación son la violencia política y las insurgencias en América Latina –con especial atención a los casos de Colombia y Perú–, y también investiga la geopolítica crítica y los discursos en torno a la violencia y la seguridad en España y el continente latinoamericano.

Tiene un total de 71 artículos científicos y 40 colaboraciones en libros (41 trabajos indexados en Scopus y 11 en JCR), publicando, entre otras, en revistas como *Geopolitics*, *Peace Review*, *Journal of Policing*, *Intelligence and Counter Terrorism*, *Rationality and Society*, *Journal of Iberian and Latin American Research*, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, *Small Wars and Insurgencies* o *Latin American Perspectives*.

Andoni Unzalu

Nació en Abadiño, Bizkaia, en 1956. De origen nacionalista, se distanció del PNV en tiempos de Ibarretxe para vincularse al colectivo Aldaketa (Cambio) presidido por el antiguo dirigente del PNV y exconsejero de Cultura Vasco, Joseba Arre-

gi, que abogaba por una nueva forma de hacer política en Euskadi y por la necesidad de una alternativa al nacionalismo vasco. Más tarde, se acercó al PSE como independiente y fue elegido diputado en la Cámara de Vitoria. Sobre él recayó el peso de la política comunicativa de Patxi López al frente del Gobierno vasco (2009-2012). También fue secretario general de Lehendakaritza durante el Gobierno socialista y, posteriormente, asesor de Patxi López en su etapa como presidente del Congreso de los Diputados.

Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *Ideas o creencias. Conversaciones con un nacionalista* (2018) y *Momentos estelares de la historia del socialismo* (2018).

Jon Sudupe Martija

Nacido en Azkoitia en el año 1947, es escritor euskaldun y ensayista; licenciado en Filosofía. Ha compaginado la docencia con la escritura.

En 1990 obtuvo el Premio Ciudad de Irún por su ensayo *Modernitatearen alde/ A favor de la Modernidad*; en 1994 obtuvo el Premio Pedro Axular por la obra *Ilustrazioaren kriseilupean: argi berri bila Frankfurten / Bajo la lámpara de la Ilustración: buscando luz nueva en Fráncfort*; en 1996 obtuvo el Premio Ciudad de Irún con la obra titulada *Muniberen arreba: Euskaltasuna eta Modernitatea / La hermana de Munibe, Vasquismo y Modernidad*. En el año 2013 se le concedió el Premio Euskadi de Ensayo por su obra *Oi, Europa!* Ha traducido las *Cartas filosóficas* de Voltaire al euskara: *Gutun filosofikoak* (1995).

Juan Luis Ibarra Robles

Estudió Derecho en la Universidad de Deusto. Comenzó su carrera en 1987, siendo juez de Primera Instancia en Bilbao. Se incorporó a la carrera judicial por el turno de juristas de reconocida competencia en 1987, tras haber ejercido la abogacía durante más de diez años. Fue juez de Primera Instancia en Bilbao, en febrero de 1987 y magistrado de la Audiencia Territorial de Bilbao. En mayo de 1989, fue magistrado del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco en la Sala de lo Contencioso-Administrativo. Y en septiembre de 1992 es nombrado presidente de la Sección Tercera de la Sala de lo Contencioso-Administrativo del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco. Entre julio de 1993 y mayo de 1996, estuvo destinado en servicios especiales, como secretario general técnico del Ministerio de Justicia y director general de Codificación y Cooperación Jurídica Internacional del Ministerio de Justicia e Interior. Ha sido presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco desde mayo de 2010 hasta el 2020.

El año 2020 se le concedió el premio Mario Onaindia, otorgado por la Mario Onaindia Fundazioa.

Ramón Jáuregui Atondo

Nació en Herrera (San Sebastián) en 1948. Es ingeniero técnico y abogado. Fue alcalde de San Sebastián (Gestora Municipal de 1978) y concejal, (1979-1980); vices lehendakari del Gobierno Vasco (1987-1990) y consejero de Justicia y Trabajo (1995-1998), también en el Gobierno Vasco. Ministro de la Presidencia (2010-2011). Es presidente de la Fundación Euroamérica desde junio de 2019.

Ha desempeñado, entre otros, los siguientes cargos políticos: secretario general del PSE-EE (PSOE) (1988-1998); secretario general del Grupo Parlamentario Socialista (2008-2009); parlamentario europeo y miembro de la Comisión Constitucional del Parlamento Europeo y de la Comisión de Asuntos Económicos y Monetarios. Copresidente Europeo de la Asamblea Parlamentaria Euro-Latinoamericana (EuroLat), (2014-2019).

Gorka Landaburu Illarramendi

Es hijo de Javier Landaburu, vices lehendakari del Gobierno Vasco en el exilio. Nacido en París en 1951, regresó a Euskadi en 1972.

Periodista vasco desde 1976, ha ejercido como director de las revistas *Cambio16* y *Aldaketa Hamasei*. Ha colaborado con diversos medios nacionales e internacionales como Radio France, *Le Matin* de París, Radio Luxemburgo, Hora 25 o Protagonistas...

Sufrió un atentado por parte de ETA el 15 de mayo del 2001. Comprometido en la lucha contra el terrorismo, es en la actualidad miembro de la Fundación Víctimas del Terrorismo.

Patxi López

Nació en Portugalete el 4 de octubre de 1959, en el seno de una familia obrera de la margen izquierda vizcaína, y estudió Ingeniería Industrial en la Universidad del País Vasco. Se afilió al Partido Socialista de Euskadi en 1977. El 23 de marzo de 2002 fue elegido secretario general del PSE-EE, dos días después de que ETA asesinase al concejal socialista en Orío, Juan Priede, y en un año de gran crispación en Euskadi por las propuestas soberanistas del nacionalismo. Tras las elecciones de 2009, formó el primer Gobierno Socialista de Euskadi, que encabezó como lehendakari. La lucha contra ETA, el impulso de políticas de crecimiento frente a la crisis, la defensa de los servicios públicos con reformas para garantizar su sostenibilidad y la apertura de debates para la modernización Euskadi (reforma fiscal, reforma del entramado institucional, entre otras cuestiones) fueron los ejes de aquel Gobierno. En 2014 dejó la Secretaría General de los Socialistas Vascos y se puso al frente del área de Acción Política y Ciudadanía de la Ejecutiva Federal del PSOE. El 13 de enero de 2016 fue elegido presidente del Congreso de la XI Legislatura.

DIRECCIÓN GENERAL
DE PAZ, CONVIVENCIA
Y
DERECHOS HUMANOS

PROGRAMA DE ATENCIÓN PERSONALIZADA A LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO



OFICINA DE ATENCIÓN
A LAS VÍCTIMAS

Teléfono 848 426522
oficina.atencion.victimas@navarra.es



